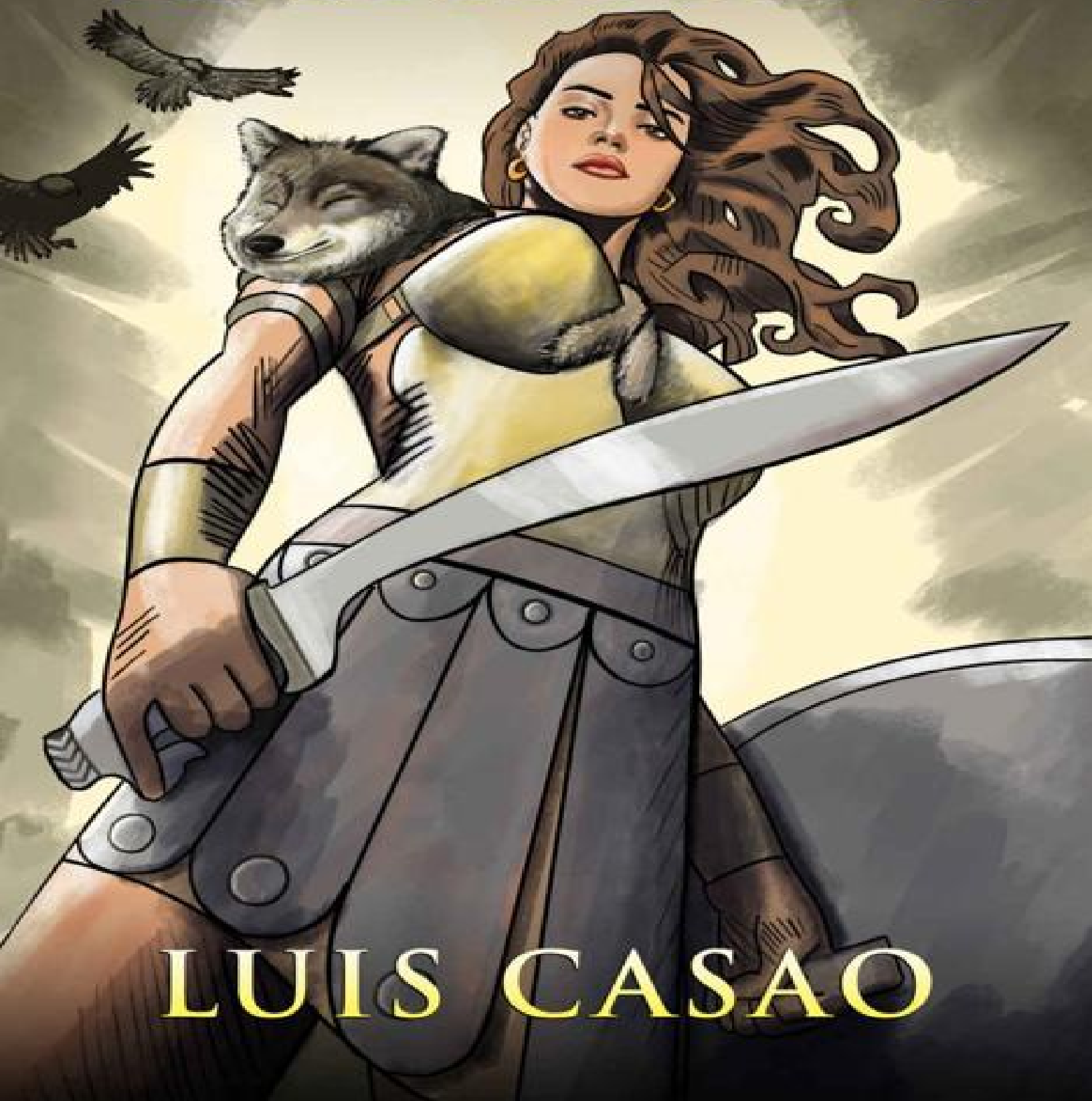


LOBAS DE CARTAGO



LUIS CASAO

LOBAS
DE
CARTAGO

LUIS CASAO BENEDÍ

Dedicatoria

*Para mi editora.
En deuda eterna por su
ayuda, calor, trabajo...,
y cariño.*

ÍNDICE

EL CONSEJO DE LOS TRESCIENTOS

PISTIAS

QUINQUERREMES

ETNHE

EL RAYO DE BA'AL

SSLAMA

¡MUERTE A ROMA!

KISSA

MATRIMONIO

EL ENCARGO

LA FUGA

EL NOMBRAMIENTO

LA MANADA

BAREK

EN LA CASA

VIENTO Y BUENA MAR

UNA LOBA

ROMA

ALTHIA

EL JURAMENTO

EL ASALTO

ME LLAMO GARNIK

CASSIA

DOS TABILLAS

EL SALVOCONDUCTO

UN GUISO DE PESCADO

EL REGRESO

UVAS

HELMÁNTICA

EL RÍO TAJO

¡MÁTALO!

PESCADO SECO

ZENEKH AMENEMHAT

NEITÍN

EL SENADO ROMANO

EL SITIO

EL DUELO

EPÍLOGO

EL CONSEJO DE LOS TRESCIENTOS

El consejero más anciano leyó el resultado de la votación para elegir al primer sufete, durante un año sería la máxima magistratura de Cartago. Belshazzar se puso en pie envuelto en silencio. Paseó su mirada por las filas de consejeros. Se estiró cuanto pudo intentando agigantar su figura y disimular su vientre. Abandonó su escaño con dirección al sitio de honor. Antes de sentarse repasó los rostros, clavó su mirada en sus opositores, uno a uno. Durante su mandato deberían tener presente quien los había derrotado. Se verían obligados a soportar el peso de su autoridad. Podían estar seguros, sería una carga pesada. Después de una pausa se dejó caer sobre la butaca.

Se disponía a iniciar la ceremonia dando lectura a su discurso. Durante tres días había redactado, corregido, retocado..., aquella intervención; esmerándose para lucir ante los consejeros su depurada oratoria. Lo impidió la irrupción de un guardia del Batallón Sagrado: cuerpo formado por los primogénitos de las mejores familias. Belshazzar hizo un esfuerzo intentando disimular su disgusto por aquella interrupción.

—¡Ha llegado un mensaje desde Qart Hadasht! —dijo el guardia, dando un taconazo ante el sufete.

Belshazzar se emocionó al romper el sello del primer mensaje recibido como sufete. Al leerlo, su gesto adelantó una noticia funesta.

—Hoy es un día triste —dijo poniéndose en pie ceremoniosamente—. ¡El general Asdrúbal, comandante general del ejército, ha muerto asesinado por un íbero!

Un silencio fúnebre acompañó sus palabras. Todos los consejeros tenían presente la ruina que significó para Cartago su derrota frente a Roma, después de una guerra que duró veintitrés años. El general Amílcar Barca cruzó al otro lado del mar para extender el dominio cartaginés en Iberia. Gracias al oro y plata extraído en aquellas tierras, pudieron pagar a Roma las indemnizaciones pactadas en el tratado de paz y llenar las arcas del erario, completamente vacías a consecuencia del conflicto. Cartago recuperó su antigua riqueza y poder militar, salvo su flota, limitada en el acuerdo a un exiguo número de barcos. Roma ejercía, desde entonces, un dominio marítimo absoluto y tiránico.

Cuando Amílcar Barca murió, le sucedió al frente del ejército Asdrúbal el Bello, su yerno. Manejó las relaciones con los pueblos de Iberia mediante pactos, recurriendo a soluciones violentas solo si resultaba imprescindible para mantener la hegemonía cartaginesa. Su mando aportó paz y prosperidad. Roma, envidiosa del enriquecimiento de su antigua enemiga, mandó sus legiones a disputarles las tierras íberas. Asdrúbal reaccionó con inteligencia, mediante el *Tratado del Río Ebro* sorteó el peligro de un nuevo enfrentamiento. Las dos potencias acordaron repartirse aquellas tierras, las situadas en la ribera norte corresponderían a Roma; a Cartago, las del sur.

La muerte de Asdrúbal llegaba en el peor momento, el nuevo sufete debería resolver las disputas por la sucesión en el mando del ejército, sin disponer del tiempo necesario para asentarse en el cargo e imponer su autoridad. Los temores de Belshazzar se vieron confirmados enseguida, pasado el primer momento, conforme los consejeros fueron asimilando el hecho, comenzó a extenderse un murmullo que fue creciendo hasta transformarse en griterío. Tres veces

reclamó silencio el sufete sin conseguir acallar el alboroto.

De una parte, estaban los partidarios de continuar confiando en la familia Barca, nombrando al primogénito de Amílcar sucesor de su difunto cuñado; de otra, los seguidores de Hannón el Grande.

Belshazzar dio una orden al guardia, este abandonó el recinto, para regresar acompañado por veinte componentes armados; formaron un círculo en torno al magistrado. A una señal suya, las astas de las lanzas comenzaron a golpear el suelo, hasta que el lugar quedó en silencio.

El sufete tomó la palabra.

—Me avergüenza el espectáculo ofrecido por esta institución sagrada. Los consejeros han preferido enzarzarse en una disputa indigna, en lugar de manifestar su dolor con el respeto debido a quien tanto beneficio nos proporcionó, siendo nuestro comandante en jefe. Declaro seis días de luto por el fallecimiento del general Asdrúbal.

»¡Se cierra la sesión!

Los guardias formaron dos filas paralelas, entre las dos se situó Belshazzar. Partieron hacia su villa. En el exterior comenzaban a circular las noticias de su nombramiento y el crimen del general Asdrúbal. Muchos curiosos se acercaban para ver de cerca al nuevo mandatario.

La hija de Belshazzar aguardaba en la habitación donde su padre se encerraba para controlar sus negocios. El patrimonio familiar le proporcionaba a Kissa muchos privilegios, ahora, siendo su padre el primer sufete, estaba dispuesta a saborearlos sin reparar en murmuraciones. La estirada sociedad cartaginesa continuaría soportando sus caprichos. Belshazzar aborrecía ser objeto de chismorreos, ella disfrutaba alimentando rumores sobre su comportamiento, impropio de una joven en edad casadera.

El cariño hacia su hija fue desmedido desde el día de su nacimiento. Hubiese preferido un varón, pero al ver su piel sonrosada olvidó sus preferencias. Algunos meses después, el bebé le pasó sus manitas por el cuello, en ese momento se convirtió en la niña de sus ojos. Conforme crecía, Kissa tomó conciencia del sueño frustrado de su padre. Adoptó actitudes y comportamientos distintos al modelo femenino vigente en Cartago. Hizo suyas maneras masculinas, sin perder su esencia femenina. Se ejercitó con las armas, adquiriendo singular destreza en el manejo del látigo, espada y honda.

Kissa se acercó sonriente. Llevaba las prendas confeccionadas por dos esclavas nubias adquiridas recientemente; un látigo de piel de serpiente adornaba su muñeca derecha. Saludó a Belshazzar sacudiéndole la papada, un gesto que le irritaba.

—¡Mira!, ¿te gusta? —dijo, sabiendo como le molestaba verla vestida de aquella forma tan extravagante—. Lo llevaré en nuestro viaje a Qart Hadasht. —Giró sobre sus talones buscando escandalizarle.

—¿Nuestro viaje?

Cuando su hija nombraba un viaje, era porque lo tenía planeado. Él sería incapaz de negarle ningún capricho, como venía ocurriendo desde el fallecimiento de su esposa. Heket, la egipcia, como la conocían en Cartago, se fue al inframundo demasiado pronto, dejándolo solo con una niña pequeña; desde entonces Belshazzar vivía para colmar los deseos de Kissa.

—Asdrúbal ha muerto, debes elegir a otro general. Iremos a Iberia para comunicárselo al ejército.

Quiso afearle su actitud frívola. Era indecente planear un viaje, estando tan reciente la noticia que ensombrecía el ánimo de los buenos cartagineses. Asdrúbal convirtió Iberia en una caudalosa fuente de recursos; ahora, debían elegir a su sucesor. Se abría una incógnita importante, comprobar si el mandato del elegido sería tan productivo.

—¿Cómo puedes ser tan superficial? Todo está por decidir, es una falta de respeto que solo pienses en viajes y cambios de vestuario.

Kissa salió sin prestarle atención. Belshazzar tomó un papiro, comenzó a escribir nombres de algunos consejeros, después de repasarlos llamó al jefe de los guardias sagrados.

—Tráelos a mi presencia. No admitas excusas —dijo entregándole la lista.

«No será fácil decidir a quién entregaremos el ejército. Necesito un baño y un masaje», pensó mientras daba dos palmadas llamando a una esclava.

—Muchacha, prepárame el baño.

—Enseguida, amo.

Se sumergió completamente en el agua tibia, aguantó sin respirar unos segundos antes de emerger, cerró los ojos, descansó la cabeza sobre el borde meditando cómo plantear el asunto a los consejeros que mandó a buscar. Tenía poco tiempo, el baño sería breve.

—Avísame cuándo lleguen —le dijo a un esclavo.

La elección del comandante representaba un dilema. En el Consejo estaban equilibradas las fuerzas, esa igualdad conduciría a largos debates, momentos tensos; circunstancias odiosas en el comienzo de su mandato. Los informes sobre Aníbal Barca describían a un joven impetuoso, poseído del odio a Roma heredado de su padre. Mucho se temía que, si era elegido comandante del ejército, finalizaría la etapa de oro y paz gestionada tan inteligentemente por su difunto cuñado.

«Debo ser hábil, manejar esta elección según mis intereses», pensó Belshazzar. Salió del baño, se tumbó sobre la camilla. En el momento que Abayomi comenzaba a extender aceite sobre su espalda, entró un esclavo.

—¡Amo!, unos hombres te aguardan en el peristilo.

Hizo un gesto de aceptación. Apremió al egipcio a reanudar las friegas. No pensaba renunciar al placer proporcionado por sus hábiles manos. Cuando finalizó el masaje, con el cuerpo relajado y las ideas más claras se dirigió al encuentro de sus invitados.

—Aceptad mis disculpas. Os convoqué para tratar el asunto de la jefatura del ejército.

Hannón el Grande torció el gesto.

—No creí necesario debatirlo. Si queremos que nuestra ciudad siga floreciendo en paz, el mando del ejército debe ser para mí. El joven Aníbal Barca es demasiado ambicioso, nos traería ruina y dolor.

Los otros acompañaron sus palabras con gestos de asentimiento. Belshazzar comprendió que aquellos habían debatido sobre el tema.

—Si habéis acordado alguna estrategia, deberíais informarme. Están en juego mis negocios, también soy vuestro sufete. —No se dirigió a ninguno en concreto, pero sus ojos permanecían clavados en los de Hannón el Grande.

El prestigioso general lo contemplaba impasible. Uno de sus acompañantes quiso intervenir. Un gesto de Hannón lo impidió. Fue él quien se dispuso a contestar.

—¡Espera! —dijo Belshazzar—. Hace un día espléndido, salgamos al jardín. Un vino dulce recién llegado desde Iberia hará más amena nuestra conversación.

La idea fue bien acogida. Se acomodaron en una pérgola. Dos esclavos sirvieron un refrigerio con el vino.

—Hannón, puedes comenzar.

El interpelado tomó su copa, olfateó el vino, sorbió un trago y se dispuso a exponer sus ideas.

—Conocéis mis puntos de vista sobre el futuro de nuestra ciudad, como sabéis, opuestos

a los de la familia Barca. Yo busco paz, apartarnos del camino de Roma, centrar nuestra influencia aquí, en África, donde somos fuertes. Recordad las consecuencias de nuestro anterior enfrentamiento: derrota, pérdida de la flota y ruina para Cartago. Debemos extraer enseñanzas, no repetir equivocaciones —hizo una breve pausa.

»Lo admito —continuó—, es un trago amargo reconocer el poderío de otra ciudad sobre la nuestra, después de haber sido dominadores del comercio marítimo durante tantos años; pero es mejor seguir fortaleciendo nuestra economía, a padecer un nuevo enfrentamiento —hizo otra pausa. Examinó en los rostros el efecto de su discurso, luego continuó.

»Podéis estar seguros, si el cachorro de Amílcar asume el mando, sus ansias de gloria nos destruirán.

Las palabras de Hannón eran razonables. Belshazzar pensó que, si fuese consejero, las apoyaría con todas sus fuerzas, pero era el primer sufete. Si persistía el empate en las votaciones, tendría ante sí el desagradable problema de romper la igualdad con su voto. Ese privilegio supondría transformar al bando perdedor en su enemigo, durante su magistratura sufriría todas las trabas imaginables, la convertirían en un infierno. Deseaba ser recordado como un sufete que trajo paz y riqueza, por eso citó a los consejeros más destacados de la facción partidaria de Hannón, esperando conocer sus argumentos. Al día siguiente pensaba hacer lo mismo con los del joven Barca.

—Apreciado Hannón, comparto en gran parte tus puntos de vista, aunque conviene recordar: Amílcar Barca extendió nuestro dominio hasta Iberia, la inteligente política gestionada por su yerno nos enriqueció más de lo imaginable, tras nuestra derrota frente a Roma. Es un mérito que debemos reconocerle a esa familia

—Sabes cómo me opuse a enviar a Iberia al primogénito de Amílcar, bajo la tutela del cuñado. Advertí que, si no lo impedíamos, esa familia acabaría convirtiéndose en una dinastía reinante. Desde entonces vengo avisando del peligro —hizo una pausa. Le gustaba estudiar en los rostros el efecto de sus palabras.

»Cuando murió Amílcar —reanudó su discurso—, Asdrúbal heredó el ejército sin aguardar el dictamen del Consejo. ¿Cómo pudimos consentirlo? ¿No debimos elegirlo nosotros? ¿Volverá a ocurrir? ¿Heredará el mando del ejército otro miembro de esa familia? Aníbal es un joven consumido por el deseo de poder. Os lo aseguro, si es elegido nos traerá desgracia.

Los otros consejeros se limitaban a realizar gestos afirmativos apoyando los argumentos de Hannón. Belshazzar creyó haber escuchado suficiente. Si no daba por terminada aquella reunión, intentarían forzarlo a tomar partido.

—Os habéis expresado con franqueza y lealtad. Debéis disculparme, el Batallón Sagrado os dará escolta hasta vuestros domicilios.

Se retiró sin darles oportunidad de intervenir a los sorprendidos consejeros. Escapar, abandonándolos de esa forma en el jardín, era impropio de sus obligaciones de anfitrión, pero un miedo insuperable le hizo buscar refugio en su dormitorio.

Llamó a una esclava.

—Dile al jefe de la guardia que venga, luego discúlpame con los invitados, tengo un dolor de cabeza insufrible.

—Enseguida, amo.

Los consejeros estaban irritados. Hannón era el más molesto.

—Cometimos un gran error eligiéndolo primer sufete. ¡Está asustado!, teme verse forzado a elegir al nuevo comandante general.

La presencia de los guardias sagrados puso fin a la conversación.

—Os daremos escolta hasta vuestras viviendas, por orden del sufete.

Belshazzar permaneció encerrado en su dormitorio, solo lo abandonó cuando tuvo la certeza de que los consejeros se habían marchado.

Mientras permanecieron en el jardín, Kissa estuvo escondida, espiando la reunión. Los invitados marcharon y fue a ver a su padre, lo encontró dando paseos nerviosos.

—Padre, si quieres, puedes hablar conmigo.

—Todo está bien, Kissa —dijo, mostrándose sereno.

—Hannón es un avaro, solo piensa en su fortuna. Nos vendería a los romanos con tal de hacerse más rico. Debes apoyar al joven Barca.

—¿¡Has estado escuchando!?

—¡Sí!

El descaro de su contestación aumentó la excitación del padre.

—¿Acaso no piensas?, ¿qué ocurriría si te hubiesen descubierto? Algún día tus imprudencias nos acarrearán un serio disgusto. ¡Ah!, ¡Ba'al!, mi hija se comporta sin ninguna consideración hacia su padre.

Kissa se limitó a sonreír.

—¿Puedes dejar tus lamentos y escucharme? ¿Viviremos siempre humillados ante Roma? Hannón se comporta como una rata cobarde y lo llamáis *el Grande*.

—Su historial de victorias en África lo hace merecedor de ese honroso apelativo.

—Si nos apartamos de su camino, ¿se conformarán los romanos?, ¿nos dejarán tranquilos? ¡No!, invadirán África, disputarán cualquier territorio donde tengamos intereses.

—¿Por qué lo harían?

—Por la misma razón que lo hicieron en Iberia. Si nos plegamos siempre a sus caprichos, nos lo arrebatarán todo.

—Tal vez tengas razón, pero necesito descansar, ha sido un día repleto de emociones. Mañana entrevistaré a los partidarios del joven Aníbal Barca.

—Está bien, te dejo.

Salió maldiciendo la situación de su género. Siempre sometidas a los hombres. ¡Solo ellos tomaban las decisiones importantes! ¡Solo ellos podían luchar por su ciudad! ¡Solo ellos ejercían el poder! ¡Solo ellos! ¡Siempre ellos!

Belshazzar tardó diez días en convocar el Consejo, lo hizo sin haber entrevistado a los partidarios de Aníbal; tras la mala experiencia con el otro grupo, prefirió evitarlo. El empecinamiento de ambos bandos hizo imposible alcanzar un acuerdo. No pudo eludir su responsabilidad, debería manifestarse y su voto sería decisivo para elegir al nuevo líder del ejército.

—El Consejo se ha mostrado incapaz de elegir al nuevo comandante general. Según las leyes que nos rigen, si resulta un persistente empate, el primer sufete lo deshará con su voto. Antes, viajaré a Qart Hadasht para entrevistar al general Aníbal.

»Se cierra la sesión hasta mi regreso.

Había redactado un papiro en secreto. El Consejo de los Trescientos nombraba a Hannón el Grande comandante general del ejército. Ese documento le serviría de justificación ante Aníbal, señalaría a los consejeros como responsables. Cuando el vástago de Amílcar averiguase la verdad, él estaría en Cartago y el nombramiento se habría consumado. Cuatro días más tarde partía hacía Qart Hadasht en un quinquerreme protegido por dos naves del mismo tipo. Viajaba con Kissa y una escolta de veinte guardias sagrados.

PISTIAS

Era casi mediodía, Pistias subió a cubierta cuando el barco entraba en el puerto. Durante casi todo el trayecto permaneció refugiado en la bodega, donde el hedor del agua podrida, unido al de sus propios vómitos, convertían el aire en un efluvio repugnante. Aspiró profundamente, entornó los párpados, hizo visera con una mano para protegerse del sol; sintiendo en el rostro la brisa marina, le dio las gracias a Poseidón por llegar vivo. El atraque fue rápido. Apenas el casco estuvo amarrado, descendió del mercante que lo trasladó desde *Emporiae* hasta Sagunto.

El puerto hervía de actividad a esas horas. Filas de esclavos sudorosos descargaban ánforas con aceite procedente de Gades. Las colocaban en carros, amortiguadas sobre un lecho de paja, para transportarlas hasta la ciudad; desde una embarcación más pequeña sacaban fardos; otros esclavos subían odres con agua dulce por una pasarela, para vaciarlos en los toneles de una nave dispuesta a zarpar en cuánto se hubiese abastecido. Un poco más allá, unos pescadores descargaban las capturas, las transportaban a la lonja con intención de obtener el mejor precio. En una esquina alejada del muelle permanecía amarrado un birreme de guerra, nada en su aspecto delataba su procedencia, pero el uniforme de los soldados delataba el origen romano. Los remeros se afanaban baldeando la cubierta, haciendo pequeñas tareas de mantenimiento; en popa distinguió a un oficial, su uniforme indicaba que debía ser el capitán. Junto al navío romano, un anciano y un niño pescaban sentados en el muelle, mientras hablaban animadamente.

La brisa: ligera, tibia, agradable; transportaba fragancias desde los campos próximos, se mezclaban con los hedores del puerto dándole al lugar un olor particular. El viajero aspiró, acomodó la funda de su espada ibera, arregló su clámide sobre los hombros y se internó por las angostas callejuelas; similares a las de tantos puertos pisados por sus sandalias. En todos se repetía el mismo escenario, cabañas construidas con ladrillos de adobe y techos de cañas daban cobijo a oscuros lupanares, pequeños almacenes convertidos en tiendas, tabernas abarrotadas por ruidosos marineros gastando sus monedas en vino, juego y putas. Una meretriz comía uvas sentada junto a un prostíbulo, vio venir a un posible cliente y aprovechó la oportunidad para exhibir sus encantos.

Era un tipo maduro, atlético, piel tostada como los marineros, aunque su porte distinguido desmentía esa condición. Sobre su cabeza un gorro de lana, por cuyos bordes asomaban mechones oscuros pincelados con incipientes canas.

—Viajero, toma unas uvas.

Arrancó unos granos del racimo. El caminante los aceptó, devolviendo una sonrisa.

—Eres muy amable compartiendo tu sustento.

Ella alzó su túnica por encima de los muslos, mientras le dedicaba una perversa sonrisa.

—Puedo proporcionarte placeres reservados a los dioses. —Él sonrió, continuó su camino sin contestar—. Viéndote venir parecías Hermes, pero solo eres un simple mortal.

Apretó el paso, tenía prisa por abandonar aquel entorno poco seguro para andar solo. Al rebasar la última cabaña, captó su atención el panorama que se abría ante sus ojos. Sobre una elevación algo distante, unas murallas imponentes daban protección a la población fundada por los edetanos con el nombre de Arse. Con motivo del pacto de amistad con Roma, sus habitantes cambiaron el nombre por Sagunto, mientras intentaban borrar su pasado imitando las modas de

su nueva aliada. Un camino ascendía serpenteando hasta la ciudad, deslizándose por una suave pendiente entre campos de cultivo atestados de esclavos ocupados en las tareas agrícolas de primavera.

Admiraba extasiado el encanto del paisaje. Un carro resbaló en un bache golpeándole un hombro, derribándolo. Se levantó airado para recriminar al arriero. Era una mujer, guardó silencio. Ella detuvo el carromato, se apeó preocupada por su integridad.

—¿Tú, bien? —preguntó cohibida. Se expresaba con lenguaje torpe y acento extraño.

Su primer impulso fue quitarle importancia al incidente, pero cambió de opinión, se palpó el hombro fingiendo un sufrimiento inexistente.

—¡Ay!, me has destrozado el brazo. —Exageraba las muestras de dolor.

—¡Sube carro! Ciudad, médico griego.

Saltó al pescante. Sin aguardar contestación le tendió una mano ofreciéndole ayuda. Pistias aceptó.

—¡Sí! ¡Ay!, ¡mi brazo!, ¿cómo podré ganarme el sustento? —Continuaba su actuación sujetándose el antebrazo.

—Médico arregla.

El carro se puso en movimiento. La observó sin disimulo. Conservaba gran parte del atractivo que debió adornar su juventud; sus ojos no eran demasiado grandes, pero había alegría en su mirada, lo advirtió nada más verla. Vivaracha, menuda, el pelo un tanto corto para ser mujer. Mientras se acercaban a las murallas, intentaba idear un ardid que le permitiera averiguar más cosas sobre ella.

—¿Qué piensa?

Se le escapaba algo. Al escucharla comprendió, se expresaba en un latín vulgar mezclado con una jerga desconocida, probablemente de algún pueblo íbero del interior.

—No te entiendo.

—Tú miras. ¿Gusto?

Lo interrogaba sonriendo con un toque burlón.

—¡Sí!, eres atractiva. Lo sabes muy bien. —Devolvió la sonrisa.

—Tu dolor, mentira.

—¡Ja, ja, ja! —No pudo contener una carcajada—. ¿Cuándo te has dado cuenta?

—Miro cara, subir carro. Tú, mentira brazo.

—Me has descubierto —dijo moviendo sin dificultad el brazo golpeado—. Quería ir a la ciudad. Un carro guiado por una mujer bonita, era una oportunidad irresistible.

—Tú, gustas. Yo golpe y llevo.

Sí había entendido bien, estaba confesando que el golpe fue intencionado. El brillo de sus ojos declarando la treta lo dejó desconcertado. Ella reía. Pensó si sería Afrodita encarnada en arriera para seducirlo.

—¡Me golpeaste intencionadamente!, ¿eso me estás diciendo?

—¡Sí!, yo golpe. Tú, conmigo.

Estaban frente a las puertas de Sagunto. Guardaron cola mientras los guardias revisaban la carga de los carros.

—¡Dime tu nombre! —le dijo sonriendo.

—Llaman Etnhe. ¿Tú?

—Mi nombre es Pistias.

—Tú, ¿griego?

—Macedonio.

Un centinela interrogaba a Etnhe sonriendo.

—¿Qué llevas?

—Vino, bodega Ambón.

—¡Tú!, ¿qué buscas en Sagunto? —señaló a Pistias con cara de pocos amigos.

—Amigo, mí.

—Contesta tú, forastero.

—He llegado en el barco de Demetrius, desde Ampuriae. Quería conocer tu ciudad.

—Llegas en mal momento. Se ha descubierto un espía de Cartago, los forasteros no son bien recibidos.

—Escuché rumores sobre el general cartaginés Asdrúbal el Bello. Dicen que ha muerto. ¿Sabes si son ciertos?

—Supongo que sí, al menos, eso dicen los viajeros.

—¿Se sabe quién ocupará su lugar?

—Por lo visto, aún no han elegido a nadie, pero los marineros hablan de un tal Aníbal.

—Es el primogénito de Amílcar, tengo entendido que se parece a su padre. Si es cierto, será difícil mantener la paz.

—Puedes entrar, pero estarás vigilado, tenlo presente.

—No pretendo crear problemas.

—Etnhe, iré a probar ese vino. ¡Díselo a Ambón!

Ella arreó las mulas. Se fijó en sus manos: pequeñas, fuertes, acostumbradas a manejar las riendas.

Llegaron a una cabaña de bloques de adobe.

— Tú, casa mía. —dijo señalándola.

Aceptó la invitación, mejor pernoctar bajo techo. Continuaron junto a las murallas, entre construcciones parecidas. Algunas calles estaban cubiertas por una capa de guijarros, más o menos uniformes. El carro avanzaba entre traqueteos, emitiendo quejidos los tablones y chirridos los ejes. Junto a las casas jugaban niños y niñas revueltos en un amasijo vociferante, todos sucios, muchos embadurnados con el barro formado por tierra empapada de agua sucia que arrojaban mujeres harapientas, desde el interior de las viviendas.

Se detuvieron en una callejuela sin salida, junto a un templo en construcción. Al fondo se veían varias mesas ocupadas por parroquianos de una taberna. Etnhe descendió del carro, entró en el local. Salió acompañada de un esclavo que comenzó a cargar las ánforas sobre sus espaldas, al cuarto viaje el carro quedó vacío.

—Casa. Comer.

Regresaron a la cabaña. Al llegar, Etnhe ató las patas delanteras a las mulas. Se accedía traspasando una cortina de cáñamo tejido, en cuyos extremos inferiores habían enlazado unas piedrecitas redondeadas. Por mobiliario, una rústica mesa con dos taburetes; sobre un camastro, una manta de lana como colchón; otra, enrollada, hacía las veces de almohada. En una pared vio un candil de aceite; en el suelo, dos cantaros.

Etnhe fue hasta el carro, rebuscó entre la paja, sacó dos peces y unas verduras; limpió el pescado, extrajo dos trozos de pedernal de una bolsita y encendió un fuego. Sandalias viejas, túnica desgastada y una pulsera de cobre en su muñeca izquierda componían el atuendo de la curiosa mujer que le brindaba techo y comida.

Comieron en silencio. Ella mirándolo con insistencia perruna; él, intentando esquivar su persistente mirada.

—Cuenta tú.

Sus rudos modales, unidos al torpe manejo del lenguaje contrastaban con su sonrisa.

—¿Qué quieres saber?

No le gustaba ser el centro de las conversaciones, pero se dispuso a saciar su curiosidad.

—Todo.

Tomó un cántaro, vertió agua en un vaso, dio un trago y se dispuso a comenzar un breve relato. Habló de su infancia en Macedonia, patria de Alejandro; después, su peregrinar por tierras itálicas junto a un padre que sobrevivía vendiendo su espada como mercenario; luego, pasaron a Sicilia, uniéndose a las tropas del general cartaginés Amílcar Barca. Su progenitor murió en una disputa, donde se mezclaron el juego y una cortesana. Se embarcó en un buque con ruta habitual entre las costas africanas y la península itálica. El barco fue asaltado por unos piratas, admirados de su bravura y habilidad manejando la espada, le ofrecieron unirse a su tripulación.

Durante dos años fue pirata. Un día atracaron en Qart Hadasht, desembarcó ofreciendo sus servicios al cartaginés Amílcar Barca, para él luchó hasta su muerte. Asdrúbal el Bello, yerno del muerto, redujo el número de mercenarios al hacerse cargo del ejército. Se trasladó hasta Gades empleado por un comerciante como protector de sus mercancías; volvió a embarcar hasta Ampuriae, allí fue maestro de griego para la hija de un comerciante ilergete. Ella quedó embarazada y él embarcó con Demetrius sin despedirse, empleado de marinero por el precio del transporte.

—¿Tú, venir aquí?

—No nací para ser maestro ni busco una vida tranquila. Tengo entendido que esta ciudad anda en pleitos con las poblaciones vecinas, me ofrece oportunidades. Ya conoces mi vida.

—¡Sí!

—Ahora, deberías contarme la tuya.

Reaccionó nerviosa, retorciéndose las manos, mirando al suelo.

—Difícil. No habla bien.

Ignoraba el motivo de su nerviosismo, pero no quiso presionarla.

—Quiero visitar la ciudad. Solo he visto el trayecto del carro.

—Yo, contigo. ¿Sí?

—¡Claro!, serás mi guía.

A Etnhe le brillaron los ojos como si le hubiese hecho un bonito regalo. El sol comenzaba a pintar las fachadas con los tonos dorados predecesores del ocaso. Las mulas sacudieron sus cabezas, mostrando el deseo de verse libres. Fueron al foro caminando por la vía más ancha. Ella parecía feliz junto a su huésped; Pistias, también. A esas horas no circulaban carros, un paseo por las calles abarrotadas de mujeres parlanchinas y niños jugando, resultaba placentero.

Vio edificios de piedra, menos de los que imaginó cuando contempló por primera vez las imponentes murallas. Muchas cabañas como la de Etnhe; hacia el centro abundaban viviendas de madera, cerca del foro, edificios de mampostería. En la plaza destacaban varias construcciones levantadas con sillares, recordaban a las de ciudades griegas o romanas.

Regresaron al anochecer.

—¿Puedo tumbarme en tu camastro?

—¡Sí!

Una manta delgada fracasaba en su intento de hacer más confortable el lecho de madera. Pistias había dormido en circunstancias menos acogedoras; allí, al menos, tenía un techo sobre su cabeza y compañía. Desde que lo recogió no cesaba de mirarlo, como si lo admirase; tanta insistencia le hacía sentirse incómodo, aunque satisfacía su vanidad.

Casi dormía, los tablones crujieron bajo el peso de Etnhe. Notó la cercanía de su cuerpo,

simuló dormir. Ella firmó su cabeza contra su hombro, sintió sus dedos jugando con sus rizos, acariciando. Se amaron con tranquila pasión, como hacen los que no esperan nada.

Despertó con deseo de abrazarla, acariciar de nuevo su piel. Estaba solo, aunque todavía era noche cerrada. Tocó el candil, permanecía frío. Se asomó, el carro no estaba. La imaginó en el puerto cargando mercancías. Tenía sueño, regresó al camastro.

Cuando abrió nuevamente los ojos el gusanillo del hambre se agitaba en su estómago. La temperatura era agradable, se desperezó y decidió bajar hasta el puerto para buscarla.

En la puerta hacía guardia el mismo centinela.

—¡Salud!, saguntino. ¿Has visto a Etnhe?

—¡Salud!, forastero. Salió apenas abrimos las puertas, aún no ha regresado. Algo extraño, algunos carros han hecho dos viajes.

—Bajaré hasta el puerto. ¡Qué tengas un buen día!

—Tú, también, forastero.

El día soleado invitaba a caminar, multitud de carromatos subían mercancías, mientras otros regresaban para repetir carga. Desde las huertas salían reatas de mulas llevando sobre serones: frutas y verduras recolectadas por los agricultores. Pistias escudriñaba los carros, hasta donde le alcanzaba la vista no reconoció a Etnhe. Desde las tabernas y prostíbulos llegaban ecos de conversaciones animadas por el vino, pependencias entre jugadores, disputas de clientes y cortesanas...

Anduvo los muelles sin encontrarla, tampoco supieron darle razones. Comprendió que no tenía motivos para sentirse alarmado, apenas la conocía, aunque no podía evitar cierta desazón al desconocer su paradero. Intentó pensar en otra cosa. Compró una sardina en salazón y una torta de aceite. Le apetecía entablar conversación, se dirigió en busca del anciano que el día anterior pescaba acompañado de un niño.

—¡Salud!, buen hombre. ¿Pican?

—¡Salud!, forastero. Ayer hice buena pesca, pero hoy los peces están remisos. Estaba a punto de recoger los bártulos para regresar a mi cabaña.

—Si te apetece, podemos compartir alimento —dijo mostrando torta y sardina.

El anciano sonrió, le invitó a tomar asiento a su lado. Compartieron comida observando el flotador, no marcó ninguna picada.

—Ayer te vi, llegaste en el barco de Demetrius.

—Te acompañaba un niño.

—¡Sí!, es mi nieto, suele venir a pescar. Hoy está en la huerta, con su madre.

—Se le veía feliz hablando contigo.

—Yo también lo estoy si me acompaña. ¿Vienes a Sagunto por algún asunto?

—Vivo de mi espada, me dijeron que aquí puedo encontrar empleo.

—Siempre se necesitan guerreros, es el signo de este tiempo. Habla con el herrero, se ocupa de esos asuntos.

—Agradezco tu información. Estoy buscando a Etnhe, ¿la conoces?, conduce un carro.

—Muchos días pasa un rato con nosotros, mientras pescamos le enseño latín. Siendo joven fui maestro de retórica en Ampuriae.

—Estoy preocupado por ella, salió muy temprano.

—A veces desaparece durante días. Nadie sabe dónde se mete, es muy reservada.

—Entonces, ¿hace poco que vive en Sagunto?

—Llegó a principios del invierno, me alquiló carro y vivienda. Soy mayor para estar solo. La madre de mi nieto, me cuida desde que murió mi hijo. Por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Pistias.

—¡Mira!, aquel es mi carro, quise decir de Etnhe —dijo señalando el otro extremo del muelle.

—Voy en su busca. Ha sido un placer conversar contigo, espero volver a verte.

—Por las mañanas, si hace buen tiempo, suelo venir a pescar. ¡Toma!, comedlos a mi salud.

Le entregó dos pescados. Pistias los tomó agradecido.

—¡Muchas gracias! ¡Suerte con la pesca!

Etnhe lo había visto, agitaba el brazo.

—¿Dónde estabas?

—Tú, no importa —contestó tajante. Su sonrisa lo desarmó.

—Estaba preocupado.

—Yo cuido. Tú, no vigila.

Con el carro cargado emprendieron camino de regreso. Otra vez el camastro fue testigo del encuentro de sus cuerpos. Cuando saciaron la pasión, ella tenía asuntos para tratar con el tabernero.

—Tú, mí, Ambón —acompañó sus palabras con el gesto de beber.

Si bien su vocabulario era limitado, utilizaba las entonaciones de forma convincente. Su sonrisa convertía en imposible cualquier oposición.

Las mesas del exterior estaban vacías, Etnhe señaló una. Entró en el local. Tardó en salir, lo hizo llevando una jarrita y dos vasos. Conversaron degustando el vino. Pistias detectó que su presencia incomodaba al tabernero. Continuaron hablando hasta que comenzó a debilitarse la luz solar, entonces regresaron.

Etnhe caminaba colgada de su brazo. Pistias tenía una sensación extraña, como si el contacto de aquella mujer lo desarmase. Tuvo esa impresión desde el primer momento, cuando subió al carro en el camino después del golpe, pero su sonrisa lo embrujó casi al instante.

Al día siguiente despertó, solo en la vivienda. Su primera intención fue bajar al puerto en busca de Alexios. Primero debía localizar al herrero para asegurarse el sustento. En la forja vio un hombre corpulento golpeando un hierro al rojo sobre un yunque, un delantal de recio cuero protegía su cuerpo.

—¡Salud!, ciudadano. ¿Eres Sícoris?

—¡Ave!, forastero. ¡Sí!, lo soy, ¿qué se te ofrece?

—Llegué hace un par de días a Sagunto buscando empleo de soldado.

El herrero lo examinó de arriba abajo.

—Tienes suerte. Preséntate mañana, antes del amanecer, en la puerta del oeste. Visitaremos a unos contestanos, se están asentando en nuestras tierras sin permiso y vamos a desalojarlos.

—¿Contestanos? Nunca lo había oído.

—Ocupan el territorio alrededor de Sagunto. Nuestras relaciones son tensas.

—¡Ah!, bien. Solo falta concretar mi paga.

—Una moneda de vellón por día.

Extrajo un hierro al rojo y comenzó a golpearlo.

—Acepto.

—Hasta mañana.

—Allí estaré.

Con ese asunto resuelto, se dirigió al puerto en busca del anciano. En el camino y en las

huertas se apreciaba actividad. Atravesó deprisa las callejuelas. Junto a un lupanar estaba sentada la cortesana de las uvas. Al verlo acercarse se incorporó.

—¡Has cambiado de opinión! Sin duda, te han hablado de mis habilidades.

—¡Afrodita te sea propicia!, tal vez, otro día.

—Cronos te maldecirá por despreciar a una sierva de la diosa nacida de la espuma.

Siguió caminando sin prestar atención. En el muelle encontró al anciano.

—¡Salud!, Alexios.

—Tú, ¡otra vez! Hoy no esperes peces —dijo y le dedicó una sonrisa.

—¡Ja, ja, ja!, solo buscaba un rato de conversación en buena compañía.

—Si es así, sé bienvenido.

—Hablé con Sícoris. Estoy al servicio de la ciudad.

—Mejor dirás, al servicio de los poderosos de Arse.

—¿Has dicho Arse?

—El Consejo decidió pactar con Roma, ahora todo se romaniza, desaparecen nuestras tradiciones. Está de moda imitar a nuestra aliada, hasta han cambiado el nombre por el de Sagunto, para contentar a los nuevos amos.

—Según veo, no te gustan los romanos.

—Ni Roma ni Cartago me agradan.

Un pez de buen tamaño picó el anzuelo, tras un rato de lucha se impuso la pericia de Alexios. Una lubina, rendidas sus fuerzas, se dejaba atrapar en la red manejada por Pistias.

—Magnífico ejemplar, Alexios. —Depositó el pescado en el suelo, junto a su captor—. Allí veo a Etnhe, otro día vendré, me gusta hablar contigo.

—Pareces buen hombre, pero vives de verter sangre. No vuelvas a buscarme.

Cortado por la brusca despedida, fue hacia el carro. Aguardaba en una fila para recibir carga de un trirreme recién amarrado.

Etnhe sonreía desde el pescante, parecía triste.

—Tú, ¿busca siempre?

—¿Qué te ocurre?, traes mala cara.

—¡Calla!, no asunto tú.

Subió junto a ella.

—Tengo buenas noticias. El herrero me ha contratado para el servicio de armas.

—Suerte.

Un brillo húmedo empañó sus pupilas, apretó los dientes, endureció la expresión.

Cargaron el carro, regresaban en silencio. Entregaron su carga, las mulas emprendieron el camino de la cabaña. El abrazo compulsivo de Etnhe cuando entraron, solo podía producirlo su tristeza. Quiso ayudarla a desahogarse.

—Si te hace bien, puedes hablar. Soy discreto.

No contestó, se limitó a empujarlo hasta el camastro. Se amaron una vez más. Ella se empleaba con una pasión desmedida. A Pistias le sonó a despedida, una forma de decirle adiós, pero guardó silencio.

—¿Tú, vino, Ambón?

—Como quieras.

Se repitió la escena; ella señaló una mesa, entró en la bodega, regresó con una jarra y dos vasos. Etnhe se mostraba poco locuaz, bebieron en silencio.

—Mañana no podré venir. Al anochecer tendré mi primera misión.

—¿Sí? —Fue un monosílabo repleto de indiferencia.

—Hay que expulsar a unos intrusos, intentan establecerse muy cerca sin nuestro permiso. La sorpresa se dibujó en las facciones de Etnhe, acentuando su tristeza.

Regresaron envueltos en una nube de congoja. Pistias ignoraba los motivos, pero no hizo preguntas. Se tumbaron, otra vez Etnhe apoyó la cabeza sobre su pecho. Ella lloraba, las lágrimas mojaban su túnica. No preguntó. Si prefería callar, respetaría su decisión.

Al despertar bajó hasta el puerto esperando encontrarla. Alexios pescaba acompañado por su nieto. Pese a la brusca despedida del día anterior, le hubiese gustado conversar, sentía simpatía hacia el anciano. Cansado de esperar, regresó. Vagó un rato por las calles. Se acostó, necesitaba dormir; estuvo inquieto, pensando en aquella extraña mujer de limitado vocabulario y sonrisa embriagadora; en su tristeza. Despertó envuelto en oscuridad. Recordó su cita. En el foro aguardaba Sícoris con una veintena de hombres.

—¡Salud!, Sícoris.

—Llegas tarde.

—Lo siento.

—Esperamos a Lúculo. Me gusta la gente puntual. ¡Toma!, te hará falta. —Le entregó una antorcha apagada.

Terminando la frase apareció el que faltaba. Se pusieron en camino. Aún tardaría en alumbrar el primer rayo de sol, comenzaban a despertar los animales buscando alimento. Encontró cierto paralelismo con su vida, siempre vagando de un lado a otro para cubrir el sustento. Todavía las brumas del amanecer envolvían el paisaje, cuando vieron unas chozas. Se agruparon en torno a Sícoris.

Nadie vigilaba el campamento. Pistias desconfió, no eran normales tantas facilidades.

—Vamos a esa hondonada para encender las antorchas. —El herrero señaló hacia un barranquillo cercano—. Prendamos fuego a cuantas más chozas mejor, antes de que despierten. Matad lo imprescindible, los vivos irán al mercado de esclavos. El beneficio lo repartiremos según la costumbre.

Todos aceptaron, Pistias también, pese a desconocer cuál era esa costumbre. Prendieron las antorchas, se abrieron en semicírculo comenzando a avanzar. Las llamas teñían el paisaje con tonos amarillentos y rojizos, pero nadie defendía el campamento, los contestanos habían abandonado el lugar. Liberaron su frustración derribando las pocas cabañas que permanecían en pie.

En el foro había un tumulto. Coincidiendo con su expedición, unos salvajes habían atacado el puerto, matando e incendiando viviendas y barcos; entre ellos, la nave romana cuya guarnición fue insuficiente para repeler el ataque. Antes de prenderles fuego saquearon naves, lupanares y almacenes. Ocurrió demasiado rápido, cuando en Sagunto empezaban a pensar en repeler la agresión, los atacantes se alejaban, dejando un reguero de muerte y destrucción. Según testimonios, mataron a los hombres; solo se llevaron mujeres, seguramente para venderlas como esclavas.

En el foro rugían reclamando una expedición, perseguirlos, vengar sus actos arrasando poblaciones contestanas.

A Pistias le llamó la atención aquella turba, gritaban exabruptos en lugar de perseguir a unos agresores que marcharían entorpecidos por las cautivas y mercancías robadas. Recordó a Etnhe, se preguntó si la habrían sorprendido en el puerto. Se abrió paso hasta la cabaña, ella no estaba. Decidió bajar al muelle, necesitaba saber si le había ocurrido algo. Vio a Sícoris interrogado por dos mujeres.

—Voy al puerto.

—¡Espera!, voy contigo.

El espectáculo al otro lado de las murallas era sobrecogedor. Desde las dársenas se elevaban columnas de humo negro; otras, más pequeñas, de carros quemados, salpicaban el camino del puerto. En las huertas se apreciaban las heridas del saqueo. Comenzaron a descender. Pistias examinaba los carros intentando reconocer el de Etnhe, algunos humeantes; otros, ardiendo todavía. Habían destripado a cuchilladas a los animales, una forma brutal de matar a unas bestias inofensivas; hubiese bastado un corte en el cuello, cualquiera sabía darlo, salvo... «¡Claro! —pensó—. ¡Provocan!, tanta crueldad solo puede obedecer al deseo de inducir una reacción violenta». Los saguntinos, consumidos de ira, podían reaccionar sin meditar. Esa debía ser, estaba seguro, la intención de los atacantes.

Llegaron tan cerca como permitía el calor de las llamas. Vistos de cerca, los daños eran mayores a lo imaginado desde las murallas. Algunos hombres habían formado una hilera bordeando el incendio, llevaban cubos, ollas, capazos...; cualquier recipiente capaz de contener líquido servía para transportar agua desde el muelle. Luchaban con ahínco, pero en vano, la hoguera se burlaba con llamaradas que hacían retroceder a quienes pretendían apagarla.

—Sícoris, ¿vais a perseguirlos?

Se adivinaba su contestación. Todos los saguntinos a una clamaban venganza por los muertos, las cosechas perdidas... Querían restablecer su dignidad pisoteada.

—¿Podemos hacer otra cosa? ¿Acaso consolarnos llorando? —gritó Sícoris borracho de ira.

—¿Puedo hacer una observación?

Al herrero le costaba contenerse.

—¿Una observación? ¡Explícate! —respondió en tono agresivo.

—Pretenden provocar vuestra respuesta, estoy convencido.

—Si eso quieren, lo conseguirán.

—Sería importante conocer sus motivos.

—¿¡Sus motivos!? Fuimos a expulsarlos, quemamos su campamento. Han hecho lo mismo aquí.

—No lo veo así. Me parece una idea extraña establecerse tan cerca de una ciudad hostil; tal vez, desde el principio su intención fuese provocar un incidente. Si atacáis a los contestanos, estaréis proporcionando argumentos a Cartago. Podrán atacaros pretextando defender a sus aliados, tendrían una excusa para iniciar un conflicto.

—¿En serio piensas así?

Había suspicacia en su pregunta, Pistias comprendió, debía cuidarse de exponer sus pensamientos. Los ánimos estaban demasiado caldeados, cualquier palabra podía ser mal interpretada.

—Vuestras relaciones con Qart Hadasht son tensas. ¿No puede ser que busquen una excusa que les permita iniciar hostilidades?

—Y tú sugieres...

Después de escuchar sus razonamientos, le hablaba más relajado. Las deducciones del forastero podían tener fundamento.

—Formar un grupo numeroso, salir en su busca, recuperar lo saqueado y liberar a los cautivos sin atacar ningún asentamiento contestano.

Se había expresado intentando ser persuasivo, necesitaba convencer a Sícoris. De su decisión podía depender la vida de Etnhe

—Eso pensaba hacer, pero si no los encontramos, alguien tendrá que pagar por esto.

—Las llamas disminuyen. Voy al muelle.

—¡Vamos!

La visión de barcos ardiendo, muertos esparcidos, carros convertidos en ascuas...; era muy distinta de la que recibió a Pistias cuando desembarcó. Examinó los cadáveres: esclavos, marineros, soldados romanos..., ninguna mujer. En el extremo del muelle vio dos cuerpos. Tuvo un mal presentimiento, se acercó corriendo; sus malos augurios se confirmaron, eran Alexios y su nieto. El carro de Etnhe ardía, pero ella no apareció, debieron llevársela.

—Regresemos —dijo Sícoris—. Aquí no podemos hacer nada.

QUINQUERREMES

Asdrúbal el Bello hizo edificar Qart Hadasht –Ciudad Nueva, en el idioma púnico–, para representar a la lejana Cartago ante sus posesiones en Iberia. Casi era una isla en el centro de una ensenada; solo un estrecho corredor por el este la comunicaba con tierra firme; al oeste, un canal llenaba de agua salada el lago donde se sumergían los cimientos de las murallas que protegían el norte; por el sur, solo podían atacarla desde la rada.

Sobre un otero levantó un palacio para su esposa, la bella Coriander. El edificio constaba de siete plantas con terrazas dispuestas en escalones; salones destinados a las audiencias, banquetes y otras ceremonias. Orientadas hacia la laguna: cocinas, almacenes y habitáculos destinados a los esclavos. Coronando el edificio levantó un templo consagrado a la diosa Astarté.

Su hermoso puerto natural proporcionaba cobijo seguro a la flota púnica. En ambos extremos de la rada construyeron sendas torres de vigilancia destinadas a controlar el acceso de los barcos con rumbo a Qart Hadasht. Si al caer el sol esperaban la llegada de alguna nave, encendían fogatas para que pudieran orientarse; en caso contrario, el puerto permanecía a oscuras.

El día despuntó en calma, el cielo sin nubes, una ligera brisa rizaba la superficie marina refrescando el rostro arrugado del vigía. Ahirom tenía un palpito, algo importante iba a suceder antes del crepúsculo. Sus ojos de marino escrutaban el horizonte intentando adivinar por dónde aparecerían las naves portadoras de la noticia. Desde hacía más de cuarenta días esperaban a una representación del Consejo de los Trescientos, para comunicar al ejército el nombre del nuevo comandante general, por esa razón mantenían señalizado el acceso al puerto, pese a la presencia de una flota romana que merodeaba demasiado cerca.

La noche fue desapacible, todo el tiempo estuvo pegado al fuego, única forma de combatir el frío del relente. Con los años, la humedad marina le había deformado los dedos, un dolor agudo en sus articulaciones le impedía utilizar las manos. Se distraía alternando su atención entre la vigilancia del horizonte y el vuelo de las gaviotas. Su turno comenzó al caer la tarde del día anterior, pronto lo relevaría Akil, podría reunirse con Sslama.

El cansancio acumulado le dificultaba mantener los párpados abiertos. Sostener la vista clavada en la línea donde se unían mar y cielo suponía una tortura. Después de una noche despierto, cuidando el fuego, el sueño amenazaba con derrotarlo. Los párpados aumentaban su peso por momentos, necesitaba contraerlos con fuerza y luego mirar en otra dirección; solo así recuperaba la agudeza visual necesaria para mantenerse alerta. Dejó de observar las aves, algo del horizonte había cambiado. Parpadeó varias veces, hizo visera con la mano derecha. Lanzó un grito al ver a lo lejos unos puntos, muy bien podían ser barcos. Una representación del Consejo de Ancianos.

—¡Naves!, ¡tres naves al este!

Estaba solo, el nerviosismo le hacía gritar como si pudiesen escucharlo. Extendía el brazo izquierdo señalando las manchas, apenas visibles sobre la superficie marina. Solo una vista acostumbrada a otear el horizonte podía asociarlas con barcos. El otro vigía dormía al pie de la torre, aún faltaba un rato para su turno. Debía despertarlo para avisar al Rayo de Ba'al; sobrenombre utilizado por los soldados cuando se referían al primogénito de Amílcar. La tropa

veía en él joven general una reencarnación de su padre, lo adoraban, deseaban que fuese elegido por los magistrados para dirigir el ejército.

Ahirom comenzó a descender por una escala de toscos travesaños de madera. La cicatriz que le recorría el muslo, dificultaba doblar su pierna derecha; un recuerdo de Helikê, donde Amílcar Barca murió ahogado en el río Alebus. En ese momento tenía el tono azulado que adquiriría si el dolor era intenso.

—¡Eh!, ¡Akil!, ¡despierta!, debes avisar al general Aníbal. Se acercan tres naves, por el rumbo proceden de Cartago. ¡Vamos!, ¡espabila! —gritaba mientras descendía torpemente.

Akil, un egipcio espigado, despertó al oír las voces. Se incorporó de un salto, sin pronunciar una sola palabra salió corriendo como una gacela hacia el palacio de Asdrúbal. Aníbal había fijado su residencia en la tienda que utilizaba durante las campañas, plantada en un rincón de los jardines del palacio.

Ahirom regresó a su puesto. Protegiéndose del sol con ambas manos intentaba distinguir algún detalle en las embarcaciones, todavía estaban demasiado lejos. Pasado un rato desistió, debía esperar, no quedaba más remedio, para confirmar si las naves eran de Cartago. Estaba inquieto, le costaba mirar en otra dirección. Los puntos avanzaban demasiado despacio, sobrellevar aquella parsimonia resultaba insoportable. Intentó distraerse pensando en Sslama, la cortesana retirada con la que compartía cama, comida y vida.

Años atrás fue cliente habitual, la visitaba si tenía dos monedas de plata, el precio por sus servicios. Con el paso del tiempo se cobraron afecto, aquello que se inició como una relación comercial, se transformó en amistad; ahora, retirados de sus anteriores ocupaciones, compartían vivienda. Ocasionalmente Sslama le permitía yacer con ella, menos veces de las deseadas por el marino.

Se lo dejó muy claro al admitirlo en su vivienda.

—Podrás desahogarte ¡cuándo yo lo permita! —exclamo tajante—, pero no esperes encontrar una mujer enamorada. ¡Qué te quede muy claro!

Él aceptó las condiciones y llevó sus enseres a la vivienda situada en las afueras.

Entornó los párpados recreando la imagen de Sslama. Tendría sobre cincuenta años, aunque nunca pudo desvelar ese misterio; su misma altura, pelo blanco, piel dorada, ojos claros y una figura admirable. Al despertar, se sorprendía viéndola a su lado; resultaba difícil acostumbrarse a tener una mujer tan bella como compañera.

Alzó la vista una vez más, escudriñando el horizonte. Eran tres barcos del tipo quinquerreme, podría jurarlo, pero estaban demasiado lejos, no podía distinguir con claridad los dibujos de sus velas.

Miró hacia el palacio. Se acercaban seis jinetes al trote, todavía les faltaba un buen trecho para llegar. Al frente venía Garnik, oficial de la guardia personal del hijo de Amílcar. Con ambas manos restregó sienes y párpados, extendió los brazos desperezándose. Contempló la ciudad intentando localizar el techo bajo el que se cobijaba su compañera.

Los jinetes desmontaban al pie de la torre. Examinó el horizonte. El barco que navegaba en cabeza llevaba un caballo dibujado en su vela. Su presentimiento se cumplía, era una flota procedente de Cartago. En su juventud fue marino en una vieja pentecóntera, todavía lo invadía la nostalgia recordando aquellos años, entonces su ciudad dominaba la mar. Luego comenzaron las hostilidades con los malditos romanos, fueron demasiados años de lucha, muertes, flotas perdidas... Cartago acabó derrotada.

Sintió un chispazo de orgullo al ver los tres navíos con las velas hinchadas. Sus proas levantaban espumarajos, mientras los remos golpeaban el agua.

—¡Astarté te proteja!, Ahirom —saludó Garnik que había ascendido hasta la plataforma.
—¿Qué opinas de esas naves?

—Son nuestras. ¡Ah!, si hubieses visto nuestra flota en mi juventud, entonces éramos los amos. —Una nube empañó los ojos del viejo marino, pero al instante se le hinchó el pecho admirando la gallardía de las tres embarcaciones—. Confiemos que Ba'al los haya iluminado para elegir al cachorro de Amílcar. Solo él puede devolvernos el prestigio perdido.

Garnik guardaba silencio. Ahirom vio en su amigo el mismo orgullo que él sentía mirando las naves.

—Aguardemos, viejo amigo, pronto conoceremos el veredicto del Consejo. Esperemos que se cumpla tu deseo y hayan elegido a nuestro león.

Palmeó la espalda de Ahirom, luego descendió. Debían confirmar al general Aníbal que llegaban naves, posiblemente con la noticia esperada por el ejército y pueblos aliados. Se disponía a enviar un jinete.

—¡¡¡Alarma!!! ¡¡¡Esos bastardos quieren interceptar nuestros barcos!!! —gritaba Ahirom fuera de sí.

Garnik ascendió a toda prisa. El vigía estaba en pie señalando unos bultos lejanos. Se dirigían en formación de combate al encuentro de la flota cartaginesa.

—¡Por Ba'al!, son tres quinquerremes y cinco trirremes romanos! ¡Navegan contra los nuestros! Garnik, avisa al general, date prisa.

Su mano derecha señalaba hacia el este con movimientos frenéticos. Ocho barcos intentaban interponerse en el rumbo de las naves cartaginesas, para interceptarlas antes de que penetraran en el puerto. Garnik envió dos jinetes con la noticia y regresó a la plataforma. Ahirom continuaba señalando a los barcos enemigos.

Contemplaban impotentes como disminuía la distancia entre las dos flotillas. Los trirremes romanos eran más rápidos, sus remeros se estaban empleando a fondo, acercándose peligrosamente a los quinquerremes púnicos, más pesados y, por ello, más lentos. Ahirom se movía inquieto, daba pasitos irregulares, sin parar de hacer gestos nerviosos señalando las naves romanas.

No le encontraba sentido a un ataque. Los romanos eran amos de aquellas aguas, sin que ninguna ciudad, Cartago incluida, pudiese oponerse a su dominio. Interceptar las naves cartaginesas solo podía responder a ejercer el derecho de comprobar si respetaban el tratado firmado tras su victoria. Ese podía ser el pretexto, pero Ahirom y Garnik sabían el verdadero propósito: humillar a sus antiguos enemigos.

—¡Mira!, Ahirom, ¿adónde van?, ¿qué pueden hacer esas barcas frente a la flota de guerra romana?

Todas las embarcaciones amarradas abandonaban el puerto. Mercantes, barcas de pescadores, pequeños botes..., navegaban siguiendo a un birreme, el único barco de guerra disponible. Conforme se acercaban a los quinquerremes, se desplazaban hacia el este, recogían remos y bajaban velas.

—¡Genial! —gritó Ahirom exultante.

—¿Qué te causa tanto alborozo?

—¿No lo ves? —El viejo estaba disfrutando—. Las barcas forman una barrera protectora, impedirá a los romanos interceptar nuestra flota.

—¿Será suficiente?

—¡Ya lo creo!, tendrían que maniobrar. Las nuestras dispondrán del tiempo necesario, entrarán en el puerto sin ser alcanzadas.

Conforme la barrera se hizo más densa, los trirremes romanos viraron su rumbo, desistiendo en su persecución.

—Solo un lobo de mar podía adivinar esa maniobra tan rápido —dijo Garnik, palmeando alegremente la espalda del sonriente vigía.

—Si eres marino, es para siempre. El oficio no se olvida con los años.

Se fundieron en un abrazo.

—Voy al palacio. Esperamos al nuevo sufete. Si traen el nombramiento de Aníbal, cómo todos deseamos, tendré mucho trabajo. Esos ricachones son muy exigentes, no se conforman con cualquier cosa.

Ahirom miró a Garnik mientras descendía, luego desvió su mirada hacia los tres navíos. Avanzaban impulsados por los remos, llevando las velas recogidas. Entraron en la rada. Los barquitos que hicieron de escudo, también regresaban. Admirando el porte majestuoso de los quinquerremes, sintió nostalgia, recordó episodios de su juventud. Se acercaba el momento del relevo.

No esperaban más barcos, esa noche dormiría junto a Sslama. Intentó identificar su casa. Aquella mujer, de modales oscos y carácter seco, lo cuidaba como nadie había hecho. Localizó la techumbre, le pareció hermosa, cómo era Sslama. La imaginó en casa, junto al fuego, cocinando para los dos. Se miró el vientre, aumentaba su tamaño, de hecho, ya era bastante prominente; lo acarició pensando en ella, responsable de que estuviese engordando. Se le humedecieron los ojos. No hubiese sabido explicar el motivo: ternura o agradecimiento. Akil ya estaba cerca, debía venir contento, saltaba los escasos matorrales que salpicaban el monte próximo a Qart Hadasht.

Solo el barco que navegaba en vanguardia había llegado hasta el muelle, en esos momentos realizaba labores de amarre. Los otros dos se habían situado en la entrada de la rada formando una barrera que dificultaría el acceso a cualquier embarcación enemiga. Las barcas pasaban junto a los quinquerremes, sus tripulaciones, testigos del valeroso acto llevado a cabo para protegerlos, jaleaban a las barquitas. Atronaron vítores, unidos al sonido de las espadas contra los escudos; izaban los gigantescos remos rindiendo homenaje a las chalupas, junto a las naves de guerra semejaban cáscaras de nuez flotando en el agua.

Ahirom contemplaba el espectáculo desde su puesto. Incapaz de controlar la emoción del momento, prorrumpió en alabanzas, uniéndose a los vítores con su voz cascada por los años y la brisa marina.

En el puerto tenían organizada una recepción. Dos filas de mujeres, ataviadas con túnicas blancas y adornos florales sobre sus cabezas, cubrieron la distancia que recorrerían los viajeros hasta dos carros engalanados, dispuestos para trasladar al sufete y a su séquito hasta el palacio. Allí serían recibidos por los oficiales de más alta graduación, con Aníbal al frente junto a su hermana Coriander. Tras las mujeres, formaron en sendas filas los guardias sagrados que viajaban en el quinquerreme.

Los habitantes de Qart Hadasht se agolpaban unos pasos tras las filas, deslumbrados por la imponente presencia de esa guardia selecta. Vestían armaduras repujadas en oro y plata; vistosos plumajes adornaban las cimbras de sus cascos; en las espinillas, grebas decoradas con arabescos; sandalias atadas mediante cintas tejidas con hilos de oro calzaban sus pies. Unos esclavos extendían alfombras sobre el suelo, desde una plataforma por la que desembarcarían los viajeros, hasta los carruajes.

Garnik había conseguido un sitio junto a la plataforma, desde allí podría observar a los pasajeros mientras descendían. Todo estaba dispuesto desde hacía rato, pero nadie bajaba del barco. La muchedumbre se impacientaba, comenzaban a oírse las primeras protestas. Tres

miembros de la escolta bajaron a tierra, su aparición calmó al gentío. Garnik pensó que más le valía al sufete darse prisa o el populacho podía originar un conflicto.

Un tumulto de vítores y vivas dedicados a Aníbal acompañó al magistrado, cuando apareció sobre la cubierta. Vestía a la romana, con túnica y toga, esa circunstancia irritó a la muchedumbre. Se escucharon pitos, algunos insultos, pero pudo más el deseo de recibir a un embajador de Cartago; las protestas se calmaron. Tras el mandatario se situaron dos hombres equipados con lujosas armaduras. Los cascos ocultaban en parte sus rostros, a juzgar por los vítores, debían ser personajes importantes. Garnik averiguó más tarde que eran los hermanos varones de Aníbal.

Se entretuvo observando al sufete, un tipo de mediana estatura, calvo; una barba canosa intentaba disimular su enorme papada; parecía amable, al menos, era la impresión transmitida por su permanente sonrisa. Fingía alegría mientras saludaba al populacho. «¡Tiene miedo!, es un cobarde» fue el primer pensamiento de Garnik al ver las reacciones del personaje. El recién llegado pisó tierra firme, las mujeres que formaban el pasillo comenzaron a cantar alabanzas a Cartago, lanzando pétalos al aire.

Captó su atención una mujer que descendía unos pasos detrás del representante del Consejo. Alta, esbelta, rasgos egipcios, piel morena, porte altivo y andar arrogante; vestía unos pantalones confeccionados con piel de gamuza, sobre ellos, una falda corta; completaba su extraña indumentaria un peto bordado en oro. A Garnik le llamó la atención el látigo enrollado en su muñeca derecha. Estuvo observándola más tiempo del necesario. Ella lo advirtió, continuó descendiendo sin dar muestras de sentirse incómoda. Una vez en tierra, llamó a un escolta. El guardia miró al descarado, luego regresó a su puesto en vanguardia de la comitiva.

ETNHE

Regresando a Sagunto, Sícoris meditaba sobre las palabras del forastero. «No le falta razón, este ataque puede ocultar una provocación de los cartagineses —pensó—. Debemos ser prudentes, será mejor calmarnos antes de tomar alguna decisión».

Pistias comprendió tarde el error de advertir al herrero. Sus razonamientos podían volverse contra Etnhe. Lo hizo de buena fe, para evitar que cayeran en una provocación. No valoró bien las consecuencias, ya era tarde. Le angustiaba el destino que aguardaba a las cautivas, sin duda, la esclavitud. Mientras razonaba pensaba en ella: su dulce sonrisa, extraño vocabulario; sobre todo, en el magnetismo de sus ojos. Lo recogió en su casa sin conocerlo, compartiendo su comida, proporcionándole placer y cariño.

Caminaba junto al saguntino debatiéndose entre refugiarse en la seguridad proporcionada por las murallas o asumir el riesgo de salir a buscarla. Casi habían llegado, cuando admitió que no existía alternativa. Aunque las posibilidades de encontrarla eran escasas, lo intentaría, solo podía perder la vida y no le importaba demasiado.

—¿Vais a perseguirlos? —preguntó a Sícoris.

—Fue mi primer impulso, pudiste verlo, pero incendiaron lupanares, tabernas donde se reunía la hez del puerto; los barcos no pertenecen a Sagunto; los muertos son esclavos y marineros; solo han capturado putas. No puedo arriesgar vidas por esa gente.

Pistias percibió desprecio hacia el lugar que él mismo, un aventurero, ocupaba en la jerarquía social de cualquier ciudad. Resultaba doloroso escucharlo con tanta crudeza. En cualquier otra comunidad se hubiese producido una reacción parecida, siempre se anteponian los intereses propios a cualquier otra consideración. Todas las cautivas eran prostitutas, pero intentaría ayudarlas, igual que Etnhe hizo con él.

—Podemos localizarlos. Una vez sepamos cuántos son y hacia dónde se dirigen, tomaríamos una decisión.

Fue su último intento de encontrar apoyo. Solo la codicia por recuperar los bienes podía impulsar a los saguntinos para formar una tropa. Se dio cuenta que razonaba dando por seguro que seguía viva, no estaba dispuesto a admitir otra posibilidad.

—Ningún saguntino morirá por unas putas.

Las palabras del herrero le produjeron repulsa. Él no pensaba dejar a Etnhe abandonada a su suerte, tampoco regresaría a esa ciudad.

—Seguiré su rastro. Será fácil localizarlos, luego decidiré cómo actúo —dijo en tono despectivo.

Sícoris reafirmaba su decisión, negando con enérgicos movimientos de cabeza.

—Será bajo tu responsabilidad. No cobrarás.

Habían traspasado las puertas, los ánimos estaban más calmados; pasado el primer impulso, la inmensa mayoría de saguntinos pensaba como Sícoris. Renegaban de los asaltantes, maldecían, deseaban para ellos todos los males que las furias pudiesen arrojar sobre sus cabezas; pero no estaban dispuestos a correr riesgos por unos desechos humanos.

Si quería alcanzarlos debía salir enseguida. Algunos testigos afirmaban que siguieron la costa hacia el sur, adentrándose en territorio contestano. Pistias supuso que estarían concentrados

en forzar a las cautivas para acelerar el paso, no sería difícil localizar sus huellas. Se puso en marcha con la esperanza de encontrar el rastro.

Inició un trotecillo tranquilo, la forma más eficaz de recorrer grandes distancias sin verse obligado a realizar largas paradas para recuperar energías. Una suave pendiente facilitaba el recorrido. Una vez en terreno llano, comenzó a caminar deprisa, atento a cualquier señal indicadora de estar siguiendo la ruta correcta. Vio las primeras marcas. Le llevaban ventaja, pero él viajaba sin impedimentos, podía avanzar más rápido. Esperaba alcanzarlos antes del atardecer. Desconocía si Etnhe sería una de las cautivas, tampoco se le ocurría cómo liberarla.

Había salido sin alimentos ni agua, comprendió su error al notar la boca seca. Estaba acostumbrado al ayuno; cuando careciendo de empleo, situación bastante frecuente, no tenía medios de conseguir alimento. Continuó, calmaría su sed en algún arroyo.

Oscurecía, necesitaba recuperar fuerzas. Si seguía avanzando con poca luz se arriesgaba a dar un mal paso y dañarse un pie. No quiso imaginar cómo saldría adelante, cojo y lejos de Sagunto. Localizó un algarrobo robusto, trepó hasta encajarse en la cruz formada por dos ramas con el tronco, se amarró para evitar una caída mientras dormía. Se arrebujó como pudo con la clámide para intentar conciliar el sueño. Pese a sus intentos por dejar de pensar, una y otra vez revivía las escenas con Etnhe. Dos se repetían insistentemente: el ardid que ella utilizó para entablar conversación y el efecto que le produjo el calor de su cuerpo en el camastro. La felicidad debía ser algo parecido.

Apenas durmió. Recuerdos, ruidos nocturnos, escarcha..., lo impidieron. La oscuridad comenzaba a disiparse, descendió del algarrobo y reanudó la persecución. El día transcurrió sin encontrarlos, aunque sus huellas estaban frescas. Debía ser prudente, no era cuestión de acabar capturado por precipitarse. Estaba hambriento, unas algarrobas secas y dos palmitos fueron su único alimento desde la comida con Etnhe. Cruzó un arroyo, el agua bajaba turbia, tomó unos buches, comenzaba a notar retortijones.

Los padecimientos que soportarían acaparaban sus pensamientos. Las imaginaba caminando agotadas, arrastrando grilletes en los tobillos, unidas en una fila mediante una argolla en el cuello...

Al atardecer escuchó el sonido lejano de voces femeninas. Incrementó el ritmo, conforme se acercaba percibía sus sonidos con más nitidez. Consideró prudente mantener la distancia hasta que comenzase a oscurecer, mientras tanto, siguió atendiendo a las voces, esperando identificar su peculiar acento, pero estaban demasiado lejos.

Las conversaciones se escuchaban más próximas, incluso llegó a entender algunas palabras sueltas. Se habían detenido, él también lo hizo. Permaneció inmóvil, agazapado entre unos arbustos. Despertó su interés algo que al principio le había pasado desapercibido. Todas las voces correspondían a mujeres hablando despreocupadas.

Incapaz de contener su curiosidad, comenzó a acercarse despacio, mirando dónde ponía los pies. Algo tan simple como el crujir de una ramita podía delatar su presencia. Calculó sobre cincuenta mujeres reunidas en un claro del bosque, hablaban sentadas alrededor de una lumbre; otro grupo, menos numeroso, desollaba conejos y desplumaba aves, luego los ensartaban en unos hierros para asarlos. La visión de la carne estimuló el apetito, sus tripas rugieron reclamando alimento. Mientras las observaba buscando el rostro de Etnhe, experimentó un sobresalto al sentir un objeto punzante presionando su espalda.

—¡Arriba! —exclamó enérgica una voz femenina.

La presión aumentó. Apretaban fuerte, disipando dudas sobre las intenciones de quién empuñaba el arma. Se levantó despacio, los brazos en alto. Giró la cabeza y...

—¡¡¡Etnhe!!! —Sus palabras apenas fueron un susurro, para no descubrir sus presencias.

Comprendió su error enseguida. Una cota de malla le protegía el cuerpo, sobre la cabeza destacaba un casco; en su cintura, una espada; pantalones de piel cubrían sus piernas hasta las pantorrillas, calzaba sandalias parecidas a las de los legionarios romanos.

—¿Tú?

Su lanza seguía presionando.

—Te creía en peligro. Quería ayudarte a escapar. Veo que estaba equivocado.

—¡Andar!

Aumentó la presión acompañando su orden. El ruido de pasos alertó a las otras, se incorporaron desenfundando sus espadas. Se detuvo, creía estar apurando el último instante de su vida. Un picotazo en su espalda le hizo avanzar.

Observó un detalle, todas iban armadas.

—¡Bien hecho!, Etnhe —dijo una. Se acercó hasta enfrentar la mirada del cautivo—. ¿De dónde sale esta preciosidad!?

Todas rieron a carcajadas. Había silabeado las palabras como lo haría una serpiente. A Pistias le sonaron a sentencia de muerte.

—¡Sheba!, yo conozco. ¡Hablar!

Vio cómo se dibujaba la sorpresa en las caras de aquellas mujeres.

—¡Atadlo en aquel árbol!, luego nos contarás cómo lo conociste —dijo la jefa del extraño grupo.

Le arrebataron su espada, amarrándolo al tronco del árbol. Etnhe se unió al grupo de la hoguera, hablaban..., estaría explicando cómo lo conoció. Le llevó un tiempo aceptar su indefensión, solo podía esperar.

Pensó cómo contaría su aventura con un grupo de mujeres armadas, si conseguía escapar vivo. Las que preparaban la caza vestían túnicas, ninguna tenía armas, debían ser cautivas; solo dos manejaban un cuchillo para desollar y preparar las presas. Parecían felices, reían, cuchicheaban; unas le dirigían miradas compasivas; otras, indiferentes.

Escuchó carcajadas, algunas cabezas se giraban. Vio burla en muchos ojos, odio en unos pocos; en el resto, desdén. Etnhe habría contado la anécdota del carro, debían reírse de él; imaginarían a un pobre hombre seducido por su compañera. Si era así, no andaban demasiado equivocadas, también vio miradas comprensivas; sin duda, envidiaban a Etnhe, capaz de despertar ese sentimiento en el prisionero.

Etnhe y la jefa se acercaron.

—¿Cuántos vienen contigo?

—Estoy solo.

—¿Por qué nos espiabas?

—Esperaba encontrar una oportunidad para liberar a una cautiva.

La sorpresa se dibujó en el rostro de las dos.

—¡Una cautiva!, ¿cuál? —señaló al grupo que preparaba la caza.

—Está a tu lado. Creía que iba prisionera.

—¿Liberar, mí?

—Te portaste bien conmigo. Soy agradecido.

—Es difícil creer tu historia.

—Pero es cierta.

—¿Qué harás si te liberamos?

—No he tenido tiempo de pensarlo.

—¿Tú, ir Arse?

—¿Arse? —simuló desconocer ese nombre.

—Ahora la llaman Sagunto.

—¡Ah!, no lo sabía —mintió.

—¡Contesta!, Etnhe te pregunta si regresarás a Arse.

—¡No!

—¿Por qué vamos a creerte?

—Les pedí ayuda para liberar a las cautivas. Se negaron a poner sus vidas en peligro por unas putas. Eso dijeron.

—Tú no pareces mejor. Solo querías liberar a Etnhe.

—¿Yo solo contra un grupo?, ni siquiera confiaba en poder ayudarla —contestó con desánimo.

Las dos regresaron a la hoguera. Comenzaron a debatir en un idioma desconocido. Solo pudo entender algunas palabras sueltas, las suficientes para comprender que decidían su destino. Etnhe dijo algo, algunas contestaron airadas. Se formaban dos grupos con distinta opinión, discutían, gesticulaban con vehemencia.

La jefa guardaba silencio. Levantó una mano, cesaron las disputas. «La respetan —pensó —, mi vida está en sus manos. Solo ella puede salvarme».

Sheba iba a dictar el futuro de Pistias. Etnhe estaba tensa, no permitiría que lo mataran como quería Asherah, la más vehemente defendiendo esa solución. No lo iba a consentir.

—¡Somos la manada! No necesitamos hombrecitos —dijo Asherah.

Alterada, aprovechó el silencio reclamado por Sheba para gritar su pensamiento. Muchos gestos se mostraron de acuerdo con su alegato.

—¡Asherah!, podemos decidir quién es la líder. ¿Es tu deseo?

—Eres nuestra loba madre, Sheba. Te pido disculpas, debo controlar mis impulsos.

—Por esta vez las acepto, pero tu indisciplina merece castigo. Ayunarás durante dos días. Si vuelve a ocurrir, serás expulsada.

—Me parece justo. —Apretó los puños rabiosa.

Sheba las miraba a los ojos buscando desaprobación. Si querían sobrevivir en un entorno hostil, el grupo necesitaba permanecer unido. La indisciplina era intolerable, por liviana que fuese; lo contrario llevaría de forma inevitable al desgobierno. Fue la inspiradora de integrar a mujeres marginadas, casi todas prostitutas, o lobas, sobrenombre despectivo con el que se identificaban. Con ellas organizó una manada apiñada en torno a la loba madre.

Cuando todas acataron su decisión, tomó la palabra.

—No habrá ninguna represalia. Arriesgó su vida para ayudar a una mujer. Sería indigno castigarlo. ¡Asherah!, ¿ha quedado claro?

—¡Entendido!, Sheba.

Aceptaba el veredicto, aunque dejaba patente su desacuerdo. Rehuía la mirada de Sheba, mostrando desprecio hacia Etnhe, considerándola una loba débil por aceptar protección de un hombre.

—Solo falta decidir si lo dejamos en libertad o lo retenemos hasta que no pueda comprometer nuestra seguridad. Podéis opinar.

Ninguna dijo nada. No querían condicionar la decisión de su líder ni enfrentarse con Asherah, si pensaba distinto.

—Sheba manda, lobas hacen.

—¡Está bien!, Etnhe, ven conmigo.

Las dos se acercaron al prisionero. Pistias había observado la escena sin entender sus palabras, pero percibiendo a cuáles les resultaba hostil su presencia.

—Has tenido suficiente tiempo para pensar. ¡Dimel!, ¿a dónde irás si te liberamos?

—No regresaré a esa ciudad. Iré al sur. Me gano el sustento como mercenario, tiempo atrás luché con Amílcar. Si su hijo manda las tropas, lucharé para Cartago.

—Nosotras vamos a Qart Hadasht. Si te comportas, puedes acompañarnos. Etnhe te ha cobrado aprecio.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Prueba.

—¿Qué haréis? —su barbilla señaló a las cautivas.

—¿Te preocupa la suerte de unas putas?

—Mi madre fue una cortesana.

—Pocos lo admitirían, pero te honra hacerlo. No sufras, han decidido unirse a nuestro grupo. Serán lobas, mujeres libres.

Sheba se alejó. Etnhe cortó sus ligaduras.

—Muchas quieren muerto. Conmigo. No hablar —señaló la hoguera—. Lado, mí.

—Tengo sed, estoy hambriento. Mi última comida decente fue tu guiso.

—Allí, callar —señaló un árbol.

Las miradas de las que permanecían en torno a la hoguera eran poco amistosas, debería ser precavido o tendría problemas. Estaban compartiendo trozos de carne asada, por el tamaño de las raciones dedujo que andaban escasas de comida. Etnhe cogió su parte, luego le alcanzó un pellejo con agua.

—¡Comer! —Le entregó el muslo de un conejo.

—¡No!, es tu cena.

—¡Comer!

El mandato fue imperativo, los jugos en su estómago estaban excitados, engulló la carne de un bocado.

Etnhe extendió una manta sobre el suelo.

—¡Dormir!

—¿Qué harás tú?

—Guardia, venir luego.

Pistias se tumbó sobre la manta. Tenía intención de permanecer despierto, algunas lo querían muerto, mejor mantenerse alerta. Después del relevo, Etnhe se acostó pegada contra él. Volvía a ser aquella mujer que conoció en Arse, o Sagunto, o cómo quisieran llamar a esa ciudad. Regresaba la dulzura en su mirada, otra vez sintió su cabeza en el hombro y el dedo dibujando círculos en su sien. La abrazó, ella correspondió con dulzura, como en Arse; muy distinta a la que lo empujaba con su lanza. Dormían abrazados, Sheba los despertó con sendos puntapiés. A Pistias le parecieron un disimulado gesto de afecto.

—¡En pie!

Reanudaron el camino. Viendo el grupo compacto, comprendió que eran casi el doble de las que calculó la noche anterior. Etnhe marchaba a su lado, el gesto serio, demasiado serio le pareció a Pistias. Un guiño acompañado por una sonrisa le ayudaron a comprender, solo era una pose para ocultar su dicha. Algunas lo miraban sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su desagrado; otras, sin embargo, al cruzarse sus miradas manifestaban su condición femenina mediante seductoras sonrisas. También las había indiferentes a su compañía, formaban parte de esas últimas las capturadas, o rescatadas, todavía no lo tenía claro.

—Una compañera tuya tenía mucho interés en librarse de mí. ¿Puedo conocer sus motivos?

—Asherah odia hombres. Ella niña, padre usa Asherah. Ella mata. Sheba hace libre, igual esas —señalaba al grupo de las rescatadas en los lupanares del puerto.

—Puedo entender su odio, pero alguien debería explicarle que todos los hombres no somos iguales, tampoco vosotras lo sois.

—¡Sí!

Sentía curiosidad, pero demasiadas preguntas podían transformarse en complicaciones. Mejor esperar.

—Y tú ¿ya eras una loba...?

—¡Sí!

No preguntó más. «Si Etnhe se introdujo en Arse —pensó—, no fue solo para preparar el ataque al puerto. Alguien tiene planes de más alcance. Debe ser Aníbal».

Pistias advirtió que no tenían demasiada prisa por llegar a su destino. Caminaban desde la salida del sol hasta el mediodía, luego preparaban el sitio donde iban a pernoctar. Cada dos o tres días de marcha intercalaban otros tantos de asueto, dedicándolos a cazar, recolectar frutas silvestres, alguna que otra rapiña desvalijando viajeros o asaltando pequeños enclaves agrícolas. Mas tarde recordaría esas jornadas como las más plácidas de su existencia. Etnhe se mostraba cariñosa, constantemente pendiente de él, vigilante para que no le molestara Asherah o cualquier otra loba.

Entraron en Qart Hadasht. Los recibió el rumor de la llegada de un sufete con el nombramiento del nuevo comandante general. El acontecimiento ante la tropa tendría lugar esa misma tarde, en los jardines del palacio.

Sheba se dirigió a Pistias.

—Sigues pensando en luchar para Cartago.

—Si hay buena paga...

—Ven, te recomendaré.

Se dirigieron al palacio. Sheba preguntó por Garnik, supo que estaba en el edificio.

—¡Vamos! —le dijo a Pistias—. Tienes suerte.

Vio a un hombre acercándose con paso decidido.

—¡Sheba!, dichosos los ojos.

—También me alegro de verte —respondió sin demasiado entusiasmo.

A Pistias le pareció notar tensión entre los dos, pero se iba acostumbrado a la actitud de aquellas mujeres hacia los hombres.

—Habéis regresado a tiempo, podréis presenciar el nombramiento. Será esta tarde. Aunque este sol amenaza tormenta... ¡Ya veremos!

—Este es Pistias, dice que luchó junto al general Amílcar, busca empleo.

Garnik le dirigió una mirada desconfiada. Conforme se extendía el rumor de que Aníbal sería elegido para ocupar la dirección del ejército, aparecían tipos diciendo haber luchado junto a su padre.

—¿Luchaste con Amílcar? ¿Cuándo fue?

—Siendo yo muy joven, mi padre luchó en Sicilia, más tarde lo hice yo aquí, en Iberia, hasta que el general encontró la muerte. Su yerno licenció a muchos mercenarios, fui uno.

—Conociste a Aníbal.

—En Helikê era uno de los soldados asignados por el general para custodiarlo.

—¿Te recordará?

—No lo sé. Han pasado unos años. Él era muy joven.

—Podemos comprobarlo. Vendrá enseguida.

—He de informar al general. Esperaré aquí —dijo Sheba.

—Mientras, podéis contarme cómo os habéis conocido. Las lobas y los hombres no se relacionan —se había expresado en plural, pero la frase iba dirigida a Sheba.

—Lo averiguarás si estás presente cuando informe al general.

Por la tensión existente entre los dos, Pistias imaginó que tiempo atrás debían haberse tratado de forma muy distinta. Vio salir del edificio a un joven de porte atlético, buena estatura y andar sereno. No pudo ocultar su emoción.

—Recordaba a un niño, pero ahora es el vivo recuerdo de su padre. Los mismos gestos, andares, energía... —le dijo a Garnik

—¡Por Ba'al! ¡Eres tú!, ¡Pistias!

Aníbal avanzó al encuentro del macedonio con los brazos abiertos y alegría en su mirada. Ambos se fundieron en un abrazo. Sheba se alegró de haber respetado su vida. Sonreía, imaginando la cara de Asherah cuando le contase la escena.

—Hasta el otro lado del mundo llegan ecos del hijo de Amílcar.

—No recordaba a un adulator.

—Y no lo soy, bien lo sabes.

—Hoy no tengo tiempo para celebrar tu presencia, pero ¡dime!, ¿qué te trae por Qart Hadasht? —Miró a los otros—. ¿Acaso os conocéis?

—Quiere luchar a tu lado, Sheba lo recomienda —dijo Garnik.

—Hoy debe ser un día especial. Llega un sufete, encuentro un viejo amigo y Sheba lo apadrina. No sabría decir cuál es el hecho más relevante.

—Cuando escuches mi informe, se iluminará tu asombro —dijo Sheba.

—Te escucho.

—¿Aquí? —miró a Pistias.

—Le confiaría mi vida sin dudarlo.

—Está bien.

Hizo un completo informe de las andanzas de su grupo, incluyendo el ataque al puerto y la aventura de Pistias pretendiendo liberar a una loba. Esta parte del relato provocó hilaridad en el general púnico.

—Has hecho un buen trabajo, Sheba, aunque no conseguiste que atacaran a los contestanos. —Luego, dirigiéndose al macedonio—. ¡Vaya!, Pistias. ¡Te gusta una loba!

—Sheba exagera.

—Dejemos ese asunto. Desde este mismo instante te integras en mi guardia personal. Garnik es tu comandante. ¿Estás contento?

—Es un honor servirte.

—Aguarda hasta mi regreso —le dijo Garnik, alejándose tras Aníbal.

Sheba fue con la manada. Quería hablar con Etnhe.

—No tengo claro si debes seguir siendo una loba.

—¡Yo quiero!

—Te he observado durante el trayecto. Si te emparejas con él, no puedes seguir con nosotras. ¿Lo comprendes?

—¡Sí!

—Has de decidirlo ahora.

Sabía, por experiencia propia, la repercusión que podía tener esa decisión, pero así debía

ser si quería pertenecer a la manada. No podía tolerar debilidades, mucho menos si las causaba un hombre.

—¡Quedo!, loba.

—¿Estás segura?

—¡Sí!, tú, madre mía.

Mientras estuvieron en Arse, Pistias fue una diversión, aunque la última noche, cuando se levantó a hurtadillas para regresar junto a sus hermanas. Viéndolo dormido tuvo la idea fugaz de unir su vida con aquel aventurero, casi al instante desechó el pensamiento.

Mientras saquearon el puerto rogaba a Ba'al que no apareciese, no podría luchar contra él; luego, en el camino a Qart Hadasht, no pudo dormir recordando su piel, las palabras susurradas en su oído. Encontrarlo agazapado tras un arbusto casi la hizo gritar de alegría, faltó poco para arrojarle en sus brazos.

Él no se había dado cuenta del impacto causado por su presencia, tampoco sus hermanas, solo Sheba lo descubrió. Ahora exigía confirmación del compromiso adquirido con la manada.

—Entonces, continuemos juntas.

—¿Despedir Pistias? —Su rostro mostraba el sufrimiento que le atormentaba.

—Que no te vea ninguna hermana.

Etnhe encontró al macedonio con los centinelas.

—Tú, venir, hablar —se expresó con destemplanza, un escudo para ocultar su debilidad.

—Debo permanecer cerca, espero a mi comandante. Si paseamos allí —señaló hacia un muro—, podremos hablar sin testigos.

—¡Sí!

Comenzó a caminar aprisa. Pistias se vio obligado a acelerar sus zancadas para alcanzarla.

—¡Espera!, ¿te ocurre algo?

Continuó hasta el muro. Le brillaban los ojos.

—¡Loba!, ¡yo loba! —lo dijo a trompicones, con el rostro crispado.

Etnhe, mediante su escaso vocabulario, planteaba un dilema que no había meditado, pedía auxilio para terminar una relación apenas iniciada; hacerlo sola era un sacrificio superior a sus fuerzas.

Desde el primer día se sintió fascinado por la conductora del carro, nunca experimentó ese sentimiento con tanta intensidad hacia otra mujer. Fue el motivo para intentar salvarla, luego, mientras viajaban, se reforzaron las sensaciones; calló por temor a la reacción de sus compañeras, ocultando emociones que ahora intentaban mostrarse. Tuvo el pensamiento de plantearle una vida en común. Ella también lo deseaba, estaba seguro, sería incapaz de negarse. Se impuso la realidad y desechó su idea.

—¿No lo comprendes?, no tengo un futuro para ofrecerte. Mi destino es una espada aguardando el momento de darme muerte.

—¿Nada?

—No quiero hacerte más daño. Seguirás en mi corazón, pero debemos continuar, tal vez haya un destino reservado para nosotros.

Etnhe se encaramó sobre el muro.

—¡Loba! —gritó rabiosa, saltó al exterior alejándose.

Pistias creyó ver dos lagrimones resbalando por sus mejillas. Comprendió los motivos de su apresurada huida, era una loba, no podían verla llorar.

EL RAYO DE BA'AL

La llegada de las naves desató una actividad desacostumbrada en el palacio. Gael, el mayordomo, supervisaba los detalles para el banquete de recepción al magistrado. Esperaba que su amado Aníbal quedase satisfecho con su trabajo, como él lo estaba por permitirle, de tarde en tarde, acompañarlo en su lecho. Recorría el salón del triunfo, el más lujoso del palacio, dando órdenes, nervioso. Hizo colocar una mesa construida con madera de ébano sobre un estrado.

Cuatro esclavos frotaban paños sobre las losas de mármol granate del suelo, debían resplandecer al paso del sufete. En la mesa principal, destinada para el mandatario, su hija y los hermanos Barca; un esclavo colocaba cubiertos y copas de oro. En el puesto preferente estaría Belshazzar; a su derecha, Aníbal, el Barca primogénito.

—¡Cuidado con esas copas! ¡Cómo rompas alguna te haré crucificar! —gritó su voz chillona a un esclavo.

Gael cogió una copa, la frotó con su túnica, contempló en ella el reflejo de su rostro. Ensayó un mohín, mientras deslizaba los dedos entre sus bucles; sonrió satisfecho, el oro realzaba el color natural de su cabello. Ensayó un parpadeo, admirando las pupilas reflejadas en el metal; podían fluctuar desde el azul del cielo hasta el verde de la mar embravecida; se veían verdes, prefería el azul.

Observaba a Neferure colocando cubertería en las otras mesas. ¡Cómo odiaba a esa esclava!, preferida por su Hanni. Solo en la intimidad se atrevía a utilizar ese apelativo para referirse al joven Aníbal Barca. No acababa de comprender su preferencia por aquella esclava, teniendo una piel tan oscura. Procedía de Axun, una ciudad situada al sur de la tierra de los faraones. Envidiaba la armonía de sus facciones, sus ojos grandes, el pelo casi liso que le daba ese aire exótico tan aborrecible.

Ella, sintiéndose observada, se encogió intentando pasar desapercibida. Conocía el enamoramiento del mayordomo, sospechaba que debía sentir celos de ella, requerida casi todas las noches para calentar la cama del amo. Gael esperaba verla cometer algún fallo para justificar un castigo.

Llegó un soldado de la guardia personal del general.

—¡Mayordomo! ¡Acompáñame!

Salió tras el guardia, dedicando a la esclava una mirada de triunfo. Aníbal aguardaba tendido desnudo sobre un sobrio camastro.

—¡Gael!, ¡por fin! Tengo el cuello tieso como el mástil de una bandera.

El mayordomo tomó un frasco con aceite perfumado, calentó sus manos restregándolas enérgicamente. Untó óleo en hombros, cuello, continuó hasta las caderas, luego comenzó a masajear.

—Mi señor, tu espalda es un nudo. Necesitas relajarte, solo así mejorarás.

Frotaba con habilidad aprendida en Grecia, allí descubrió el placer entre dos hombres. Friccionaba los trapecios de su amo, cuando entró Garnik.

—El sufete y *su hija*, están alojados en las habitaciones del primer piso, según ordenaste. —De forma intencionada cambió de entonación al mencionar a Kissa.

—¿Le ocurre algo a la hija? —Conocía bien a Garnik, si remarcó, *su hija*, debía tratarse

de un personaje peculiar.

—Dicho con todo el respeto, es poco tradicional. Viste de forma extraña, lleva un látigo enrollado en una muñeca y es tan altiva que parece un cónsul romano.

—¡Ja, ja, ja!, vaya descripción. Gael, ¡termina!, he de ir a recibirlos.

El esclavo, tras retirarle el aceite, comenzó a vestirlo con la armadura dorada que le regaló Amílcar cuando juró, ante Ba'al, odio eterno a Roma. Aníbal la encontraba demasiado ostentosa, pero adecuada para llevar a cabo el plan que tenía pensado.

Gael miraba encandilado a su amo dentro de aquella cota de malla adornada con escamas de oro y bronce entrelazadas. De su cintura colgaban tiras de cuero decoradas con bronce; al cinto, la espada que perteneció a su padre; en las espinillas, grebas de cuero con engarces de plata; calzaban sus pies, sandalias salpicadas por piedras preciosas. Completaba el atavío un casco de plata rematado por plumas de faisán en la cimera.

—¡Oh!, mi señor, brilláis cómo Ares, el dios de la guerra en mi patria.

—Esta armadura fue un regalo de mi padre, a quién tengo en el corazón, aunque un guerrero no precisa tanto lujo. ¡Vamos!, nos espera el sufete.

—Lo impresionarás —dijo Garnik.

—Si me han elegido, quiero mostrar esta imagen ante mis oficiales. Si han designado a otro, esta armadura le transmitirá al sufete el mensaje de su error.

Salió seguido por el jefe de su guardia y los soldados que vigilaban la carpa.

A Belshazzar y Kissa los habían alojado en las habitaciones que pertenecieron a Coriander: las más lujosas del palacio. Tenían su propio baño, acceso a una amplia terraza orientada hacia la ensenada, sobre los jardines; el mirador preferido de Asdrúbal, allí le gustaba pasar los cálidos anocheceres de Qart Hadasht, mientras cenaba acompañado de su esposa. En unos macetones plantaron semillas traídas por mercaderes fenicios. Las llamaban *jasmín*; al atardecer, sus florecillas blancas emitían un delicado perfume. En aquella terraza tendría lugar la recepción oficial al sufete.

Belshazzar y Kissa, acompañados de Magón y Asdrúbal, aguardaban en el mirador la llegada del Barca primogénito. Belshazzar se entretenía identificando los árboles que crecían junto a los parterres; reconoció moreras, nogales, almendros traídos por los fenicios; abundaban olivos de troncos retorcidos. Los mercenarios esperaban impacientes el comienzo de la ceremonia, pisoteando macizos de flores sin ninguna consideración. «Los jardineros tendrán trabajo», pensó el sufete.

Podía identificar el origen de algunos grupos, casi todos pertenecientes a pueblos íberos. Departían entre ellos pese a que hablaban lenguas distintas; luchando para un mismo fin, unidos bajo el mando de los Barca, habían desarrollado una jerga integrada por palabras pertenecientes a distintos lenguajes.

En su juventud, Belshazzar estableció relaciones comerciales con pueblos de Iberia, gracias a esa experiencia podía distinguir en aquella amalgama la presencia de oretanos, bastetanos, túrdulos, baleares...; también africanos de tez oscura, aunque menos numerosos, permanecían sin mezclarse; apartados en un extremo identificó un grupo compuesto por desertores del ejército romano.

La presencia de aquellos soldados contenía un claro mensaje, constituían la expresión del poder entregado a quien ejerciera el mando sobre ellos. Estaba seguro, aquellas gentes eran de Aníbal. Primero Amílcar; luego, su yerno Asdrúbal el Bello; ahora desearían al primogénito de esa familia para desempeñar el mando.

Kissa meditaba. En la terraza parecían estar a salvo, pero si las noticias que traía su padre

disgustaban a quien tuviese ascendiente sobre aquellos soldados, sus vidas podían estar en peligro. Unos nubarrones destacaban al fondo, sobre la mar, amenazaban descargar un buen chaparrón; aunque todavía estaban lejos, pensó que, si Aníbal se retrasaba, acabarían empapados. Se acercó a su padre.

—La descortesía de nuestro anfitrión es ofensiva. Debería haberse presentado el primero y recibirme según marca el protocolo. Hacerte esperar, cómo si fueses uno de sus oficiales, es un insulto intolerable —dijo en voz baja.

No tuvo tiempo de contestar a su hija, un sonido de tambores procedente de los pisos superiores, mezclado con el rumor de la tormenta cercana, anunciaron la llegada de Aníbal.

La tropa se agrupó formando ordenadamente. Los hermanos menores del general se hicieron a un lado. Apareció Aníbal engalanado con su armadura dorada, tan brillante que, al reflejar los rayos del sol, creaba la ilusión de encontrarse ante un personaje divino. Las escamas despedían destellos que obligaban a desviar la vista o protegerla interponiendo las manos.

Un estruendo ensordecedor saludó su presencia. Los íberos golpeaban sus escudos con las hojas de sus espadas. Unas mujeres con aspecto belicoso, armadas, cubiertas por cotas de malla, colocaban sus manos formando bocinas para emitir aullidos. Los africanos daban saltos entrechocando sus lanzas. Desde el exterior del palacio llegaba un tumulto ensordecedor de gritos en favor del áureo semidiós.

Aníbal se aproximó a la barandilla, extendió los brazos saludando a sus soldados. El tumulto arreció hasta que la deslumbrante figura reclamó silencio. Se apagó el sonido en los jardines, el proveniente del exterior se fue reduciendo hasta desaparecer. El héroe le habló al sufete.

—Qart Hadasht te da su bienvenida, la familia Barca te acoge y brinda protección —ignoró a Kissa.

Belshazzar estaba sobrecogido por la demostración que acababa de presenciar. Esperaba encontrar a un bruto incapaz de manejar los intrincados hilos de la diplomacia. En su lugar, había descubierto a un estratega capacitado para manipular las mentes según sus intereses.

—Estoy emocionado ante el fervor del ejército de Cartago hacia tu persona —contestó el sufete.

Quiso recordarle a Aníbal que aquellas tropas servían a Cartago, por ese motivo pronunció con énfasis el nombre de la ciudad, luego hizo un gesto reclamando silencio. Se arrimó de puntillas a la baranda intentando compensar su escasa estatura; le demostraría a ese advenedizo que sabía manipular a un auditorio. Habló engolando la voz.

—Los generales Amílcar y Asdrúbal realizaron un magnífico servicio en estas tierras. El Consejo de los Trescientos todavía llora sus ausencias. En justo reconocimiento, hemos decidido honrar a la familia Barca concediéndole a su primogénito la oportunidad de ejercer el mando. Por ese motivo... —hizo una pausa, el gesto adusto, la vista clavada en los soldados de las primeras filas.

»Aníbal Barca —continuó—, queda investido comandante general del ejército.

Acababa de ceder ante el ambicioso de la armadura dorada, pero dejando muy claro que debía su elección al buen hacer de su padre y su cuñado.

A las palabras del sufete les siguió el silencio, durante unos instantes pudo oírse el rumor de la brisa agitando la vegetación. Lo interrumpió el bramido de los mercenarios aclamando al nuevo comandante general. Cuando más fuerte gritaban los deslumbró el destello de un rayo sobre la mar, muy cercano a la costa, seguido por un trueno ensordecedor. Al apagarse el estruendo, Magón reclamó silencio.

—¡¡¡El Rayo de Ba'al!!! —gritó, señalando hacia las nubes, próximas a ocultar el sol.

—¡¡¡El Rayo de Ba'al!!! —contestó la soldadesca, repitiendo con fanático frenesí la arenga lanzada por Magón.

Aníbal se encaramó sobre la barandilla: en pie, piernas separadas, brazos abiertos, mirando al cielo... Se dejó adorar.

Otro trueno marcó el final. Las nubes avanzaron hasta cubrir el sol. Comenzó a diluviar, los de la terraza se precipitaron al interior del palacio; los del jardín lo abandonaban apresuradamente. Los macizos de flores quedaron convertidos en un lodazal.

Magón y Asdrúbal se excusaron ante el sufete para ausentarse, con el pretexto de cambiar sus ropas mojadas por otras secas. Aníbal había desaparecido.

—Padre, ¿te has fijado cómo se ha esfumado el comandante general con su brillante armadura?

La ironía era excesiva, dirigiéndose a un sufete actuando en representación de Cartago. Kissa no se esforzó en disimularla, ni en ocultar su disgusto por el grotesco espectáculo que acababan de presenciar.

—Hija, debes ser prudente. Los Barca son una familia poderosa, controlan el ejército. Hoy solo hemos visto una pequeña representación del mismo —tras una pausa, continuó—. Confieso que me ha sorprendido, tenía otra imagen de este joven.

Aníbal esperaba a sus hermanos en una habitación del piso superior, Neferure tenía preparadas una sencilla túnica y unas sandalias. Mientras ayudaba al general a quitarse la armadura, llegaron sus dos hermanos, ambos reían. Magón se paró en seco al entrar. Repitió, moderando el volumen de su voz.

—¡El Rayo de Ba'al!

Los tres hermanos rieron. Se abrazaron celebrando el acontecimiento.

—Preparé la ceremonia buscando el efecto del sol reflejándose en mi armadura, fue un acierto, hizo su papel con los soldados. Aunque tenía mis dudas sobre cómo aceptaría el sufete semejante representación. Tormenta, centella y tu ocurrencia, Magón, han sido la culminación de una obra de arte.

Rieron a carcajadas.

—Sin duda, Ba'al está contigo —dijo Asdrúbal.

—¡Vamos!, han esperado bastante.

SSLAMA

La casa de Sslama era una sencilla vivienda construida con ladrillos de adobe, el techo compuesto por cañas entrelazadas embutidas en las paredes, sobre ellas: ramas, hojarasca y paja. Situada junto a la muralla, hacia el oeste; constaba de una sola habitación; el mobiliario consistía en una mesa, dos sillas y el camastro que por las noches compartía con Ahirom. El único hombre al que había tomado afecto. Varias estacas clavadas en una pared soportaban el escaso vestuario de la pareja. En un rincón, bajo una campana hecha de arcilla y paja, encendía el fuego para cocinar. Sus necesidades las evacuaban en una jofaina, vaciándola de buena mañana en el exterior.

Se asomó para mirar al cielo. Si la tormenta lo sorprendió en la torre vendría empapado. Preparó sobre el jergón una túnica limpia y un paño, al marino le gustaba enrollárselo en el cuello. Le preocupaba la salud de su compañero, a los dolores de sus articulaciones se unía el de la cicatriz en su pierna inválida; aumentaban con la humedad, dejando al animoso Ahirom necesitado de un cayado para moverse.

El techo chorreaba incapaz de evacuar la lluvia, mojando ropa y enseres. Protegió el camastro arrastrándolo hasta un rincón seco. Al enfado causado por los daños del agua, se sumaba la intranquilidad por Ahirom. «Ya tiene una edad, pero sigue actuando como si aún fuese un mozalbete. Me va a escuchar —pensó—. ¡Ya verás!, vendrá empapado, luego estará varios días sin poder moverse. Además, sabe que no me gusta comer sola». Harta de esperar cogió un plato, comenzaba a llenarlo con el guiso que había recalentado tres veces. Se abrió la puerta dando paso a una figura embadurnada en barro, chorreando agua.

—¡Mira cómo vienes! ¡Dónde te habrás metido! ¿Acaso quieres enfermar?

—¡Si lo hubieses visto!, Ba'al envió un rayo, ha sido un espectáculo grandioso —gritaba próximo a la histeria.

—¡Calla! Ven, voy a secarte o enfermarás.

—¡El gran Dios ha elegido al hijo de Amílcar! —chillaba fuera de sí—. ¡Un prodigio! ¡Un grandioso prodigio!

—¿¡Prodigio!? ¡El único milagro es que todavía respire!, ¡maldito imbécil!, ¿quieres morirme y dejarme sola?

Los gritos le ayudaban a liberar tensión. Delante de los demás se cubría con una máscara fría, incapaz de albergar sentimientos, pero cuando se trataba de Ahirom perdía esa protección; aparecía una mujer entregada al cariño por aquel inconsciente que la hacía sufrir con su comportamiento infantil.

—¡Un milagro!, Sslama. ¡He presenciado un milagro!, Ba'al lo ha señalado en presencia del sufete y del ejército. ¡Si lo hubieses visto! ¡Parecía un semidios! —repetía braceando, poseído de un paroxismo delirante.

—¡Cállate! ¿¡Quieres calmarte!?, si continuas así te dará un ataque. ¡A ver!, déjame. —Le palpó la frente—. ¡Por Astarté!, estás ardiendo. Quítate esa ropa, te limpiare el barro. ¡Nadie me ha hecho sufrir tanto!

Cogió un paño empapado, entre sollozos comenzó a frotarle el cuerpo. Después de secarlo le envolvió la cabeza con un lienzo obligándole a tumbarse en el camastro. Lo cubrió con

una manta, se plantó a dos pasos, brazos en jarras. Quiso gritarle, escupirle a la cara sus padecimientos: sola mientras diluviaba, ignorando si le había ocurrido algún percance, si estaba lastimado, tirado en el monte sin poder moverse. Brotó un sollozo y un torrente de lágrimas mojó sus mejillas.

—¡Viejo imbécil!, ¿por qué lo has hecho? No vuelvas a darme otro disgusto como este. —Pateaba el suelo cerrando los puños, golpeándose las sienes, sin poder contener los sollozos—. ¡Malditos hombres!

Cuando se desahogó, tomó asiento en una silla junto al lecho. La fiebre seguía subiendo, comenzaba a tiritar, balbuceaba frases ininteligibles sobre un milagro. Lo acarició desde el pómulo hasta la barbilla hablándole bajito, con una ternura desconocida.

—Has de curarte —suplicaba en susurros—. ¡Me oyes, viejo idiota!, si te ocurriese algo me moriría. No puedes abandonarme, ahora que te he encontrado. ¡Por Astarté!, no puedes. ¡Me oyes!

Reaccionó, fue al rincón donde guardaba ingredientes para los remedios. Preparó una infusión, llenó un vaso, le obligó a beberlo. Golpearon la puerta.

Sin aguardar respuesta entraron dos individuos cubiertos con capas, las capuchas bien caladas. Sslama se enderezó, de un salto se interpuso entre los recién llegados y el camastro, intentando proteger al enfermo. La conducta de aquellos dos, penetrando en una casa ajena sin recibir invitación, cómo poco, era descortés. La intempestiva visita podía guardar relación con Ahirom. Sintió miedo.

Los recién llegados retiraron las capuchas. Uno era un joven, cubría su pecho con un peto que debía costar una fortuna. Le acompañaba una mujer vestida de forma insólita, destacaba un látigo enrollado en su muñeca derecha. A una señal suya, el joven salió. Aquellos dos debían haber llegado en las naves, cuya visita levantó tanto revuelo.

—¿Puedo ayudarte? Debe ser urgente, si allanas mi vivienda con tan poca consideración.

La recién llegada le dirigió una mirada distante, sorprendida por el atrevimiento de aquella anciana. Paseó su vista por la estancia. Se detuvo en el camastro, dio unos pasos hacia Ahirom. Sslama se interpuso.

—¿Está enfermo? —preguntó Kissa sonriendo.

Su expresión tranquilizó a Sslama. La visita no guardaba relación con el marino. Si quisieran hacerle daño ya estaría hecho.

—Llegó empapado, diciendo haber presenciado un milagro, algo de Ba'al y un rayo.

—Fue un espectáculo vulgar. El hijo de Amílcar preparó una representación teatral, la tormenta le dio un remate que ni él mismo podía soñar. Confiemos en su capacidad de estrategia, si es parecida a la de actor, nos esperan jornadas gloriosas.

—¿Qué se te ofrece?

—Tu habilidad haciendo amuletos, brebajes hechizos..., llegó hasta mis oídos. Quiero enamorar a un hombre y utilizar a otro. ¿Puedes ayudarme?

La recién llegada observaba atentamente a Sslama, como si pretendiese averiguar cuánto había de cierto en su contestación.

—No existen amuletos ni brebajes capaces de enamorar por sí mismos. Puedo darte una ayuda, hará florecer el amor si ya existe la pasión. Te prepararé una pócima para aumentar el deseo. Decirte otra cosa sería engañarte.

—Mañana, al atardecer, vendrá mi acompañante a recogerlos. ¡Toma!

Dejó sobre la mesa una bolsita de cuero abierta. Sslama calculó sobre veinte monedas de vellón.

—Si aguardas unos instantes, puedes llevártelos, aunque la mejor ayuda que encontrarás es tu belleza.

—También necesitaré una provisión de perejil y ruda.

—Te daré también una planta de sábila. Junto al perejil y la ruda, evitan embarazos. ¿Sabes utilizarlas?

—¡Sí!, eres muy perspicaz.

Poco después la visitante salía llevando consigo plantas y pócima.

Ahirom roncaba profundamente.

Sslama lo miró preocupada. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Las secó con un paño. Seguía caliente, pero la fiebre descendía. Acercó una silla, se dispuso a pasar la noche vigilando al imprudente que roncaba profundamente dormido.

¡MUERTE A ROMA!

Kissa llegó al salón escoltada por dos guardias sagrados. Su padre acudiría más tarde, lo habían acordado en previsión de que el recién nombrado comandante tuviese preparado otro espectáculo como el de la terraza. Coriander ocupaba su sitio en la mesa, le dirigió una mirada amistosa, acompañada con un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo. La viuda sonrió, llevando su mano derecha al corazón: un ofrecimiento de amistad, según las costumbres sociales imperantes en Cartago.

Como sospechaba, Aníbal no había llegado todavía. Kissa susurró unas palabras al oído de uno de los escoltas, el guardia, tras dar un taconazo, abandonó el salón; el otro, tomó asiento en el sitio designado por sus anfitriones. Al situar al Batallón Sagrado en un lugar principal, se escenificaba la fidelidad del nuevo comandante. «Tal vez sea más leal que su padre», pensó Kissa, mientras se acomodaba en el lugar indicado por Gael.

Tras dedicarle otra sonrisa a la viuda, se entretuvo observando las otras mesas, sus ocupantes componían una representación de las etnias integrantes del ejército.

Habían colocado unos biombos para delimitar la zona destinada a la celebración, un acierto del mayordomo, así el espacio resultaba más acogedor. Contó diez mesas ocupadas por doce comensales cada una. La principal estaba sobre un escabel, desde donde podían ver y ser vistos por los invitados.

Admiró el exquisito trabajo en cubiertos y copas, fabricadas con oro puro, sin mezcla de cobre. Las de los invitados eran de plata, aunque también estaban decoradas con filigranas. Adornaba la mesa una composición floral. Miró de soslayo al mayordomo, por sus gestos afeminados dedujo que debía ser el autor del diseño.

Los tres hermanos Barca seguían ausentes, acertó sugiriéndole a su padre aguardar en sus habitaciones. El comportamiento teatral de Aníbal le hizo sospechar que podía tener preparada una sorpresa, para eclipsar al sufete y ser él, otra vez, la estrella más brillante. Belshazzar aguardaría en sus habitaciones hasta que su anfitrión estuviese presente. Sería Belshazzar quien marcaría el comienzo del festejo con su llegada.

Entraron Magón y Asdrúbal, ambos le dirigieron una mirada incómoda. Había adivinado las intenciones del nuevo jefe del ejército. Les correspondió sonriendo.

—¿Se encuentra bien vuestro hermano? ¿Le ha causado algún trastorno el chaparrón? Sería un mal presagio iniciar su mandato enfermo.

Magón la ignoró. Asdrúbal tomó asiento a su lado, devolviéndole una sonrisa franca. No le guardaba rencor, al contrario, demostraba admiración por su maniobra.

—Soy Asdrúbal Barca. Tú debes ser Kissa, hija de nuestro amado sufete —sonrió.

—Así es.

—Es un honor conocerte. —Miró el látigo—. ¿En serio, piensas utilizarlo aquí?

—Me siento desnuda sin él.

—Voy en busca de mi hermano. La espera comienza a ser excesiva. ¿Tu padre estará bien?

—Dejemos los juegos. Vendrá cuando tu hermano esté en el salón. El protocolo le obliga a recibir al sufete.

Asdrúbal regresó acompañado por Aníbal. Vestía una sencilla túnica sin ningún ornamento. Apenas entró, los invitados, puestos en pie, enaltecieron al general gritando su sobrenombre. «¡El Rayo de Ba'al! ¡El Rayo...!

—Aguardamos a nuestro amado sufete. ¿Nos honrará pronto con su presencia? —le dijo a Kissa, acompañando sus palabras de una sonrisa.

Al apagarse los vítores, Belshazzar salió de sus habitaciones escoltado por seis guardias sagrados, se dirigió al salón, como habían acordado.

—¡Cartago! ¡Cartago! ¡Cartago! —gritó Aníbal para recibirlo.

Los ocupantes del salón, puestos en pie, secundaron sus exaltaciones. Belshazzar reclamó silencio varias veces. Cuando el auditorio enmudeció, ocupó el sitio de honor, tomó una copa para iniciar un brindis; se entretuvo olisqueando el contenido. Aníbal aprovechó la pausa para levantar la suya y gritar.

—¡Muerte a Roma!

Los ecos de su proclama resonaron contra las paredes, rebotando contra el techo, sobrecogiendo el corazón del sufete. El atrevimiento del joven Barca sobrepasaba a Belshazzar. Con un desparpajo intolerable, volvía a usurparle el protagonismo. Si llegaba a Cartago la noticia de que el nuevo comandante general disputaba los honores a la más alta autoridad, su prestigio quedaría dañado. Solo tuvo una alternativa, levantó su copa y vitoreo

—¡Muerte a Roma!

Aníbal reclamó silencio, luego, gritó.

—¡Honor al sufete!

—¡Honor! —atronaron las voces.

A Belshazzar le agobiaba tanto descaró en aquel joven. Menospreció su autoridad en la terraza, ahora repetía su desconsideración ante los jefes del ejército. El mensaje era muy claro: desafiaba al Consejo de Ancianos. Solo él contaba con la fidelidad del ejército. Pensó, si un general romano sería capaz de plantear semejante reto a su Senado y si un cónsul lo toleraría.

La estructura política en Cartago guardaba cierta semejanza con la romana. El Consejo de los Trescientos, con algunos matices, correspondía al Senado de Roma; los cónsules romanos podían considerarse equivalentes a los sufetes, hasta la duración de sus mandatos tenía cierta similitud, en ningún caso eran cargos vitalicios, sino renovados periódicamente.

Belshazzar se consideraba un hombre afable, cordial, amigo de sus amigos; le gustaba disfrutar los placeres del cuerpo y del alma: buena comida, vino, un bello joven o una conversación inteligente. Tenía buen ojo para emprender negocios, así aumentó la considerable fortuna recibida en herencia; pero carecía del valor necesario para enfrentarse al jovencito que usurpaba los honores inherentes a su cargo.

—¿Serás digno heredero de tu padre? Amílcar Barca fue un gran general, honró a Cartago.

—Ciertamente lo fue. Si el Consejo le hubiese proporcionado los recursos necesarios, habríamos vencido a Roma, nuestra flota seguiría dominando el comercio marítimo.

Belshazzar vio el fuego de la ira en su mirada.

—Tal vez debieron escuchar a tu padre, pero las cosas ocurrieron así, ahora debemos actuar con inteligencia. Otra derrota sería el fin de nuestra ciudad.

—¿Por qué, piensas en otra derrota?

—Tu cuñado firmó el Tratado del río Ebro, muy conveniente para nuestra economía. En él se acuerdan las zonas de influencia, en tierras íberas, de Roma y Cartago. Tu proclama ha sido inapropiada en la situación actual.

—Mi padre vino aquí buscando recursos para Cartago. Envidiosos de su éxito, mandaron sus legiones para disputarnos el control. El tratado que firmó mi cuñado reconoce el dominio cartaginés al sur del río Ebro.

—Un acuerdo es preferible a un conflicto. La guerra es el fracaso del diálogo.

—Roma mantiene relaciones con Arse, ciudad situada en nuestra zona. Hasta le han cambiado el nombre, ahora la llaman Sagunto. ¿Te parece bien esa situación?

—Joven general, sigo apoyando la vía diplomática.

—Si no reaccionamos, seguirán expandiéndose a nuestra costa, usurparán todas nuestras posesiones.

—Padre, perdona mi atrevimiento, pero nuestro comandante tiene razón. ¡Ya basta!, no más humillaciones.

Las palabras de Kissa hicieron cesar las conversaciones en todas las mesas. Una mujer, aun siendo hija del sufete, debía ocupar su lugar, por más que llevase un látigo y vistiese ropajes extraños. Era inadmisibles interrumpir una conversación entre un magistrado y el jefe del ejército.

Belshazzar evitó reprenderla en público. Sabía que Kissa se rebelaría, se vería obligado a dictar un castigo ejemplar. Se sintió atrapado, sin hallar una solución.

Aníbal, adivinando sus pensamientos, intervino para poner fin al embarazoso silencio.

—Solicito tu autorización, quisiera enseñarle a Kissa los jardines. Una zona se salvó de ser pisoteada, me gustaría mostrársela mañana.

De esa forma tan hábil, pidiendo aprobación al padre, desvió la atención de su impertinente hija, dejando a salvo el honor del sufete.

—Kissa no podría estar en mejor compañía.

La tensión desapareció, se reanudaron las conversaciones. Asdrúbal sonreía.

—Tu padre ocupa la más alta dignidad, tu intervención ha podido originar un conflicto innecesario. Deberías sopesar las consecuencias, antes de opinar.

La furia por la humillación brillaba en los ojos de Kissa, a duras penas contuvo su ira, nadie la había reprendido de esa forma. Siguió sentada para evitarle a su padre otro compromiso, aunque con el ceño fruncido.

Llegaron a esa parte de los banquetes donde los esclavos se veían superados llenando copas, el vino dejaba sentir su efecto, los comportamientos se relajaban desinhibiendo las conversaciones que se volvían demasiado procaces, justificando la ausencia de las mujeres.

Kissa sintió un roce en su espalda, al girarse vio a Coriander, la invitaba a seguirla.

—Padre, solicito tu permiso para retirarme —dijo aparentemente sumisa.

A Belshazzar le asustó la actitud de su hija. Cuando utilizaba esa mansedumbre resultaba más peligrosa.

—¡Claro, hija! —habló alto, para que todos pudieran escuchar—. ¡Puedes retirarte!

Dos guardias sagrados les dieron escolta hasta las habitaciones de Kissa.

—Eres audaz. Nunca vi a ninguna atreverse a opinar con esa libertad.

—En Cartago, mi padre nunca se opuso.

—Creo que te has ganado a mi hermano Aníbal. Si estáis a solas, puedes hablarle sin ninguna ceremonia, pero si hay alguien presente, muéstrale respeto. Ya lo verás, será un general tan competente como lo fueron mi marido y Amílcar, nuestro padre. En cuanto a Magón, es bueno, aunque nos considera inferiores. Asdrúbal se parece más a Aníbal.

—Te agradezco la información. Creo que seremos buenas amigas.

Salieron a la terraza donde tuvo lugar el espectáculo del nombramiento. Las recibió un cielo cuajado de estrellas, el reflejo de la luna asomaba en el horizonte jugando con las olas a

fabricar destellos.

—¿Cómo soportas tu viudez?, ¿tienes algún plan en perspectiva?

—Regresaré a Cartago. Aquí todo me recuerda a mi marido, Asdrúbal el Bello. Créeme, nunca hubo un sobrenombre puesto con más acierto.

Un sollozo sofocado acompañó las palabras de Coriander. Kissa se aproximó, secó sus lágrimas, acarició su mejilla, siguió hasta el mentón obligándole a levantarlo. Juntó sus labios. Coriander retrocedió un paso.

—¡Vaya!, debí preguntar. ¿Podrás perdonarme? Me gustaría ser tu amiga. —Buscaba la forma de ponerle fin al malentendido, sin ofender a Coriander

Sus disculpas sonaron sinceras en los oídos de la joven viuda, pero había sido una reacción inesperada; aturdida, prefirió marcharse.

—No pasa nada, solo ha sido un malentendido. Discúlpame, me retiro a mis habitaciones. —Se fue sin aguardar respuesta.

Kissa todavía permaneció en el mirador admirando el espectáculo de Qart Hadasht con el puerto natural al fondo, iluminados por la luna. Demasiados acontecimientos para un solo día: viaje en barco, nombramiento de Aníbal, tormenta, tensiones por su intervención; cómo remate, un beso fallido a Coriander.

Desde muy niña se rebeló contra la situación de su género, siempre sometido al imperio masculino. Ellos gobernaban, luchaban por su ciudad, disfrutaban los mayores privilegios, mientras ellas se veían sometidas. No estaba dispuesta a aceptarlo mansamente. La suave brisa nocturna se llevó sus preocupaciones. Siguió contemplando las estrellas hasta sentir sueño.

Los guardias de su escolta habían regresado al salón, reemplazados por dos soldados pertenecientes a la guardia personal de Aníbal. Uno se asomó para informarla.

—Seremos tu escolta mientras permanezcas en Qart Hadasht, así lo ha ordenado el general.

Iba a retirarse. Kissa lo reconoció, era el descarado que la miraba fijamente cuando descendía del barco. Un tipo apuesto, rubio, piel blanca, ojos azules... En el puerto se preguntó cuál sería su origen.

—¡Espera!, quédate conmigo. Esta noche necesito compañía.

—Como desees.

Examinó de arriba abajo al guardia. Tendría sobre treinta años, casi le sacaba una cabeza. Bajo su túnica se marcaba un cuerpo fibroso, bien proporcionado. «Un ejemplar interesante — pensó— tal vez la noche me compense los fastidios del día».

—¿Cuál es tu nombre?

—Garnik.

—¿A qué pueblo perteneces?, no pareces cartaginés.

—Lo desconozco, mis padres fueron esclavos. Yo también, hasta que Asdrúbal el Bello me dio la libertad.

—¡Por Tanith!, ¿tu general me envía a un antiguo esclavo para guardar mi sueño?

—Soy comandante de su guardia personal. Si te molesta mi presencia, puedo enviarte un cartaginés.

—¡Quédate!

Vació disimuladamente una ampolla en el contenido de un frasquillo colocado sobre un trípode, lo agitó y llenó una copa. Se la ofreció con ademán seductor.

—Prueba este vino griego y dame tu parecer.

—Mi opinión no es digna de tenerse en cuenta, he probado el vino en contadas ocasiones.

A los esclavos se les da *lora*, una bazofia. Los soldados calmamos la sed con *posca*: vinagre y agua.

—¡Bebe! —lo interrumpió imperativa—, da un buen trago, degusta su exquisito aroma. Obedeció, apuró el contenido. Kissa rellenó la copa con el resto del frasco y también bebió.

—¡Apaga las velas!, deja solo aquella, la pequeña.

Garnik sentía un extraño calor en el estómago. Ascendía inflamándole pecho, garganta..., continuaba subiendo hacia la cabeza. Su cuerpo adquirió un brío desconocido, se sentía poderoso, capaz de realizar cualquier hazaña. Apagó las velas. Ella lo esperaba desnuda, junto a la cama.

—¡Ven!

Se demoró en atender el requerimiento, deleitándose con la visión. Alta, no tanto como él. Poseía una belleza andrógina, complexión poderosa, pero voluptuosa al mismo tiempo; sus brazos mostraban una fortaleza poco habitual en su género; en sus pechos resaltaban los pezones, oscuros, menudos; caderas firmes, piernas largas, fuertes, acostumbradas al ejercicio. Su melena morena se derramaba sobre unos hombros atléticos.

«Parece una diosa», pensó mientras se dejaba conducir hasta el lecho sin oponer resistencia. En esos momentos era un ser sumiso, sin voluntad.

—Déjame hacer —ordenó con la seguridad de quien está acostumbrada a ser obedecida.

Despertó solo. El lecho revuelto. Su ropa sobre la cama. Se vistió. Miró las paredes, los muebles..., intentando grabar en su mente aquel escenario. Abandonó las habitaciones donde había copulado con una diosa. Eso debía ser, una diosa bajo aspecto mortal.

KISSA

Entrada la mañana, Aníbal fue en busca de Kissa para cumplir su compromiso de enseñarle el jardín. El guardián de sus habitaciones le informó de que Garnik había pasado la noche con ella, aún permanecía dentro. Después de presenciar su desparpajo durante el agasajo a su padre, no le extrañó que hubiese pasado la noche con un hombre, sin preocuparse por mantenerlo en secreto. Conversaba con el guardia, cuando Kissa apareció sonriente.

—Te ha tratado bien mi oficial.

—Tus oficiales están bien entrenados, pero no es un asunto para debatir contigo.

Bajaron hasta el jardín.

—Eres muy directa para ser mujer. Tu comportamiento de ayer fue intolerable. Belshazzar es tu padre, pero también es el primer sufete de Cartago, debes guardarle el respeto debido. ¿Lo entiendes?

—Tuve mis motivos. Los miembros del Consejo son demasiado conservadores, mi padre también. No les importaría pagarle a Roma cuánto exija, siempre que puedan seguir enriqueciéndose.

Paseaban hablando de temas banales. Se detuvieron bajo un olmo, junto a un estanque. En la superficie flotaban unas hojas grandes con formas redondeadas, salpicadas por flores blancas y rosadas.

—Me gusta sentarme aquí, contemplar los nenúfares.

La sensibilidad de Aníbal le cogió desprevenida. Había imaginado un rudo guerrero dispuesto a devolverle a su ciudad el prestigio perdido.

—¿Te refieres a esas plantas de hojas enormes y flores extrañas? —preguntó sin disimular su decepción.

—Sí, trajeron las semillas desde Egipto. Su nombre es loto o rosa del Nilo. Allí la consideran planta sagrada, simboliza la resurrección.

—¿La resurrección? Curioso.

La belleza del estanque, con aquellas plantas flotando sobre sus aguas, dejaba indiferente a Kissa.

—Sus brotes ascienden desde la oscuridad de las profundidades, para florecer en superficie.

—¡Comprendo!, representan a Cartago que ascenderá de la oscuridad para ocupar el lugar que le corresponde.

Conforme trataba al hermano mayor de Coliander advertía su error al enjuiciarlo. Al verlo embutido en aquella armadura le pareció un engreído. Acababa de cometer otra equivocación, al deducir un carácter poco enérgico de su confidencia. Ahora surgía otra pregunta, ¿sería el llamado a restituir Cartago al lugar que nunca debió dejar?

—Ayer organizaste un bonito espectáculo con tu armadura dorada. Llegaste a convencerme de ser el caudillo enviado por Ba'al para guiar nuestro ejército —dijo en tono jocoso.

—Sí, fue muy efectivo. Pero, ¡dime!, ¿También organicé: tormenta y rayo?

Kissa notó un convencimiento fanático en su interlocutor. Aníbal interpretaba la

tempestad como una manifestación divina, Ba'al lo designaba líder del ejército púnico. Animada, dio un paso más.

—Dijiste ¡Muerte a Roma! ¿;Cuándo!?

El rostro de Aníbal se crispó. A ella le pareció ver en sus ojos el destello del rayo. Tal vez, fue realmente una señal.

—Todo a su tiempo. Antes de marchar contra Roma requieren mi atención otros asuntos. ¿Te ha pedido tu padre que me interrogues?

—No lo ha hecho, ni se atrevería a pedírmelo. Jamás espiaré, es una actividad humillante. Aníbal pudo apreciar desprecio hacia Belshazzar, en la contestación.

Kissa suavizó su expresión, adquirió otro matiz mientras entrelazaba sus manos, nerviosa.

—Quiero hacerte una petición.

—¡Habla! —Se dispuso a escuchar. «Esta mujer es una caja de sorpresas. ¿Qué pretenderá?», pensó.

—Mi padre regresará pronto a Cartago. ¡Quiero quedarme aquí!

Habló muy rápido, era un deseo fermentado durante demasiado tiempo, necesitaba airearlo. En los oídos de su interlocutor sonó a decisión firme, sin réplica posible.

—¿Lo has pensado bien? La vida de una mujer sola puede ser muy dura. —Hizo una pausa, recapacitando—. ¿Por qué me cuentas tus intenciones?

Se arrepentía de haberse comprometido a dar un paseo. Aquella chalada vivía en un mundo de fantasía. Si durante el banquete demostró muy poco juicio y una buena dosis de impertinencia, ahora lo incomodaba con semejante revelación. Si la petición llegaba a oídos de su padre, podía transformarse en un conflicto innecesario. Ya tenía suficientes asuntos pendientes, para añadir a sus preocupaciones los desvaríos de una joven consentida.

—¡Quiero incorporarme a tu ejército!

Fue una expresión rotunda, un anhelo que brotó desde lo más profundo. Aníbal acusó el impacto de una solicitud insólita, durante un instante permaneció callado, el estupor causado por aquella fantasía loca le impedía hablar. Contestó en tono concluyente.

—No hay mujeres en el ejército.

La negación fue para Kissa una afirmación descarnada del lugar ocupado por su género, siempre sojuzgadas, consideradas seres inferiores, sometidas bajo tutela de un hombre como guía de sus actos. Estuvo a punto de revolverse, vomitarle en su rostro complaciente todas sus frustraciones; escupirle su desprecio por el triste papel que se le permitía interpretar a su condición femenina.

—Ayer vi un grupo en el jardín. Iban armadas. Te aclamaban —lo dijo con el convencimiento de quien ha jugado su baza definitiva.

—¡Esas! —sonó a una mezcla entre lástima e indiferencia—. Son de pueblos indígenas, putas que cambiaron su profesión por las armas. Si una niña queda huérfana la recogen. Su vida es muy distinta a la de una aristócrata acostumbrada a conseguir caprichos con el esfuerzo ajeno.

A Kissa le dolió aquella contestación, llena de desprecio hacia su clase social.

—Solo te pido unirme a ¡esas!, cómo las has llamado.

Recapacitó antes de contestar. «Esta entrometida recibirá una buena lección —pensó—. Tendré poder sobre su padre cuando regrese a Cartago. Sabrá cuáles pueden ser las consecuencias, si se opone a mis planes».

—Si te incorporas a ese grupo entrarás en combate. Una batalla encierra peligro. Puedes morir, quedar lisiada o, peor aún, verte convertida en una esclava. La realidad es muy distinta a los sueños de una niña mimada, aunque adorne su muñeca con un látigo.

Le había pedido ayuda, pero él la humillaba con su desprecio. Ya había soportado demasiadas afrentas de aquel engreído, ¿para qué oír más?

—Cesa en tus objeciones. Solo debes decidir si me apoyarás. Ya es bastante humillante necesitar ayuda, para algo que un hombre puede hacer sin ningún problema.

—Lo meditaré. Tal vez, te conceda tu deseo.

Interpretó su respuesta como una negativa. Incapaz de decírselo abiertamente, dejaba en el aire su decisión, cómo si algo tan simple necesitara una meditación concienzuda. Con ese gesto le mostraba su poder. Dependía de su antojo, permitirle o negarle la realización de sus sueños. Sintió un profundo despecho.

La tarde anterior se forjó ilusiones al verlas armadas y cubiertas con armaduras, supo que su deseo era convertirse en una de aquellas mujeres. Ese anhelo había crecido en su pecho hasta convertirse en una obsesión. Sin la ayuda de aquel ególatra, sus sueños se esfumaban como una nube de humo. Guardó un silencio tenso, violento. Quiso mostrarle desprecio sin causarle más problemas a su padre. Él tampoco demostraba interés por seguir conversando. El regreso al palacio resultó incómodo.

Kissa fue directa a sus habitaciones, necesitaba estar sola. Se negaba a renunciar a sus sueños, aunque desconocía cómo podría conseguirlos. Regresar a Cartago para llevar una vida de hipocresía y sonrisas artificiales quedaba descartado. Su padre y Gaia, un rey bereber aliado de Cartago, habían negociado su matrimonio sin contar con ella. Ese enlace no se celebraría, no era una mercancía que podía venderse o regalarse. Lo juró ante Astarté y cumpliría su promesa a cualquier precio.

Poco después llegó Coriander.

—¡Salud!, Kissa. ¿Te ha gustado el trozo de jardín que sobrevivió al ego de mi hermano? —mostraba la satisfacción de quien conoce un secreto.

—¡Salud!, Coriander. ¡Sí!, me ha gustado.

Le disgustaba verla en sus habitaciones. Su contestación fue agria, repleta de ironía. No le apetecía hablar, mucho menos con la hermana de quien acababa de despreciarla por ser mujer.

—No te veo demasiado satisfecha del paseo. ¿Aníbal te ha maltratado? Si lo ha hecho, dímelo.

—No me ha hecho nada. Nunca mejor dicho. ¡Nada! ¡Bah!, no me hagas caso, estoy furiosa.

Coriander sonreía viéndola enfadada. Permaneció junto a ella, la dejó revolver los perfumes acumulados sobre un aparador. Contempló su rostro en el espejo plateado, Asdrúbal se lo regaló al año de sus esponsales; ordenó dejarlo allí, mientras el sufete y su hija fuesen sus huéspedes.

Comprendió que Kissa estaba incómoda con su presencia. Decidió esperar antes de comunicarle el mensaje.

—Vine a ponerte al día, pero mientras me niegues tu sonrisa permaneceré calladita.

—¡Por Astarté!, ¡Coriander!, no tengo ánimo para jugar a las adivinanzas. Di cuánto gustes y termina. —La frase, pronunciada a voz en grito, sonó como una amenaza

—¡Ah!, ¡no!, si eres descortés me iré sin decir nada —acompañó sus palabras con una risita.

Kissa sintió que se burlaba, estuvo a punto de gritarle una grosería y terminar aquella estúpida representación. Se contuvo a tiempo, tomó asiento junto a Coriander, respiró profundamente, le cogió una mano.

—Disculpa mis modales. Mi enfado es un mal pretexto, no puede justificarme.

—¡Ves!, así está mucho mejor. Ahora presta atención. El comandante general del ejército de Cartago rechaza tu solicitud. Mientras dure tu estancia estarás sometida a vigilancia por el oficial que anoche custodió tus aposentos —continuó con una sonrisa cómplice.

»Te ayudará en todo aquello que desees.

Si las palabras de Coriander dejaban alguna duda, aquella sonrisa bailando en su cara, la hacían desaparecer.

—¡Oh!, le estaré muy agradecida, díselo. No se arrepentirá. ¡Lo juro por Astarté!

La noticia le cambió el ánimo. Siguieron hablando durante un rato. Coriander se disponía a retirarse, pero antes quiso satisfacer su curiosidad.

—¿No pensarás dejarme con el reconcome? ¡Vamos!, cuéntame esos planes misteriosos.

—No puede ser, te convertirías en mi cómplice. Tampoco quiero crearle más problemas a tu hermano. Confórmate, pronto se desvelará el resto.

—¡Malvada!, ¿cómo puedes hacerle esto a una amiga!?

Salió de las habitaciones de Kissa con el gesto serio, un tanto incómoda por no haber averiguado qué se llevaban entre manos su hermano y aquella mujer.

MATRIMONIO

Una vez confirmado como comandante general, Aníbal trasladó su residencia a unas habitaciones del palacio. Coriander quiso que lo hiciese a las que habitó con su marido, pero estando ocupadas por visitantes ilustres, eligió otras menos ostentosas; aunque el verdadero motivo fue mostrarle respeto a su hermana viuda.

Cumplida su misión en Qart Hadasht, Belshazzar añoraba sus comodidades en Cartago, también tenía sus negocios abandonados demasiado tiempo. Prolongar su estancia en aquella aldea con pretensiones de ciudad, donde el único edificio aceptable era el palacio, carecía de alicientes; solo los masajes y otros placeres nocturnos que Gael le proporcionaba, hacían llevadera su permanencia. En cuanto soplasen vientos favorables y hubiese buena mar regresaría.

Los tres hijos varones de Amílcar Barca conversaban. Magón estaba disgustado, su hermano se alojaba en unos aposentos modestos, mientras Belshazzar y su hija ocupaban los mejores.

—Si te rebajas ante esos buitres no te respetaran.

—Belshazzar regresará pronto a Cartago, pero antes recibirá un recuerdo muy especial de su estancia en Qart Hadasht. Pronto necesitaré fondos del Consejo, su voto puede ser decisivo.

—¿Para qué querías vernos?

—Os pondré en antecedentes. No continuaré estableciendo alianzas. Mis primeras acciones irán destinadas a fortalecer nuestra presencia en esta tierra, una vez lo hayamos conseguido, emprenderé mi verdadero objetivo: Roma. Lo juré en presencia de nuestro padre, os necesito para cumplirlo.

Guardó silencio, observando a sus hermanos. Los dos iban a convertirse en puntales de su ambicioso proyecto.

—Hermano, tú mandas y yo obedezco —dijo Magón.

—Puedes contar con nosotros. Será un honor trabajar contigo —apostilló Asdrúbal.

Aníbal hizo una señal. Neferure llenó tres copas con vino procedente de un barco griego que buscó refugio durante la tormenta, aquel néctar fue el pago por su estancia.

—¡Por los Barca! —brindó Magón.

—¡Por Cartago! —propuso Asdrúbal.

—¡Muerte a Roma! —exclamó Aníbal.

Los tres chocaron sus copas, las levantaron al cielo y apuraron el contenido.

—Hay otro asunto. Voy a contraer matrimonio con una princesa ibera. El territorio oretano es importante para consolidar nuestro dominio en esta tierra.

—¡Espera! —interrumpió Asdrúbal—. Nos anuncias que abandonas la política de alianzas, y contraes matrimonio para controlar el territorio oretano. No lo entiendo, necesito una explicación.

Magón se sumó a la objeción.

—Me guía el amor. Himilce es hija de Mucro, el rey de Cástulo. La conocí cuando nos convertimos en aliados, me robó el corazón.

—Siendo así, recibe nuestros parabienes. ¡Que Ba'al te colme de felicidad! —dijo Magón.

Asdrúbal, de carácter más romántico, abrazó efusivamente a su hermano mayor; luego, poniéndole sus manos en los hombros.

—Te dará descendencia para perpetuar la grandeza de nuestra familia.

Aníbal sonrió, pasó a abordar otros temas.

—Mientras esté en Cástulo, Mahar se ocupará del ejército. Lo tendrá preparado para ir contra Althia. Uno de esa ciudad asesinó a nuestro cuñado, pagarán por esa traición. Después someteremos a los vacceos, solo entonces comenzaremos a pensar en Arse. —Se aclaró la garganta con un trago.

»Asdrúbal, tú prepararás la logística de la campaña contra Althia. Sabes a qué me refiero: víveres, agua, acampadas durante el camino...

»Magón, ya conoces tus obligaciones, Hyrum debe aparecer en escena, tal como acordamos.

»Por último, tened cuidado con Belshazzar. Desconfío de él, en Cartago puede convertirse en un peligroso enemigo. Mirad este documento, Gael lo encontró oculto entre sus pertenencias.

Les mostró un papiro con el sello del Consejo de los Trescientos. El nombramiento extendido a nombre de Hannón el Grande.

—¡Habían elegido a ese carcamal! —exclamó Magón.

—Sospechaba algo parecido, por eso preparé el espectáculo del jardín. De ser Hannón el elegido, hubiésemos proclamado la independencia de Qart Hadasht. Nuestro padre pensaba hacerlo.

—Hannón tiene muchos aliados en el Consejo. Será un dolor de cabeza —dijo Magón.

—Tal vez lo sea, pero lo neutralizaremos.

—El Consejo abandonó a nuestro padre en Sicilia. Consecuencias: derrota y ruina para Cartago. Se puede repetir contigo —insistió Magón.

—Otro asunto. Kissa no quiere regresar a Cartago, voy a ayudarla. Su padre recibirá una lección, por su desvergüenza al presentarse con intención de nombrar a Hannón.

—Aquí, husmeando, puede crearnos problemas —dijo Magón.

—Os asombrará, pretende unirse al grupo de Sheba.

—Hablé con ella durante el banquete, es muy distinta a su padre —observó Asdrúbal.

—Las lobas le darán una lección —dijo Aníbal—. Veremos cómo reacciona cuando se encuentre sola, sin nadie para solucionar sus problemas.

Asdrúbal y Magón salieron. Al quedar solos, Neferure se aproximó a su amo.

—¡Señor!, si contraes matrimonio, ¿qué será de tu esclava?

—Cuando salga hacia Cástulo quedarás en libertad.

—¡Libertad!, ¿cómo sobreviviré?

—Tendrás un domicilio con dos esclavas, puedes elegir las. Recibirás un estipendio anual de dos mil dracmas de plata. A cambio, tus atenciones serán solo para mí.

—¡Eres muy generoso!

La condujo hasta el lecho.

—Ahora quiero disfrutar tu cuerpo.

EL ENCARGO

Garnik estaba ante la casa de Sslama. Tenía importantes asuntos por resolver, su amigo y la antigua cortesana podían serle útiles, también quería saber cómo se encontraba Ahirom. No tenía noticias suyas desde que estuvieron en los jardines aclamando al general Aníbal. No solo soportó el aguacero, también se vio envuelto en el tumulto originado al abandonar los jardines, después caminó un buen trecho con su túnica empapada. Le preocupaba su estado de salud.

Dio unos golpes en la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó una voz cascada desde el interior.

—Soy Garnik.

—Empuja la puer ... —Una tos cavernosa interrumpió la frase.

Encontró a su amigo tendido sobre el camastro, tapado con una manta, empapado en sudor. De un recipiente situado en el suelo se elevaban vapores con aroma de plantas medicinales.

—¿Cómo te encuentras?

—Con los cuidados de Sslama, cada día estoy un poco mejor. Vendrá enseguida, ni se te ocurra nombrar la lluvia, no te puedes imaginar el genio que tiene, aunque nunca estuve tan bien cuidado.

—Has tenido suerte. ¡Viejo gruñón!

—Sin sus cuidados hubiese muerto. Permanece a mi lado, me cambia de ropa, me obliga a comer como si fuese un niño, hace preparados con sus plantas y, aunque me riñe por todo, he visto cómo imploraba por mi salud a Astarté, creyéndome dormido.

—¿Tardará mucho?, traigo un negocio para vosotros.

—Debe estar al caer.

Entró Sslama. Del hombro izquierdo le colgaba un zurrón, desprendía fragancias de plantas. En la mano derecha empuñaba una hoz vieja bien afilada. Le disgustó encontrar en su casa al antiguo esclavo.

—¿Puede saberse qué tripa se te ha roto? ¿No tienes ojos para ver que está enfermo?

Avanzó dos pasos hasta él intruso apuntándole con la hoz. Garnik dio un salto hacia atrás, pisó la jofaina, derramó el contenido perdiendo el equilibrio. Miraba a Sslama desde el suelo con las ropas empapadas, atento a su reacción. Tras los primeros instantes, ella rompió a reír. Ahirom se contagiό, las carcajadas le provocaron un golpe de tos. Garnik se incorporó mohίno, pero viendo a su amigo repuesto se sumó a las risas.

—¡Arrímate a esa lumbrer! —dijo Sslama.

En una esquina, un trípode sobre unas brasas soportaba un perol en el que humeaba un brebaje.

—¿Qué tienes en ese puchero? —exclamó Garnik.

—¡Un hechizo!, ¡te convertirá en gato!

—¡Basta de burla!, he venido cumpliendo órdenes de Palacio.

Hizo una pausa, esperando ver si les impresionaba el origen de su encomienda. No parecían afectados.

—Te explicas mejor o ya puedes irte por donde has venido. Ese palacio es muy grande,

en él vive mucha gente.

—Proviene del general Aníbal. Si queréis conservar la vida, guardaréis secreto de cuánto aquí se hable; vuestra discreción es fundamental para el futuro de Cartago.

—¡Oh! ¡Qué emocionante! El futuro de Cartago descansa sobre una puta vieja y un marino que comienza a chochear —señaló al camastro—. Has conseguido elevar mi autoestima, pero no me convencen tus lisonjas. Explícate primero, luego te diré si te ayudaremos.

Había visto la expresión de Ahirom, cuando Garnik nombró a Aníbal. Sabedora de la admiración de su compañero hacia ese general, temió que pudiese comprometerlos. Antes quería saber cuál sería su papel en esa historia.

—Ayudaste a una mujer con tus brujerías.

Sslama lo interrumpió alterada.

—¡Alto ahí, sabandija!, no soy una bruja. Si vas a continuar por ese camino ya puedes largarte. ¿Lo has entendido?

—Disculpa. Quise decir, tus conocimientos de plantas y conductas humanas. ¿Está mejor así?

—¡Mucho mejor!, continúa.

—Pertenece a la aristocracia de Cartago, necesitamos ocultarla.

—¡Para el carro, comadreja!, si quieres esconder tus devaneos, búscate a otros incautos.

—Escucha hasta el final. Es un buen negocio, te lo aseguro.

—¡Ves!, ya estás mejorando. Tal vez nos entendamos.

Mientras hablaba fue hasta el puchero, llenó un vaso y se acercó al camastro.

—¡Toma, bebe!

Ahirom obedeció sin rechistar.

—Busco tu ayuda por dos razones: te considero idónea para llevarla a buen puerto y porque lo cuidas bien —señaló hacia el camastro.

—Sé breve, no puedo perder el tiempo.

—La discreción debe ser absoluta.

—¡Abrevia!

—Como recompensa, viviréis en una buena casa, en el centro, tendréis un trabajo liviano y buenos beneficios. La dueña tiene dos esclavas jóvenes, también os atenderán a vosotros.

—Mucha recompensa. Falta la parte peligrosa, supongo —dijo Ahirom, hasta ese momento en silencio.

—Solo se requiere absoluta discreción.

Sslama miró a Ahirom, buscando su aprobación.

—¿Has considerado nuestras edades? —dijo a Garnik.

—¡Amigo mío!, no hay nadie en Qart Hadasht más capacitado. Créeme, es un regalo, cambiará vuestras vidas.

—Si es así —intervino Sslama—, puedes contar con nosotros.

—Te visitó una dama acompañada por un guardia sagrado, es la hija del sufete. Simulará una fuga por amor, vosotros nos ayudaréis a ocultarnos.

—¿Dónde pretendéis esconderos?

—Todo está planeado. Mañana, al atardecer, te acercarás a la muralla. Verás un carro viejo, las mulas atadas a una argolla, junto a un vigía. *Hoy no habrá tormenta*. Con esa frase os permitirá salir en el carro. Aguardad en este punto.

Les entregó un papiro con un esquema, algunas referencias y una ruta marcada. Ahirom lo tomó. Tras mirarlo.

—No podréis llegar sin ser vistos.

—Vosotros estad allí. ¡Toma estas monedas! Cargad provisiones para dos días y los artículos que figuran en esta lista, desconozco cuántos días deberemos permanecer ocultos. —Le entregó a Sslama un papiro.

»¿Sabes leer?

—¡Sí!, una era puta, pero no ignorante.

Antes de salir, Garnik les recomendó otra vez.

—Sed discretos.

No vio a nadie en el exterior. Había ido en las horas de más calor para pasar desapercibido. Iba repasando cómo sacar a Kissa. «Demasiado complicado. Espero que a Melkart le agrade el sacrificio de una cabra. Sin su ayuda será difícil...». Estaba angustiado, no quería fallarle a su general.

LA FUGA

Habían transcurrido demasiados días desde el nombramiento de Aníbal, las malas condiciones marítimas obligaban a Belshazzar a permanecer en Qart Hadasht más tiempo del previsto. La tormenta no solo los empapó, también trajo consigo un vendaval acompañado de olas enormes, como nunca se habían visto en aquellas costas. Ardía en deseos de regresar a las comodidades de su villa en Cartago, pero tuvo que resignarse y continuar siendo un huésped incómodo de la familia Barca. Conforme el viento y las olas aplacaban su furia, aumentaba su deseo de partir.

Gael buscaba al sufete para transmitirle la invitación de Aníbal. Lo encontró recostado en una hamaca, bajo la sombra de un toldo, admirando el trabajo de los floricultores en los jardines.

—¡Señor! —dijo tras una profunda reverencia—. El general Aníbal te invita a comer en sus habitaciones, pasado mañana. Tiene asuntos importantes para tratar contigo.

—Asistiré encantado.

—Vendré a buscarte.

Aníbal pensaba explotar la afición del sufete por la buena mesa y el vino endulzado con miel. Cuando estuviese ahíto, sería el momento de ejecutar su venganza. Belshazzar recordaría su estancia en Qart Hadasht con amargura. Planeaba proporcionarle una indigestión que recordaría mucho tiempo. Le parecía un castigo demasiado liviano por haber despreciado a su familia, pretendiendo entregar el mando del ejército a Hannón. Ni el Senado de Cartago ni el sufete de turno tenían suficiente poder para enfrentarse a los Barca.

Cuando al día siguiente Garnik se presentó ante Aníbal, el general estaba en la terraza hablando con el mayordomo. Se mantuvo a una distancia prudente.

—¡Señor! El sufete aceptó enseguida, tal como habías vaticinado.

—Lo suponía.

—Las cocineras se están esmerando.

Aníbal sonrió, entornando los ojos se acomodó sobre la hamaca. Iba a jugar con Belshazzar. Los miembros del Consejo tenían a los militares por unos brutos, ineptos para urdir un plan astuto y derrotar a un rival sin utilizar la violencia, estaban muy equivocados.

—Se llevará un recuerdo imborrable. Retírate.

El mayordomo se fue, Aníbal hizo un gesto a Garnik.

—¿Tienes todo dispuesto?

—Esperando tus órdenes.

Coriander le había enseñado a su hermano el acceso a un pasadizo secreto. Lo hizo excavar su marido, por si se veían obligados a escapar del palacio con urgencia. Se accedía al túnel desde las habitaciones ocupadas por la hija del sufete, conducía al exterior, más allá del istmo. Garnik y Kissa deberían utilizarlo.

—En el baño de las habitaciones ocupadas por Kissa hay una losa de mármol verde con el grabado de un potro bajo una palmera; es el acceso a un pasadizo hasta el exterior de las murallas. Una percha de bronce con forma de cabeza de caballo es el mecanismo de apertura. Tira de ella con fuerza, la losa se moverá. Nadie, salvo tú y los que te ayuden, debe estar al corriente del asunto.

—Así se hará.

—Debe hacerse mañana por la noche, sin escándalo. Utiliza la fuerza, solo si es necesario.

—Colaboraré. Sueña convertirse en una loba, luchar a tu lado frente a Roma.

—Llévate esa paloma —señaló una jaula—. Suéltala cuando lleguéis a la cabaña, sabré que estáis en camino sin problemas. Vete.

Al atardecer del día siguiente, Garnik, acompañado por Pistias y otro mercenario, fueron a las habitaciones de Kissa. Iba tenso, Aníbal le había encargado una misión importante, debía realizarla sin errores. Un guardia sagrado les negaba el paso.

—No podéis pasar.

—¡Salud!, Boldizsar, traigo un mensaje urgente de Aníbal para Kissa.

—¡Dámelo!, se lo entregaré cuando salga del baño.

—Debo dárselo en mano.

—Entonces, espera.

—¡Retírate!, nosotros haremos guardia hasta el relevo.

—¡No!, si Kissa no lo ordena. Esta noche puede que no requiera tu compañía —sentenció el guardia.

Garnik hizo la señal acordada, Pistias y el otro soldado sujetaron a Boldizsar, mientras le rebanaba el cuello.

—En cuanto salgamos lo metéis en el pasadizo, cerrad el acceso y eliminad toda señal de violencia. ¿Lo habéis entendido?

—Puedes ir tranquilo —respondió Pistias.

Garnik entró en el baño. Kissa estaba sumergida en la bañera con los ojos cerrados. Se entretuvo admirando su cuerpo, demorándose en anunciar su presencia.

—¿Te gusta mirar?

—Te pido disculpas.

—El haber copulado conmigo no te da derecho a invadir mis momentos íntimos —dijo en tono cortante.

—Ponte algo. ¡Nos vamos! Él prometió ayudarte, todo está preparado. Debemos salir ya.

—¡Voy!

Saltó de la bañera con intención de pasar al dormitorio. Garnik se plantó delante, tenía que impedir que viese al guardia muerto.

—Hay dos hombres afuera. No deben verte así.

Kissa dudaba.

—Debes confiar, nadie te hará daño. —Seguía remisa.

»¡Mira! —Tiró de la figura de bronce. El mármol giró mostrando un pasadizo oscuro.

»¡Ves!, si quisiéramos hacerte daño, bastaba entrar por aquí mientras dormías. ¡Reacciona!, tenemos poco tiempo.

—Mi ropa.

—Cuando tu padre haya partido, podrás recoger cuanto necesites. Debemos salir enseguida.

Garnik cogió una túnica y dos candiles de aceite, le entregó uno a Kissa junto con la prenda. Se internaron en el pasadizo.

Avanzaban en la oscuridad ayudados por la débil luz de los candiles, descendieron por una interminable escalera de caracol. A medida que bajaban, el olor a agua corrompida se hacía más intenso. Recorrieron un túnel con paredes de piedra. El techo, muy bajo, les obligaba a

caminar encorvados. Chorreaba agua salada. El trayecto se hacía demasiado largo. Kissa sintió un pellizco en el estómago al tomar conciencia de la tierra que habría sobre sus cabezas. «Demasiado largo para estar tranquilo», pensó Garnik, comenzando a inquietarse.

La atmósfera enrarecida apagó los candiles; siguieron a oscuras, palpando. A cada paso el agujero se volvía más angosto. La piedra había desaparecido, todo a su alrededor era barro, se desprendía al rozarlo. Agotados, gateando sobre el fango, empapados, sin vislumbrar el final: Kissa comenzó a sentir miedo. «Fui demasiado confiada metiéndome en esta trampa. ¿Y si Aníbal ha decidido librarse de mí?», pensó. Sintió miedo, una garra aferrada en su garganta. Si morían allí, enterrados, nunca más sabrían de ellos.

—¿Falta mucho todavía? Este agujero puede hundirse en cualquier momento, enterrándonos vivos —preguntó con voz ansiosa.

—Continúa avanzando. Ya hemos pasado lo peor.

Las paredes seguían rezumando agua, el suelo, de barro poco denso, ganaba en consistencia conforme avanzaban. El aire también era más limpio. Una brisa liviana penetraba en el zulo renovando la atmosfera, infundiéndoles confianza. Llegaron a un espacio amplio, pudieron enderezarse.

—¡Mira! —gritó Kissa.

A través de un agujero vieron destellos de estrellas. Los luceros le devolvieron a Garnik su fe en Aníbal, se avergonzó por haber dudado.

Subieron por unas escaleras labradas en la roca, salieron junto a un montecillo, al otro lado del istmo. La luna llena iluminaba el paisaje, al fondo destacaban las murallas.

Garnik mantenía su espíritu atrapado en la negrura del pasadizo. Contempló la ciudad, desde allí parecía una gigantesca embarcación embarrancada entre la laguna y el puerto natural. Sus ojos buscaron a Kissa, embadurnada en barro semejava una estatua de arcilla puesta a secar por el artista. Se miraron, sin mediar palabra se fundieron en un abrazo por la alegría de seguir vivos.

—Lo hemos conseguido. Hubo momentos en que pensé morir. A tu lado hubiese sido un dulce final.

—¡Quita!, ¡estúpido!, me queda mucho por hacer antes de morir.

Lo apartó con un empujón, su ánimo era frágil, todavía soportaba la angustia del túnel.

«El viejo marino conserva su pericia. Habrá guiado el carro como si fuese un barco», pensó Garnik embargado de alegría por hallarse a cielo descubierto, señalaba el carromato mostrándoselo a su compañera. Sslama y Ahirom aguardaban a cierta distancia.

—Vamos a darnos un baño, en el carro tenemos ropa. Es casi imposible que nos vean desde las murallas, pero seamos discretos.

Se quitaron las túnicas embarradas, penetraron en la laguna. El agua estaba fría, tras la experiencia bajo tierra les pareció una delicia. Cuando emergieron el deseo era demasiado evidente en Garnik. Ella se apartó dirigiéndose a tierra, apenas iniciado el movimiento, se lanzó sobre él abrazándolo con un ansia histérica, propinándole golpes en el pecho.

—¿Un dulce final?, ¿morir a mi lado?, ¿por qué pronunciaste esas palabras?, ¡no debiste...!

La atrajo. Ella hizo un amagó de resistirse, pero se dejó abrazar. Con los ojos húmedos, suplicantes, parecía una adolescente enamorada. Viéndola tan débil, Garnik sintió necesidad de calmar sus temores. Se amaron en la orilla.

Pistias y su compañero se disponían a introducir el cadáver en el pasadizo, escucharon voces demasiado cerca, faltaba tiempo para ocultar el cuerpo, tampoco podían arriesgarse a ser

descubiertos. Si los capturaban serían acusados de matar a un guardia sagrado, el castigo por ese delito era la muerte en la cruz. Mejor huir, si tenían que morir sería espada en mano. Cerraron la losa, salieron a la terraza, saltaron al jardín y se alejaron ocultándose entre los matorrales.

EL NOMBRAMIENTO

Amaneció uno de esos días habituales en Qart Hadasht: ligero vientecillo, cielo despejado y sol ardiente. Hasta la mar parecía intentar congraciarse con el sufete, una brisa suave le acariciaba el rostro, las olas morían blandas, sustituyendo al violento oleaje de días atrás. Con la invitación de Aníbal retornaba el clima natural de aquella costa.

A consecuencia de su obligado encierro, Belshazzar se aburría, aunque Aníbal estaba demostrando ser un magnífico anfitrión; gracias a sus atenciones podía soportar una estancia tan prolongada lejos de su residencia en Cartago. Desde aquella terraza contemplaba una bella panorámica. En los cerros próximos, el verde oscuro de la jara se mezclaba con zamarrilla de tonos amarillentos, matas de siempreviva aportaban salpicaduras entre azules y violáceas. Admiró el contraste del cielo con la mar en calma. «Demasiada calma» pensó, mientras entornaba los parpados en un intento vano por descubrir algún navío.

Sobre aquel escenario natural destacaba la mesa, donde había tomado asiento como invitado exclusivo. Apenas cabían los platos decorados con viandas exóticas. Desfilaban ante sus ojos aves asadas adornadas con llamativos plumajes; piezas humeantes de animales desconocidos; dulces de almendra; frutas nunca vistas en su ciudad natal, al otro lado del mar.

Al joven Barca debían haberlo instruido sobre la forma correcta de agasajar al primer sufete, sin duda, intentaba compensarle por sus desconsideraciones. El esfuerzo realizado para preparar aquellos platos le parecía digno de admiración. Belshazzar se consideraba el paladar más exquisito del territorio cartaginés.

Ejercía de maestro de ceremonias el mayordomo rubio. Apenas los comensales apuraban el contenido, rellenaba sus copas con un vino rojo, espeso; dejaba en el paladar del sufete aromas de frutas acompañados por un toque dulzón, muy de su gusto. El mayordomo rellenaba sin cesar su copa, los vapores del alcohol comenzaban a nublarle el entendimiento. Así lo había dispuesto Aníbal y Gael tenía habilidad suficiente para hacerlo con el necesario disimulo. Belshazzar solo echaba en falta a Kissa, con ella presente en la mesa el festín sería perfecto.

La comida transcurría según había previsto el anfitrión. Después de varios viajes hasta el baño para vomitar lo engullido y continuar comiendo, el sufete estaba saciado. Aníbal decidió terminar con aquella comedia e hizo un gesto al mayordomo. Gael le acercó un papiro. Al reconocer el nombramiento con el nombre de Hannón el Grande, la papada de Belshazzar comenzó a contraerse con violentos ataques de hipo.

Lo había traído para mostrárselo a Aníbal como un hecho consumado, sin recurso posible. No se atrevió a enfrentarse con los soldados cuando vitoreaban a su general emperifollado en aquella armadura dorada. Gritaban al borde del paroxismo aquella estupidez: El rayo de Ba'al, como si los dioses tomaran parte en la burda farsa que Aníbal representó.

—Tu estancia entre nosotros, los soldados que llegado el caso moriríamos por Cartago — puso énfasis en las últimas palabras e hizo una pausa, clavando una dura mirada en el sufete—. Te habrá dado una medida del peso específico del ejército en la balanza del poder —hizo otra pausa más prolongada, luego continuó.

»Extraviaste este documento. ¿Imaginas las consecuencias, si llega a caer en manos de mis oficiales?

—¡Eso...! —Temblaba, su tez enrojecía...

—Hay otro asunto. Kissa me expresó su deseo de permanecer aquí, en Iberia, solicitó mi protección. Cómo puedes imaginar, accedí a sus deseos, tu hija será mi invitada durante todo el tiempo que quiera.

Empleó un tono suave. Esa forma de transmitir su amenaza fue un golpe demasiado fuerte para el atribulado Belshazzar. Su respiración se volvió fatigosa, abría la boca intentando impulsar aire a sus pulmones. El pánico se dibujaba en su rostro crispado, mirando al joven general con la vista extraviada.

Viajó desde Cartago convencido de que le resultaría fácil enfrentarse con aquel jovenzuelo, cuyo único mérito era ser el primogénito del gran Amílcar. El espectáculo de la terraza le sacó de su error. Aníbal Barca era astuto, peligroso. Supo forzar su nombramiento y ahora, con Kissa convertida en su rehén, podría controlar las decisiones del Consejo a través suyo.

—No le hagas daño —dijo. En sus pupilas asomaban dos lagrimones.

—Lamento si algo te ha sentado mal. Hannón debe aceptar mi nombramiento, confío en tu habilidad para conseguirlo. Puedes concederle el almirantazgo de nuestra armada. Es un inmenso honor mandar la flota de Cartago.

Se fue sin decir nada más.

Belshazzar estaba embotado, le costaba razonar a consecuencia del vino. Aquel Barca maldito había preparado el ágape como castigo por haber preferido a Hannón. Sus atenciones mientras comían le hicieron confiarse; eso esperaba aquel escorpión para inocularle el veneno de su venganza. No se conformaba arrebatándole su bien máspreciado, su hija, también le decía como debía actuar.

El mayordomo permanecía atento, a unos pasos, por si el invitado necesitaba sus servicios. Belshazzar, con mirada y pensamiento perdidos más allá del horizonte, intentó en vano incorporarse; se quedó bloqueado, apoyando la mano derecha en los riñones con un rictus de dolor. Gael acudió en su ayuda.

—Un masaje puede proporcionarle alivio a tu espalda, también traerá paz a tu espíritu.

—¡Ven! Ayúdame a llegar a mis habitaciones.

Apoyado en Gael, realizando frecuentes paradas para soportar las punzadas que le atravesaban el espinazo, consiguió llegar a sus aposentos. Estaba en el baño, desnudo sobre una camilla, Gael frotaba su espalda dolorida. Un guardia sagrado entró precipitadamente.

—Señor, Kissa ha desaparecido —hizo una ligera pausa, le costaba dar juntas dos malas noticias—. Han matado a Boldizsar, hacía guardia en sus habitaciones.

Belshazzar contrajo el rostro en un rictus de terror. Si las amenazas recibidas durante la comida lo asustaron, ahora tomaba plena conciencia del peligro que suponía interponerse en los planes de Aníbal.

LA MANADA

Ahirom, acompañado de Sslama, había guiado el carro hasta el punto indicado en el mapa, llevaban un rato aguardando con sus ropas húmedas por el rocío nocturno.

Sslama padecía, preocupada por la frágil salud del marino, quebrantada desde que llegó empapado. Cuando Ahirom se mudó a su casa lo consideró su marido, aunque jamás pensaba reconocerlo. El tipo que la cautivó había desaparecido engullido por el aguacero. Los frecuentes ataques de tos lo dejaban sin energía y a ella le hacían sufrir, temiendo que en cualquier momento dejara de respirar. Sus remedios solo le proporcionaban un alivio momentáneo, enseguida regresaban el carraspeo y la tortura en forma de tos.

Lo observaba por el rabillo del ojo, pensando. «Tuviste que ir a ver al Rayo de Ba'al».

—Si tarda mucho, nos vamos. Esta humedad te hará empeorar. ¡Toma!, cúbrete —le dijo, viéndolo tiritar.

Al echarle sobre los hombros una manta, distinguió dos siluetas a cierta distancia. Estaban copulando, lo advirtió por sus movimientos.

—¡Mira!, Garnik se da un revolcón con la hija del sufete, mientras tú enfermas. ¡Ya me lo olía yo! ¡Me van a oír! ¡Tenerte esperando con esta humedad, mientras ellos se divierten!

Cómo si hubiesen escuchado los reniegos de Sslama, Kissa y Garnik se incorporaron para dirigirse al carro. Caminaban desnudos, llevando en sus manos las túnicas empapadas de lodo.

—¡Os habéis desahogado a gusto! ¡Cubríos!, mostrad un poco de decencia. —Estaba furiosa.

Garnik saltó al carro. Cogió dos túnicas, le entregó una a Kissa.

—Regresad. Lo siento, Ahirom, pero ha de ser así.

—Hemos cumplido nuestra parte del trato. Había una recompensa. ¿Para cuándo?

El enfado de Sslama iba en aumento, miraba de hito en hito a los dos irresponsables, culpables de que su Ahirom estuviese expuesto al rocío.

—Uno de vosotros irá al palacio mañana, preguntará por el mayordomo, le dirá: *La loba está en su guarida*. Él sabrá cómo actuar. Regresad antes de que cierren las puertas.

Kissa subió al pescante. Garnik tomó las riendas, arreó las mulas, el carro comenzó a desplazarse; Kissa se pegó a su compañero. Recostó la cabeza en su hombro, luego se retiró lo justo para contemplarlo mientras él se concentraba en guiar las mulas. Le peinó los cabellos, admiró su nariz recta, el mentón poderoso.

Sintiéndose observado, le devolvió la mirada. Ella se dejó acariciar por sus ojos, grises de noche, verdes durante el día. Una fuerte sacudida del carro estuvo a punto de arrojarlos a tierra.

—Si me distraes, acabaremos con una rueda rota o aplastados debajo del carro, después de haber volcado.

Tiró de las riendas hasta detener el carromato, ató las patas delanteras a las mulas, calzó las ruedas.

—¿Nos detenemos?

—La noche es oscura, podríamos sufrir un percance. Al amanecer reanudaremos el viaje. Se cobijaron bajo el carro.

—Debería odiarte por hacerme sentir tan débil.

Se aferraba a él. Su innata rebeldía luchaba contra aquella sensación de sometimiento, pero era tan placentera, creaba tal dependencia, se encontraba tan..., indefensa. Se sintió vencida sin haber comenzado a luchar.

—Quisiera permanecer así, abrazados durante el resto de mis días, pero debo llevarte a tu destino.

La frase rompió el encanto. Tras un beso se acomodaron con intención de dormir. Kissa no podía conciliar el sueño, demasiadas emociones: fuga, túnel, sentimientos... El cuerpo de su acompañante despedía un calorillo placentero, la mantenía despierta, como si temiese que con el sueño fuese a desvanecerse. Amanecía cuando regresaron al pescante para reanudar el camino. Al atardecer llegaron a una cabaña oculta entre matorrales.

—Baja, dormiremos aquí.

Estaba bien camuflada, difícil encontrarla sin conocer su localización.

—¿Aquí traes a tus conquistas? —dijo, con una sonrisa forzada.

Garnik apreció desafío en su tono. Solo unos celos incipientes podían hacerla hablar así.

—Casi nadie conoce esta cabaña. La usaba Aníbal cuando cazaba. Desde que murió el Bello no ha vuelto a utilizarla. Tiene demasiados asuntos por solucionar, carece de tiempo libre.

Cortó unos matorrales, los utilizó como una escoba para barrer el interior de la choza, luego, tomó otras ramas más endebles, las extendió en el suelo, se tumbaron muy juntos sobre unas mantas.

—Debemos descansar. Han sido demasiadas emociones, mañana nos esperan algunas más.

Sus cuerpos reclamaban descanso, durmieron profundamente. Garnik se levantó, aún no había amanecido.

—¿Adónde vas? Todavía es de noche.

—Pronto amanecerá, he de soltar la paloma.

—¿Para qué?

—Aníbal sabrá dónde estamos.

Abrió la jaula. Regresó buscando acomodo junto al cuerpo de Kissa, retomaron el sueño. Había amanecido cuando reanudaron el camino. Las mulas caminaban despacio. Ellos, arrebujados en sus mantas, pegados el uno contra el otro para conservar algo de calor. El primer rayo de sol brilló sobre las montañas, su cálida promesa alegraba sus ánimos. Subía la temperatura, se disipaba la bruma. A su paso, saltaban los conejos alertados por el ruido de las ruedas. Gorriones en bandadas disputaban el alimento a jilgueros y verderones. En el cielo volaban vertiginosos grupos de vencejos atrapando insectos; a menor altura, lo hacían las golondrinas.

Kissa, de carácter independiente, se sentía ligada por un amor recién descubierto. La visión de un conjunto de cabañas protegidas con una empalizada, sobre una loma, los devolvió a la realidad.

No era una instalación definitiva, sino un reducto construido para una estancia alargada, pero provisional. Una torre de troncos era el único punto de vigilancia. El contorno estaba rodeado por un foso poco profundo. A sus ocupantes no parecía preocuparles demasiado la posibilidad de recibir un ataque.

Oyeron sonar un cuerno. Once jinetes salieron al galope para interceptarlos. El primer impulso de Kissa fue empuñar la espada, se tranquilizó viendo a Garnik levantar un brazo saludando. Eran las mujeres que vio en el jardín. Aníbal las llamó lobas, aquel sería su campamento.

El hermano de Coriander cumplía su promesa, aunque algo había cambiado. Se había enamorado de una forma violenta, sintiendo próximo a su amante, se resistía a separarse de él.

—Solicité incorporarme a este grupo de mujeres. Deseaba luchar por Cartago, todavía lo deseo, pero también quiero permanecer a tu lado. ¡Canalla!, quisiera odiarte, pero no puedo.

La mirada de Kissa engordaba su vanidad. La vio descender del quinquerre: orgullosa, distante, inaccesible...; ahora: sumisa, solícita, dispuesta a dejarlo todo por él. Cuando copularon en la laguna solo pensó en saciar su deseo. No pensó en otra alternativa. Le asustaban las consecuencias si entorpecía los planes de Aníbal. Además, Kissa era hija de un sufete, el poder que podía ejercer su padre desde Cartago no podía despreciarse; también le preocupaba su reacción, si una vez se hubiese integrado con las lobas se sentía desairada. Sabía cómo se comportaban si una integrante de su manada se consideraba perjudicada por un hombre: el grupo se mostraría hostil; los enemigos de la manada tenían una vida incómoda y breve. Tenía que apartarse de ella.

—En cuanto sea posible me reuniré contigo. Ahora debo regresar, me aguarda una misión.

Quiso abrazarlo, pero él lo evitó.

—¡No lo hagas!, si muestras dependencia hacia algún hombre, tu vida con ellas será dura y corta.

El grupo de lobas llegó hasta el carro.

—¡Mirad!, un hombrecito con su nena —dijo una.

El resto del grupo rio a carcajadas.

—Garnik. ¿Tenías que ser tú?

—Cumpló órdenes, Sheba.

Le entregó un papiro con el sello de Aníbal. Sheba leyó el contenido, no parecía de su agrado. El general ordenaba recoger en su manada a la hija del sufete. Pudo reconocerla, la tarde del nombramiento acompañaba a su padre.

—Acabemos rápido —contestó Sheba mirando a Kissa de hito en hito.

—Has llegado a tu destino. Recoge eso y baja —Garnik señaló una espada en la caja del carro.

Sin más conversación, con un peso en el estómago, obligó a las mulas a enfilar el retorno. Ni una sola vez giró su cabeza para mirarla. Conforme se alejaba crecía su confusión, si al principio creyó que no sentía nada por ella, conforme aumentaba la separación se acrecentaba el vacío que sentía en el pecho, hasta convertirse en dolor. Comprendió que su corazón se había roto, quedándose Kissa con un buen pedazo.

No tenía claro si era fascinación por haber conquistado a una mujer bella, inaccesible, perteneciente a la más rancia nobleza, o realmente estaba enamorado. El juramento de obediencia prestado al general Aníbal le obligaba a cumplir sus órdenes, fuesen cuales fuesen las consecuencias. En esta ocasión, el precio se le antojaba demasiado alto, excesivamente doloroso, pero debía asumirlo.

Kissa lo vio alejarse sin un gesto, sin una palabra. El desgarró era tan intenso, tan amargo..., temió que fuese visible. Surgió su carácter, si intentaban inmiscuirse en sus sentimientos, se arrepentirían. En caso de que fuese preciso poner las cosas en orden, en algún momento se presentaría una ocasión propicia.

Montó a la grupa de un caballo, como le ordenaron. Al entrar en el campamento, la que llevaba las riendas dijo a voz en grito.

—Ya puedes bajar. ¡Nena!

Kissa saltó del caballo arrastrándola consigo. Sin darle tiempo a reponerse le pisó el cuello. La loba intentó librarse, Kissa presionó con su espada hasta rasgarle ligeramente su mejilla. Brotó un hilito de sangre, suficiente para que la otra comprendiese que iba en serio.

—Repíte eso. ¡Lobita linda! —lo dijo con desdén, volcando en desprecio el dolor que sentía en su pecho.

—Ha sido suficiente. ¡Suéltala! ¡Ya! —ordenó Sheba.

Kissa obedeció, sin bajar la guardia.

—¡Asherah!, te ha dado una lección merecida. Fin de la historia. ¿Comprendes?

—Siempre a tus órdenes, Sheba.

Miró altiva a su vencedora, pero Kissa no apreció rencor. Comprendió que había derribado la primera barrera para ser admitida.

—¡Tú!, —dijo Sheba—. Solo te acogemos porque lo ordena el general, ves pensando cómo quieres llamarte. Si te ganas el derecho a unirse a la manada, podrás elegir un nuevo nombre.

—Yo soy Kissa, me siento orgullosa de mi nombre y de mi familia.

Su voz sonó arrogante. Acostumbrada a ser la hija del sufete, a mandar y ser obedecida, las contemplaba desde un plano superior. Su mirada desafió a Sheba, luego a Asherah, después, una a una, a todas las demás.

—Asherah, compartirás tu cabaña hasta que tenga la suya. Si acabamos admitiéndola.

Kissa apreció satisfacción en las palabras de la que parecía la jefa del grupo.

—Ven, te mostraré mi palacio.

Caminó tras la loba dejando atrás carcajadas y mofas de las que salieron a recibirla. Sería un error enfrentarse a todas siendo una recién llegada. Hizo oídos sordos a sus burlas, a los desprecios. Esos comportamientos le proporcionaron indicios de como serían sus primeros días en el campamento. Debían saber quién era su padre, esa información podía convertirse en una fuente de problemas, pero no iban a dominarla. Su sueño, luchar por Cartago, estaba a punto de realizarse, nadie se lo iba a estropear.

En el trayecto se cruzaron con curiosas que la miraban con descaro. Escuchó comentarios despectivos, intolerables en cualquier otra circunstancia. Debía esquivar las pendencias, se presentarían ocasiones para hacerse respetar. «¡Por Astarté!, sabréis quién soy», pensó.

Todas las cabañas eran similares, formadas con ramas entrelazadas, los huecos rellenos con barro. Entraron en una de reducidas dimensiones, poco más del espacio necesario para dar cobijo a dos cuerpos. El suelo del interior era de tierra apisonada, sobre ella habían puesto pieles.

—Dormirás ahí.

Señaló un rincón y salió, Kissa fue tras ella.

—¿Vas a seguirme cómo una perrita?

—¿Pretendes que me quede sentada? Algo podré hacer, si nadie me lo dice, lo averiguaré por mí misma.

—¡Ven!, si Sheba lo permite me acompañarás a repasar lazos y recoger presas.

Su voz sonó casi amistosa. Sheba accedió, ambas salieron del campamento.

—No tengo armas, excepto esta espada, me defiende bien con el arco. Si puedes proporcionarme uno, tal vez pueda cazar algo.

—¡Vamos! —dijo, obligándola a caminar—. Si necesitas algo, hazlo tú o quítaselo a un enemigo. Cuando entremos en combate podrás conseguir despojos, mientras tanto, ¡apáñate cómo puedas! Son nuestras normas.

Salieron del campamento llevando una carretilla para depositar los conejos apresados en

los lazos, constituían su principal fuente de alimento. En un punto del recorrido, Kissa comenzó a cortar tallos de unas plantas abundantes en aquel terreno. Asherah parecía satisfecha.

En el campamento creían que fracasaría. Una aristócrata convirtiéndose en una loba solo podía obedecer al capricho de una niña mimada, en cierto modo, las ofendía. La admitieron por orden directa de Aníbal, pero estaban seguras de su fracaso, algunas cruzaron apuestas sobre cuántos días tardaría en arrepentirse. Viéndola recoger aquellos tallos de cáñamo, Asherah comenzaba a dudar de haber acertado en sus vaticinios, tal vez, fuese más capaz de lo que creían.

—¿Para qué recoges esos hierbajos?

—Los necesito.

Puso en la carretilla varios haces, dos piedras grandes lisas, junto a un buen puñado de otras semejantes a una nuez. Al regresar al campamento se dedicó a machacar los tallos, extraer las fibras, luego las trenzó formando una honda rudimentaria y un zurrón que podía llevar colgado del hombro. En él depositó las piedras menudas: proyectiles para su honda.

BAREK

Belshazzar contemplaba espantado el charco de sangre seca en torno al cadáver de Boldizsar. Estaban buscando a su hija, registraron: palacio, jardines, ciudad, barcas... Seguía sin noticias. Viendo a los jardineros reparando parterres, sembrando nuevas plantas, recomponiendo daños; recordó los sucesos del nombramiento. Ese día marcó el origen de sus desgracias. Recorría el mirador dando paseos nerviosos, mientras cavilaba buscando una forma de apartar a Kissa del maldito Aníbal, para regresar con ella a Cartago. Allí, su magistratura les otorgaría protección, estarían a salvo del monstruo que ahora controlaba el ejército.

En el interior habían retirado el cadáver, el murmullo de los esclavos le puso sobre aviso. Aníbal llegaba acompañado de sus dos hermanos y una considerable escolta.

—¡Acompáñame! Bajemos al jardín.

Caminaron un trecho, Aníbal se detuvo.

—Tu hija está a salvo. Debes regresar a Cartago hoy mismo. Hay buena mar, las naves están dispuestas.

Belshazzar se lo juró a sí mismo, algún día se le presentaría la ocasión, entonces llegaría su venganza contra el retoño de Amílcar. Un jovenzuelo desvergonzado que se atrevía a darle órdenes, sin mostrar respeto al Consejo representado en su persona.

—Quiero despedirme de Kissa, también está el otro asunto. ¿Cómo explicaré en Cartago la muerte del guardia?

—Tu hija está en sitio seguro. En cuanto a esa muerte, mi hermano Asdrúbal hará justicia.

Le faltó poco para suplicar, necesitaba abrazar a su hija antes de partir. Se contuvo, hubiese sido humillante, además de indigno. Difícil de explicar en Cartago.

—¡Si Kissa sufre algún daño!, te haré responsable. ¡Si le ocurre algo...!, rendirás cuentas ante mí, en el Consejo.

—¡Buen viento y buena mar!

Con esa escueta despedida, sin aguardar contestación de su huésped, Aníbal abandonó el jardín.

En el interior nada recordaba el acto de violencia ocurrido poco antes. Belshazzar contemplaba las paredes buscando respuestas. «Si Kissa hubiese ido voluntariamente, no hubiese sido necesario matar al guardia. Tuvo que ir forzada o engañada», pensaba apretando los puños con la energía que no se atrevió a mostrar ante Aníbal. Temiendo alguna calamidad, envió en busca de los guardias sagrados. Embarcarían inmediatamente.

Ya estaba reunida la comitiva para dirigirse hasta el puerto. Un guardia se acercó al sufete.

—Quisiera hacerte una petición.

—Nos disponemos a embarcar. En otro momento.

—¡Señor! Es importante.

—En el barco hablaremos.

Deseaba salir a toda prisa de aquel lugar. Bajo ningún concepto quería prolongar su estancia, solo de existir alguna posibilidad de hablar con Kissa hubiese retrasado su partida, pero

aquella hiena le privaba de ese consuelo.

Abandonaron el palacio con dirección al puerto. Apenas embarcaron se le acercó el mismo guardia.

—¡Señor!, mi asunto no admite demora.

Viéndolo alterado, se dispuso a atenderlo.

—¡Dime!, ¿qué te angustia?

—Mi nombre es Barek, el muerto era mi hermano Boldizsar. Solicito tu autorización, quiero permanecer en Qart Hadasht, averiguar los motivos del crimen y vengar su muerte. Si lo deseas, también trataré de localizar a tu hija, para ayudarla si lo precisa.

—Si te reconocen, estarás muerto.

—Sé cuidarme, aunque una bolsa con algunas monedas me ayudará a pasar desapercibido. Mi familia te las devolverá en Cartago.

—¡Acompáñame!

Barek lo siguió hasta el único camarote del quinquerre. Belshazzar extrajo una bolsa de un cofrecillo, se la entregó a su acompañante.

—Unas pocas serán suficientes. En los medios que me veré obligado a frecuentar, una bolsa repleta puede ser una forma de suicidio.

Apartó unas cuantas monedas y le devolvió las demás. Se disponía a salir del camarote, Belshazzar lo retuvo.

—¡Aguarda!, te daré un salvoconducto. Si te ves obligado a utilizarlo, tu vida estará en peligro, regresa a Cartago rápido.

Sacó un papiro, mojó una pluma en un pequeño frasco. Escribió:

El portador de este documento depende directamente del Consejo de los Trescientos. Solo rendirá cuentas ante uno de los sufetes. No podrán ser cuestionadas sus acciones, ni sometido a juicio por otro sujeto u organismo que no sea el propio Consejo, sean cuales sean los cargos de los que se le acuse.

Lo autorizo y valido con mi sello.

Belshazzar, sufete electo.

Le entregó el documento después de sellarlo con su anillo. Barek se despidió con una inclinación de cabeza.

—Entrega el uniforme.

Descendió del barco vistiendo una túnica y una capa. Sabía adónde debía dirigirse. La esclava creería que había embarcado, sería fácil convencerla. Inventaría una deserción por amor. Con ese argumento rendiría su voluntad, tendría ojos y oídos en el palacio.

Recién llegados, fue testigo de las desconsideraciones de Aníbal hacia el sufete. Le ardió la sangre viendo al magistrado sufrirlas sin atreverse a imponer su autoridad, acobardado ante el brío de aquel joven. No sentía simpatía hacia Belshazzar, un hombrecillo cobarde. Todos en Cartago conocían el origen su poder, cimentado en su enorme riqueza. Solo su falta de escrúpulos le permitía ordenar acciones repugnantes para cualquier otro. Tenía un grupo numeroso de mercenarios, un ejército privado que le despejaba el camino de forma expeditiva. Si alguien se interponía en su camino, moría.

Pese a todas las connotaciones negativas, su deber como guardia sagrado era protegerlo. Pensó indagar en el círculo íntimo de Aníbal, por si averiguaba algún secreto que pudiese ayudar al magistrado para controlarlo; por ese motivo se acercó a Neferure.

Decidió aguardar hasta que los navíos con el sufete hubiesen zarpado, entonces iría al palacio. En el puerto no sería difícil encontrar alojamiento para una noche, muchas tabernas permanecían abarrotadas de marineros hasta el amanecer. Después de penosas travesías en las que su vida dependía del capricho de Tritón, gastaban alegremente sus monedas en juego y cortesanas.

Estuvo paseando, observando las barcas; regresaban rodeadas por nubes de gaviotas describiendo círculos sobre ellas, intentando hurtarles el fruto de su trabajo.

Al oscurecer entró en un lupanar. Apuró un vaso de vino, observó a las cortesanas, se dirigió a una que había dejado atrás su juventud.

—Quiero contratar tus servicios para toda la noche.

Ella lo miró sorprendida, había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que un hombre tan apuesto reclamaba sus atenciones.

—Toda la noche es mucho tiempo. Serán tres ases.

—¡Vamos!

La mujer lo condujo hasta una cabaña mísera, en la parte más pobre de Qart Hadasht. En un rincón, sobre unos trapos en el suelo, dormían dos niños. Un sucio camastro aguardaba a los clientes de la cortesana.

—¡Págame!

—Tres ases. —Entregó las tres monedas.

Ella las guardó, comenzó a desnudarse.

—¡Espera!

—¡Claro!, comprendo. Con toda la noche por delante, quieres ir despacio —dijo sonriendo a su cliente.

—Solo quiero que duermas conmigo. Nada más.

—¿Estás seguro?, por tres ases puedo hacerte pasar una noche inolvidable.

—¿Hijos tuyos? —señaló a los niños.

—El mayor es mío; el otro, de una compañera. Murió, lo cuido desde entonces.

Sacó dos ases.

—¡Toma!, para que los alimentos.

—¡Ba'al te bendiga! Déjame hacer, recordarás esta noche el resto de tu vida.

—Solo dormir, nada más.

—Como quieras.

Apenas pudo conciliar el sueño. Madrugó. Se disponía a marcharse.

—¡Aguarda! Come conmigo.

Estaba agradecida, había hecho su mejor negocio en mucho tiempo. ¡Cinco ases!, ni en sueños pensaba ganarlos en una sola noche, además, sin hacer nada, solo dormir.

Sacó dos sardinas en salazón y unas galletas de las que llevaban los marineros en las travesías, las puso en un trapo, sobre el suelo, se sentó e invitó a Barek a imitarla.

—No tengo mesa —dijo a modo de disculpa.

—No importa, así está bien.

—Eres un buen hombre, cuando quieras puedes regresar. Te cobraré menos.

No contestó, comenzaba a arrepentirse de tanta generosidad. «¡Cinco ases!, por dormir en este antro asqueroso, con una puta vulgar», pensó mientras engullía una galleta y un trozo de sardina. Se marchó sin decir ni una sola palabra, asqueado consigo mismo por haber pernoctado en aquel sitio.

—¡Vuelve pronto! —dijo ella, desorientada por el cambio de actitud de su cliente.

Caminaba con dirección al palacio pensando en Neferure, recordando cómo se conocieron. Resultó fácil congeniar, ella le tenía miedo al mayordomo, justificado por el trato que recibía del sirviente. «Tras esa inquina debe haber algún problema de celos», pensó entonces Barek. Supo servirse de aquella tensión, aprovechando cualquier excusa para acercarse a entablar conversación con ella. A Neferure le gustaba peinarle su cuidada barba cuadrada, introducir los dedos entre sus rizos dejándolos resbalar. La vistosa armadura del Batallón Sagrado fue una valiosa aliada. Si en Cartago era un cebo eficaz para pescar incautas, en aquel lugar alejado de la civilización ejercía un efecto perturbador sobre las mujeres, sobre todo, las esclavas.

Junto a la valla del palacio, una considerable tropa de caballería ligera se ponía en movimiento. Aníbal se situaba en cabeza. Se acercó intrigado. Neferure contemplaba la escena con el rostro pegado a los barrotes de la verja, semejaba una gacela enjaulada. Tuvo un sentimiento de ternura, por primera vez vio una mujer, no una sierva. Se acercó, era un buen momento para engatusarla. Bastaría un poco de ternura, creería cuánto le dijera.

—¡Neferure! ¡Querida!

Al reconocer la voz, el asombro se dibujó en sus facciones. Solo ella sabía cuánto lloró creyéndolo perdido, ahora lo tenía delante, sonriendo.

—¿Cómo sigues aquí? Las naves partieron. —lo miraba incrédula, aferrada a los barrotes.

Barek detectó ansiedad en su voz. Alargó el momento de contestar, acrecentando la angustia.

—Me fugué. No pude partir dejándote aquí.

Neferure se tragó el anzuelo sin sospechar nada. Barek había puesto su vida en peligro, nadie hizo nunca nada parecido por ella. Aníbal le dio libertad, una casa en Qart Hadasht y dos esclavas. Aunque en la generosidad de su antiguo amo existía el interés de reservar sus atenciones para él. Se lo dejó muy claro y Aníbal no era alguien a quien quisieras tener por enemigo.

—¿Qué piensas hacer? Estás en peligro. Si te capturasen..., te matarían.

—Si tú quieres nos iremos lejos, los dos.

—Iré donde tú decidas. Dime qué quieres que haga.

—Debemos esperar un tiempo, mi fuga es demasiado reciente. Necesito encontrar un refugio seguro.

Su estratagema estaba desarrollándose tal como había previsto, pero le incomodaba utilizarla de aquella forma tan miserable.

—Tengo una casa. Aníbal me ha dado la libertad. Aguarda aquí, cuando salga sígueme a una distancia prudente. Te ocultaré.

Sin esperar contestación, Neferure se dirigió al interior del palacio buscando a Gael. El mayordomo tenía el encargo de acompañarla a su nueva vivienda, iba a exigirle que lo hiciese inmediatamente.

Gael estaba en la terraza de las habitaciones principales contemplando las tropas que iban con Aníbal hasta Cástulo. En el gesto del sirviente se leía rabia, viendo a su amado marchar para caer en brazos de una indígena. Sería princesa, pero seguía siendo una salvaje. Desconocía cuál sería su papel, cuando su amo regresase desposado, esa incertidumbre lo mantenía intranquilo.

—¡Mayordomo!, acompáñame a mi vivienda.

Le agradó utilizar aquel tono tan imperativo, jamás pensó que se atrevería, pero la esclava maltratada se había convertido en una mujer libre. Gael se sobresaltó al sentirse interpelado de esa forma. Al verla, volcó en sus palabras todo su desprecio.

—¿Cómo te atreves a hablarme en ese tono?! Vas a vivir en otro lugar, pero sigo siendo el mayordomo. Te haré azotar.

Lo dejó terminar. Gael desconocía su condición de liberto. Cuánto más hablase, más tendría para arrepentirse.

—Aníbal me dio libertad. Soy una mujer libre; tú, tan solo un esclavo. Cumple mis órdenes sin un mal gesto o seré yo quien te hará azotar.

—¿Perdona mis modales!, desconocía ese detalle.

El miedo apareció en los ojos de Gael.

—Déjate de palabrería inútil. ¡Condúceme a mi nueva casa! —Necesitaba devolver el rencor almacenado durante tanto tiempo.

—El amo dijo que unos ancianos te cuidarían, no he podido localizarlos.

Estaba rabioso. La mujercita timorata se había convertido en una tirana peligrosa.

—No importa, me conduces y luego los traes. Dos esclavas aguardan en la cocina. ¡Ve a buscarlas!, te espero en los jardines. ¡Date prisa!

Se dirigió al exterior, mostró a los guardias el pergamino donde constaba su condición de liberto. Le hizo un gesto a Barek reclamando calma. Poco después llegó el mayordomo acompañado por las dos esclavas, los cuatro se dirigieron a su nueva casa. Una silueta, con la capucha de su capa calada, los seguía a poca distancia.

EN LA CASA

El regreso se vio interrumpido por frecuentes paradas, motivadas por los violentos ataques de tos que sufría Ahirom. Sslama no podía dejar de pensar en el frío y la humedad que soportaron, mientras Garnik copulaba con aquella desvergonzada. Intentaba contenerse para no preocuparlo, pero en su fuero interno maldecía, con la furia de una mujer enamorada, a quien los complicó en aquella aventura.

—Ese amigo tuyo, viendo tu estado, debió coger los víveres y dejarnos el carro —le dijo sin poder reprimir su irritación.

Ahirom guardaba silencio. Le dolía verse abandonado por Garnik, estando enfermo, aunque comprendía que su amigo debía dar prioridad a las órdenes de Aníbal sobre las necesidades de un viejo inútil.

—Si el general te encomienda una misión...

Otro ataque de tos les obligó a detenerse.

—¡Quieres callarte! Ese fervor tuyo hacia el Rayo de Ba'al te llevará a la tumba.

—¡Exagerada!

—¿No lo comprendes?, te he tomado cariño.

Incapaz de controlar la tensión acumulada desde el día que apareció chorreando, explotó en un llanto ruidoso.

Ahirom se detuvo pasmado. Era consciente de las atenciones que le dedicaba Sslama. Conocía su genio, sabía que era una coraza para cubrir sus flaquezas; pero aquel estallido de angustia lo dejó atónito. La abrazó con ternura. Podía imaginar los sentimientos de su compañera, pero ignoraba cómo consolarla. Ella, extrañamente dócil, se dejó confortar sin oponer resistencia. Escondió su cabeza en los hombros de Ahirom, se aferró a su torso, así permanecieron un rato.

—Continuemos, cuando lleguemos prepararé una tisana, te daré unas friegas y te acostarás bien abrigado. Mañana estarás en cama todo el día. Esa tos me preocupa, dura demasiado.

Reanudaron el camino. La proximidad de su destino, unida a su estupor por la reacción de Sslama, le dieron a Ahirom los bríos necesarios para soportar el trayecto.

En cuanto traspasaron el umbral, ella recuperó su genio habitual. Lo desnudó sin contemplaciones, obligándolo a tumbarse en el camastro, lo tapó con dos mantas y encendió fuego. Puso agua en el caldero para una tisana. A continuación, frotó su espalda con un remedio de hierbas y lo abrigó.

Exhausto por el esfuerzo, comenzó a roncar. Dos días después presentaba una ligera mejoría, aunque su estado seguía siendo delicado.

—Necesitamos agua, voy al manantial. No se te ocurra moverte. —Salió con el cántaro.

Sslama recordaba a la compañera de Garnik, la misma que días antes le hizo un encargo. «Por cómo le miraba, se aplicó los remedios ella misma. No hay más que verla, está coladita. ¿Dónde irían a esas horas?», pensó. Algo se le estaba escapando, tanto misterio era bastante insólito. En sus experiencias de cortesana vivió situaciones extravagantes, pero dos amantes podían satisfacer sus anhelos sin tanto teatro. También le llamaron la atención sus ropas,

embadurnadas con aquel lodo maloliente. «Dónde se meterían para pringarse así», pensó, mientras llenaba el cántaro.

Al regresar, el sonido de ásperos ronquidos inundaba la vivienda. Se le formó un nudo en el estómago intuyendo cuál podía ser el desenlace final. Tomó asiento frente al camastro. Sufrió al comprobar los padecimientos de Ahirom. Una vez más, maldijo al primogénito de Amílcar.

Sonaron unos golpes. Reconoció al mayordomo del palacio. Se puso en guardia.

—¡Salud!, Sslama.

—¿Qué se te ofrece?

Gael era un cliente habitual, regularmente encargaba amuletos, brebajes, encantamientos... Presentaba un aspecto descuidado, con signos de nerviosismo.

—Me envían para conduciros con Neferure.

—No podemos ir, Ahirom está enfermo.

—Ten cuidado. Parecía una mosquita muerta, pero es muy peligrosa.

—No puedo dejarlo solo —señaló al camastro.

El gesto resuelto de Sslama decía que no iba a ceder, él tampoco pensaba hacerlo. Después de calibrar el daño que Neferure podía infligirle, decidió que los llevaría, fuese como fuese.

—Puedo proporcionarte un palanquín, pero hazme caso, acude. Si desatiendes su llamada, vuestra seguridad puede verse comprometida.

Su primera intención fue cerrar la puerta en las narices del mayordomo, pero aceptó el palanquín, pensó que Ahirom estaría mejor en aquella casa.

—Está bien, pero solo si consigues una litera.

—Lo intentaré.

Sslama comenzó a disponer sus pertenencias. Metió en un zurrón algunas bolsitas con ingredientes para sus recetas.

Gael regresó acompañado por cuatro esclavos transportando unas angarillas. En ellas acomodaron al enfermo y se dirigieron a su nueva residencia. Conforme se alejaban, Sslama sintió tristeza al despedirse de la vivienda donde transcurrió la mayor parte de su vida. Allí pasó con Ahirom buenos momentos. El trayecto se hizo largo, se vieron obligados a efectuar varias paradas para calmar los arranques de tos que despertaban presentimientos de soledad en el corazón de la antigua cortesana. Cuando llegaron, Neferure conversaba con dos esclavas en la entrada. Sslama apreció miedo en los ojos del mayordomo; en los de ella, desprecio.

—¡Tú!, ¡lárgate! —le dijo a Gael—. Vosotros, ¡seguidme!, os conduciré a vuestra habitación.

Sslama se propuso ser prudente hasta averiguar el carácter de aquella joven; pese a las advertencias del mayordomo, le inspiraba confianza, despertaba ternura en su corazón. Probablemente Gael se habría ensañado con ella cuando era esclava y ahora le estaría devolviendo el maltrato recibido.

La casa le pareció demasiado grande. En la planta baja, una tupida madreselva adornaba las paredes de un coqueto jardín; en el centro, un estanque con nenúfares; a continuación, cocina y dependencias de la servidumbre. Una escalera daba acceso a las habitaciones de su propietaria.

Los alojaron en una habitación con acceso desde la cocina, junto a la despensa. Sobre una cama, estrecha pero confortable, depositaron a Ahirom. Sslama estaba satisfecha, aquel cuarto era más amplio que su casa. El suelo, de piedra, estaba limpio, las paredes recién enjalbegadas, un ventanuco proporcionaba ventilación y luz diurna.

—Esta será vuestra habitación. Si necesitas ayuda, puedes utilizar a las esclavas, si están

libres. Espero algunos muebles del palacio, entre ellos, una cama más grande y un armario para vuestras pertenencias. Si precisas algo más, solo has de decírmelo.

—¿Cuáles serán nuestras obligaciones?

—Gobernarás la casa. Cuando se recupere, puede ayudarte —dijo señalando al enfermo.

Un nuevo ataque de tos interrumpió la conversación. Neferure miró a Ahirom preocupada. Una vez se normalizó su respiración, tomó del brazo a Sslama guiándola hasta el jardín. Sin soltarla preguntó.

—Esa tos... ¿Qué le ocurre?

—El día de la tormenta llegó a casa chorreando, pasamos una noche al raso cumpliendo un encargo de palacio. Desde entonces sufre esos ataques.

—¿Por Astarté!, ¿puede saberse cuál fue ese encargo? Dices, de palacio, ¿estás segura?

—Era de Aníbal, muy importante para Cartago.

Sslama tenía sus propios resquemores sobre el asunto, pero las promesas que hizo Garnik se estaban cumpliendo. El joven Barca era el responsable. ¿Quién si no?

—Teniendo a su servicio soldados, esclavos, la población de Qart Hadasht... ¿Implicó a dos ancianos? Resulta extraño.

Sslama también se había hecho esa reflexión, pero si el traslado de aquella mujer era una cuestión de estado, debía guardar silencio. En lugar de poner al día a Neferure, intentó ser ella quien averiguase su papel en aquel asunto.

—Según me dijeron, Aníbal te dio esta casa.

—¿Cómo ha llegado a tus oídos?

Sslama comprendió tarde su error, ahora debería descubrir el nombre de Garnik.

—Fue el mismo que nos encargó el trabajo. A cambio, nos prometió entrar a tu servicio en condiciones ventajosas.

—Dime su nombre. ¡Ya!

El tono imperativo la dejó perpleja. Valoró cuánto podían mejorar sus vidas en aquella vivienda. Además, él solo exigió guardar secreto sobre la misión, no dijo nada sobre su identidad.

—Garnik.

—Lo conozco, es un oficial muy cercano al general Aníbal. Regresemos, él enfermo puede necesitarte.

Ahirom sufría otro ataque. Tenía los labios cubiertos con espumarajos, su túnica salpicada de sangre, le costaba respirar. Sslama se abalanzó para limpiarlo, a falta de un trapo utilizó su túnica. Lo incorporó, comenzó a darle golpecitos en la espalda. Dejó de toser, su respiración se normalizó.

—Necesito preparar una tisana. ¿Puedo?

—¡Claro! No necesitas permiso, eres la encargada de organizar toda la casa.

Sslama puso agua a calentar, seleccionó unas hojas de su zurrón. Nathifa, la cocinera, una mujerona de piel oscura como la del ama, la observaba.

—Conoces las plantas —dijo sonriendo.

Sslama no contestó. La cocinera fue hasta la despensa, cogió unas hojas con forma oval.

—Toma, una tisana es buena para el mal del viejo, pero si le añades estas hojas será más efectiva.

No las aceptó enseguida. Desconocía todo de aquella mujer, pero en sus ojos bailaba un brillo bondadoso. Tomó las hojas, las olió, comprobó su textura.

—No conozco esta planta.

—Es pulmonaria. Un marinero me regaló dos tiestos. Los planté en el jardín. —Una sonrisa le iluminó el rostro.

Tisana, friegas y temperatura cálida hicieron efecto, cesó la tos. Al poco rato, Ahirom dormía plácidamente.

Gracias a los cuidados de la cocinera y las atenciones de Sslama el enfermo experimentó una ligera mejoría. En su Egipto natal, Nathifa aprendió de su madre, esclava de un médico, el arte de sanar utilizando plantas, también los desempeños propios de una cocina; conocimientos que le fueron útiles cuando fue vendida a un comerciante en Cartago. Ahora pertenecía a Neferure, junto con la casa.

VIENTO Y BUENA MAR

Después de dejarla, Garnik se dirigió a Qart Hadasht para informar a Aníbal. La entregó a Sheba sin contratiempos, salvo la muerte de un guardia sagrado, no hubo forma de evitarla. Ese era su informe.

Viajaba acompañado por la tortura del enigma escondido tras los ojos de Kissa. Detectó en ellos una ternura que jamás hubiese sospechado, cuando la vio descender del barco con un látigo enrollado en su muñeca. Se alejó del campamento sin girar la cabeza, intentando convencerse de que no le importaba; sintiendo su mirada clavada en la espalda, quemándole el corazón; en el hombro, el roce de su cabeza. Durante el trayecto de ida estuvo tentado de perderse con ella hacia el interior en busca de tierras lejanas, pero la fidelidad jurada se convirtió en una barrera infranqueable. Incapaz de rebelarse, se maldecía por su indecisión. Comenzó a imaginar ardidés para volver a verla. Si Kissa accedía, se marcharían a tierras lusitanas o a cualquier otro lugar, lejos del poder de Cartago.

Faltaba un buen tramo hasta su destino. No tenía prisa, comunicar el resultado de su misión equivalía a perderla, tal vez, definitivamente. Detuvo el carro, calzó las ruedas, ató las patas de las mulas, se introdujo debajo a resguardo del rocío. Le robaba el sueño el recuerdo de la noche anterior, también la expresión de una loba que acompañaba a Sheba, una que hablaba raro; al marcharse abandonando en el campamento a su pasajera, se lo quedó mirando con una expresión que a Garnik le pareció mezcla de rabia y decepción.

Amaneció sin haber dormido. Se echó una manta sobre los hombros para combatir el helor del amanecer y arreó las mulas. Llegó a Qart Hadasht cuando abrían las puertas. Condujo el carro hasta el domicilio de Sslama, Ahirom podría sacarle algún beneficio. Tocó a la puerta varias veces, no contestaron.

En los jardines del palacio vio una formación de caballería. Se apresuró, quería hablar con Aníbal antes de que emprendiera viaje hasta Cástulo. Sus esponsales eran el tema principal de todas las conversaciones. Vio a Pistias con el otro que dejó para ocultar el cadáver, hablaban tranquilamente junto a la valla. Algo había ido mal, lo adivinó por cómo se envararon al verlo.

—¿Qué ocurrió?

—Casi nos descubren. No pudimos ocultar el cadáver, tuvimos el tiempo justo de cerrar el pasadizo y escapar.

—¿Cómo reaccionaron en palacio?

—Intentan averiguar quién mató al sagrado. El sufete embarcó hacia Cartago. Es cuánto sabemos.

—No se os ocurra abrir la boca. ¿Queda claro?

—Puedes estar tranquilo. Nadie quiere ser acusado de matar a un guardia sagrado.

Se internó en los jardines con dirección al palacio. Encontró al general impartiendo instrucciones a sus oficiales. Aníbal le hizo una señal.

—Voy a encomendarte una misión importante, pero antes, cuéntame.

Lo tomó del brazo, se apartaron para hablar sin ser escuchados.

—Está con Sheba. Surgió un contratiempo, tuvimos que matar al sagrado. No pudimos evitarlo.

—Esa chapuza me convierte, a los ojos de su padre, en un asesino.

—Dejé dos hombres, debían esconder el cuerpo y limpiar. Casi los descubren, solo tuvieron el tiempo justo para cerrar el pasadizo y escapar.

—Un birreme te espera dispuesto a zarpar. Te llevará hasta el puerto de Ostia, allí desembarcarás. Necesito un informe sobre el norte de esa península. Quiero saber cómo son sus relaciones con Roma, cuántas tropas tienen..., todo aquello que consideres interesante. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo regresaré?

—¿Conoces a mi hermano, Magón?

—Lo vi fugazmente cuando descendía del barco acompañando al sufete. No lo reconocería.

—El capitán del birreme tiene órdenes, acuerda con él cuándo y dónde te recogerá.

—Así lo haré.

—¡Vete!

—¿Puedo preguntar el motivo? —señaló a la caballería que aguardaba.

—No es ningún secreto, voy a Cástulo para contraer matrimonio.

A Garnik le pareció ver un destello en los ojos de Aníbal, acompañando su última frase.

—Hay algo que me gustaría dejar resuelto. Se trata de los dos ancianos. Cumplieron bien, les prometí que vivirían sirviendo a Neferure en su casa.

—El mayordomo se ocupa de eso.

—Te deseo buen viaje y bellos esponsales.

—Yo a ti. ¡Viento y buena mar! Con esa contraseña te identificarás en el birreme.

Antes de ir al puerto, Garnik pasó por la casa de Sslama para ver cómo se encontraba Ahirom. La noche de la fuga los dejó abandonados, tuvieron que regresar caminando. Irían despacio por culpa de su pierna tesa, podía haberse agravado su mal. El carro seguía donde lo dejó, tampoco esta vez respondieron.

Un birreme permanecía dentro del puerto, junto a la embocadura, dispuesto a zarpar. Debía ser rápido, eso sugería su estilizada línea, aunque a primera vista parecía necesitar un mantenimiento urgente.

«¿Pretenden llevarme a Ostia en ese cascarón? Acabaremos en el fondo del mar», pensó. Captó su atención un marino que saltaba a tierra desde un bote amarrado a poca distancia e iba directo hacia él.

—¿Eres Garnik?

—¡Viento y buena mar! —saludó al marino.

—¡Vamos!, el barco aguarda para partir.

—¿Eres Hyrum?

—¡No! El capitán está a bordo.

En la barca esperaban otros cuatro. Lo acomodaron en la proa y comenzaron a bogar. Garnik apreció su maestría manejando los remos, imaginó que sería su cometido en el barco.

Hyrum aguardaba en la popa del birreme. El recibimiento fue acogedor.

—Debes ser Garnik. ¡Bienvenido a bordo!

—¿Hyrum?

—¡Sí!, el condenado Hyrum, el mismo que te llevará hasta Ostia. Hablaremos después de la maniobra.

A Garnik le sorprendieron sus modales educados, aunque se expresaba con cierta arrogancia, como si intentase disimularlos imitando la rudeza de los hombres de mar. «No parece

un marino. Ha recibido una educación esmerada, debe ser alguien importante camuflado bajo esa apariencia», pensó nada más verlo. Su piel era morena, como la de Ahirom; el pelo rizado, recogido en la nuca con una tira de cuero. Observó en él algunos ademanes que le recordaban al general Aníbal.

Desde popa, Hyrum comenzó a dar órdenes a grandes voces.

—¡Izando ancla!

Garnik fue a proa, desde allí podría contemplar cómo el capitán guiaba su nave hasta mar abierta.

—¡Remeros!, ¡atención!, ¡maniobra!

¡¡¡Bam, bam, bam...!!! Un tambor comenzó a sonar con ritmo cadencioso. Los remos hendían el agua siguiendo el compás marcado por el único marino de piel negra. Reshef sonreía mostrando su formidable dentadura, mientras golpeaba el cuero de un tambor enorme, el más grande que Garnik había visto. El barco comenzó a avanzar, muy despacio al principio, conforme enfilaba la bocana del puerto fue aumentando su velocidad.

Era su primer viaje en barco, experimentaba sensaciones desconocidas; le emocionaba el chapoteo de los remos al hundirse en el agua. El viento se percibía distinto, transportaba aroma de salitre. Los sonidos del tambor junto a las expresiones de la tripulación sugerían una grata melodía. Comprendía mejor a su amigo Ahirom, su añoranza de aquellos tiempos cuando era un joven marino. Abandonaron el refugio del puerto, el birreme comenzó a moverse por el embate de las olas, tuvo que sujetarse al borde del casco para mantener el equilibrio. Hyrum lo observaba divertido.

—¿Es tu primer viaje en barco?

—Sí, el primero —mintió.

—Vomita por la borda. Si lo haces sobre cubierta, la baldearás —acabó con una risotada.

El viento soplaba a favor, hinchando la vela, arrancando quejidos al mástil. El birreme volaba sobre las olas, para Garnik fue una sensación embriagadora. Empezó a experimentar síntomas de mareo, otra vez se vio obligado a sujetarse. Las primeras arcadas llegaron enseguida. Se dejó caer apoyado contra el casco. Hyrum sonreía.

—Te acostumbrarás. Nos ha ocurrido a todos.

Al tercer día se encontraba mejor, se iba acostumbrando al vaivén de la embarcación, comenzaba a disfrutar del viaje. Pasaba las horas sobre cubierta, dejándose acariciar por la brisa, sintiendo el calor del sol mientras contemplaba el horizonte. Recordando a Kissa.

Lo sacó de su abstracción el brusco incremento del tambor marcando una cadencia más rápida. Se incorporó para comprobar el motivo del cambio. Izaron una enseña, le pareció romana. Corrigieron el rumbo enfilando a un carguero, su línea de flotación delataba una bodega bien repleta. Su asombro fue en aumento al ver a Hyrum ataviado como centurión romano, lo acompañaban diez tripulantes transformados en legionarios. Había demasiada tensión en el barco para hacer preguntas, prefirió aguardar hasta ver el desenlace. Enseguida alcanzaron al carguero. El aspecto de sus tripulantes le hizo suponer que eran egipcios.

Hyrum habló en un idioma desconocido. Los otros no parecían conformes, comenzaron a discutir. Varios garfios hicieron presa en el costado del carguero, imposibilitando cualquier maniobra de escape. Tampoco les hubiese servido, el birreme era más rápido. Tendieron una pasarela, pasó Hyrum seguido por los falsos legionarios más algunos remeros. La tripulación del otro barco protestaba ruidosamente, acompañando sus exabruptos con gestos violentos, pero ninguno se atrevió a oponer resistencia cuando comenzaron a transbordar el trigo.

La bodega quedó vacía, soltaron los garfios, regresaron al birreme y se alejaron. Cuando

estuvieron retirados del mercante arriaron la insignia romana, recuperando su vestimenta habitual. Garnik mostró su disgusto al capitán.

—¡Sois piratas!

—Somos aquello que Cartago necesite.

—¿Cartago necesita piratas?

—La mercancía arrebatada a Roma nos sirve a nosotros. ¿Alguna objeción?

Comprendió que era mejor no protestar, si no quería continuar el viaje a nado.

—Me gustaría llegar a Ostia siendo un hombre libre, no convertido en esclavo, apresado por una flota romana.

Hyrum contestó con una carcajada. Días después del incidente, la nave recalaba en una ensenada africana. Vio muchos dromedarios junto a unas *jaimas*, así llamaban a las tiendas que los nómadas utilizaban en sus acampadas en el desierto. Hyrum desembarcó acompañado por cuatro marinos armados, permaneció un buen rato en una tienda, salió exhibiendo exagerados gestos de cortesía. Regresaron al barco y comenzaron a descargar.

—¡Viveres para Cartago! —le dijo a su pasajero.

Conforme el contenido del birreme llegaba a tierra, pasaba a lomos de los dromedarios. Las mujeres del poblado habían desmontado las tiendas con la rapidez de quien realiza esa tarea frecuentemente. La caravana se puso en movimiento; el birreme se hizo a la mar.

Todavía vivió a bordo un buen número de asaltos. Se preguntaba cómo el general Aníbal podía tener tratos con piratas. Costearon el litoral africano, cruzaron hacia Siracusa, en Sicilia. Garnik pensó que debía ser una ruta para evitar encuentros indeseables con flotas romanas. Transcurridos sesenta días de navegación, interrumpida por las rapiñas de aquellos delincuentes, entraban en el puerto de Ostia.

—Cuando hayan pasado doscientos días, todos los idus de cada mes romano, el birreme te esperará en el puerto de Masilia para devolverte a Qart Hadasht —dijo el pirata.

A Garnik le sorprendió que conociese sus objetivos, pero juzgó prudente guardar silencio.

Su estómago se agitó al volver a pisar terreno latino. En una finca agrícola del *Latium* transcurrió su infancia de esclavo. Ahora regresaba enviado por Aníbal, el general debía tener en mente la futura invasión de aquellas tierras, no se le ocurría otro motivo que justificase su misión. Si estaba en lo cierto, si el ataque se realizaba, le permitiría tomarse el desquite por las humillaciones soportadas en aquellas tierras.

UNA LOBA

Conforme transcurrían los días, Kissa se iba ganando el aprecio de Asherah, con su ayuda aprendió los usos y costumbres de la manada; derribando, poco a poco, los prejuicios sobre su valía. Las miradas de aprobación de sus compañeras aumentaban sus anhelos de ser aceptada en el clan.

La vida con aquellas mujeres significó renunciar a los privilegios que disfrutaba siendo la hija de Belshazzar. A cambio, le ofrecía la realización de sus sueños: libertad para ser ella misma; tomar sus propias decisiones sin necesitar ningún respaldo; no solo eso, también podría luchar por su ciudad. El recuerdo de Garnik era el único nubarrón en su ánimo.

Una paloma proveniente de Qart Hadasht alteró la rutina del grupo.

—Abandonamos el campamento —anunció Sheba.

Asherah recogió las pieles, preparó un fardo, lo amarró a su caballo. Kissa miraba el trajín sin saber cuál sería su cometido. No tenía cabalgadura, aunque muchas tenían varios caballos, sabía que no le cederían ninguno. Después de cargar sobre unas mulas las herramientas y enseres necesarios para construir una empalizada, abandonaron el campamento. Marchaban despacio, dejando a los caballos elegir el paso, Kissa lo hacía a poca distancia de Sheba; viéndola conforme con su situación, se apartó a un extremo, aislada del resto. Su orgullo le impedía cualquier actitud que pudiese interpretarse como petición de un favor.

Solo descansaban si encontraban arroyos, para abreviar los caballos. Se alimentaban sin detenerse, sobre las monturas. Comenzaba a oscurecer cuando se detuvieron. Sheba encargó a unas, Asherah entre ellas, la preparación de lazos para apresar conejos; luego distribuyó puestos y turnos de vigilancia entre las menos veteranas, a Kissa le correspondió el último. Cuando comenzasen a desvanecerse las tinieblas, antes del primer rayo de sol, debería aporrear un escudo, esa señal daría por finalizado el descanso.

Asherah le entregó dos pieles.

—¡Toma! La noche será fría.

Extendió una sobre el suelo. Su espada debajo muy a mano; con la otra, se cubrió. Estaba cansada, Garnik ocupó su último pensamiento, al poco rato dormía profundamente.

Unos toques en el hombro la despertaron, comenzaba su turno de vigilancia. Dejó las pieles junto a Asherah, sujetó su espada al cinto, colgó del hombro el zurrón con los guijarros para la honda y se situó en su posición. La noche era oscura, sin luna; el cielo, cuajado de estrellas. Distraía el tiempo mirándolas, esperando al nuevo día, acompañada por Garnik en sus pensamientos.

Un crujido avivó sus sentidos. Agarró la espada, protegiéndose junto a unos matorrales. Otro crujido la hizo aguzar el oído, algo se movía a poca distancia. Una sombra se desplazaba muy despacio, buscando resguardo en la vegetación. Su primera intención fue abalanzarse sobre el intruso, pero desconocía el número de atacantes, debían ser bastantes para atreverse con un grupo numeroso como el suyo. Con un guijarro en la honda esperó a que el asaltante ofreciese un buen blanco. El proyectil se estrelló contra su cabeza, dejándolo inconsciente.

Se disponía a dar la alarma, cuando vio a otro desplazándose hacia los caballos. Se acercó al intruso por su espalda, otra piedra lo dejó fuera de combate. Expectante, por si tenían

cómplices, los ató de pies y manos. Permaneció alerta, solo la brisa nocturna agitando las hojas perturbaba el silencio. Dos caballos atados a unos matorrales debían pertenecer a los asaltantes. Se acercó, tomó las riendas, tras atarlas en su puesto comenzó a dar voces, mientras golpeaba el escudo.

Las integrantes de la manada estaban en pie, dispuestas a repeler la agresión, pero nadie atacaba. Comenzaron a oírse protestas, algunas, furiosas, se acercaban para darle un escarmiento por haberlas alertado sin motivo. Conforme la veían plantada, sujetando los rocines, con dos íberos a sus pies, moderaban su actitud.

—¿Qué ha ocurrido? preguntó Sheba.

—Los vi acechando. Di la alarma por si había más, pero solo son dos. Querrían llevarse algunos caballos.

—Está bien. —Se volvió hacia el grupo—. Las que pusisteis lazos, id a revisarlos.

Los íberos volvían en sí. Sheba los interrogó en un idioma desconocido, luego los degolló.

—¡Bien hecho!, me equivoqué contigo. Sigue así, pronto serás una de las nuestras.

No contestó. Despojó los cadáveres, obtuvo una cota de malla, un casco de cuero, una bolsa con monedas y una daga. En las alforjas encontró tiras de carne seca, bellotas y algarrobas. Sobre los lomos de los caballos llevaban sendas mantas y pieles de corzo.

Sheba observaba sus movimientos.

—Asherah te ayudará. Tapad los cuerpos con piedras.

Ocultaron los cadáveres, Asherah parecía feliz mientras amontonaban piedras, puso los brazos en jarras.

—¡Vaya! ¡La nena es peligrosa! —soltó una risotada.

—Tampoco es para tanto. Mira, preparan los conejos. ¿Nos acercamos?, o nos quedaremos en ayunas.

—No funciona así. Hubo pocas capturas, faltarán raciones. Sheba decide las que comen caza, las demás utilizamos nuestras provisiones.

—¡Kissa!

Era Sheba, le indicaba un sitio a su lado. Dio unas palmadas, las demás se congregaron alrededor.

—¡Kissa!, ha llegado el momento. Para ser una loba debes renunciar a tu vida anterior. Olvidarás tu pasado, parentesco, lealtades... Seremos tu familia, lucharemos por ti y tú por nosotras. Si aceptas, afirmalo aquí, ahora, delante de todas. Si renuncias, podrás marchar en paz, pero jamás te otorgaremos otra oportunidad. ¿Qué decides?

—¡Acepto!, seré una loba.

No necesitó pensarlo, aquella vida fue su mayor anhelo desde muy niña.

—¡¡¡Aúúúú!!! —respondió Sheba con un largo ululo.

—¡¡¡Aúú!!! ¡¡¡Aúú!!! —contestaron a coro, saludando a la nueva hermana.

Sheba reclamó silencio.

—Nos dirigimos a Althia, en territorio olcade. Quemaremos campos, mataremos ganado, atacaremos suministros. Habrá botín y diversión.

Kissa fue elegida para compartir las presas, también Asherah. Al terminar de alimentarse reanudaron el camino. La nueva loba montaba sobre un ejemplar bayo, dócil, de bella estampa. Las riendas del otro iban sujetas a su muñeca. Sobre ese cargó pieles, mantas y armas capturadas a los íberos, salvo un arco cruzado a su espalda.

Muy cerca de Althia avistaron una aldeíta sin defensas. Las cabañas estaban rodeadas por

terreno de labor. Grupos de aldeanos removían la tierra; a poca distancia pastaba un rebaño de ovejas con algunas cabras.

Siguieron avanzando al paso, hasta que los de la aldea dieron la alarma. A una señal de Sheba se lanzaron al galope. Para Kissa fue una matanza indigna, eran campesinos defendiendo a su gente y el fruto de su trabajo. Al cesar la resistencia dejaron marchar a mujeres y niños. Se apropiaron de cuantos víveres pudieron acarrear, mataron las aves, quemaron cabañas y graneros. El rebaño decidieron transportarlo, tendrían suministro de leche y carne, si complicaba sus movimientos, matarían a los animales. Su primer combate fue también la primera decepción.

Cerca de Althia se desviaron a unos cerros cubiertos de bosque tupido, podrían ocultarse en la arboleda sintiéndose seguras. Construyeron un campamento como base de operaciones. Cuando los de la aldea llegasen a Althia, mandarían una tropa para intentar localizarlas. Las instrucciones de Aníbal fueron muy claras, debían rehuir enfrentamientos directos. Su misión consistía en perjudicar el aprovisionamiento de alimentos, hasta que llegara el ejército cartaginés.

Fortificaron el campamento mediante una empalizada, un foso y dos torres. Excavaron varias zanjas estratégicamente situadas. Las camuflaron. Si las atacaban, se tragarían a unos cuantos enemigos antes de que alcanzasen la empalizada. Siguieron efectuando incursiones contra asentamientos, transportes de víveres o cualquier mercancía que viajase con dirección a la capital olcade. Pensando en su seguridad, las efectuaban siempre en puntos retirados del lugar donde tenían su refugio.

Habían reunido grano, rebaños de ovejas y cabras; poco a poco, su vida se fue transformando en sedentaria. Adaptaron una porción de terreno para cultivar hortalizas, pero nunca olvidaron la misión que las llevó hasta aquellos parajes, tan distintos a los de sus habituales correrías.

ROMA

Garnik desembarcó en Ostia. Al escuchar el idioma de su juventud regresaron recuerdos dados por olvidados. Nunca pensó en volver a tierras bajo dominio romano, allí fue un esclavo. Faltaban razones para sentirse alegre, sin embargo, experimentó cierto placer al escuchar conversaciones en latín.

Estuvo casi todo el día paseando en el puerto, callejeando por Ostia, hasta que decidió ir a Roma. Nunca la había pisado, solo en una ocasión vio sus murallas desde lejos.

Sentía una atracción malsana por entrar en el corazón de la urbe enemiga, recorrer sus calles, hablar con sus gentes, comprender sus anhelos, miedos...; aprender sus costumbres; ver edificios, templos...

Buscó alojamiento para esa noche. Al día siguiente madrugó, quería ponerse en camino temprano. Llevaba andadas unas cuatro millas, el carro de un alfarero se detuvo a su altura.

—Viajero, ¿vas a Roma?

—¡Sí!, allí me dirijo.

—Puedo llevarte por un cuarto de as. Viajarás sentado, te ahorrarás una buena caminata.

—Acepto el precio —dijo tendiendo una mano.

El del carro le ayudó a subir al pescante, apenas se acomodó, antes de arrear las mulas, exigió su moneda.

—¡Págame!

Garnik se sintió un tanto molestó, conocía el carácter desconfiado de los romanos.

—¡Toma! —No pudo evitar un tono despectivo.

—En dos ocasiones, sabiendo que no podía abandonar el carro, mis viajeros escaparon corriendo al llegar a Roma; desde entonces, cobro al principio.

El romano hablaba sin cesar, Garnik pensó que cogía pasajeros, no solo por la moneda, también para tener compañía durante el trayecto. El alfarero regresaba de llevar sus ánforas al puerto. Los barcos las utilizaban como envases del vino, aceite, grano..., se rompían y su negocio consistía en reponerlas.

Durante el viaje en el birreme tuvo tiempo para preparar una historia de su vida. Tarde o temprano le harían preguntas, debía tener preparado un relato coherente, bien organizado; sobre todo, creíble.

—Hablas un latín culto, aunque, por tu acento pareces forastero. ¿De dónde eres?, ¿cuál es tu medio de vida?

Sonrió para ganar tiempo.

—Vivo en Emporiae, en la Hispania Citerior. Las tierras de mi familia producen buen vino, después de mucho pensarlo decidí venir a Roma buscando nuevos mercados a nuestro caldo. Espero encontrar comerciantes interesados en hacer buenos negocios.

—Si los encuentras, te vendería las ánforas a un precio inmejorable. Como las de Manio Julio Rufo no las hallarás en Roma, son las mejores, puedes estar seguro.

—Si encuentro un comprador, serás mi suministrador. Dalo por hecho.

—Deberías quedarte en el puerto de Ostia. Allí llega todo el género con destino a Roma, es el sitio más indicado si quieres encontrar un comerciante.

—Tienes razón, pero quiero visitarla. Mis vecinos de Emporiae tendrán envidia cuando lo sepan.

—Por tres ases diarios puedo alojarte en mi casa, tendrás una cama limpia y buena comida. Es la mejor oferta que encontrarás. Elvia, mi mujer, es una excelente cocinera.

Aquel romano parecía muy vivo, tres ases diarios era un auténtico abuso. Sonrió, fingiendo disgusto.

—Lástima, solo me quedará un día, quiero recorrer los campos. Me interesan los métodos de cultivo de estas tierras, tienen fama en Hispania.

—No se hable más, ya tienes alojamiento.

La vivienda del alfarero era un simple altillo situado sobre su taller, en las afueras de Roma. Para ascender a la parte habitable había que atravesar el local, con el suelo completamente cubierto de arcilla embarrada. Lo supo en cuanto llegaron, no dormiría en aquel lugar. Le recordaba demasiado las penurias padecidas en el pasadizo, donde creyó morir junto a Kissa.

Cuando llegaron, una mujer discutía en el altillo, peleando a gritos con un enjambre de críos, todos con el pelo enmarañado y embadurnados en barro. Debían ser hijos del alfarero. Al verlo cesaron los gritos, los pequeños se arracimaron en torno a la túnica de su madre, mirando curiosos al desconocido.

Se compadeció de las condiciones de vida de aquella gente, le entregó al alfarero una moneda equivalente a medio as. No pensaba volver.

—¡Toma! Luego te daré el resto. ¿Cómo puedo llegar al foro?

—Desde la última bifurcación hemos seguido la Vía Aurelia. Continúa hacia el centro por el *Cardus Maximus*, llegarás al cruce con el *Decumanus Maximus*. Estarás en el foro.

—La Vía Aurelia..., lo recordaré. ¿Hacia dónde lleva en sentido contrario?

—Hasta Alsium, luego, hasta Pisae. Pareces galo, allí te encontrarías con muchos de pelo claro, como el tuyo.

—Más tarde nos veremos.

—Por medio as, te acompaña uno de mis hijos —señaló a un mocoso que no le quitaba ojo—. Aunque lo veas pequeño, es vivo, te puede enseñar todos los rincones.

—Prefiero ir solo, te agradezco el ofrecimiento.

Se alejó siguiendo las indicaciones de Manio. Llamaron su atención las calles, agrupadas en paralelo en torno a dos principales, el *Cardus Maximus* recorría Roma de norte a sur y el *Decumanus Maximus*, de este a oeste.

En los barrios humildes, las viviendas que llamaban *insulae* alcanzaban una altura considerable, llegó a verlas hasta de cinco pisos; se preguntó cómo podían subsistir hacinados igual que ganado entre tanta suciedad.

Vio otros barrios más pobres, allí todo eran cabañas circulares. Ahora comprendía los motivos de los romanos para ser tan ruidosos y hablar a gritos. Las calles estaban empedradas, al escándalo producido por las ruedas de las carretas, se sumaba el griterío de los vendedores, ruidos en los talleres...; la única forma de hacerse oír dentro de aquella algarabía era chillando. En el Foro le impresionaron algunas construcciones, encontró su estilo muy parecido a las de Cartago, en ambas ciudades quedaba patente la influencia helenística.

La visión de la ciudad más poderosa le causó una decepción, esperaba edificios imponentes, solo en las proximidades del foro vio construcciones grandiosas, estatuas de dioses y romanos ilustres; el resto no era demasiado diferente a cualquier otra de las poblaciones que conocía. Roma tenía excesiva población, mucha suciedad y demasiadas cuestas.

Había visto suficiente para satisfacer su curiosidad, sin perder más tiempo decidió

ponerse en camino hacia el norte. Le aguardaban largas caminatas, noches a la intemperie, temperaturas rigurosas...

Adquirió una mula, dos mantas gruesas que le abrigarían por las noches y una capa de lona engrasada para protegerse de la lluvia. Con esos enseres se encaminó desde el *Cardus Maximus* hasta la Vía Aurelia, luego hacia el norte.

ALTHIA

Cástulo vistió sus mejores galas para recibir al prometido de la princesa Himilce. El rey Mucro hubiese deseado que su hija formalizase relaciones con algún príncipe de Iberia, en lugar del general cartaginés; aunque, desde un punto de vista estratégico, era su mejor baza. Emparentando con el general del ejército más poderoso, su territorio quedaría a salvo de otros pueblos vecinos, también de los cartagineses.

Pese a su reticencia inicial, después de calibrar ventajas e inconvenientes, acabó dando su consentimiento al enlace. Contribuyó el deseo de su hija, deslumbrada ante la gallardía de Aníbal, quería unirse en matrimonio al joven cartaginés.

Cuando tiempo atrás Asdrúbal el Bello visitó Cástulo para firmar un tratado de amistad, Himilce y Aníbal trabaron una amistad que, enseguida, se transformó en un sentimiento más profundo. Mucro fue testigo del nacimiento del romance. En más de una ocasión los espió, mientras paseaban por los jardines. Vio, con profunda preocupación, la transformación que experimentaba su hija en presencia del cartaginés, así como la gentileza del joven hacia Himilce.

Los festejos se alargaron más de treinta días. Hubo todo tipo de atracciones: carreras de caballos, competiciones de lucha, concursos de arqueros, juglares, mesas repletas de carne asada... No se recordaban en Cástulo esponsales con semejante derroche. Asistieron representantes de todas las poblaciones oretanas. Mucro se negó a reducir las celebraciones, como deseaba Aníbal para regresar a Qart Hadasht y comenzar la campaña contra los olcades.

Himilce, educada al modo ibero en la sumisión, primero al padre y ahora al esposo, simulaba aceptar las prisas de su marido. Aníbal nunca lo supo, pero fue ella quien puso más ahínco en exigir al rey que mantuviese la duración de los festejos.

Apenas los nuevos esposos pisaron el palacio en Qart Hadasht, Himilce sufrió la primera decepción. Si hubiese conocido mejor a su marido, sabría cuáles eran sus prioridades. Después de delegar en el mayordomo para mostrarle cuánto deseaba, Aníbal se ausentó.

—Debes disculparme, pero hay demasiados asuntos pendientes. Gael, el mayordo...

La frase quedó inacabada por la expresión de Himilce.

—¿Te vas a ir!? —la pregunta sonó a lamento.

—Tengo deberes. Despacharé con Asdrúbal e iremos a ver al ejército para anunciar la próxima campaña.

—¿Tan pronto te alejas?

Desvió la vista, para ocultar sus lágrimas. Una cosa era aceptar resignada las decisiones de su esposo, otra muy distinta carecer de orgullo, ella tenía suficiente.

—Esta noche visitaré tu alcoba.

—Siempre la encontrarás abierta. Creí que pasaríamos juntos mi primer día en Qart Hadasht. Deberías mostrarme a tu pueblo.

—Es una costumbre entre los reyes íberos, pero soy un general y Cartago una república. En Cástulo eres princesa, aquí, solo una ciudadana. —Le tomó ambas manos, depositó un beso en cada una, dedicándole una sonrisa.

—Sea como deseas. Esta noche mi lecho te esperará.

Aníbal fue en busca de su hermano Asdrúbal. Lo encontró en sus habitaciones,

consultando un mapa.

—Has regresado pronto —acompañó sus palabras con una sonrisa.

—¿Hay alguna novedad? ¿Cómo van los preparativos?

Se acercó para observar los planos.

—Imaginaba una ruta hasta Roma. Dicen que esta cordillera es impenetrable —señaló un punto del mapa.

—Encontraremos la forma de traspasarla.

—Siempre encuentras soluciones brillantes.

—¿Qué sabemos de Magón?

—Seguimos sin noticias.

—¿Cómo están las máquinas y las torres de asalto?

—Desmontadas, cargadas en carros, las piezas numeradas... Todo está preparado.

—¿Los puntos para establecer campamentos provisionales durante el trayecto?

—Puedes comenzar mañana. — extendió un rollo de piel—. Aquí está Qart Hadasht, este círculo es Althia. La línea marca la ruta, estas señales nos ayudarán a orientarnos. Las cruces son los mejores emplazamientos para acampar durante el trayecto, tienen buen acceso, fácil defensa y suficiente agua.

—Magnífico trabajo. Partiremos en dos días.

—Tómate un tiempo, haz feliz a tu esposa. Yo revisaré los preparativos.

—¡Gracias!, hermano, pero quiero estar de regreso antes del invierno. El retraso, si nos sorprenden las nieves, puede convertirse en un suplicio.

—Solo falta decidir los efectivos.

—Llevaré un cuerpo de veinte mil infantes. La mitad de la caballería nubia, cuarenta elefantes, dos mil honderos baleares y otros dos mil arqueros; con el resto forma otro ejército. Dirígete a nuestros aliados para completar efectivos.

—Cuando regreses de Althia, estarán entrenándose. ¿Quiénes te acompañarán?

—Mahar será mi lugarteniente. También llevaré a nuestro sobrino, Bomilcar. Ahora regreso junto a Himilce.

—Sí, ve y dame pronto un sobrino. —Una sonora carcajada terminó la frase.

La princesa estaba en sus habitaciones, las que pertenecieron a Coriander mientras estuvo casada. Contemplaba la mar desde una ventana.

Admiró su silueta sin delatar su presencia. Se deleitó contemplando sus líneas marcadas bajo el vestido. Viéndola en el alféizar, ajena a su presencia, se preguntó por sus méritos para recibir el don de esa compañera. Con el pecho henchido fue hacia ella.

—¡Mi princesa! —La tomó del brazo, haciéndola girar sobre sus talones.

Mientras contemplaba la mar acodada en el marco de una ventana, se sintió abandonada «¿Me ama o solo he sido un instrumento para lograr un pacto con mi padre?», pensaba. Apenas llegaron al palacio, encontró deberes más importantes que amar a su esposa; pero al oír su nombre a su espalda, antes de girarse reconoció la voz de su marido y se disiparon los nubarrones.

Aníbal se preguntó si aquellos aposentos, los más amplios, donde más lujo derrochó su cuñado; eran los apropiados para su esposa. En ellos gozó su amor Coriander, también fueron mudos testigos del asesinato de Asdrúbal y del dolor de su hermana. Belshazzar los mancilló con su presencia. Allí murió el guardia sagrado durante la fingida fuga de Kissa.

El resto del día y el siguiente permaneció junto a Himilce, le mostró el palacio, los jardines, sus rincones favoritos... En la memoria de la princesa quedarían grabados como los más

felices de su matrimonio.

Al amanecer del tercer día, Aníbal se incorporó del lecho. Ella dormía. Viéndola tan deseable, con el pelo desordenado y la sonrisa de los seres felices, estuvo tentado de regresar a su lado. Himilce había insistido hasta la extenuación en su deseo de ir con él. Se negó en redondo, necesitaría toda su energía durante la contienda. Si ella esperaba en su tienda... Tras una mirada intensa abandonó los aposentos.

Bomilcar aguardaba con una escolta de caballería.

—¡En marcha!, haremos justicia, vengaremos la muerte de Asdrúbal el Bello.

El grueso del ejército había emprendido camino el día anterior. El grupo de Aníbal se puso en movimiento. Llevaban los caballos a un trote ligero, solo se detenían lo imprescindible para alimentarse, hombres y bestias. Alcanzaron el primer campamento provisional al anochecer.

Mahar, lugarteniente de Aníbal en sus campañas, aguardaba la llegada del general.

—¡Bienvenido!

—¡Salud!, Mahar. ¿Alguna novedad?

—Ninguna. Podemos enviar un destacamento de caballería al encuentro de las lobas. Deben tener información muy jugosa, útil para planificar el ataque.

—Estarán bien ocultas, no las encontrarían fácilmente. Si llamamos la atención, los de Althia descubrirán nuestro ataque demasiado pronto.

—Tienes razón, mejor guardar nuestros planes.

—Sheba tendrá vigías, saldrán a nuestro encuentro. Descansemos, mañana nos espera una buena caminata.

Fueron hasta unos cobertizos modestos. En campaña, Aníbal y sus oficiales disfrutaban los mismos privilegios que su tropa. Solo durante un largo asedio necesitaba un lugar para estudiar planos, preparar estrategias y reunirse con sus comandantes; entonces se alojaba en una tienda más amplia.

Quince jornadas después continuaba la lenta marcha hacia Althia. Sobre una loma apareció un grupo de cincuenta jinetes, dando gritos agudos galoparon al encuentro del ejército cartaginés. A Bomilcar le extrañó que un contingente pequeño se abalanzase con tanto brío contra un ejército numeroso, pero ahí estaban, lanzando gritos agudos con los caballos al galope.

—¡Formad una falange! ¡Rápido!

Con la eficacia adquirida en los entrenamientos formaron un cuadrado compuesto por seis mil hombres resguardados tras pesados escudos, ordenados en filas de mil.

—¡¡¡Abajo las picas!!!

Una sólida barrera erizada de puntas protegía el flanco del ejército que no detuvo su marcha.

Sheba cabalgaba en cabeza, a una señal suya detuvieron las monturas. Avanzó llevando el caballo al paso hasta detenerse a razonable distancia de la formación defensiva.

—¡¡¡Llebadme ante Aníbal!!!

Al ver al jinete, Bomilcar comprendió que había tomado por enemigos al grupo de mujeres. Ordenó reanudar la marcha, luego se acercó hasta Sheba componiendo un gesto amistoso.

—Soy Bomilcar. Te debo una disculpa. ¡Sígueme!

Sheba observó el orden del ejército. En primer lugar marchaba la infantería ligera: unidades fenicio-libias equipadas con yelmo metálico, escudo redondo, espada corta, coraza de basto lino, grebas de cuero endurecido y una jabalina; a continuación, grupos de infantería pesada, con corazas y grebas de bronce, sus lanzas duplicaban la altura del portador; tras ellos,

caminaban las unidades auxiliares integradas por arqueros, íberos en su mayoría, también por celtas de las lejanas tierras del norte y celtíberos en número considerable; les seguían los baleares, hábiles con la honda; tras los elefantes iba la caballería ligera armados con escudo y varias jabalinas; al final, caballería pesada integrada por íberos equipados con escudo, espada y lanza; jinete y caballo se protegían mediante corazas.

Aníbal cabalgaba delante de los elefantes. La aparición de Sheba animó al general. Su objetivo debía estar cerca.

—¡Sheba!, tu presencia alegra mis ojos.

—Nosotras somos felices al verte llegar.

—¡Ven! —señaló un claro entre los elefantes—. ¿Cómo está tu manada?

—Siguiendo tus órdenes, hemos saqueado aldeas, granjas y rebaños. Andan escasos de alimentos.

—Me preguntaba si estaríais aburridas, lejos y solas.

—¿Aburrirnos? ¡No!, aunque os esperábamos antes. Si el sitio se alarga se nos echará encima el invierno, aquí es muy duro.

—¿Queda muy lejos Althia?

—Sobre media jornada. Un grupo pequeño puede llegar antes de que se oculte el sol.

—Traemos provisiones para seis días, me preocupa el aprovisionamiento del ejército.

—No supondrá un problema. La ciudad está cerca de un río, hay poblaciones donde obtener víveres y botín. Nos hemos convertido en campesinas. Entre las capturas y nuestra propia cosecha, tenemos un buen granero y rebaños que nos proporcionan leche y carne. Todo está a tu disposición.

—¡Serías un gran general, si hubieses nacido varón!

Pretendió alagarla, pero la hirió en su orgullo. Se lo hizo ver su gesto altivo.

«Deberían alegrarse por permitirles luchar —pensó Aníbal—, ningún otro general consentiría la existencia de la manada».

—La hija del sufete, ¿vive todavía?

—Nunca lo hubiese imaginado de una aristócrata. Se ha convertido en una de las mejores, podrás comprobarlo cuando entremos en combate.

—Su sitio era contigo, pude verlo apenas la conocí.

—Acertaste.

—Cuando el ejército esté acampado, podrás demostrar tus dotes de estratega. Antes quiero ver los alrededores de Althia y todo lo que consideres importante.

—Si me acompañas con una escolta, te llevaré hasta el mejor lugar para el campamento.

Sheba los guio hasta un cerro. Se divisaban las murallas, algunos carros escoltados por grupos de jinetes se dirigían a la urbe. Podían ver varias aldeas cercanas, el río discurría a poca distancia, había suficientes árboles para fortificar un campamento.

—Es un buen sitio. Regresemos para guiarlos.

—Nuestro campamento es un lugar seguro. Nos honrarías si aceptas alojarte en él, mientras se construye el del ejército —dijo Sheba.

—Acepto tu hospitalidad.

Quería compensarla del desaire por su condición femenina, tal vez fuese una buena estratega, pero una mujer nunca estuvo al mando de auténticas tropas. Si un ejército se disponía a entrar en combate, era mala idea mezclar los dos sexos. Nacían afectos, se producían disputas por las mil causas que provoca la presencia de mujeres junto a un grupo de hombres excitados ante la proximidad del enemigo, tal vez, de su muerte.

—Mis lobas pueden guiar al ejército hasta aquí.

—Sí. ¡Bomilcar!, ve con ellas, luego fortifica este cerro. Nosotros nos adelantaremos hasta la ciudad, quiero ver sus murallas.

—Sería mejor cambiar nuestros atuendos, en el campamento tenemos ropas de campesinos olcades.

—Bien pensado. ¡Vamos!

Sheba, previsora, había hecho construir una cabaña más amplia, en ella alojó a Aníbal. Les trajeron ropajes procedentes de los saqueos.

—Iremos cabalgando hasta el linde del bosque, seguiremos caminando —dijo Sheba, apareciendo convertida en una labriega.

—¡Por Ba'al!, cuesta reconocerte —exclamó Aníbal.

Fueron hasta el final de los árboles acompañados de una escolta de caballería. Abandonaron caminando la protección de la vegetación, acercándose a la ciudad. La escolta permaneció oculta, dispuesta a lanzarse al galope si era necesario protegerlos.

Llegaron hasta situarse a prudente distancia de las murallas. Aníbal se mostraba satisfecho. No eran demasiado altas, tampoco robustas, los arietes abrirían huecos sin demasiadas dificultades. Anduvieron un trecho caminando ligero por si los de Althia sospechaban e intentaban interceptarlos, luego regresaron con la escolta. Una vez sobre sus caballos, permanecieron ocultos entre los árboles mientras el general contemplaba el escenario de la inminente batalla. En cuanto las torres de asalto estuviesen montadas se lanzarían contra las murallas. Sería un ataque rápido, sin darles tiempo a sus enemigos para organizarse. Pagarían por el asesinato del marido de su hermana.

—Sheba, vamos al encuentro de Mahar. Quiero darle instrucciones, luego serás mi anfitriona.

Alcanzaron al grueso del ejército, faltaba un trecho hasta el lugar elegido para acampar. Aníbal y Mahar se apartaron, querían cambiar impresiones.

—Instala el ejército en el cerro donde te llevarán las lobas. No es necesario fortificar, solo dispón vigilancia. Monta máquinas y torres de asalto. Si están dispuestas, en cuanto amanezca nos lanzaremos contra sus murallas.

—¿No deberíamos descansar un día?

—¡No! atacaremos antes de que asimilen la sorpresa.

—Cómo tú ordenes.

—Dormiré en el campamento de Sheba. Estaremos aquí antes del amanecer. ¿Tendrás todo dispuesto?

—Si te retrasas, te perderás la fiesta —dijo Mahar en tono jovial.

—Vamos a tu campamento, Sheba. Mañana dormiremos en Althia.

EL JURAMENTO

Barek se hacía pasar por jardinero ante la servidumbre. Neferure, creyéndole un fugitivo, temía que lo reconocieran si andaba callejeando. A él le convenía ese internamiento, así podría transformar paulatinamente su imagen para pasar desapercibido cuando decidiera salir. No había motivos que le hiciesen temer por su seguridad, pero mejor mantener en secreto su permanencia en Qart Hadasht.

—Barek, ¡amor mío!, debes ser cuidadoso. No salgas al exterior, evitarás que alguien te reconozca —le decía a cada instante, recomendándole prudencia.

—Puedes estar tranquila, solo me relaciono con los criados. Ellos no sospechan nada.

—No te fíes, esclavos y criados averiguan casi todo. Lo sé por experiencia. Debemos ser muy cuidadosos.

Durante el día buscaba la compañía de Nathifa y de los dos ancianos. Al principio le resultó difícil tolerar familiaridades. Acostumbrado a los privilegios de su familia, una de las mejores de Cartago, le repugnaba verse convertido en un sirviente. En alguna ocasión, en un arrebatado de soberbia, estuvo a punto de revelar su verdadera condición social, pero logró contenerse a tiempo.

Por las noches visitaba el dormitorio de Neferure, para abandonarlo antes del amanecer, cuando la servidumbre aún dormía. El resto del día mantenían un distanciamiento forzado, así consiguieron prolongar el engaño durante un tiempo; pero era imposible mantener ocultos los sentimientos, sobre todo, los de una joven enamorada.

Sslama barruntaba algo extraño en la actitud de aquel hombre, para ser jardinero ignoraba casi todo de las plantas y se daba unos aires impropios de su condición. Sus años de prostituta le habían proporcionado suficiente experiencia acerca del comportamiento humano, de los hombres en particular. Tardó poco en descubrir sus visitas nocturnas al dormitorio de Neferure.

—Nathifa, debes tratar con cuidado al jardinero. Él y Neferure ¡son amantes!

—¡Claro!, eso lo explica todo. Debimos sospecharlo.

—Disimula, no debe saber que conocemos su secreto.

—Puedes estar tranquila. ¡Una no nació ayer!

Ahirom se recuperaba lentamente. Las secuelas de la enfermedad dejaron su salud quebrantada, hasta el punto de aislarse junto a los fogones. La temperatura del lugar, las tisanas de Nathifa y los vapores de los guisos, le suavizaban la tos. Al menor esfuerzo el aire se negaba a rellenar sus pulmones, obligándole a permanecer sentado. Pasaba el tiempo ayudando en tareas livianas. Sus nuevas responsabilidades le dejaban a Sslama poco tiempo libre y delegó en Nathifa el cuidado del anciano, él encontraba consuelo en la risa franca de la cocinera.

Barek pasaba mucho tiempo junto a los fogones, aunque sus motivos eran más interesados. Su investigación estaba estancada, si no conseguía de Sslama o Ahirom información sobre la misteriosa misión, regresaría a Cartago con las manos vacías. Frecuentes rondas por la cocina le permitieron trabar una buena relación con el viejo marino. El aprecio, poco a poco se transformó en amistad.

Sus conversaciones con Neferure, Ahirom y Sslama, le permitieron averiguar las causas de los achaques del anciano. Pacientemente fue atando fechas y confidencias, hasta relacionar la

misteriosa misión que casi mata al viejo, con la desaparición de Kissa y la muerte de su hermano.

Pasado un tiempo, llevando la barba descuidada, el cabello cayéndole en guedejas sobre las orejas, con un aspecto muy distinto al del guardia sagrado que llegó con el sufete. Comenzó a salir para intentar localizar a ese Garnik, según Sslama, responsable del mal de Ahirom. Se relacionó con mercenarios, obtuvo referencias. Nadie lo veía desde hacía tiempo, había desaparecido sin dejar rastro. Averiguó que era un oficial cercano al general Aníbal, esa información lo terminó de convencer, Garnik debía ser un simple eslabón en la cadena de la trama, como Ahirom y Sslama.

Sentía respeto por la memoria de Amílcar, sin duda, el mejor general que tuvo Cartago, pero si su hijo estaba implicado en la muerte de Boldizsar, encontraría una forma de hacérselo pagar.

El repentino fallecimiento de Ahirom aportó luz sobre sus interrogantes. Ocurrió durante la noche. Se fue en silencio, sin molestar, de la misma forma que vivió. Sslama se levantó, se vistió sin abrir el ventanuco y salió a hurtadillas para no despertarlo; pero el sueño del anciano era eterno. Fue un duro golpe, todos los habitantes de la casa lamentaron su muerte, si bien, Nathifa y Sslama fueron las más dolidas. La antigua meretriz pasaba los días en silencio, contestando monosílabos.

—Ese Garnik se ha esfumado. Intenté localizarlo, quise pedirle cuentas por el daño que le hizo al bueno de Ahirom, pero nadie conoce su paradero —dijo Barek intentando provocar alguna reacción.

Mientras hablaba, observaba las reacciones de Sslama. Al oír aquel nombre se le contrajeron las facciones, apretó los dientes y entornó los ojos. «Me gustaría saber qué le estará deseando, seguro que nada bueno. Lo consigo ahora o no tendré otra oportunidad», pensó.

—No vuelvas a mencionarlo. Solo oír su nombre me enferma —dijo Sslama con las manos crispadas.

—¿Tan importante es silenciar esa misión? ¿Estás protegiendo al culpable de los padecimientos de Ahirom? ¿Tanto significa ese hombre? ¿Más que mi viejo amigo? —lo dijo despacio, con voz serena.

Trataba de hacerle perder el control, para que vomitara los secretos que guardaba. Por toda respuesta, Sslama agarró un cuchillo y se abalanzó con intención de segarle el cuello al que ponía en duda su cariño por Ahirom.

Solo sus reflejos y la distancia entre los dos salvaron a Barek. Fue necesaria la ayuda de Nathifa para inmovilizar a la enfurecida Sslama y arrebatarle el cuchillo.

—¡Suéltame! ¡Bastardo de una mona y un perro! —gritaba con los ojos inyectados de odio—. Repite que soy más fiel al maldito Garnik o a la hija del sufete. ¡Dilo otra vez y te corto el cuello!

Se retorció rabiosa, intentando soltarse para agredir al autor del agravio.

—¿Fuisteis vosotros?! ¿Raptasteis a Kissa?, ¿asesinasteis a mi hermano?

Lanzó las preguntas como quien lanza al agua un cebo pinchado en un anzuelo, esperando pescar algún pez. Picó uno más gordo de lo esperado.

—¿Un crimen? ¿El pobre Ahirom y yo podríamos matar a alguien? Además, esa iba por su voluntad, se estuvo revolcando con Garnik, mientras nosotros esperábamos soportando el relente, helados de frío.

No pudo terminar la frase, rompió a llorar. Ni ella misma recordaba cuándo vertió lágrimas antes de la enfermedad de Ahirom, ahora lo hacía en abundancia.

—Ese malnacido os hizo cómplices del asesinato de mi hermano. Un buen hombre, cuyo

único delito fue custodiar las habitaciones de Kissa. De tus palabras deduzco quien es el responsable.

Sslama iba recobrando el sosiego.

—Debes ser prudente, según Garnik, el encargo venía de Aníbal. Nuestra recompensa sería venir a esta casa, servir a su concubina cuando le concediera la libertad. Todo se ha cumplido, confirmando la procedencia del plan.

—Ya comprendo. Boldizsar debió convertirse en un testigo incómodo, por eso lo mataron, pero, ¿qué puede motivar a una joven aristócrata para desaparecer así?

—Días antes vino a verme. Quería seducir a un hombre y enamorar a otro. Ahí tienes la respuesta a tu pregunta. Una joven aristócrata, mimada, caprichosa, incapaz de valorar las vidas ajenas por encima de sus antojos.

Barek pensaba cuales debían ser sus pasos siguientes. Se preguntaba si tenía sentido continuar en aquella casa, con Neferure. Pensó matarla, como venganza hacia Aníbal, pero perjudicaría a Sslama; también estaba Nathifa, si bien era una esclava, le había tomado afecto, no quería perjudicarla. Además, Neferure, aunque engañada respecto a sus razones para permanecer en Qart Hadasht, lo ocultó y cuidó. No merecía morir por los actos de su antiguo amo.

—Me marcharé, pero Neferure debe ignorar esta conversación. Recordad, es la concubina de Aníbal. Si él llega a enterarse de cuánto sabemos; nuestras vidas, las vuestras, sobre todo, estarán en serio peligro.

Sslama alargó una mano, tomó la de Barek apretándola hasta hacerle daño.

—¡Júralo! ¡Jura por Ba'al, Melkart, Deméter y Core! ¡Jura vengar la muerte de Ahirom!

Barek tomó un cuchillo, hizo un ligero corte en la palma su mano izquierda, luego hizo lo mismo con Sslama. Unió las manos mezclando sangre de ambas heridas. Se levantó, elevó al cielo su mirada.

—¡Lo juro por Ba'al, señor de las tormentas! ¡Melkart, vencedor en las batallas! ¡Deméter y Core, dioses del inframundo! ¡Vengaré las muertes de Ahirom y Boldizsar!

Sslama, conmovida por la solemnidad del juramento, se abrazó al pecho del vengador de Ahirom. De nuevo derramó lágrimas.

La súbita aparición de Neferure causó un sobresalto. Nathifa emitió un gritito sofocado. Sslama se separó de Barek. Neferure permaneció bajo el dintel, mirando las manos ensangrentadas, pensando cómo debía reaccionar ante aquella escena.

—¿Qué está ocurriendo aquí? ¿Esa sangre en vuestras manos? —no hubo respuesta—. ¿Nadie me da una explicación?

—Nada, una tontería —dijo Sslama.

—No queréis hablar. ¡Está bien! Lo recordaré, podéis estar seguros. ¡Tú, jardinero! ¡Sígueme!, quiero explicarte unas ideas sobre las plantas.

Fue tras ella hasta un parterre alejado.

—¿Qué hacías con esa bruja? ¿Ignoras cómo se ganaba la vida? Era una puta, practicaba brujería. ¿Cómo se te ocurre mezclar tu sangre noble con la de esa desgraciada?

—Fue un momento de debilidad. Le tomé afecto al viejo y... Tienes razón, ha sido una tontería.

—¿Qué juraste?

—Déjalo, nada importante. Me avergüenza recordarlo. ¿Querías decirme algo?

—¡Sí!, me han hecho una oferta por la casa. Voy a venderla, nos marcharemos a Cartago o a otro sitio.

La noticia cogió desprevenido a Barek. Se produjo un silencio embarazoso.

—No vendas todavía. He de resolver un par de asuntos antes de regresar a Cartago. Necesito comunicarme con mi familia, utilizarán su influencia para que pueda volver sin temor a ser arrestado apenas pise el puerto. Si precipito mi regreso sin haber obtenido el perdón, me condenarán a muerte.

—Me siento mal. Soy la culpable de tu desgracia.

Se le colgó del cuello, intentó besarla. La rechazó suavemente, no pensaba contarle sus planes, pero tampoco quería seguir engañándola.

—¡Quieta! Si te ven con un vulgar jardinero estarás en peligro.

—Te amo, quiero decírselo a todos. Además, pronto nos iremos para siempre.

—Ten cuidado, si llegase a oídos de Aníbal, podríamos tener serios problemas.

La última frase la contuvo.

—Esta noche te espero. No te retrases.

—Iré en cuanto pueda. Disimula o las esclavas murmurarán. Regresemos.

—¡Sí! ¡Corre! ¡Vete a la cocina! Prefieres estar con una cocinera gorda y una puta vieja.

Barek se propuso ser más cuidadoso, la ira de una mujer celosa conocedora de su verdadera personalidad, podía resultar peligrosa. Al regresar tenía el gesto adusto. Sslama leyó en sus ojos.

—Traes mala cara.

Nathifa había ido al cuarto de las provisiones para buscar ingredientes. Confesó sus temores.

—Tenía pensado alistarme en el ejército. Si ese Garnik es un oficial, será más fácil obtener información.

—No es mala idea. ¿Hay algún problema?

—Puede haberlo, grave. Neferure tiene celos enfermizos, una fijación obsesiva conmigo. Si desaparezco, puede desvelar mi verdadera personalidad. En ese caso, sería difícil cumplir mis juramentos.

—Puede haber una forma de conseguirlo.

—¿Cómo? ¡Explícate!

—El mayordomo del palacio es un antiguo cliente, me encargaba brebajes. Es un tipo retorcido, peligroso, de los que componen una sonrisa encantadora mientras te apuñalan por la espalda. No aprecia a Neferure.

—Si ese esclavo llega a conocer mi secreto, mi seguridad habrá cambiado de manos. Será la única diferencia.

—Ten paciencia. Pensaré algo.

Barek se fue al jardín poco convencido. Si el mayordomo era tan peligroso, prefería a Neferure como depositaria de su auténtica personalidad. Fue a un rincón del jardín, quería meditar a solas. Se entretenía retirando hojas secas a la madre selva, mientras se devanaba los sesos buscando una solución.

Le sobresaltó el roce de un dedo acariciando su espalda. Giró sobre sí mismo. Era una esclava. En más de una ocasión sintió los ojos de la joven clavados en su espalda, aunque, si él la miraba, bajaba la vista presa de nerviosismo. Esta vez, le sorprendió su atrevimiento.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó en tono hosco.

Viéndola tan cerca se daba cuenta de lo joven que era. El brillo de sus pupilas lo asustó. No necesitaba más complicaciones, la forma de mirarlo aquella chiquilla las anunciaba.

—Te he visto rechazarla y yo...

Barek comprendió enseguida, aquella niña se había enamorado del único hombre que

vivía en la casa, pretendía arrebatárselo a Neferure. Una complicación que no había imaginado. Su primera intención fue rechazarla, pero tuvo una idea repentina. Aquella desdichada podía ser una solución para sus problemas. Alargó su mano hasta obligarla a levantar la cabeza. Ella seguía mirando al suelo.

—¡Dime! ¿Cómo te llamas?

—Chione.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete años, según mis cuentas.

La voz de Chione era un susurro. Se la veía avergonzada, pero ávida por recibir caricias del jardinero. Barek pensó que mentía, debía tener algún año menos. El destino ponía en sus manos una oportunidad y se propuso aprovecharla. La condujo a un rincón oculto tras un acebuche, tumbados sobre la grama completó su dominio.

Cuando terminó, se fijó en su cuerpecito flaco, casi infantil, su carita inocente; aquellos ojos enormes, abiertos..., sintió asco de sí mismo. Jamás se hubiese creído capaz de semejante maldad, el recuerdo de Boldizsar aplacó sus remordimientos.

—Chione, esto no volverá a ocurrir, todavía eres muy joven.

—Te quiero. Tú también, acabas de demostrármelo.

Compuso un puchero, derramó dos lágrimas.

—Has visto a tu ama acosándome. ¿Imaginas cómo puede reaccionar, si piensa que eres una rival?

Acababa de encajar la primera pieza de su plan. La bilis irritaba su garganta.

Chione se sacudía la túnica para eliminar las briznas de hierba.

—¡Si te ocurre algo malo, será mi culpa...! —gimoteaba tapándose la cara.

—Necesito abandonar esta casa, solo así podré librarme de ella, pero resulta complicado —hizo una pausa—. Solo si me lo pidiese podría hacerlo sin peligro, encontraría una forma para llevarte conmigo.

—Está coladita por ti, ¿cómo va a despacharte?

—Lo hará si se siente amenazada. Imagina, si en palacio supieran que esconde un hombre en su casa. Entonces..., tendríamos una oportunidad.

—¿Puedo hacer algo? ¡Dímelo!, haré cualquier cosa.

—No puedes. Soñaba en voz alta. Regresa al interior, llevamos demasiado tiempo aquí, podrían sospechar.

—¡Amor mío!

Se le colgó del cuello, le estampó un beso y salió corriendo; giraba la cabeza a cada paso, lanzando besos, dando saltitos, sin dejar de sonreír.

Necesitaba pensar, regresó a limpiar de hojas secas la madreSelva. Chione podía convertirse en el instrumento necesario para verse libre del acoso de Neferure y continuar sus indagaciones. Le había hecho daño a una chiquilla inocente. «Fue necesario para lograr mis planes —se justificó—. Al fin y al cabo, solo es una esclava».

Con las ideas más claras, libre de escrúpulos, regresó a la cocina para hablar con Sslama. Necesitaba cubrirse. Si algo salía mal, ella debería aparecer como autora de la confabulación. Debía actuar con cuidado, era desconfiada, no sería fácil manejarla.

Nathifa estaba atareada en los fogones. Se acercó a Sslama. Mediante un gesto le hizo saber su deseo de hablar sin testigos en el jardín. Ella fue tras él.

—¿Qué quieres?

No se encontraba cómoda hablando a escondidas con el jardinero, después de que

Neferure los hubiese sorprendido en la cocina.

—Tenemos una posibilidad para hacer intervenir al mayordomo.

—¡Mira! Neferure puede sorprendernos conspirando. Ten paciencia, ya pensaré algo

—No te alteres. Escucha. La cría esa, Chione, me ha asaltado hace un rato en el jardín, me ha declarado su amor.

Ella lo interrumpió, aún más molesta.

—¿Ahora te dedicas a las jovencitas? ¡Pero si casi es una niña! ¡Por Melkart! ¿Esa es tu posibilidad?, ¿conquistar a una cría?

—Presta atención y no me interrumpas.

—¡Está bien!, pero sé breve.

Hizo un relato detallado del encuentro con Chione, omitiendo el contacto carnal.

—Si hacemos llegar a las esclavas del palacio el rumor de que se oculta un hombre en esta casa. Tarde o temprano se enterará el mayordomo. Si tiene confianza contigo, te interrogará para averiguar si es verdad. Puede ser la forma de forzar a Neferure a dejarme salir.

—Eres listo. Buscaré un pretexto, mañana mismo mandaré a Chione al palacio. Si quieres que te ayude, procura no complicar más las cosas. Sobre todo, recuerda tu juramento.

Aquellas palabras sonaron en los oídos de Barek como una amenaza.

—¡Siempre cumplo mis juramentos!

Sslama regresó a la cocina. Él se quedó en el jardín repasando sus planes. Se incorporaría al ejército, era donde más posibilidades tenía para localizar al misterioso Garnik. Ignoraba cómo se desarrollarían los acontecimientos, pero esperaba averiguar si era responsable de la muerte de Boldizsar. De todas formas, lo mataría, se lo había jurado a Sslama y él cumplía sus juramentos.

El plan ideado por Barek funcionó antes de lo esperado. Transcurridos dos días desde la visita de Chione al palacio, Gael apareció para buscar información sobre los rumores que comenzaban a extenderse entre la servidumbre.

—Sslama, ¿sigues preparando filtros?

—Claro, Gael, para ti siempre.

—Bien. ¡Por cierto!, quiero contarte algo. Entre las esclavas del palacio circulan rumores sobre Neferure, dicen que tiene un amante oculto en esta casa.

—No me gustan los chismes, pero ya sabes... Si ves cagarrutas en la cocina, busca ratas —dijo componiendo una mueca cómplice. —Experimentada en lances de alcahuetes, dejó entrever la existencia de alguna verdad en aquellas habladurías.

—¡Vaya sorpresa!, nunca lo hubiese imaginado de aquella esclava modosita. ¡Parece mentira!, el general le da la libertad, en lugar de estarle agradecida, ¡mira por dónde sale!

—¿Qué quieres que te diga? Te dejo, he de subir a sus habitaciones.

—No le digas que vine a verte.

—Puedes ir tranquilo.

Gael se fue satisfecho. Se acercaba el momento de su venganza contra Neferure. La muy zorra, no solo le disputó el amor de Aníbal, también obtuvo la libertad, algo que a él nunca le ofrecieron.

En cuanto Gael se marchó, Sslama buscó al falso jardinero para ponerlo al día. Lo encontró entretenido en la enredadera.

—¿Entiendes de plantas?

La ironía irritó a Barek.

—Tampoco es tan difícil. ¿Qué quieres?

—Acaba de marcharse el mayordomo. Tu plan está funcionando, voy a subir a informar a

la señora —dijo, matizando la expresión—. Mis clientes eran soldados, marinos y mercaderes; yo, una puta. Ella solo tiene uno, pero, cómo es quién es...

La muerte de Ahirom le había agriado el carácter, ya de por sí avinagrado.

—Si tanta inquina le tienes, ¿por qué sigues aquí? Te trata bien, mientras Ahirom estuvo enfermo no le faltó nada. No se merece ese trato.

—Es cierto, me cuesta hacerme a la idea de que no volveré a verlo. Pago mi dolor con quien menos culpa tiene.

—Cuéntaselo.

—Si reacciona como esperamos te verás libre, podrás buscar a Garnik y darle su merecido.

Sslama regresó al interior. Encontró a Neferure en sus habitaciones tejiendo un tapiz.

—Señora, ha ocurrido algo, debes saberlo.

—Dime.

—Gael nos ha hecho una visi... —Fue incapaz de terminar la frase.

Por como frunció el ceño Neferure, Sslama imaginó el odio que sentía hacia el mayordomo. «Si solo oír su nombre le provoca ese enfado —pensó—. ¿Cómo reaccionaría si descubre nuestras maquinaciones?».

—¿Qué buscaba ese gusano?

—Vino a sonsacarme información. En palacio corre el rumor de que escondes un amante en tu casa. He negado todo, pero debes tener cuidado. La familia Barca es demasiado poderosa.

—¿Un amante?! —exclamó en una mezcla de alarma y fingida extrañeza.

—¡Querida niña!, hay asuntos que no pueden ocultarse por tiempo indefinido. Todos en esta casa conocemos vuestra relación.

Neferure parecía debatirse entre negarlo todo, haciéndose la ofendida; o aceptar la verdad contenida en las palabras de Sslama. Pensó que su sirvienta, tal vez pudiera ayudarla, decidió confiar en ella.

—¿Cómo han podido enterarse?

—No lo entiendo, Nathifa está siempre en la cocina, las esclavas apenas salen. Puede tener agentes vigilando, habrán visto a Barek en alguna de sus salidas.

Neferure había dejado abandonado el tapiz. Daba vueltas por la habitación, presa de los nervios.

—¡Por Taniht!, ¿qué podemos hacer?

Interrogaba a Sslama, haciéndola partícipe de sus preocupaciones, como si el problema afectase a las dos por igual y hubiesen de acordar, entre ambas, una solución. Era el momento de dar el toque definitivo.

—Si Barek continúa aquí, estaremos todos en peligro. Debe marcharse.

—No me pidas eso.

Aquella escena le recordaba otra vivida en su juventud, le hizo mucho daño, marcó su vida para siempre. Quedó embarazada cuando aún no había dejado la pubertad, el responsable desapareció de su vida. Se malogró el embarazo, perdió a su familia, para sobrevivir se vio obligada a convertirse en cortesana. La situación a la que se vio expuesta fue mucho peor, pero sabiéndose responsable de la desgracia de Neferure, se apenaba por ella.

Estaba dispuesta a colaborar con Barek para dejarle las manos libres, así podría vengar la muerte de Ahirom, pero sin causarle a Neferure un daño innecesario. Le dio un abrazo, luego le habló como hubiese hecho con la hija que nunca tuvo.

—No sufras. Si te quiere, entenderá, entre los tres encontraremos una solución. Debes

decírselo enseguida.

Arreció el llanto.

—No puedo. ¡No!, ¡no quiero!

La atrajo hacia sí. Aquella joven nunca tuvo una madre para escucharla, alguien a quien confiarle sus preocupaciones. Le acarició la cabeza.

—Mira. Hablaré con él, le explicaré el peligro de seguir aquí. Debe marcharse; de momento puede alojarse en mi casa, ahora está vacía. Cuando el peligro haya pasado podréis veros allí, o en algún otro sitio. ¿Te parece bien?

Palabras y caricias calmaron su aflicción. Neferure, acabó aceptando. Sslama permaneció consolándola, cuando estuvo más tranquila bajó para buscar a Barek.

—Sube, muéstrate contrariado por irte. Luego te llevaré hasta mi casa, podrás quedarte allí. ¿Está claro?

—Sí.

—Abrevia la despedida. El peligro es real.

Barek encontró a Neferure llorando.

—¡Mi pequeña!, no llores. Encontraremos una solución. ¡Verás como sí!, Sslama me deja su casa, así todo se soluciona.

—¿Cómo voy a vivir, si tú te vas? —dijo aferrándose al cuello de Barek.

—Estaré en la casa de Sslama, ya te lo he dicho. En cuanto mi familia me comunique el indulto, nos iremos a Cartago. Ahora debo marcharme. ¿Lo comprendes?

—¡Sí! ¡Acuérdate de mí!

Se despidieron con un beso fugaz. Sslama había preparado sus pertenencias en un hatillo, lo guio hasta su casa. Cuando llegaron, Barek hizo un gesto de disgusto.

—Si te parece poca cosa, puedes irte con viento fresco. La profesión de puta no da para más.

—Disculpa mis modales. Es un buen lugar.

—¿Qué piensas hacer?

—Me enrolaré en el ejército. Si ese Garnik es un oficial, tarde o temprano lo encontraré.

—Espero recibir noticias de que lo has enviado al inframundo, para hacerle la corte a Core.

Se marchó sin esperar respuesta.

EL ASALTO

La bruma envolvía el paisaje. El ejército cartaginés estaba formado en orden de combate frente a las murallas de Althia, fuera del alcance de sus flechas. Amanecía cuando las primeras líneas comenzaron el avance. Caminaban despacio, en silencio; manos crispadas, aferradas a escudos y armas; estómagos contraídos por la incertidumbre de saber si verían un nuevo amanecer. Los castilletes móviles se pusieron en movimiento, enervando a los atacantes con los chirridos de sus ejes, alterando la paz del nuevo día.

En Althia nadie dormía, esperaban el asalto en unos días, cuando los sitiadores hubiesen descansado, pero la certeza de un ataque próximo, o un asedio prolongado, mantenía la vigilia. Los centinelas, alertados por el crujir de guijarros que estallaban bajo las ruedas de las torres de asalto, aguzaron la vista; un claro entre la niebla dejaba adivinar unas siluetas borrosas: fortines de asalto avanzando hacia sus murallas. Refugiados tras ellos: arqueros, honderos baleares y la infantería ligera.

El sonido de cuernos en las almenas anunció el comienzo del ataque. La transición entre calma e histeria fue brusca. Los de Althia acudían a las murallas dispuestos a defender posesiones y vidas. Unos, de familias acomodadas, protegidos con armaduras completas, otros, pobres labriegos, armados tan solo con hoces, horquillas o una estaca contundente; cualquier objeto capaz de herir o matar servía.

En las casas, las mujeres preparaban agua, telas, fuego; menesteres necesarios para lavar, vendar y cauterizar heridas; también, aunque ninguna quería pensar en su utilidad, confeccionaban sudarios. Al pie de la muralla, los ancianos calentaban agua para derramarla hirviendo sobre los asaltantes, abastecían de flechas a los arqueros; algunos preferían morir luchando y subían a las almenas para enfrentarse a los cartagineses.

Aníbal contemplaba desde un otero el avance de su ejército. Intercambió una mirada con Mahar, hizo la señal, sonó un cuerno, rugieron las gargantas, los que empujaban las torres se emplearon a fondo; grupos de arqueros abandonaban la protección de las fortalezas rodantes, lanzando sus primeras flechas; reemplazados por honderos regresaban para protegerse tras los baluartes móviles y preparar otra andanada. Desde las murallas volaban flechas, venablos, piedras...

Resonaron los primeros gritos, un adelanto del sufrimiento que traía consigo la jornada. Las torres chocaron contra los muros, tendieron pasarelas, los primeros componentes del ejército cartaginés las atravesaban a la carrera para disputar con los defensores el control de las murallas.

El resto de asaltantes, semejando filas de hormigas, trepaban por las escaleras de asalto. Los que caían heridos de flecha, o de una lanzada, eran reemplazados sin pérdida de tiempo; el agua hirviendo arrojada desde lo alto quemaba, cegaba, provocaba alaridos, pero pronto se adivinó el resultado. La feroz embestida daba fruto, apenas iniciada ya habían conquistado pequeñas parcelas, por donde entraban en tropel barriendo defensores, controlando fortificaciones, dejando indefensa la ciudad.

Al mediodía la carnicería había concluido. Comenzó el exterminio. Una vez rendida la plaza, agruparon a los que aceptaron la esclavitud con las mujeres y los niños, el resto fue acuchillado sin compasión. Una caravana con los cautivos se puso en marcha hacia Qart

Hadasht, escoltada por un tercio del ejército. Saquearon Althia, solo cuando estuvieron satisfechos con el botín le prendieron fuego. Al día siguiente quemaron muertos, atendieron heridos propios con esperanza de cura y desmontaron torres de asalto.

Al amanecer del tercer día regresaban henchidos de venganza, cargando un cuantioso botín. Asdrúbal el Bello quedaba vengado. A las pocas bajas se unía el considerable fruto del saqueo. Solo las lobas se mostraban resentidas. Sheba fue para hablar con Aníbal.

—Nos marginaste en el ataque.

Hablaba guardando respeto, aunque sin esforzarse en disimular su enfado.

—Sois un contingente demasiado valioso. Cualquier unidad es útil en un ataque, a vosotras os necesito para tareas más importantes.

—¿No es importante luchar por Cartago?

—Lo hacéis con eficacia.

—¿Nos marginas porque somos mujeres?

—Te equivocas. Un grupo de hombres no hubiese hecho mejor desempeño en esta ciudad, madurándola. Os ordeno desplazaros hasta Helmántica, debéis repetir el trabajo de Althia.

—Diles unas palabras. Las necesitan.

—¿Me has visto dirigirme al ejército, darles palmaditas en las espaldas?, pides para tu manada un trato especial, mientras reclamas igualdad.

—No lo había visto así.

—¡Compórtate!, deja tus lloriqueos. Parte ahora mismo hacia Helmántica. Coge varias palomas para mantenerme informado.

Las lobas abandonaron la columna del ejército cartaginés, dirigiéndose a territorio vacceo. Sheba marchaba en cabeza, flanqueada por Kissa y Asherah. Etnhe lo hacía en la cola, taciturna, desde la separación de Pistias se había vuelto arisca, reservada.

La entrada en Qart Hadasht fue gloriosa. Desde los tiempos de Amílcar no se presenciaba el regreso del ejército cargado con semejante botín; refulgía sobre la interminable hilera de carros, seguido por una fila de prisioneros. Cuando en Cartago recibiesen el tributo de su primera campaña, se despejarían las dudas, Aníbal era un digno sucesor de su padre. Bajo su protección, Cartago recuperaría el brillo, resurgiendo del negro pozo donde Roma la había sumido.

Himilce contemplaba desde su atalaya el mismo espectáculo que maravillaba a los demás habitantes. Vio a su marido, la multitud vitoreaba, gritaban enfervorecidos. «¡¡¡El Rayo de Ba'al!!! ¡¡¡El Rayo...!!!».

Lo admiró desde la distancia, deslumbrada por su gallarda estampa mientras recibía alabanzas sobre su caballo. La añoranza ascendió desde el pecho, casi sin darse cuenta comenzó a vitorear, en susurros al principio; poco a poco fue elevando el volumen hasta acabar gritándole al viento.

—¡¡¡El rayo de Ba'al!!!

Aníbal la vio, recorrió el jardín sin desmontar, eufórico, contagiado del entusiasmo popular. Ba'al era su protector, había penetrado en su cuerpo para convertirlo en el azote de Roma. Avanzó en línea recta, haciendo brincar a su montura sobre los arbustos. Ignoró a la servidumbre presidida por Gael. Subió saltando escalones de dos en dos. Despidió a los guardias que vigilaban el acceso a las habitaciones de su esposa.

Himilce se regocijó al despertar con Aníbal a su lado. Lo contemplaba con una sonrisa. Él abrió los ojos, permanecieron en silencio, dejando a las miradas expresarse.

—El tiempo que estuviste ausente, me pareció una eternidad.

Hablaba abrazada al marido, apretándose contra su cuerpo con todas sus fuerzas, como si de esa forma pudiese retenerlo para siempre y él tuviese que cargar con ella, fuese adónde fuese.

—Abrevié la campaña cuánto pude. Ha sido una conquista rápida. Lo hice de esa forma para regresar enseguida a tu lado.

Tenía asuntos que atender. Ella, aunque remisa, lo dejó marchar. Asdrúbal aguardaba su visita.

—Hermano, ha sido una bella gesta. La campaña más breve de la que tengo noticia, también un gran botín. Los soldados han cobrado su salario, están pletóricos. Ensalzan tu nombre, hablan maravillas de su general.

—Sheba hizo un gran trabajo, menguando las provisiones, obligando a las comunidades agrícolas y aldeas próximas a refugiarse en Althia. Aumentaron el consumo de víveres y la angustia ante un ataque inminente.

—La escasez de alimentos no tuvo ninguna influencia.

—Sí tuvo. La ansiedad de conocer tu debilidad ante un asedio, te hace obrar con precipitación. Si falta serenidad se cometen equivocaciones, ellos las cometieron. Mucho mérito es de Sheba.

—Unas mujeres efectuando tareas propias de hombres, nunca las hubiese creído capaces.

—Muchos comenten el mismo error.

—¿Cuál será tu próximo objetivo?

—Asegurar el territorio alrededor de Qart Hadasht, luego, recuperaremos Arse.

Asdrúbal meditaba las palabras de su hermano. Arse se había dejado embaucar por las promesas contenidos en su acuerdo con Roma, sin embargo, para la ciudad del Tíber solo eran una pieza en el entramado de su competencia con Cartago. Si permitían esa injerencia, Roma habría ampliado su zona más allá del río Ebro; si atacaban Arse, estarían proporcionando argumentos para una declaración de guerra.

—¿Cómo piensas asegurar el territorio?

—La estación fría es muy dura en el interior, mantendré al ejército acampado hasta que regrese el buen tiempo, entonces marcharemos contra los vacceos. Una vez tengamos controlado su territorio, empezaré a pensar en Arse.

—Me gustaría acompañarte.

—Te necesito aquí. Siempre debe haber un Barca en Qart Hadasht.

—Eres injusto. Continuamente encuentras argumentos para alejarme de los conflictos.

—Con Magón ausente, solo quedas tú, debes cuidar nuestros intereses. Necesito formar otro ejército, serás su general. El botín de Althia nos permite hacerlo. Ya puedes comenzar a diseñarlo, a contratar mercenarios, cuando surja el conflicto con Roma deben estar en condiciones de pelear.

—¡Por fin!, has satisfecho mi mayor deseo, te doy las gracias.

Aníbal regresó con su esposa. Gael lo estaba acechando, simuló un encuentro fortuito. Ansiaba vengarse de Neferure derramando hiel en los oídos de su amo, aquel era un buen momento.

—¡Señor!, lamento darte esta noticia.

—¡Dime!, Gael. ¿Qué ocurre?

—Resulta difícil hablarte de este asunto, pero es mi deber hacerlo.

—¡Habla! Me estás intrigando.

—Se trata de Neferure. Oculta un amante en su casa.

—Himilce colma mis necesidades. Neferure me resulta indiferente, aunque, si tu relato es

cierto, su comportamiento es merecedor de un escarmiento.

—Ordena y se cumplirá.

—No hagas nada. —Continuó andando, dejando contrariado al mayordomo.

Himilce paseaba por los jardines acompañada por dos esclavas. Se entretuvo observándola desde la terraza, meditando sobre el acierto de su enlace. Cuando se conocieron en el santuario de Auringis, le cautivaron las líneas de su rostro, su mirada profunda. Recordaba con emoción como ella correspondió a su solicitud. Coriander se percató del incipiente enamoramiento y sugirió a su marido la conveniencia de un enlace entre ambas familias.

Aníbal descendió al jardín buscándola.

—Hace un día espléndido —saludó.

—Sí tienes tiempo, me complacería pasear contigo.

—Nunca terminan mis obligaciones, pero la más urgente camina a mi lado.

Himilce, complacida por las palabras de su esposo, le devolvió una sonrisa.

—Nunca me vi como una obligación —dijo zalamera, mientras sus pupilas chispeaban.

—¿Por qué me miras así?

—Temo que piensas alejarte de mí, para emprender otra campaña contra alguna ciudad hostil.

—Hasta después del invierno, tú serás mi única campaña.

ME LLAMO GARNIK

Barek andaba deprimido. Al embarcar en Cartago para darle escolta al sufete, ignoraba las desventuras que le aguardaban al otro lado del mar. La más terrible fue la muerte de Boldizsar, aún le costaba admitir que no volvería a verlo. Había jurado vengarlo, solo los dioses podrían impedirlo; aunque tuviese que renunciar al poder de su familia y vivir el resto de sus días en viviendas como la de Sslama.

Salió con intención de callejear, prefería cualquier alternativa a permanecer en aquella pocilga más tiempo del necesario. Después de tantos días encerrado, anhelaba vagar sin rumbo, libre de fingir o estar pendiente de una palabra mal pronunciada en un descuido.

Paseaba por el muelle observando las barcas, regresaban de faenar. El número de gaviotas permitía imaginar si la pesca fue abundante. «Mañana el pescado estará barato», pensó, viendo a los tripulantes emplear todas sus fuerzas en los remos, compitiendo para llegar los primeros al muelle y obtener mejores precios. Casi le pasa inadvertido un birreme anclado en el centro del puerto. Estaba sucio, mal cuidado, en dudoso estado de conservación, parecía peligroso aventurarse en una travesía con semejante montón de basura. Su experiencia de soldado le hizo ver algo que no encajaba en el aspecto de esa nave. Se detuvo al borde del muelle, miró con atención, los puntos importantes estaban sucios, pero en buen estado, parecían camuflados con porquería.

Cuatro individuos saltaron a un bote. Comenzaron a bogar hacia la extraña embarcación. Unas palabras cruzadas entre ellos despertaron su interés, solo captó un nombre: Garnik. Suficiente para olvidar sus planes de emplearse como mercenario.

Aguardó encomendándose a Melkart para que el birreme no levantara anclas. Debía averiguar los secretos de aquella nave y si el Garnik que había escuchado estaba relacionado con la muerte de su hermano. La divinidad debió escucharlo, porque accedió a su ruego. El bote regresaba cargando más fardos. Siguió a los ocupantes hasta un almacén de las atarazanas.

En la entrada había un individuo que le recordaba a uno de los pasajeros que acompañaban a Belshazzar en su viaje de ida hasta Qart Hadasht. La visión del personaje y el haber oído a los tripulantes del bote el nombre de su única pista, le hicieron sospechar. Aquel barco y su tripulación podían tener alguna relación con la muerte de Boldizsar. Se acercó con intención de sondear.

—¡Ba'al te guarde! —saludó—. Soy un soldado buscando empleo. ¿Sabes a quién puedo dirigirme? —preguntó, sintiéndose seguro de obtener la respuesta deseada.

—¿Soldado?, dime algo más. Háblame de tu experiencia. ¿En cuántas contiendas has participado?

—Siendo muy joven, casi un niño, estuve en Sicilia con Amílcar Barca, habrás oído hablar de él. El Consejo de los Trescientos nos obligó a retirarnos sin haber sido derrotados. Cuando se negaron a pagarnos lo pactado, participé en la revuelta de los mercenarios, nos derrotó Amílcar, ¿quién si no?, el general más grande que tuvo Cartago. Por desgracia, también estuve en Helikê, su última batalla. Ayudé a extraer su cadáver del río.

Su respuesta fue una argucia para ganarse la confianza de su interlocutor. Nunca estuvo en Sicilia, aún era demasiado joven; ni se rebeló con los mercenarios, jamás se hubiese revuelto

contra su ciudad; tampoco estaba con el general, el día de su muerte. Su conocimiento de la vida y hechos del padre de Aníbal tenía su origen en los textos que le hizo estudiar su preceptor griego, ahora le resultaban útiles.

—¿Estás dispuesto a embarcar?

—Si hay buena paga, iría hasta el fin del mundo.

—¿Ves aquel birreme? —señaló hacia el barco—, soy el capitán. Si te parece buena idea, puedes formar parte de mi dotación.

—Antes necesito conocer la paga.

—Todos a bordo tienen las mismas condiciones. No hay paga, pero tendrás parte en las ganancias, si las hay. Créeme, tus beneficios serán mayores.

—Puede interesarme. ¿Cuáles serían mis obligaciones?

—Yo mando, la tripulación obedece. ¿Ha quedado suficientemente claro?

—Sí, muy claro. Con igual franqueza, nunca haré nada contra los intereses de Cartago.

—Está bien. Una última cuestión. ¿Has navegado alguna vez?

—¿Hay otra forma para salir de Sicilia?

—Durante la navegación no admito objeciones.

—Soy disciplinado, siempre que seas fiel a Cartago.

—¡Está bien!, tienes empleo. Ahora embarca con estos —señaló a los cuatro del bote—. Dile al contramaestre que formas parte de la dotación. Lo reconocerás, es el único de piel oscura.

Los cinco subieron al bote, le entregaron un remo y bogaron hasta el birreme. La vida a bordo era dura, mucho más de lo imaginado por Barek. Apenas embarcó, el contramaestre le entregó un cubo atado a una cuerda para extraer agua; también un cepillo para restregar la cubierta. En ese menester estuvo hasta el momento de salir a navegar, entonces lo sentaron en una bancada, al servicio de un remo.

Al ser sustituido tenía llagadas las palmas de las manos. El contramaestre le dio unos lienzos y un bote con manteca.

—Límpiate las llagas, úntalas con manteca, luego te lías estos trapos. Manos delicadas para ser marino. —Lo miraba condescendiente.

—Es la primera vez.

—Salta a la vista. ¡Ja, ja, ja! ¿Cuál es tu nombre?

Casi da el verdadero, pero tuvo una idea repentina. Dio el que mejor podía servir a sus fines.

—Garnik, me llamo Garnik.

Repitió el apelativo convenciéndose a sí mismo. Debería responder sin vacilación cuando lo llamasen.

—¡Tú, también!, nunca lo había escuchado, ahora dos seguidos.

—¿Hay otro Garnik a bordo?

La esperanza de haber encontrado al misterioso personaje se esfumó tan rápido como había aparecido.

—¡No!, a ese lo dejamos en Ostia.

—¿Entrasteis en Ostia?! ¿En un puerto de Roma?!

El asombro del nuevo tripulante provocó otra carcajada del contramaestre.

—Nuestro capitán tiene los cojones bien puestos. ¡Ja, ja, ja! Basta de conversación, arréglate las manos y regresa al baldeo. Recuerda, solo debes limpiar la cubierta.

Estuvo a punto de preguntar los motivos para mantener el casco tan sucio, pero viendo el estado de sus manos guardó silencio.

—No me has dicho tu nombre.

—Puedes llamarme Reshef o contraamaestre. Cómo más te guste.

—Una última pregunta. ¿A qué se dedica ese otro Garnik? Siento curiosidad por un tipo que lleva mi nombre.

—Ni yo lo sé, ni a ti te importa.

No tardó demasiado en conocer el destino del birreme, bastó avistar el primer carguero romano para atacarlo y robar su carga. Se había enrolado con unos delincuentes, unos auténticos piratas. Camuflaban sus actos realizando algún transporte de mercancías, aunque rehuyendo siempre los puertos frecuentados por la flota de guerra romana.

Transcurrieron los días entre asaltos a pequeñas embarcaciones, algunos trabajos alternados con frecuentes periodos dedicados al mantenimiento del barco y al descanso. Para esos menesteres buscaban refugio en radas de la costa africana, los conducía Hyrum, gran conocedor de aquel litoral. En todo ese tiempo buscó subterfugios para interrogar a los demás tripulantes sobre el misterioso pasajero cuyo nombre adoptó, pero solo averiguó algunos datos sobre su aspecto físico, nada útil.

Si era un oficial cercano al general Aníbal, como supo en Qart Hadasht, y desembarcó en el puerto de la flota de guerra romana, debía estar cumpliendo una misión importante. Imposible localizarlo sin conocer su destino, tampoco quería interferir en los planes del general Barca. Daba por fracasada su misión e incumplidos sus juramentos a Sslama. Era un sinsentido continuar embarcado, realizando actos indignos contrarios al honor; decidió abandonar la compañía de los piratas a la primera oportunidad.

Un día pusieron rumbo a Cartago. Desembarcaría, confesaría su fracaso a Belshazzar y recuperaría su identidad de guardia sagrado.

Se preguntaba cómo estaría Neferure, ¿lo habría olvidado? Tenía remordimientos por haberla engañado fingiendo una desertión, comprometiéndola al esconderse en su casa para luego abandonarla persiguiendo una quimera. Así veía la loca aventura de localizar a Kissa y vengar las muertes de Boldizsar y Ahirom.

Navegaban siguiendo la costa africana, pernoctando en las pequeñas bahías que el capitán pirata tan bien conocía. Así llegaron a Cartago. Su primera intención fue desembarcar, presentarse ante Belshazzar, confesarle su fracaso y solicitar el reingreso en el Batallón Sagrado. El documento que le proporcionó solucionaría cuántas dudas pudiesen surgir. Metió en un zurrón su escaso equipaje, aprovechando la primera oportunidad saltó a tierra.

Regresaba transcurrido casi año y medio desde que embarcaron, él y Boldizsar, como escoltas del sufete y su caprichosa hija. No apreció cambios, aparentemente todo seguía igual, como si ciudad y habitantes hubiesen permanecido sumidos en un profundo sopor aguardando su regreso. Se alejó rápido del puerto para evitar disputas con la tripulación, si adivinaban su intención de abandonar la nave.

Dirigió sus pasos hacia la vivienda de Belshazzar, le pediría protección hasta dejar clara su inocencia. Se justificaría ante el Consejo con el documento y el testimonio de quien lo firmó como sufete, quedaría patente su inocencia, nunca fue un desertor.

Encontró un terreno yermo cubierto de sal, pensó si su memoria le estaría jugando una mala pasada, pero aquel era el sitio ocupado por la opulenta villa de Belshazzar, estaba seguro. Vio un labriego, en el suelo, sobre una esterilla, tenía expuestos algunos frutos. Se acercó para intentar averiguar qué ocurrió en aquel lugar. Debía ser un delito muy grave. Derribar la construcción privada más lujosa y cubrir con sal el solar, solo se explicaba por una condena al olvido.

El labriego sostenía un saquete con dátiles, al acercarse se los ofreció.

—Una moneda de vellón. Los recolecto en mis tierras húmedas, no los habrás probado mejores en toda tu vida.

—Espero que sean buenos. —Sacó una moneda, se la mostró al vendedor—. Estuve ausente un tiempo, ahí había una vivienda muy lujosa. ¿Por qué la derribaron?

El labriego miró en ambas direcciones, no vio a nadie.

—No puedo hablar de eso, el propietario fue condenado al olvido.

Barek extrajo otras dos monedas.

—Nadie puede escucharnos. Si me cuentas todos los detalles, te quedarás los dátiles y las monedas.

De nuevo el vendedor miró en todas direcciones.

—El propietario se llamaba Belshazzar. Era el comerciante más rico, formaba parte del Consejo de Ancianos, llegó a ser sufete. Cuando Asdrúbal el Bello fue asesinado en Iberia, viajó a Qart Hadasht para comunicarle al ejército el nombre del nuevo comandante general. Nombró a Aníbal Barca. Hannón el Grande esperaba ser elegido, nunca se lo perdonó. —Hizo una pausa mirando otra vez alrededor. No viendo a nadie, continuó.

»Sus enemigos esperaron al final de su mandato, le acusaron de traición. También le hicieron responsable de la muerte de un guardia sagrado, la desaparición de su hija y la desertión de un hermano del muerto. Fue condenado al olvido y ejecutado. Esa es la historia del solar donde se levantaba la vivienda más imponente de Cartago.

—¿Qué fue de los padres de los dos hermanos?

—Con un hijo muerto y el otro condenado por desertor, el padre enloqueció, se abrió las venas. La madre murió poco después.

—¿Se sabe algo del desertor y de la hija de Belshazzar?

—De él no he oído nada; de ella, solo rumores. Dicen haberla visto en tierras íberas con unas locas que viven y luchan como si fuesen hombres. Debe ser otra más de tantas historias fantásticas.

Barek le entregó las monedas. Se alejó confundido, allí nada lo retenía, si lo reconocían corría peligro. Se dirigió al birreme. Hyrum estaba en cubierta preparando la maniobra para continuar el viaje.

—¿De dónde vienes? Te dábamos por perdido.

—Tenía asuntos pendientes.

—¿Los has solucionado?

—Sí.

—Todos los tripulantes formamos parte del ejército de Aníbal. Si desembarcas sin mi permiso, te consideraremos un desertor, perderás el derecho a tu parte del botín y serás condenado a muerte. Cualquiera podrá matarte legalmente. ¿Ha quedado claro?

—¡Sí!

—Incorpórate, levamos anclas.

Abandonaron el puerto, siguieron costearlo, al tercer día llegaron a Ikosim. Hyrum bajó a tierra. Cuando regresó, muy de mañana, reunió a toda la dotación en cubierta.

—Al anoecer saldremos con rumbo a Qart Hadasht. Lo haremos directamente, cruzando a mar abierta. Será una travesía peligrosa. Hay flotas romanas buscando a un birreme pirata. —Las carcajadas interrumpieron a Hyrum.

»Preparad la nave y descansad, en un rato remaréis.

Barek se alegró al escuchar a Hyrum. Había estado dándole vueltas a sus promesas.

Ahirom y su hermano quedaban sin venganza, al menos, trataría de encontrar a Kissa para contarle el final de su padre.

CASSIA

Cassia imaginaba que nació libre, eso le decía Urkeatín, la cocinera, siempre que surgía el asunto de su origen. Aquella mujer, grandota y bondadosa, ya era esclava de Lampón cuando el comerciante compró a Cassia siendo todavía una niña. Lo cierto es que no recordaba a sus padres y desconocía si nació esclava o fue capturada por los saguntinos. Los recuerdos guardados en su memoria eran todos de esa domus, siendo Urkeatín lo más parecido a una madre.

Debía contar sobre diecisiete años. Era hermosa, lo sabía por la forma de mirarla los hombres. Julia, hija de Lampón, tenía su misma edad, crecieron juntas, como hermanas compartieron juegos, secretos y confidencias. Al ser más menuda que su ama, pudo heredar las túnicas desechadas por Julia. Gracias a esa particularidad, más que una esclava parecía una joven de familia rica. Se despertó alegre, se vistió para ir a los aposentos de Julia.

Lampón hablaba con un extraño en el atrium.

—Cassia, ¡ven!, esta es la esclava, Brenan.

Se acercó, el tal Brenan la cogió de un brazo, sin ninguna consideración le hizo dar un giro completo sobre sí misma.

—¡Abre la boca!

Miró a su amo buscando protección, sin comprender. Lampón le dio un bofetón por toda explicación.

—¡Obedece!

Brenan le separó las mandíbulas, examinó su dentadura. Cassia había visto hacer lo mismo a los caballos para saber su edad. Pensó que ella la hubiese dicho sin necesidad de violencia, pero guardó silencio.

—Tiene buena dentadura, es joven y está sana. Harás un buen negocio. Si eres paciente sacaremos buen precio.

—¿Cuánto?

—Si la llevamos ahora, podríamos obtener sobre mil denarios. Estuve repasando las esclavas en venta. No hay ninguna tan hermosa.

—Está bien. ¡Llévala!

El desconocido le ató las manos con una cuerda, la arrastró hasta el mercado de esclavos. Se celebraba junto al camino del puerto.

Una vez se marcharon, Lampón fue a ver a Julia.

—¡Sonríe, hija!, ya está hecho, nos deshicimos de esa esclava desagradecida. Ahora sabrá valorar los privilegios que tenía siendo tu compañera.

—Me da mucha pena, padre, pero se lo tiene merecido. Cuando venía conmigo, solo se fijaban en ella, como si fuese yo la esclava.

—Así aprenderá.

Salió del habitáculo tarareando una cancioncilla. Desde la muerte del general cartaginés, un tal Asdrúbal el Bello, andaba de boca en boca por los lupanares del puerto. Sonrió, le hacía gracia el sobrenombre de ese africano.

Fue al almacén nuevo, así le gustaba llamar al que compró en el interior de Sagunto. Aún no hacía un año y, aunque en el momento de la compra el precio le pareció demasiado elevado,

había amortizado sobradamente su inversión. Los incendios del puerto no le causaron ninguna pérdida, sino todo lo contrario, sus géneros permanecieron a salvo, pudo venderlos a más del doble del precio habitual.

En el mercado introdujeron a Cassia en una jaula. Tres esclavas sucias, vestidas con harapos, miraban envidiosas su túnica. Una comenzó a burlarse.

—¡Mírala! ¡Carita de niña buena! ¿¡Vas a llorar niñita!? ¿Nos harás un pucherito? Debía comprarte quién yo me sé, así sabrás cómo se vive siendo una esclava.

Lloraba en silencio. No comprendía nada, se negaba a aceptar aquella situación, preguntándose los motivos de Lampón para venderla. Cerró los ojos apretando los párpados, rogando que todo fuese un mal sueño y despertara en su cubículo, la ilusión duró poco. Se aferró con ambas manos a los barrotes, albergaba esperanzas de ver aparecer a Julia reclamándola para llevarla con ella de regreso. Le ardía la cara a causa del bofetón. Nunca hasta entonces el amo la había maltratado.

Sacaron a una de las esclavas de su jaula. Sobre una plataforma le arrancaron los harapos; el llamado Brenan comenzó a describir sus habilidades. Desde el público se oían voces ofreciendo monedas. Las otras también fueron subastadas, le tocaba a ella. Le arrancaron su túnica con violencia, dejándola desnuda. Brenan comenzó a enumerar sus virtudes, haciéndola caminar como si fuese un animal.

—¡¡¡Os traigo la mejor oferta jamás vista en Sagunto y en toda Iberia!!! ¡¡¡Miradla bien!!!, ¡¡¡observad su cuerpo, ni un solo defecto encontraréis en su perfecta anatomía!!!

»¡¡¡Es un animal joven!!!

»¡¡¡Admirad su estilizada figura!!!

»¡¡¡Sus generosos senos!!! —La zarandéo agitando sus pechos.

»¡¡¡Habla latín y griego!!!

»¡¡¡Su precio de salida son mil quinientos denarios!!!

»¡¡¡Vamos!!!, ¡¡¡es una auténtica ganga!!!

»¡¡¡Tiene piernas fuertes, puede trabajar dónde os plazca!!!

—¡Ofrezco quinientos denarios! —se escuchó.

—¡¡¡No me ofendas, la puja mínima es mil quinientos!!! ¡Si vuestras bolsas están vacías, se retirará de la subasta!

Se oyeron voces de protesta.

—Es demasiado. ¿Cuándo se ha pagado ese precio por una esclava, en este mercado?

—¿¡Cuándo se vendió en este mercado una esclava cómo esta!? ¡Es una ocasión única!, ¿¡la dejaréis escapar!?

Esa podía ser la solución, creyó Cassia. Si nadie pagaba los mil quinientos denarios regresaría junto a Julia.

—¡Mil quinientos denarios!

Sus esperanzas se desvanecieron. Se hizo un silencio expectante, los asistentes intentaban averiguar quién ofrecía una cifra tan alta. Era Cirilo, el ilergete, un liberto muy conocido en Sagunto por ser el mayordomo de Cneo Planco, el rico picentino propietario de una flota dedicada al transporte de mercancías entre Sagunto y Ostia.

—¡¡¡Ofrecen mil quinientos denarios!!! ¿¡Alguien da más!? ¡¡¡Miradla bien!!! ¡Os arrepentiréis por haberla dejado escapar!

»¿¡Quién ofrece mil seiscientos!? ¿¡He oído mil seiscientos!? ¡¡¡Vamos!!!, ¡no seáis avaros, la esclava los vale!

»¡¡¡Está bien!!!, ¡sea como queréis!

»¡¡¡Mil quinientos, a la una!!!

»¡¡¡Mil quinientos, a las dos!!!

—¡Mil seiscientos!

La oferta despertó murmullos de admiración. Todos buscaban curiosos al pujador, Cassia también, pero al instante se escuchó otra puja.

—¡Mil ochocientos!

Brenan estaba exultante, se comprometió con Lampón a obtener mil denarios. Se estaban acercando a dos mil, su comisión ascendería más de doscientos denarios.

—¡¡¡Dan mil ochocientos!!! ¡¡¡Mil ochocientos!!! ¿¡Alguien da más!?

Cirilo quería hacerse con esa esclava. Cneo le daba libertad para administrar la servidumbre. Desembolsaba cantidades importantes sin protestar, si la mercancía era buena.

—¡¡¡Mil ochocientos cincuenta!!!

—¡¡¡Mil ochocientos cincuenta!!!, ¡¡¡dan mil ochocientos cincuenta denarios!! ¡¡¡Seréis mezquinos!!!, ¡esta esclava vale mucho más!

—¿Quién ha sido? ¿Quién ha pujado? —preguntó Cirilo a un espectador.

—Es Arbiskar, el hijo del herrero.

—¡Bah!, ahora veremos si puede mejorar esto. ¡Mil novecientos!

—¡¡¡Mil novecientos!!! ¡¡¡Dan mil novecientos!!! ¡Sigue siendo poco! ¿¡Vais a dejar escapar una ganga como esta!?

»¡¡¡Mil novecientos, a la una!!!

»¡¡¡Mil novecientos, a las dos!!!

»¡¡¡Mil novecientos, a las...!!!

Una nueva voz se sumó a las pujas.

—¡Dos mil!

Las caras reflejaron sorpresa al escuchar la voz de una forastera recién llegada. Según habladorías, era sacerdotisa de un dios egipcio. Desde que se firmó el tratado con Roma, aparecían curiosos personajes procedentes de territorios donde la potencia itálica ejercía su dominio.

Había desembarcado en Sagunto pocos días antes y comenzaban a circular historias sobre sus extrañas costumbres. Apenas llegó, compró una villa situada en la acrópolis, allí fijaban su residencia las familias acaudaladas. Lo hizo sin regatear ni un denario del precio desorbitado exigido por el vendedor.

Al día siguiente comenzaron a desembarcar bultos cuidadosamente envueltos, algunos semejaban figuras humanas. Según los marineros, dioses egipcios tallados en madera. Acaparó todos los carros para transportar los fardos traídos desde Memphis. También trajo con ella un numeroso grupo de obreros de piel oscura, en Sagunto decían que pensaba hacer reformas, adaptando la villa a sus gustos.

Brenan dudaba si debía considerar válida aquella oferta. Desempeñaba su trabajo desde hacía más de treinta años, jamás había visto a una mujer interviniendo en una subasta, además, la forastera lo hacía con unas cantidades nunca alcanzadas en aquel lugar.

Acompañaba a la egipcia un gigantón. Viendo al vocero en silencio e indeciso, dio unos pasos hacia él con cara de pocos amigos.

—¡¡¡Dan dos mil denarios y sigue siendo un regalo!!! —exclamó Brenan—. ¿¡Quién sube a tres mil!? ¡La esclava los vale, por el día puede trabajar y de noche calentará vuestra cama!

»¿¡La dejaréis escapar!?

—¡Dos mil cien!

Después de hacer su oferta, Cirilo retó a la egipcia con un gesto de soberbia. Le molestaba su irrupción. «Las mujeres deberían abstenerse de participar. Tal vez, esté prohibido. Lo averiguaré», pensó mientras observaba.

—Esta es mi última oferta, Ambon —le dijo a su acompañante.

Cuando se corrió la voz de que la egipcia participaba en la subasta de Cassia, conocida en Sagunto por su belleza y la educación que Lampón le había proporcionado; muchos curiosos, entre ellos el tabernero, acudieron a presenciar el espectáculo.

—Nunca presencié una subasta tan reñida —contestó Ambon.

—No pagaré ni un as más. Esa egipcia ha hecho subir demasiado las pujas. —Cirilo estaba furioso.

—Tú debes saber algo. Si el más rico de Sagunto vende esa esclava, debe haber una razón poderosa. —dijo Ambon apoyando una mano en el hombro de Cirilo.

—Hice averiguaciones, pero nadie sabe nada. Es un misterio, pero tranquilo, al final nos enteraremos. En Sagunto es imposible mantener un secreto. ¡Dímelo a mí!

—¡¡¡Dos mil cien!!! ¡¡¡Dan dos mil cien!!! —Brenan hizo una prolongada pausa, conocía su oficio. Si las pujas se elevaban mucho, era necesario introducir pausas para dar tiempo a los indecisos.

»¿¡Alguien da más!?

»¡¡¡Dos mil cien, a la una!!!

»¡¡¡Dos mil cien, a las dos!!!

—¡Cien áureos!

La voz aguda con acento egipcio silenció las conversaciones, captando la atención de los asistentes.

—¡Ofrecen! ¡¡¡cien áureos!!!

Los murmullos ganaron volumen. El áureo era una moneda romana de oro, cuyo valor oficial equivalía a veinticinco denarios de plata, pero el oro ejercía un efecto mágico, siempre preferido sobre la plata.

Brenan se aproximó a Cassia, le habló al oído.

—Puedes estar satisfecha. Nunca una esclava alcanzó ese valor en Sagunto.

Repasaba los acontecimientos con la vista fija en el suelo, intentando ocultar su desnudez, avergonzada. Necesitaba averiguar que falta había cometido para ser vendida, seguía sin acertar a comprender los motivos de su amo. Observó la multitud congregada, aún mantenía esperanzas de ver aparecer a Julia, cuando supiera dónde se encontraba, acudiría en su ayuda. Más que su ama era su amiga. Se lo dijo muchas veces.

Brenan sabía cuándo se alcanzaba el máximo en una venta. Nadie superaría aquella cifra, le dio solemnidad al momento.

—¡¡¡Sí!!!, ¡habéis escuchado bien!, ¡han ofrecido cien áureos! ¡¡¡Por fin!!!, alguien entiende de esclavos y sabe valorar mi género.

»¿¡Os habéis acobardado!? —Intentaba herir el orgullo de los perdedores, para hacerlos pujar por impulso, pero nadie subía la última cifra.

»¡¡¡Cien áureos, a la una!!!

»¡¡¡Cien áureos, a las dos!!!

»¡¡¡Cien áureos, a las tres!!! ¡¡¡Adjudicada en cien áureos!!! —señaló con el mango del látigo a la compradora.

Zenekh se aproximó, acompañada del hambretón, a la escalera por donde debía

descender Cassia.

Brenan bajó llevándola maniatada.

—Te llevas una auténtica ganga. Esta muchacha vale lo que has pujado, pero estos salvajes no saben valorarla. En Roma hubiesen pagado diez veces más.

Zenekh hizo un gesto, finalizando la charla.

—¿Te pagamos aquí o prefieres traerla a mi villa y te entrego allí el precio?

—Si llevas encima el oro, prefiero cobrar aquí.

Respondiendo a un gesto, su acompañante le entregó al subastador una bolsa de cuero.

—¡Cien áureos! ¡Cuéntalos!

—Ven conmigo.

Se internaron entre las jaulas. Brenan contó las monedas y entregó el cabo de cuerda que sujetaba a Cassia. Compradora, acompañante y esclava se fueron.

Brenan fue hasta Cirilo. Lo encontró con el ceño fruncido, mirando como se alejaban.

—Ven mañana. Tendré buena mercancía y será más barata.

—Quería esa esclava.

—Para mañana tengo una mejor. ¿Te gustan las hembras galas?

—¿Quieres engañarme? Las galas son rebeldes, no es la primera que muere crucificada por haber matado a su amo.

—¡Cirilo!, eso son bobadas. La esclava que te digo merece la pena. Harás una compra mejor y más barata. Esa forastera es una ignorante en lo referente a esclavos, créeme.

La egipcia se alejaba, llevando consigo el mejor negocio realizado por Brenan en su experiencia como subastador.

Cassia andaba con la vista baja, observaba disimuladamente a su nueva ama. Intentaba advertir algún detalle en su forma de caminar, cuerpo, manos..., cualquier señal podía servirle para imaginar cómo sería su vida al lado de aquella mujer. Los recibió un esclavo. Zenekh parecía amable, notó afecto en las formas que utilizaba con el siervo.

—Jonay. ¡Suéltala! —le dijo al gigante.

Las manos de Cassia quedaron libres.

—¡Dime tu nombre!

—Me llaman Cassia —respondió a su compradora.

—Anir te enseñará la vivienda, te pondrá al día de tus obligaciones. Podrás moverte libremente en las zonas permitidas, pero bajo ningún concepto debes entrar en la parte consagrada a Hathor. ¿Has comprendido?

—Sí, ama.

—Cuando te dirijas a mí, hazlo por mi nombre. ¡Zenekh!

—Sí, am..., Zenekh.

—Así está mejor.

La egipcia se retiró, Jonay se fue tras ella como un perro fiel.

—¡Ven!, te enseñaré la villa. Zenekh se porta bien, debes obedecerla. Si recibe invitados nosotros nos recluimos en nuestros cubículos. Los atienden unas egipcias.

Se escuchaban fuertes golpes que hacían retumbar las paredes, sobre todo, cerca del jardín.

—¿Qué ocurre? Tiembla la tierra.

—Con Zenekh llegaron unos hombres, trabajan en esa parte. Están sacado mucha tierra y trayendo bloques de piedra. Deben estar excavando para construir un sótano enorme. Comienzan apenas sale el sol, solo descansan al caer la noche.

—¿Cuáles serán mis obligaciones?

—Mantener limpia la casa, debemos hacerlo entre los dos. Si respetamos sus pocos mandatos, estaremos bien.

Le gustaba conversar con Anir. Su entonación, unida a la elegancia natural de sus movimientos, le hizo olvidar las humillaciones que sufrió cuando la vendieron. Conforme pasaban los días, aumentaba su bienestar en compañía del otro esclavo. El recuerdo de Julia todavía era perturbador, pero comenzaba a ver su futuro con optimismo.

DOS TABLILLAS

El birreme abandonó Ikosim una noche sin luna. El propio Hyrum, buen conocedor de las estrellas, controlaba el rumbo desde el timón. Al principio navegaron despacio, solo se escuchaban los quejidos del agua al ser cortada por la proa del birreme, unidos al rítmico golpear de los remos.

—¡¡¡Uuuunoooo!!! ¡¡¡Dooooosss!!!

La voz grave de Reshef marcaba una cadencia lenta, en sustitución del habitual tambor. El trayecto hasta Qart Hadasht era suficientemente largo, como para correr peligro si la flota romana los localizaba cerca de la costa africana. Si las naves enemigas conseguían interponerse entre el birreme y su destino, estarían seriamente amenazados. Cuánta menos distancia los separase de Qart Hadasht, más posibilidades tendrían de salvar el pellejo.

La costa quedaba lejos, la primera claridad desvelaba un entorno despejado de barcos enemigos. Comenzaba a soplar un vientecillo favorable. A una señal de Hyrum desplegaron la vela, el tambor tomó el relevo sustituyendo al contramaestre. ¡¡¡Boom!!! ¡¡¡Boom!!! ¡¡¡Boom...!!!

El sonido del cuero incrementó el ritmo de las paladas. Ba'al ayudaba con su soplo, el birreme deslizaba veloz su quilla sobre la mar en calma.

Avistaban las primeras gaviotas, señal de la proximidad de tierra. El grito del vigía los puso alerta.

—¡¡¡Naves a estribor!!!

La cadencia del tambor se incrementó, la nave aumentó su velocidad hasta donde podían impulsarla los brazos de los remeros. El vigía controlaba el peligro que se aproximaba por el costado de estribor, oteaba ansioso el horizonte esperando ver los primeros accidentes de la costa íbera que servirían de referencia para orientar el rumbo. Los surcos blancos en torno a los costados de las otras naves se hacían más perceptibles, señal de que aumentaban el ritmo de sus paladas. Querían darles caza.

—¡¡¡Son cinco naves!!!

Solo se oían los remos chocando contra el agua, crujidos en la quilla, lamentos de las cuernas por el castigo al que estaban siendo sometidas, el viento hinchando la vela. Sobre todos los sonidos se escuchó el grito del vigía.

—¡¡¡Birremes romanos!!!

No fue ninguna sorpresa. ¿Qué otra flota podía ejercer aquel control despótico?, sino su odiada enemiga. La tensión a bordo era máxima. En los torsos de los remeros brillaba el sudor, en sus brazos se marcaban los tendones, tensos por el prolongado esfuerzo.

—¡¡¡Quieren interceptarnos!!!

Era práctica habitual en la flota romana, si divisaban un barco de Cartago aprovechaban para humillar a sus antiguos contendientes. El birreme de Hyrum navegaba ocultando su pabellón, pero a estas alturas, sus perseguidores debían estar bien informados sobre las peripecias de un barco pirata asaltante de cargueros con destino a Ostia.

La distancia que los separaba de Qart Hadasht todavía era considerable. Hyrum juzgó demasiado arriesgado mantener el rumbo. Si lo hacía, aun entrando en el puerto antes de ser

interceptado, Roma exigiría a Cartago la entrega de un barco que navegaba sin pabellón. Si el Consejo incumplía el requerimiento, los romanos tendrían pretexto para iniciar un conflicto. Valoró más prudente variar el rumbo. Buscaría refugio en una costa que conocía bien, burlando a sus perseguidores sin comprometer a Cartago.

Viraron a babor. Comenzó una carrera desesperada. Hyrum trataba de alejar el barco todo lo posible, antes de acercarse a la costa, para no facilitar datos sobre dónde pretendía esconderse. Sus perseguidores, adivinando sus intenciones, no cejaban en su empeño por darles caza. El cansancio comenzaba a hacer mella en los remeros, los romanos tampoco debían estar muy frescos.

—¡¡¡Somos más veloces!!! ¡¡¡Somos más veloces!!!

El vozarrón del vigía insuflaba ánimos, los servidores de los remos se aplicaban con renovadas energías, aumentando, poco a poco, la distancia que los separaba de sus perseguidores.

—¡¡¡Han virado el rumbo!!! ¡¡¡Los hemos vencido!!!

El enemigo aflojaba, era el momento de redoblar el esfuerzo. Poco después, Hyrum ordenó reducir la velocidad, el sonido del tambor se hizo más cadencioso, viraron hacia estribor buscando refugio en la costa para esconderse, hasta que la flota romana aceptase el fracaso y abandonara.

Fondearon en una pequeña rada. Hyrum dejó un retén en la nave, el resto de la dotación descendió a tierra. Sus perseguidores habrían adivinado el motivo del nuevo rumbo, estarían aguardando cerca de su destino. Tarde o temprano desistirían, entonces se harían de nuevo a la mar.

Ante una permanencia larga y ociosa, comer carne asada les pareció una justa compensación por los padecimientos de una navegación abundante en sobresaltos. En aquella región abundaban los conejos, cansados de alimentarse con pescado y galletas, se dedicaron a poner lazos.

Hyrum colocó un puesto de vigilancia sobre un cerro. La configuración montañosa de la costa impedía ver el puerto, pero se abarcaba una buena porción de mar. Podían ver una flota romana compuesta por cinco navíos patrullando en las proximidades del puerto de Qart Hadasht. Los romanos no se rendían, permanecían al acecho, esperándolos. La prudencia aconsejaba continuar escondidos.

Al principio nadie dio muestras de impaciencia, pero conforme pasaban los días, parte de la dotación comenzó a mostrar signos de nerviosismo. Aparecieron disputas por temas banales. Hyrum valoró hacerse a la mar antes de que degenerasen en otros conflictos de mayor envergadura. Llamó a Barek.

—Garnik ¡Acércate!

—¿Necesito enviar un mensaje urgente al general Aníbal? ¿Sabrás llegar?

—No será difícil, solo debo seguir la costa.

—Te reconocí el primer día, en el puerto.

Barek sufrió un sobresalto al escuchar las palabras de Hyrum.

—No comprendo.

—No pretendo perjudicarte, pero necesito conocer los motivos de un aristócrata, miembro del Batallón Sagrado, para desertar y enrolarse en un barco pirata.

—Cumplía órdenes. El sufete me ordenó averiguar el paradero de su hija. Me dio este documento, me exime de culpa en cualquier ocasión, ante quien fuese.

Extrajo del pecho una bolsita con el papiro firmado por Belshazzar. Omitió el otro

motivo: vengar la muerte de su hermano. En su corazón crecían sospechas sobre la familia Barca, aquel capitán pirata le recordaba demasiado a uno de los acompañantes del sufete, cuando viajaron hasta Qart Hadasht.

—¿Esos eran tus asuntos, Visitar a Belshazzar y retomar tu vida?, ¿por eso desapareciste en Cartago?

—Sí, pero es demasiado tarde. Han ocurrido acontecimientos que hacen imposible mi regreso.

—¿Te refieres a la condena por traición?

—Sí, y a la muerte de mis padres.

—Un duro golpe.

—No puedes imaginarlo.

—La condena de Belshazzar impide al Consejo concederte el perdón. Puedo ayudarte a ser exculpado del cargo por desertión y a recuperar tu nombre auténtico: ¡Barek!, si no estoy equivocado. ¿Conoces el juramento íbero de devoción?

—He oído hablar de él. Quienes lo prestan, consagran su vida para defender a quien lo recibe.

—Si le juras fidelidad a Aníbal, quedarás libre de todos los cargos. El Consejo no podrá tocarte, te incorporarás al ejército con el rango de oficial, podrás servir a tu ciudad con honor.

—¿Un pirata puede hacer esas promesas?

—No todo es lo que parece.

—Si tú lo dices.

Hyrum le mostró dos tablillas escritas en oretano.

—Entregarás este mensaje a Aníbal. Solo has de llevar una tablilla, en ambas dice lo mismo, pero la que sostiene mi mano derecha también te recomienda para prestar juramento. Si la eliges, quedarás obligado el resto de tu vida. Solo la muerte cancela esa obligación.

Barek miró las tablillas. Negarse a prometerle fidelidad al comandante general del ejército podía considerarse un acto de traición. Era una decisión difícil, aceptando el compromiso, quedaría ligado a una promesa inviolable. Si Aníbal fue responsable de la muerte de su hermano, estaría atado por el voto, la venganza jurada ante Sslama quedaría incumplida.

—Es una decisión importante. ¿Puedes entregarme las dos tablillas?, durante el trayecto lo meditaré.

—Debes estar seguro.

—Mi corazón me pide aceptar, pero es una decisión demasiado transcendental, te pido un margen.

El razonamiento pareció convencer a Hyrum. Fue a entregarle ambas tablillas, pero se retuvo.

—¿Sabes leer oretano?

—No, nunca tuve ocasión de aprenderlo.

—Entrega esta si vas a prestar juramento. En caso contrario, esta otra. ¿Está claro?

—Lo está.

—Otra cosa, ¿por qué elegiste el nombre de Garnik?

—Lo escuché en palacio, fue el primero que me vino a la cabeza.

—Ponte en camino.

—¿Qué pasará después?

—Si prestas el juramento, ingresarás en el ejército como oficial, dejarás de remar; si no lo haces, no te quiero en mi barco. En cualquier caso, tu vida de pirata ha terminado.

—Comprendo.

—Partiré pasados siete días. Díselo al general.

—¿Solo eso?

—Solo. ¡Ahora vete!

Barek guardó las tablillas en una bolsa atada a su cintura, se alejó al trote. Durante dos días viajó manteniéndose tan próximo a la costa como permitía el terreno. Al atardecer del tercer día vio cuatro íberos a caballo, marchaban despacio, buscando elevaciones para ver el mayor tramo de ribera posible. Comprendió que buscaban la nave, el capitán de la flota romana habría imaginado que el birreme esperaba escondido el momento oportuno de hacerse a la mar y contrató a los íberos para localizarlo. Se quedó pensativo, dudando entre continuar o regresar y avisar a Hyrum.

Reanudó el trayecto. Si descubrían el escondite del birreme necesitarían tiempo hasta comunicar su ubicación a los perseguidores. Hyrum tendría margen para zarpar, además, andaba sobrado de ingenio y capacidad para solventar situaciones complicadas. A partir del encuentro viajó más rápido, espoleado por la urgencia de entregar el mensaje. Al mediodía de la quinta jornada avistó Qart Hadasht. La visión de su destino renovó sus ánimos, siguió trotando con más brío.

Estaba cansado, desde que vio a los jinetes apenas había dormido ni casi comido. El pellejo del agua estaba seco, andaba justo de fuerzas, pero continuó corriendo. Viendo la meta cerca el nerviosismo se acrecentaba. Traspasó las puertas de la ciudad, al llegar a palacio le cortaron el paso.

—Un mensaje urgente para el gener... No pudo terminar, cayó al suelo sin conocimiento.

Entre brumas percibió el tacto de unas manos delicadas, frotaban su cuerpo con paños húmedos, otras, sujetaban su cabeza poniéndole en los labios una copa con agua. Le pareció escuchar sonidos de voces, lejanas al principio, fueron ganando volumen, aunque no podía entender lo que decían. Se despejaba, comenzó a tomar conciencia.

Quiso incorporarse, pero sus miembros no reaccionaban, pese a sus esfuerzos permanecía inerte, rodeado de oscuridad. Algo bullía en su conciencia, lo mantenía inquieto, desconocía el motivo de tanta desazón. Un tenue rayo de consciencia se abrió paso entre las tinieblas. «El mensaje, —pensó—, he de entregar el mensaje». Recordó a Hyrum, un birreme, íberos, la flota romana...

—¡El mensaje!

La frase quedó atrapada en las brumas de su cerebro, intentar articular las sílabas fue un acto heroico, pero el resultado apenas alcanzó a convertirse en un balbuceo. Aumentó la angustia al comprender su incapacidad para comunicarse.

De nuevo se hundió en la oscuridad, el tacto de aquellas manos era su único contacto con el mundo; le aplastaban contra el lecho impidiéndole incorporarse. Concentró todas sus energías en un esfuerzo titánico e intentó erguirse, una vez más resultó inútil, aquellas manos suaves, delicadas, casi amorosas, lo seguían reteniendo aplastado contra el lecho. Aumentó el aturdimiento, regresó la oscuridad.

Unas palmaditas en la cara le hicieron abrir los ojos. Estaba tumbado en una cama, dos mujeres jóvenes sonreían ofreciéndole una copa de agua.

—Toma ¡bebe!, te hará bien.

Estaba despierto, sus miembros reaccionaban, pero continuaba aturdido; sin saber dónde estaba, quién era ni cómo llegó hasta allí. Miró el techo, paredes, muebles, todo de gran calidad.

—¿Dónde estoy?

Nadie contestó, las dos mujeres dejaron escapar unas risitas que no ayudaban a comprender.

—No te muevas, vendrá a verte. Avisaremos de que has despertado. —De nuevo risitas, salieron.

Intentó levantarse, estuvo a punto de caer al suelo. Se resignó a permanecer tumbado, solo podía esperar. Regresaron las dos jóvenes llevando un cuenco con caldo y varias frutas.

—Tienes que recuperar las fuerzas. Cuando hayas terminado debes descansar. Vendrá a verte.

—¿Quién vendrá?

De nuevo risas sofocadas.

—¡Come!, te recuperarás.

Dejaron la bandeja sobre la cama. Recordaba retazos aislados, pero resultaba imposible relacionarlos. Corría por un paisaje, tierra desnuda salpicada con algunos matorrales, debía entregar un mensaje. «¡Eso era!, un mensaje», pero había olvidado a quién y el contenido. Bebió caldo del cuenco, su cuerpo lo agradeció, comió una pieza de fruta. Los párpados pesaban, el sueño se hizo irresistible, mantener los ojos abiertos se antojaba una tarea imposible, durmió profundamente.

Despertó al día siguiente, el sol inundaba la habitación, sintió su caricia en el rostro. Recobrado el vigor, estiró los miembros, se desperezó. Recordó el mensaje, era urgente entregarlo, no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Saltó al suelo. Faltaban sus ropas, las tablillas tampoco estaban. Se envolvió en una sábana, abrió la puerta.

Se encontró en un salón. En el centro, alrededor de una mesa, estudiando unos planos dibujados sobre unos lienzos estaba Aníbal acompañado por Hyrum. Se frotó los ojos, incrédulo, debía ser una ensoñación producto de su enfermedad, pero no, era real. Los otros, al verlo, dejaron los planos.

—¡Por fin!, ¿cómo te encuentras?

Hyrum avanzaba sonriente. Barek guardó silencio, seguía aturdido, sin comprender nada. El pirata le pasó un brazo por los hombros obligándolo a caminar hacia el centro, donde se encontraba Aníbal.

—Te hice una pregunta. ¿Puedes responderla?

—¡Bien!, estoy bien. Me he recuperado, pero..., el birreme...

—No me refería a esa pregunta. Te hice otra, antes de partir con el mensaje.

—Sí, ahora recuerdo, las tablillas..., no las tengo...

—Están en poder de su destinatario, pero solo debías entregar una y llevabas las dos.

—Vi unos jinetes íberos, buscaban el birreme para la flota romana. Solo pensé en llegar a tiempo.

—Ese asunto está resuelto, pero ahora debes pronunciarte, puedes hacerlo libremente. Tu comportamiento trayendo el mensaje fue ejemplar, te hace merecedor del perdón. Si no prestas juramento podrás irte, serás libre, mientras estés en Iberia y Aníbal sea el líder militar estarás a salvo, nada te ocurrirá.

Recordó sus juramentos a Sslama en la cocina. Continuaban incumplidos, ahora le requerían uno más. Demasiados compromisos con los dioses. Debería encontrar una forma de satisfacerlos.

—Si todavía puedo elegir, prefiero incorporarme al ejército. Prestaré juramento, lucharé por Cartago.

—Es una buena decisión. Regresa a la cama, te llevarán ropa. No puedes andar envuelto

en una sábana. Luego hablaremos

Hyrum lo acompañó, luego regresó junto a Aníbal que había estado observando en silencio. Barek se tumbó en el lecho. Poco después aparecieron dos esclavas con algunas prendas y unas sandalias.

—¿Cuánto tiempo he permanecido aquí?

Las dos se miraron, sonrieron y se retiraron sin ofrecerle ninguna respuesta. Se despojó de la sabana, tomó una túnica decorada con bordados que le recordó un tiempo pasado, antes de que la desgracia se abatiese sobre su familia.

Sobre una mesa vio un frutero con racimos de uva. Tenía hambre, tomó un racimo. Se asomó por una ventana, se deleitó admirando Qart Hadasht y el puerto.

Sintió pasos a su espalda, una mujer lujosamente vestida caminaba hacia él sonriendo. Al instante quedó cautivo de sus ojos negros, incapaz de apartar la vista. Ella, azorada por el descaro, desvió su mirada al suelo, luego, como si hubiese recapacitado, volvió a levantarla enfrentando a su huésped.

Barek creyó haberla visto antes, haber admirado en otro tiempo, o en otro lugar, la perfección de sus facciones, la pureza de su rostro... Se quedó absorto, tratando de recordar dónde, cuándo...

—¿Cómo te encuentras? Nos tuviste preocupados.

Tardó en reaccionar, seguía sumido en un estado de estupidez.

—¡Mejor! —balbuceó—. Mucho mejor.

Comprendió que su comportamiento resultaba inconveniente. Desconocía quién era ella, sus modales y presencia delataban que pertenecía a la aristocracia. Sin duda, estaba ante una gran dama de Cartago.

—Llegaste agotado, deshidratado. Temíamos por tu vida, pero eres fuerte, te recuperarás. Ahora debes alimentarte bien, en unos días estarás repuesto. — Se dispuso a salir.

Barek necesitaba retenerla, pero no se le ocurría nada.

—Disculpa mi falta de cortesía —dijo apresuradamente—. Mi nombre es Barek y...

La frase quedó inacabada, ella sonreía divertida. Debía haber captado su azoramiento, disfrutaba viendo la expresión de idiota que debía tener en ese momento. Consiguió recordar, fue en el quinquerre, cuando Belshazzar regresó a Cartago. Aquella mujer era Coriander, viuda de Asdrúbal el Bello, hija de Amílcar y hermana de Aníbal.

—Barek, me gusta tu nombre, puedes estar tranquilo, tu falta de cortesía ha sido muy gratificante.

Hizo ademán de marcharse, otra vez sintió necesidad de retenerla.

—Marchaste a Cartago, te vi embarcar.

—Sí, pero regresé —contestó, riendo divertida.

—¿Volveré a verte?

La pregunta surgió de improviso, al momento lamentó haberla formulado. «Entre mi descortesía inicial y este acoso, me verá como un rufián», pensó.

—No es demasiado difícil. Vivo aquí.

Intentó marcharse, de nuevo la retuvo.

—No sé tu nombre.

—Sí, lo sabes, pero me complace tu perseverancia.

Esta vez salió, dejando tras de sí un aroma a galán de noche. Barek supo que nunca olvidaría aquel perfume.

La presencia de Coriander le producía cierta turbación, ella lo había sorprendido

intentado disimularlo. Seguía viendo aquellos ojos rasgados incrustados en el rostro de una mujer en la plenitud de su belleza. Recordaba sus ademanes, la elegancia al afrontar su comportamiento inapropiado. Acababa de marcharse y estaba impaciente por volver a verla, escucharla, perderse otra vez en el abismo de sus ojos.

Se abrió la puerta. Hyrum entró sonriente.

—Coriander es bella. ¿No te parece?

—Sí, lo es, aunque un pirata debería ser más respetuoso al referirse a una dama.

—¡Ja, ja, ja! Tienes mucho por descubrir, hablemos de ti. ¿Estarás en condiciones para incorporarte al ejército?

—Estoy bien.

—¿Tanta prisa tienes? Escuché tu conversación con Coriander, yo diría que te gustaría permanecer aquí más tiempo.

—Por lo visto, tienes acceso a este palacio y Aníbal te recibe, pero debes demostrarle más respeto a la hermana del general.

—En el birreme soy Hyrum, pero mi auténtico nombre es Magón Barca —hizo una pausa intencionada—. Coriander es mi hermana.

La sorpresa dejó a Barek atónito, sin saber cómo disculparse.

—No lo sabía —balbuceó.

—¡Ja, ja, ja! Hoy ha sido un día lleno de sorpresas, pero ven, siéntate aquí. Puedes preguntar.

Estuvieron hablando un buen rato. Magón le dio explicaciones. Los jinetes íberos que vio, los envió Aníbal con un mensaje: *Las hogueras de la entrada al puerto estarán encendidas hasta tu regreso.*

Conocía bien aquel litoral, a diferencia de la flota romana podía navegar de noche, cerca de la costa. Así entraron en el puerto, burlando a las naves enemigas. También le dijo que podía seguir utilizando aquella habitación, su hermana lo había cuidado y quería tenerlo controlado hasta su total recuperación. Una sonrisa adornó la última frase del hermano de Coriander.

EL SALVOCONDUCTO

Barek seguía viviendo en el palacio, había prestado el juramento, se iba ganando el aprecio de Aníbal y demostraba abiertamente su atracción por Coriander. Ella se manifestaba indecisa, unos días parecía receptiva a sus atenciones, alternando con otros de fría indiferencia.

Aníbal encontró en el antiguo miembro del Batallón Sagrado un interlocutor culto, con una sólida formación militar; condicionantes que jugaron a su favor.

La inquietud por sus juramentos incumplidos cedió ante el cambio radical de su vida. Las expectativas de integrarse en la familia Barca, tal como él lo veía, solo eran una pequeña compensación por todas las desgracias que habían caído sobre su familia.

Cumpliendo órdenes de Aníbal, Bomilcar apareció un día en la vivienda de Neferure acompañado por diez soldados. Entraron sin llamar, utilizando una violencia moderada, no era una visita de cortesía. Chione regresaba del jardín de recoger unas hojas para Nathifa. Al ver irrumpir gente armada en actitud hostil, salió corriendo hacia la cocina presa de pánico, dando grititos histéricos, creyendo que asaltaban con intención de robar, prenderlas, matarlas..., quien podía saber sus intenciones.

—¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Socorro!!!

Quiso continuar gritando, pero el miedo le atenazaba la garganta, solo pudo emitir chillidos. El terror dibujado en el rostro de la chiquilla advirtió a Sslama de la inminencia de algún peligro, salió resuelta a enfrentarlo. Viendo al sobrino de Aníbal comandando el grupo armado, imaginó que los motivos de aquella visita debían estar relacionados con Neferure y el plan ideado por Barek. Utilizaron a Chione para llevar el rumor a palacio, pero se les escapó un detalle: el efecto destructor de un chisme cuando crece y se propaga. Esas habladurías, habituales entre la servidumbre, debían haber llegado a oídos de Aníbal.

Sslama había tenido experiencias con hombres violentos. Hacerles frente era la mejor forma de frenar su ímpetu, lo sabía por experiencia. La sorpresa de ver a una mujer pidiéndoles cuentas los detendría, al menos, lograría una tregua, podría averiguar los motivos del asalto. Se plantó con determinación.

—¿Estos son los modales de la familia Barca? —increpó al joven Bomilcar.

Mencionar a la familia del jefe del grupo fue una argucia eficaz, les hizo medir su comportamiento. Sslama sabía que solo tendría un efecto temporal e intentó aprovecharlo para introducir calma en su conducta.

—Avisa a tu dueña —dijo Bomilcar.

—¿Confundes a una mujer libre con una esclava?

Se jugaba mucho en aquella respuesta, pero su experiencia de meretriz guiaba su conducta. Uno del grupo intentó golpearla, Bomilcar lo detuvo.

—¡Quieto!

Sslama correspondió inclinando la cabeza, un gesto de respeto. Bomilcar preguntó avergonzado.

—¿Quién eres? —la interrogó de forma correcta. No estaba acostumbrado a que una anciana se plantase ante él con tanta gallardía.

—Mi nombre es Sslama. Aníbal nos proporcionó este empleo en recompensa por un

servicio.

—¿Cuál fue ese servicio?

—Si deseas averiguarlo, puedes preguntarle al general, o a Garnik, aunque a este no he vuelto a verlo.

Las razones de Sslama surtieron el efecto deseado, consiguieron contener a los asaltantes. Bomilcar se mostraba más respetuoso.

—Trae ante mí a la liberta Neferure.

—¡Aquí estoy! —Se escuchó desde la escalera.

—Se te acusa de haber ocultado en esta vivienda a un amante. El general te perdona, aunque has perdido su protección. Abandonarás esta casa en este mismo instante. Si te opones, serás vendida en el mercado de esclavos.

Neferure permanecía inmóvil, sin asimilar lo que estaba ocurriendo. Los acompañantes de Bomilcar se distribuyeron en las distintas dependencias y en la entrada.

Sslama estaba perpleja. Mientras Barek convivió con ellas, en ningún momento imaginó aquella tragedia, aunque tampoco le causaba demasiada sorpresa; los hombres siempre la trataron así, utilizándola como si fuese un objeto y luego prescindiendo de ella según su capricho. Solo Ahirom supo acercarse sin despreciarla por su condición de prostituta.

La inacción de Neferure podía interpretarse como desobediencia, permanecía ausente, sin asimilar el brusco giro que daba su vida.

—¡Vamos!, ven conmigo. Saldremos adelante con ayuda de los dioses. En peores me las he visto.

Tomándola de un brazo salieron. El trayecto hasta la antigua vivienda de Sslama se hizo eterno, Neferure caminaba ausente. Se vio obligada a emplear toda su energía para hacerla avanzar, cada paso suponía un esfuerzo considerable y carecía del brío de antaño. Les pasó inadvertida una figura encapuchada que las seguía a prudente distancia,

La casa le pareció a Sslama mísera, lóbrega, pequeña. Una gruesa capa de polvo cubría todo.

Permanecían plantadas en el centro de la vivienda. Neferure hundida; ella, a punto de perderse en la negrura de un futuro incierto. Recordaba el tiempo pasado junto al viejo marino bajo aquel techo, el hogar donde fueron felices compartiendo lo poco que tenían. La desgracia se abatía otra vez sobre su vida: Ahirom muerto; ella de regreso al lugar cuya visión le traía sus mejores recuerdos, junto al dolor por la ausencia de su compañero.

No advirtieron la presencia de una figura encapuchada que había entrado tras ellas, hasta escuchar una voz conocida.

—¡Sslama!

La sorpresa le hizo girar sobre sus talones. El intruso se descubrió el rostro, provocando un gesto airado en la antigua cortesana y un gemido ahogado de Neferure.

—¿A qué has venido? ¿No has causado suficiente desgracia?

Avanzó con los dedos crispados como garras, un odio feroz brillaba en sus pupilas, lamentaba no tener nada a mano para agredir a Barek. Él retrocedió dos pasos, levantó una mano reclamando una tregua, mostrando una bolsa con unos rollos de papiro.

—¡Contente y escucha!

Fue un grito autoritario que retuvo el primer impulso de Sslama. Neferure, asustada, pegada a la pared, rompió a llorar. Demasiada tensión acumulada.

—¿Cómo te atreves? ¡Miserable!, ¿acaso tienes otra idea?

Sslama habló tranquila, apretando los dientes, volcando todo el rencor guardado en su

corazón por los juramentos incumplidos que dejaban a Ahirom sin venganza.

—Esto es un salvoconducto firmado por Aníbal. Os permitirá llegar a Cartago. —Alzó la bolsa, mostrando los papiros—. También contiene los títulos de propiedad de una villa agrícola con esclavos. Está en los campos más fértiles de Hadrumetum. Os será entregada junto a cien dracmas, para que podáis vivir hasta recoger las primeras cosechas. Habréis de tomar el primer barco con rumbo a Cartago. Es el único requisito.

El día estaba siendo abundante en sorpresas, difícil asimilar tantos sobresaltos. Neferure seguía aturdida, Sslama tomó la iniciativa.

—Siento curiosidad ante tanta generosidad.

—El general quiere alejar todo aquello que pueda perturbar su matrimonio. Neferure debe marchar lejos, pero quiere compensarla por sus servicios. Eso es todo.

—¿Todo lo compran unas monedas? —contestó Sslama.

—No parecen, solo unas monedas.

Neferure no estaba en condiciones de comprender. Sslama contestó en su nombre.

—¡Esta bien!, aceptamos.

«Hacéis un buen negocio», pensó Barek. Depositó la bolsa con los papiros que prometían la promesa de una vida fácil sobre la mesa.

—No has hablado del otro asunto. —Sslama tenía los puños crispados. Su dedo índice rígido señalaba acusador, exigiendo contestación a su pregunta—. ¿Qué fue de tus juramentos?

Una ligera tensión en las mandíbulas de Barek podía haberlas advertido del peligro, pero Sslama estaba saturada por todos los sobresaltos acumulados en tan poco tiempo. Neferure seguía aturdida.

La mano derecha de Barek se deslizó hacia su espalda buscando un objeto guardado en su cintura.

—Te lo advertí, yo siempre cumplo mis juramentos.

La daga surgió para hundirse en la garganta de Sslama. Solo tuvo tiempo de abrir los ojos cuánto daban de sí, cayó al suelo retorciéndose, hasta que expiró. Neferure ni siquiera intentó defenderse. Quedaron tendidas en medio de un charco de sangre.

Barek miraba los cuerpos. Sacarlos de la ciudad quedaba descartado, debía haberlo planeado antes, pero fue algo que surgió de improvisó. Con su familia muerta y él declarado desertor, el futuro era poco halagüeño. No le agradaba vivir al servicio de los Barca, ni siquiera integrado en esa familia. Al principio, mientras Coriander lo atendía, se hizo ilusiones de mejorar sus expectativas conquistándola, pero ella no le correspondía como esperaba.

Tenía en su poder cien dracmas y los títulos de propiedad, solo necesitaba una incauta que se hiciese pasar por Neferure, después se desharía de ella. Aníbal lo había nombrado jefe de su guardia personal, surgirían ocasiones de hacer buenos negocios y reunir una pequeña fortuna. En el momento oportuno desaparecería para iniciar una nueva vida en Egipto o en Macedonia. En Beroea vivía un hermano de su padre, si llegaba con una bolsa bien repleta, sería sencillo establecerse y fundar su propia familia.

Miró alrededor sin saber muy bien qué buscaba, vio una pala. Quién sabe para qué necesitaría Sslama aquel instrumento. Comenzó a excavar un hoyo.

Hacer de enterrador era un trabajo vulgar, indigno de un aristócrata. Solo había profundizado dos palmos, estaba cansado, empapado en sudor. Escondió los pergaminos, mejor no llevarlos encima. Revisó su atuendo, estaba limpio de sangre, se sacudió la tierra. Más tarde regresaría para terminar.

UN GUISO DE PESCADO

La manada llegó cerca de Helmántica cuando el buen tiempo tocaba a su fin. Las experiencias vividas en Althia fueron útiles para organizar el campamento, planificar ataques contra transportes de provisiones... Conforme acortaban los días descendía la temperatura. Al despertar, sus reservas de agua se habían convertido en hielo; la lluvia empapaba pieles y enseres, las chozas chorreaban, el campamento se había transformado en un lodazal.

Sheba comprendió que, para garantizar la supervivencia durante el invierno, debía cambiar las rutinas del campamento, adecuándolas a un clima muy distinto al que su grupo estaba habituado. Era prioritario llevar a cabo un abundante acopio de provisiones.

Hasta el regreso del buen tiempo solo atacarían objetivos alejadas de Helmántica, para no atraer la atención sobre su campamento. Formó dos grupos, el primero dedicado a mejorar el recinto, rellenaron con piedras y ramas los pasos entre las chozas formando calzadas, para caminar sin hundirse en barro a cada paso; talaron árboles, construyeron un cobertizo para el ganado y un almacén donde guardar provisiones; el segundo grupo efectuaba rapiñas lejos del campamento y transportaba el botín hasta sus instalaciones.

Llegó el frío, Kissa aprendió a desollar, descuartizar y ahumar carne para conservarla. En ese tiempo cazó, entre otras piezas, dos zorros, cuatro lobos y un oso; sus pieles, junto a las de algunas ovejas, cubrían el suelo de su choza, protegiéndola del frío. Se maravilló ante el espectáculo de la nieve pintando de blanco el paisaje, algo nunca visto en su Cartago natal; aquel frío extremo agarrotaba miembros, quemaba la piel y cubría de sabañones orejas y dedos.

Cuando el viento barría el suelo con sus gélidas ráfagas, manteniéndolas confinadas, añoraba la caricia cálida de la brisa marina sobre una terraza de la casa paterna. Invasión de nostalgia, refugiada en su choza, derramaba lágrimas recordando su tierra y a su padre, abandonado para seguir aquella loca aventura de convertirse en una loba. ¿Cómo estaría?, ¿habría soportado su desaparición?, ¿sabría cuál era su paradero?, ¿se acordaría de ella?, sobre todo, ¿estaría vivo? Vencido el plazo de su magistratura, le preocupaban las venganzas por perjuicios causados a otros poderosos durante su ejercicio.

Su amistad con Asherah evolucionó hasta convertirse en una relación amorosa. Para mantener cierto grado de independencia, conservaban cada una su propia choza, aunque en muchas ocasiones la noche las sorprendía mientras hablaban, entonces compartían lecho, pieles y placer. Les gustaba recordar cómo Asherah la ayudó al incorporarse, instruyéndola en las costumbres del grupo.

Con el campamento organizado y las chozas bien preparadas, soportaban los embates del mal tiempo. El almacén repleto de víveres, con suficientes rebaños de cabras y ovejas, la vida en el campamento era tranquila, casi plácida. Acordaron pausar los ataques hasta el final de la estación fría, aquellas temperaturas resultaban demasiado duras para unos cuerpos acostumbrados a climas menos rigurosos. Los días transcurrían en paz, llenos de rutina. La ausencia de problemas y el ocio trajeron el aburrimiento, comenzaron las habladurías; a las críticas le siguieron dudas.

Aníbal las envió lejos para alejarlas de su presencia, algo incomprensible dada su lealtad. Crecían las protestas, muchas querían regresar al sur, donde el clima era benigno y la

subsistencia fácil.

Viendo en peligro la unidad del grupo, Sheba creyó oportuno enviar una emisaria al general Aníbal, con el pretexto de informarle sobre sus actividades, de paso, intentarían averiguar los planes del jefe del ejército. Pensó en Kissa como la más indicada. Su educación superior le permitiría desenvolverse entre aquella gente, sabría interpretar mejor que nadie las palabras del líder cartaginés. Sentía cierto placer morboso en mostrarle al general la metamorfosis de aquella aristócrata, convertida en una loba capaz de devorar a cualquiera de sus hombres.

Kissa y Asherah prepararon sus monturas, cargaron dos caballos con pieles, provisiones y emprendieron el camino. Fue un trayecto difícil, lento. Atravesaron grandes extensiones cubiertas con nieve o hielo, muchos tramos los hicieron a pie, ante el peligro de resbalar si lo hacían sobre las monturas.

Finalmente divisaron Qart Hadasht. El espectáculo de la ciudad, con la mar al fondo y el sol brillando en un cielo azul, levantó los ánimos de las viajeras.

La visión del palacio le trajo a Kissa el recuerdo de su padre. Una nube de tristeza empañó su alegría por haber llegado al final del viaje con la única pérdida de un caballo. Al pasar junto a la orilla del lago salado, recordó su fuga por el pasadizo embarrado, el temor a que en cualquier momento se derrumbara sobre ellos. Miró de reojo a su compañera. «¿Qué haría?, si le contase como nos amamos, por la alegría de seguir vivos» pensó.

Sonrió recordando a Garnik, se preguntaba cómo reaccionarían en caso de encontrarse, ¿aceptaría Asherah que entre los dos renaciese el amor? Cuando la dejó en el campamento, lo vio partir sin saber si volvería a saber de él.

Asherah la sacó del ensimismamiento.

— Kissa, ¿qué te ocurre? ¡Habla conmigo!, no me gusta verte triste, me preocupas.

La escrutaba intrigada, tal vez, el embelesamiento de su compañera lo causaba otra persona, quizás un antiguo amor renacía al regresar allí.

—Estoy bien. He recordado a mi padre. Es un cobarde, lo despreciaba. Me marché sin decirle nada, dejándolo solo lejos de Cartago —guardó silencio, luego añadió—. Pero al final, ¡tu padre siempre es tu padre! ¿No lo ves así?

—Nunca conocí al mío. Murió siendo demasiado pequeña, mi madre se emparejó otra vez.

Kissa sintió compasión al percibir la frialdad contenida en la última frase de Asherah.

Belshazzar siempre la trató bien, incluso con excesivo cariño; lo comprendió al verse privada de sus atenciones. Le consentía todos sus caprichos, aunque causasen escándalo, como cuando le dio por vestir de forma estrafalaria llevando un látigo. Recordaba su expresión al verla vestida de aquella forma tan impropia, aunque, como siempre hacía, consintió.

Viéndola triste comprendió que había despertado recuerdos desagradables en su compañera. Le puso una mano sobre el hombro con intención de proporcionarle consuelo.

—¡Alegra esa cara!, todas tenemos recuerdos: buenos y malos.

Asherah hizo un gesto violento apartando su mano.

—¡Qué sabrás tú!, una caprichosa niña rica. Yo nunca pude elegir, me uní a la manada como única forma de seguir viva. —Había rencor en su mirada.

»Siendo una niña, el compañero de mi madre me forzó, continuó haciéndolo hasta que un día le hundí un puñal en su negro corazón. Me condenaron a muerte. Sheba se enteró, acudió con la manada, me liberaron a la fuerza. Ellas son mi única familia, no añoro a ninguna más.

Se restregó el dorso de la mano con rabia, enjugando dos lagrimones. Obligó a su caballo

a iniciar un trote rápido, entraron en Qart Hadasht cabalgando a la par, pero un silencio de hielo se había interpuesto entre las dos.

En los jardines del palacio les dieron el alto.

—¡Alto! ¿Adónde creéis que vais?

La risotada del centinela provocó a Asherah. Hizo ademán de abalanzarse sobre él. Kissa pudo contenerla.

—Traemos un mensaje para el general.

Utilizó el mismo tono altivo que empleaba cuando era la hija del sufete. El guardia miró a su compañero, luego se adentró hasta el edificio, regresó acompañado de un oficial, eso sugería la coraza dorada sobre su torso.

Cuando Barek escuchó hablar al centinela de dos mujeres armadas. Estuvo a punto de negarles el acceso, pero recordó su conversación con el agricultor en Cartago y acompañó al centinela. Las dos vestían cotas de malla, iban cubiertas con pieles, armadas, montando buenos caballos... Pese a estar advertido, acusó el impacto producido por tan insólita imagen.

—Soy ofici...

Dejó la frase inconclusa, acababa de reconocer a Kissa. «¡Por Ba'al! —pensó—, el campesino tenía razón». Un cúmulo de pensamientos contradictorios se agolpó en su cabeza. «¿Estará enterada? ¿Sabrá lo de su padre? No, no creo. ¿Cómo reaccionará si se lo cuento? ¿Estuvo implicada en la muerte de Boldizsar?». Recordó sus juramentos. Era tarde, habían ocurrido demasiados sucesos. Su honor se había esfumado.

Las lobas creyeron que el estupor del oficial lo causaba la impresión por ver a dos guerreras, le dirigieron sonrisas despectivas. Kissa habló altiva.

—Condúceme ante el general, traigo noticias de Helmántica.

El nombre de la ciudad borró todas las dudas de Barek. Estaba al corriente del próximo objetivo de Aníbal, aquellas dos podían traer información importante.

—¡Tú! —le dijo a Kissa—. ¡Desmonta!, te conduciré ante el general.

Caminaban por el jardín hacia el palacio.

—Kissa, después de hablar con Aníbal, debes hacerlo conmigo. Tengo noticias para ti.

No pareció sorprenderse al ser reconocida, hizo un gesto de conformidad, como si hablar con aquel oficial fuese algo que tenía en mente.

Llegaron a una sala. Barek señaló un asiento.

—Aguarda aquí. Te avisaré si te recibe.

Mientras esperaba, combatía el aburrimiento contemplando el paisaje a través de una ventana, embelesada ante el espectáculo del sol reflejándose en la superficie marina e inundando de luz las calles. Qart Hadasht solo era un conjunto de casas humildes y chozas, tan solo el palacio podía competir con las construcciones de Cartago, pero aquella luz la hacía adorable.

La estaban sometiendo a un intencionado retraso, esa estrategia le resultaba familiar. Su padre la ponía en práctica con las visitas importantes. *Así maduran, vienen más blanditos*. Una expresión habitual, mientras los obligaba a esperar; solía acompañarla de una sonrisa cómplice. Hizo un esfuerzo por apartar el recuerdo de Belshazzar. En aquellos momentos, previos a la entrevista con Aníbal, necesitaba tener la mente clara.

Regresó el oficial.

—El general lamenta la espera. No puede recibirte, te ordena que me expongas los motivos de tu viaje.

Estaba preparada para el retraso, pero no para aquella negativa. Su decepción hizo sonreír al oficial.

—Pregúntale. ¡Ahora mismo!, si quiere conservar la fidelidad de la manada.

—Si la situación es tan crítica, te recibirá. Aguardaré contigo.

—¿Cómo lo sabrá, si no se lo dices?

—No te preocupes. Él imaginaba esa reacción.

—Mientras aguardamos, puedes darme esas noticias —dijo Kissa.

—No es el momento. Luego iremos a comer al puerto, después de un largo viaje te vendrá bien un plato caliente. Conozco una taberna, donde hacen un guiso de pescado como no lo has probado en tu vida, allí podremos hablar tranquilamente.

—Un plato caliente será bien recibido.

—¡Bien!, te estaré esperando en la entrada, donde os detuvo el centinela.

No tardó mucho en aparecer Aníbal. Kissa lo encontró cambiado. Había menos tensión en su mirada, su presencia transmitía buenas vibraciones. El oficial se retiró, dejándolos solos.

—Me impresiona la rapidez con la que te has adaptado. ¡Te has ganado la confianza de Sheba, hasta el extremo de enviarte en su lugar!

—Solo soy una más.

—¡Ven!, repitamos nuestro paseo por los jardines. Verás cómo lucen ahora, arreglados de la devastación.

—Como quieras.

Pasearon, hablando sobre asuntos banales. Le mostró flores traídas de lejanas tierras del este. Kissa quedó fascinada ante una jaula enorme, podía albergar hasta cinco chozas como la suya. En el interior volaban aves de plumajes exóticos, junto a otras de llamativos trinos. Allí se detuvo Aníbal.

—Dos mujeres solas, en invierno, desde Helmántica. Aunque sean dos lobas, supone riesgos nada desdeñables. ¿Qué motivos han provocado semejante viaje?

Kissa expuso el estado de la moral, le habló del riesgo de descomposición del grupo. Obligadas a permanecer recluidas en el campamento, cercadas por la nieve. Él escuchaba en silencio.

—Mis hermanas creen que te incomodamos, nos mandaste lejos para librarte de nuestra presencia. Crece el desánimo, muchas quieren regresar; algunas ponen en duda la autoridad de nuestra líder.

—¿Has terminado?

—Sí.

—Junto a tu padre pudiste aprender cómo se ejerce el mando, qué se espera de quienes han de obedecer.

—Cierto.

—¿Qué espera Sheba? Si uno de mis generales me plantease una situación parecida lo haría azotar, luego lo mandaría crucificar. La manada necesita una líder fuerte.

—Sheba es leal, bastaría un gesto tuyo.

—Te lo ordeno. La líder has de ser tú. ¿Ha quedado suficientemente claro?

—Sí.

—Quedaros unos días, reponeros del viaje. Os podéis alojar en las cuadras del palacio, luego regresa y pon orden.

Se alejó sin esperar respuesta, dejándola confundida junto a la jaula en silencio, como si las palabras de aquel hombre atemorizasen a las aves.

Necesitaba tranquilidad para meditar sobre la entrevista. Estaba violenta. Sentía respeto hacia Sheba, la orden recibida se le antojaba injusta. *El poder lo ejerce el más fuerte, rara vez*

camina de mano de la justicia. Era una frase que escuchó en más de una ocasión a su padre. Hombre de naturaleza débil, contó con su inmensa fortuna para comprar voluntades, así consiguió alcanzar la más alta magistratura del Consejo de los Trescientos.

Se hizo una curiosa reflexión, desde su regreso a Qart Hadasht, Belshazzar intervenía en casi todos sus razonamientos. «Es como si, desde la distancia, pretendiese decirme algo, prevenirme de algún peligro», fue un pensamiento fugaz. Recordó el guiso de pescado ofrecido por el oficial y el gusanillo del hambre reemplazó el recuerdo de su padre.

Asherah seguía donde la dejó, apreció hostilidad en su mirada, podían ser celos, no le dio mayor importancia.

—Nos alojaremos con nuestros caballos en las cuadras. Llévalos y espérame, voy con este oficial, luego nos veremos.

Asherah hizo un gesto de disgusto, no le agradaba recibir órdenes, pero obedeció.

Fueron a la taberna, un local pequeño, mugriento. El tabernero tenía dos mesas en el exterior, frente al muelle. Se acomodaron en una.

—Cuando se pasan tantos días sin verla, se echa de menos la mar. Hasta el olor nauseabundo del agua estancada del puerto resulta familiar, me recuerda que estoy en casa.

—¡Ja, ja, ja!, si hubieses estado embarcada, tal vez no la echarías tanto de menos, pero sí, tienes razón, tiene algo que te atrapa.

Tomaron el guiso acompañado por un vaso de vino. Al terminar, Kissa interrogó al oficial.

—¿Tenías noticias para mí?

—Así es, pero te prevengo, son desagradables.

—Siempre lo son.

Hizo un extenso relato sobre su padre: acusaciones, muerte, condena al olvido... Kissa permanecía impassible, ni un solo músculo pareció alterarse mientras escuchaba, como si las noticias no le afectasen.

Al terminar su narración, Barek guardó silencio, dándole tiempo para asimilar. Trataría de convertirla en su aliada, si no lo conseguía..., sería una nueva víctima.

—Ahora te hablaré de otros asuntos, aunque puedan parecer distintos, guardan relación.

—Tú dirás.

Kissa estaba en guardia, algo en aquel individuo inspiraba desconfianza. Lo escrutaba intentando penetrar en su cabeza, rebuscar en sus ideas, adivinar sus intenciones. «¿Por qué me lo ha contado? No parece de los que hacen algo por nada. Tendré cuidado, no me gusta cómo me mira. Estaré alerta», pensó. Decidió seguirle la corriente.

Barek comprendió, sería más difícil de lo que había previsto. Era astuta, desconfiada. No se parecía en nada al pusilánime de su padre, pero debió heredar su inteligencia. Tendría que ser hábil, si quería convertirla en su aliada.

—Antes, mira esto.

Le enseñó el salvoconducto. Al ver el sello de Belshazzar le resultó difícil contener las lágrimas, pero apretó los dientes, respiró profundo y se contuvo.

—¿Por qué te dio mi padre este documento?

—Cuando viajasteis desde Cartago, mi hermano y yo formábamos parte de vuestra escolta. Él murió degollado en tus habitaciones, el día que desapareciste. —Hizo una pausa.

»Por cierto. ¿Qué puedes decirme sobre su muerte? ¿Era necesario matarle?—continuó.

—No sabía que hubo una muerte.

La expresión de Kissa convenció a Barek.

—Tu padre creía que Aníbal te mantenía como rehén, me ordenó buscarte, ofrecerte ayuda. Yo me propuse averiguar quién era el responsable del asesinato de Boldizsar. Acordamos simular mi deserción, me dio este documento exculpatorio para reincorporarme con honor.

—No lo hiciste. ¿Por qué no recobraste tu vida en Cartago al conocer la suerte de Belshazzar? —Le costaba referirse a él como su padre.

—¿Hubiesen dado validez a un documento firmado por un condenado al olvido? Me habrían ejecutado. Presté juramento a Aníbal, ¿acaso tenía otra opción?

—Sigo sin saber qué pretendes de mí.

—Los Barca fueron los instigadores de la desgracia de tu padre y de la muerte de mi hermano. Quiero vengarlos.

—Demasiadas noticias... Demasiadas sorpresas... Necesito asimilarlas, pensar, antes de tomar cualquier decisión.

—Con mi relato, he puesto mi vida en tus manos.

—Puedes estar tranquilo, no te descubriré, pero hay algo que me intriga.

—Pregunta.

—¿Cómo podrás mantener tu juramento de fidelidad? Si el general Aníbal fuese responsable de la muerte de tu hermano, ¿cumplirás tu promesa?

No fue una sorpresa. Esperaba preguntas como esa, tenía preparada una respuesta.

—Sí, cumplo mis promesas, puedes estar segura. Haré cuánto pueda, incluso más, si fuese necesario. He dado contigo, te he ofrecido mi ayuda, la deuda con tu padre está saldada. La siguiente a satisfacer es vengar a Boldizsar. Entonces llegará el turno de mi fidelidad al general.

—¿Cómo piensas descubrir al responsable del crimen? ¿Tienes alguna pista?

—Te haré partícipe de cuánto sé, pero solo si decides darme tu apoyo.

—Pronto tendrás mi contestación, en ningún caso me entrometeré ni te delataré. Siempre que actúes con justicia.

—Espero tu respuesta. Ahora debo regresar, mi ausencia se ha prolongado demasiado.

—Yo también, Asherah me espera en las cuadras.

Mientras iba en busca de Asherah, Belshazzar surgió en sus pensamientos. Comenzó a creer en la posibilidad de que el espíritu de su padre intentaba prevenirla de algún peligro. Se dio cuenta de que había pensado en él utilizando su parentesco, no le había supuesto ningún esfuerzo.

Sintió un pinchazo en el pecho, se ocultó entre la vegetación para explotar en un llanto incontrolable. Fue necesario conocer su muerte para comprender cuánto lo quería, cómo lamentaba todas las veces que lo despreció.

EL REGRESO

Barek se aplicó en la fosa. Desnudó los cuerpos, arrojó dentro el de Sslama. Le asaltaron recuerdos de días pasados con Neferure, detalles insignificantes cuando ocurrieron, ahora cobraban una relevancia insospechada. Admiró la belleza serena impresa en su rostro por la muerte, se preguntó si debía haber olvidado sus juramentos, para compartir su vida con la mujer que lo amó sin importarle su condición de prófugo ni una supuesta condena.

Atormentado por los remordimientos, enjugó dos lagrimones de un manotazo. Era demasiado tarde, nada tenía solución, debía continuar avanzando por aquella incómoda senda trazada por los dioses. Dio un tirón, el cuerpo cayó sobre el de Sslama.

Cada palada de tierra que cubría el cuerpo de Neferure arrancaba un sollozo, al principio se avergonzó, en vano intentó contenerlos, acabó llorando sin consuelo. Ninguna muerte, ni la de Boldizsar, le había dejado esa sensación de vacío interior. Terminó de cubrir la sepultura. Arrojó la pala contra el suelo. Alzó su daga, no tuvo valor de hundírsela en el pecho. Amontonó las ropas bajo la chimenea, les prendió fuego. Las llamas se llevaban el último vestigio de Neferure convertido en humo, aquel recuerdo sería una tortura durante el resto de su vida. Esperó hasta tranquilizarse, debía borrar los rastros del llanto. Comprobó el escondite de los títulos de propiedad, salió dejándose el corazón enterrado en la fosa. Se cubrió con la capucha, para evitar ser reconocido.

No podía ir al palacio, todavía eran demasiado visibles las señales del llanto. Caminó por el puerto con el rostro casi oculto, cuando recuperó parte de su habitual aplomo regresó a sus obligaciones. Llevaba ausente demasiado tiempo. En los jardines se cruzó con Magón. No parecía un general de Cartago, sino el pirata bajo cuyas órdenes navegó en el birreme.

Distinguió tres figuras entre los arbustos. Una era Kissa, el miedo se anudó en su estómago. Si contaba, aunque solo fuese una parte de su conversación en el puerto, podía verse en una situación difícil. Se acercó cauteloso con intención de escuchar. Himilce y Coriander estaban con ella. Las tres pertenecían a familias poderosas acostumbradas a las intrigas, siempre abundantes en los núcleos de poder. Conversaban despacio, solo pudo entender algunas palabras sueltas. Trató de imaginar que serían cotilleos, comadreo sin importancia, pero le costaba imaginar a cualquiera de las tres despellejando a otra.

Bien oculto, sintiéndose seguro, decidió aguardar. Si elevaban el tono o se acercaban, podría averiguar de qué hablaban. A Kissa no le contó nada comprometedor, salvo sus sospechas sobre los Barca. Si lo denunciaba, sería su palabra contra la suya, además, por las risas podía imaginar que se trataba de temas banales. Podía estar tranquilo.

Asherah estaba molesta con Kissa. Ciertamente fue más agresiva de lo necesario, pero no le parecía motivo suficiente para dejarla abandonada en las cuerdas, sobre todo, conociendo sus problemas para desenvolverse entre gente dada a circunloquios y frases enigmáticas. Siempre le fastidió la hipocresía, en aquel lugar había demasiada. Harta de esperar sin haber probado bocado, sacó del zurrón unas tiras de carne seca. Se habían provisto con una ración abundante cuando emprendieron el viaje, ya quedaban pocas. Vio pasar a dos mujeres, por su vestimenta debían pertenecer a familias importantes. Criticaban a Kissa.

—Desde luego, hay que echarle valor. ¡Abandonar a su padre, para irse con esas locas!

—No hables así, está mal. Si han elegido esa vida merecen nuestro respeto. Son muy valientes. Vivir como lo hacen, debe ser muy difícil.

—Las llamé locas, quise decir atrevidas. Yo sería incapaz, me falta valor. Me moriría de vergüenza si me viese envuelta en pieles de lobo.

—Tu hermano las tiene en mucha estima. Habla de ellas con admiración.

—¡Cierto!, se deshace en alabanzas sobre su bravura. En alguna ocasión presencié como las enaltecía ante los soldados, incitándolos a luchar con su ferocidad: *...el ejército de Cartago sería invencible*, los arengaba.

—Dejemos ese asunto, hablemos de nuestras cosas. ¿Para cuándo pensáis hacerme tía? Quiero un sobrinito. Aníbal sentía devoción hacia su padre, desea tener hijos que sientan lo mismo por él. Me lo ha confesado en más de una ocasión.

—A mí no me ha dicho nada. ¡Me va a escuchar!

—No seas demasiado severa. No te lo habrá dicho para no presionarte.

—Da igual, me quejaré. Debe hacerme partícipe de todos sus anhelos. Una esposa está para eso.

Se alejaron. Asherah quedó satisfecha por los halagos que escuchó sobre la manada. Un rato después volvió a verlas, ahora las acompañaba Kissa. Advirtió algo en común en las tres, debía ser su pertenencia a familias poderosas.

Kissa, al verla en la puerta de las cuadras, comprendió que fue descortés dejándola abandonada. Quiso corregirlo, solicitó permiso a sus acompañantes.

—¿Os gustaría conocer a una de mis compañeras?, está en las cuadras, puedo llamarla.

—¡Claro!, por supuesto. —Himilce casi aplaudió de alegría—. ¡Hazla venir!

—Será un placer saludarla —confirmó Coriander.

Asherah la vio agitando un brazo, invitándola a unirse al grupo. Al principio se mostró remisa, una conversación con unas mujeres acostumbradas a tener fácil acceso a todos los caprichos, era lo que menos deseaba. Las otras dos se unieron a Kissa reclamando su presencia, no pudo esquivar el compromiso. Acudió cortada, temiendo no saber comportarse adecuadamente.

—Asherah fue mi guía cuando me incorporé a la manada, es una querida hermana —ocultó que eran amantes.

Tanto Himilce, como Coriander, le dispensaron una acogida cálida. Probablemente fingida, pensaron las dos guerreras.

—Me causa grandísimo placer conocer a dos de las famosas lobas. He oído a mi hermano mencionar vuestro valor en numerosas ocasiones.

—Suscribo las palabras de mi cuñada. Es un honor que seáis huéspedes en el palacio.

Asherah hubiese preferido permanecer en silencio, librarse del fastidio de hablar.

—Estaremos el tiempo imprescindible para cumplir las órdenes de Sheba, o las de Aníbal —contestó.

Había utilizado un tono áspero, a todas luces inapropiado. No le apetecía disfrazar sus sentimientos.

—¡Qué pena!, sería bonito disfrutar de vuestra compañía durante más tiempo. Podríamos conocernos mejor. Seríamos grandes amigas. ¿Verdad?, Himilce.

Asherah se adelantó a la contestación.

—Nosotras estaremos en las cuadras, cuidando los caballos. Es un sitio poco apropiado para dos damas.

Kissa se arrepintió de haberla llamado. Desconfiaba de su comportamiento, aunque no

esperaba tanta grosería. El crujir de grava bajo unas pisadas las hizo girar la cabeza. Aníbal observaba divertido, la última frase de Asherah debía haberle gustado. Las alcanzó de tres zancadas.

—¡Loba!, dime tu nombre.

—¡Asherah!

—Habéis podido comprobar el material del que están hechas mis lobas —seguía mirando a su esposa y a su hermana. Estaba claro, se divertía.

»Ahora comprenderéis mis razones para sentirme orgulloso de ellas.

Le resultaba difícil contener las carcajadas, al menos, eso le pareció a Kissa. Viendo la reacción de Aníbal, desapareció su preocupación, también comenzaba a disfrutar de la escena.

—Con tu permiso, nosotras nos retiramos. Debemos cuidar a nuestros caballos —dijo Kissa, poniéndole fin a la entrevista.

—¡Asherah!

El tono imperativo del general las detuvo en seco.

—Siempre a tus órdenes.

—Ha sido un honor conocerte. Quería decírtelo.

—¿Me permites una observación?

—¡Habla!, te escucho —contestó Aníbal sonriendo.

Kissa temió otra impertinencia de su compañera.

—Antes dijiste *mis lobas*. Iríamos a la muerte por ti sin pestañear, pero no pertenecemos a nadie. Somos libres.

Un silencio tenso acompañó sus palabras. Aníbal le puso fin, formulando una disculpa.

—Tienes razón. Utilice una expresión poco apropiada. Si valoro tanto vuestra lealtad, es porque se presta libremente —contestó en tono severo. Les dio la espalda.

Kissa y Asherah fueron a los establos.

Barek contemplaba la escena desde cierta distancia, tuvo el tiempo justo para escabullirse antes de ser sorprendido. Respiró hondo y se retiró hacia la entrada de los jardines. Un rato de charla con los centinelas podía aportar mucha información a alguien que supiese descifrarla. Reflexionaba sobre su entrevista con Kissa.

Abandonó una vida fácil sufragada por la fortuna de su padre, para irse con aquellas desarraigadas. No la encajaba en ningún perfil, desconocía como podía reaccionar. Si decidía ayudarlo, se convertiría en una pieza importante; conocía a Garnik, clave para resolver la muerte de Boldizsar. No quiso someterla a un interrogatorio más profundo, presionarla en exceso podía provocar su rechazo. Tal vez, fue demasiado prematuro confiarle su auténtica personalidad, sus proyectos. Ahora sabía demasiado, con sus confidencias la había convertido en un estilete pendiente sobre su cabeza, amenazando caer y destruirlo.

Kissa buscaba a Barek, le prometió una contestación, quería dársela antes de partir para reunirse con sus hermanas. Lo encontró junto a los centinelas, en los jardines. Algo de ese hombre generaba desconfianza, ponía en guardia, parecía alguien a quien darle la espalda podía resultar peligroso. Se preguntaba cómo reaccionaría, ¿aceptaría su decisión o intentaría presionarla?

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¡Acompáñame!, vamos a la taberna del muelle. Podremos dialogar sin temor a oídos indiscretos —añadió sonriendo—. Se habla mejor teniendo delante una jarra de buen vino.

En el muelle tomaron asiento en torno a una de las mesas al aire libre. El tabernero acudió solícito.

—Senusnet, tráenos una jarra de vino, ya sabes cuál.

El tabernero entró en la bodega, salió enseguida llevando una jarra y dos tazas, las depositó sobre la mesa, mientras clavaba la pupila rojiza de su único ojo en las pieles sobre el torso de aquella extraña.

—¡Te has tomado tu tiempo! Me prometiste una contestación al día siguiente, han pasado unos cuantos.

—¡Sí!, he tenido tiempo para meditar. Sigo sin ver hasta dónde piensas llegar. Es mejor así, hablando claro.

—¿Mis intenciones?!, te las he dicho.

—Me ocultas algo.

—Te haré participe de cuánto sé, si me prestas tu ayuda para vengar a nuestras familias, en caso contrario, no tiene sentido compartir información.

—Mañana partimos para reunirnos con nuestras hermanas. Desde mi campamento, poco podré hacer. Si volvemos a vernos y tienes información bien contrastada, te escucharé. Es todo lo que puedo prometer.

—Lamento tu decisión. Solo añadiré un nombre, puede ser clave para despejar quién, o quiénes, tienen responsabilidades. Yo he intentado localizarlo, pero fracasé.

Lanzó el señuelo y guardó silencio. Esperaba que mostrase interés por saber de quién se trataba. Su astucia funcionó.

—¿Puedo conocer ese nombre?

—Lo conoces. Es el responsable directo de la muerte de un buen amigo, un anciano que te prestó un servicio. Confío en él y lo pagó con su vida.

Seguía maniobrando, intentando despertar interés

—¿Un anciano me prestó un servicio? Desconozco a quién te refieres.

—Se llamaba Ahirom, tal vez su nombre te resulte desconocido. Padecía un enfriamiento grave. Garnik le pidió ayuda. Conociendo su estado, lo mantuvo expuesto a la humedad nocturna mientras copulabais. ¿Recuerdas? —Hizo una pausa, para que su velado reproche calase en el ánimo de Kissa, luego continuó su acusación.

»Os llevasteis el carro, dejando abandonados a los ancianos. Humedad y caminata mataron a Ahirom. Su compañera entró al servicio de una concubina de Aníbal, lleva un tiempo desaparecida, como Garnik. Parece que alguien se ocupa de hacer desaparecer a los testigos incómodos.

Fue consciente de cuánto arriesgaba al implicar a Kissa, señalándola como responsable, en parte, de las muertes y la desaparición de Sslama. Si lo delataba, su vida estaría en peligro, lo sabía, pero no pudo controlar el impulso por ver cómo reaccionaba ante sus palabras.

—¡Garnik! ¿A él te refieres?

Barek lo estaba implicando en unas muertes y en la desaparición de una anciana. «¿Qué debo hacer?, si es responsable de esas muertes. ¿Cómo debo reaccionar?» pensó, mientras la duda se abría paso en su pecho. El recuerdo se mantenía demasiado vivo, se resistía a aceptar que fuese capaz de semejantes maldades.

—¿A quién si no? Cuenta con la confianza del responsable de la desgracia de tu padre: Aníbal. Estoy seguro, el tal Garnik está implicado.

Creyó llegado el momento de dejarla sola, dándole tiempo para echar raíces y crecer a la semilla de cizaña que había plantado en su ánimo.

—Cuando tomes tu decisión, sabes dónde encontrarme. —Depositó unas monedas sobre la mesa y se alejó.

Las palabras que acababa de escuchar dejaron a Kissa desorientada, sembraban graves dudas sobre el comportamiento de Garnik. Con la mirada perdida en el vaso se preguntaba, cuánto había de verdad en ellas.

No advirtió el grupo de marineros y pescadores que se iban congregando en torno a su mesa. El número crecía deprisa. Les irritaba ver a una mujer sola, con una jarra de vino, llevando una espada y una daga en el cinto. Era algo inaudito, un comportamiento intolerable, algunos comenzaban a proferir frases ofensivas en voz alta.

Uno se adelantó, gritó algo; ella no oyó, seguía ausente. El individuo tiró la jarra al suelo de un manotazo. Toda la tensión acumulada estalló. Se incorporó impulsando su pie derecho contra el pecho, derribando al insolente. Antes de que ninguno tuviese tiempo a reaccionar, su espada presionaba la garganta del desgraciado. Los ojos de Kissa despedían ráfagas de ira. Con un rápido movimiento retiró el arma saando la mejilla del caído.

—Es peligroso enfrentarse a una loba.

La sorpresa por el violento desenlace mantenía cortados a los espectadores. Aprovechó el desconcierto, alejándose con paso vivo antes de que la reyerta adquiriese mayores proporciones y tuviese un resultado incontrolable. Encontró a Asherah en las cuadras, alimentando a los caballos.

—Regresamos con nuestras hermanas.

Se pusieron en camino sin explicaciones. En el exterior estaba Barek, obligó a su caballo a un trote rápido. Asherah también lo hizo, encararon la ruta de Helmántica.

Apenas interpusieron alguna distancia, dejaron a los animales recuperar su paso normal.

—¿Qué ha ocurrido?

—Creí haber dejado atrás tantas cosas: hipocresía, intrigas, traiciones... Me asfixiaba seguir respirando ese aire.

—¿Tan grave fue?

—Cuando lleguemos informaré a Sheba.

—¿No me pondrás al corriente?

—Tienes derecho a saberlo. El general me ordenó, sin dejar el menor atisbo de duda, deshacerme de Sheba y ocupar su lugar.

—¿Por ese motivo hemos adelantado nuestra marcha?

—¡Sí!, es una orden indigna. No pienso traicionarla, para mí es nuestra madre. Lo es todo.

—Te honra pensar así, pero muchas creemos que debe ceder su puesto a otra más capacitada.

—¿Tú, también?

—Si planteas el relevo en el mando, Sheba estará de acuerdo. Estoy segura.

—¡Ya basta!

Continuaron el camino sin volver a tocar ese asunto. Las experiencias del viaje de ida, unidas al comienzo del deshielo, facilitaron el camino; avanzaron más deprisa que durante la ida. Kissa iba taciturna, sumergida en un mar de interrogantes. «Si es cierto, si Garnik está implicado en las artimañas, mentiras y traiciones responsables de la muerte de mi padre. ¿Cómo podré arrancármelo del pecho?», pensaba consternada.

La dejó en el campamento, alejándose sin girar la cabeza, pero seguía prendido de su corazón. Fueron muchas noches de insomnio extrañando su ausencia, entonces rellenaba la vigilia rememorando como durmieron abrazados. En sueños, llegó a sentir su cuerpo junto al suyo.

Recordaba aquella pareja esperándolos en el carro, los reproches de la anciana, la fea tos del viejo. Se llevaron el carromato dejándolos abandonados, pero entonces solo tenía ojos, pensamiento y vida para su compañero de pescante.

Prefería enterarse de que Garnik había muerto, antes de confirmar su participación en la conspiración para destruir a su padre y el buen nombre de su familia.

Por ahora debería apartar de su cabeza aquella historia, llegaría el momento de averiguar la verdad. «La vida ofrece oportunidades a los pacientes», pensó. Su padre utilizaba esa frase.

Llegaron al campamento sin haber vuelto a tocar el asunto del relevo de Sheba.

UVAS

Con el transcurrir del tiempo, Cassia se había acostumbrado a su nuevo destino. Al principio recordaba a Julia con nostalgia, pero conforme cedió la zozobra originada por su venta, recapacitó y comprendió. Si Lampón se deshizo de ella, tuvo que ser con el consentimiento de su hija, ella debió pedírselo por alguna oscura razón.

Su nueva ama les prestaba poca atención, Zenekh permanecía casi todo el tiempo en la zona dedicada a sus dioses, atendida por otras sirvientas. Los ruidos que hacían temblar las paredes cesaron hacía tiempo, las obras debían haber terminado. Los obreros habían desaparecido de forma misteriosa, como allí ocurrían las cosas. Solo encontraba normalidad en Anir. Con su apoyo se adaptó aprisa a la reservada conducta de la egipcia.

Poco a poco había crecido en su pecho un sentimiento hacia el esclavo, le gustaba estar a su lado, observando embobada la elegancia de sus movimientos, dejándose seducir por el timbre de su voz. Era feliz hablando con él de cualquier asunto, no importaba lo banal que fuese. Anir, al principio, demostró indiferencia, con el paso de los días también comenzó a extrañarla si estaban separados.

Al terminar sus quehaceres diarios buscaban refugio en la cocina, con el pretexto de preparar alimentos para el día siguiente. Eran los mejores momentos, abundaban las risas, frases con doble sentido, miradas elocuentes...

Cassia deseaba que Anir la mirase como una mujer, pero él la trataba como si fuese, tan solo, una buena amiga. Pensó en acompañarlo cuando salía para realizar algún encargo, tal vez, estando fuera de aquella vivienda se presentaría la ocasión. Si no daba el primer paso, lo haría ella.

—¿Crees que Zenekh me permitirá acompañarte mañana? Así, en caso de que algún día no puedas ir, sabré dónde compras el pescado. De paso, me enseñarías el puerto —le dijo con voz zalamera.

—¿No has estado en el puerto?

—¡No!, nunca.

—Le preguntaré. Si adelantamos tus tareas creo que accederá.

Anir parecía contento. Cassia creyó que no era por enseñarle dónde compraba el pescado, él también desearía disfrutar de su compañía lejos de Zenekh. «Cómo no te lances, lo haré yo. Parece mentira. ¡Tan atractivo y tan tímido!» pensaba, imaginando escenas con él.

Madrugaron, terminaron pronto sus labores y salieron hacia el puerto. Por el camino hablaban alegres sobre temas banales. Cassia comprendió que debía hacer algo, o regresarían sin que nada hubiese cambiado entre los dos. Rozó en repetidas ocasiones su mano con la de Anir, él seguía sin reaccionar. No esperó más, se la tomó con decisión. Sintió como él se envaraba, durante unos instantes que a Cassia se le hicieron interminables creyó que la rechazaría. Anir se detuvo, no dijo nada, se limitó a mirarla con una sonrisa de felicidad. Fue ella la que, poniéndose de puntillas, depositó en sus labios el primer beso.

Acababan de aceptar la existencia de una atracción mutua, disfrutaban los primeros instantes de enamoramiento. Caminaban embobados entre unos olivares, por una senda paralela a las murallas, conducía hasta un viñedo. Uno de tantos que salpicaban el espacio entre murallas y

puerto.

—Es un poco pronto, los barcos todavía tardarán. Ven, vamos a ver a Eron, nos suministra las uvas para nuestra ama.

Un esclavo removía la tierra. Su expresión se volvió seria al verlos, le dirigió a Anir un gesto que igual podía ser de reprobación o extrañeza.

—Traes compañía —dijo, poniendo mala cara.

—No es asunto tuyo. ¡Vamos!, dame las uvas.

Eron depositó en el capazo de Anir tres racimos y un rollo de papiro disimulado entre ellos. Cassia sospechó, aquellos dos se llevaban algo entre manos. Le pareció prudente callar, ya averiguaría de qué se trataba. Retomaron el camino del puerto en silencio. Sin motivo aparente le sobrevinieron los recuerdos del día de su venta.

Anir caminaba en silencio, dando grandes zancadas, el semblante serio. No había vuelto a darle la mano ni a mirarla. A Cassia le costaba seguir su ritmo. Iba sin resuello, obligada a dar trocillos para no quedarse atrás.

—¿¡Qué te pasa!?, no vayas tan aprisa.

Al escucharla se detuvo, parpadeó, se frotó los ojos varias veces, como si despertara de un trance.

—Discúlpame. —Esbozó una sonrisa, tratando de disimular su angustia.

—Dime en qué andas metido. Si puedo, te ayudaré.

—No sé a qué te refieres.

—He visto el papiro con dibujos y anotaciones en púnico. Desconozco tus motivos, pero es muy peligroso. Estoy preocupada, si te descubren...

—¿Puedo confiar en ti?

—¡Claro!

—Ven, apartémonos del camino.

Se cobijaron tras unos olivos, Anir dejó en el suelo el capazo, le mostró los racimos.

—¡Mira! Dos de uvas verdes y uno de negras.

—Ya lo veo, aunque sigo sin entender, ¿esa es la causa de tu alarma? —preguntó extrañada.

—Es la señal. ¡Estamos en peligro! Somos cinco, al menos uno ha caído. Si lo han torturado...

—¿Puedes explicarte?

—¡Claro!, perdona, pero cuánto menos sepas mejor.

—Te repito que puedes confiar en mí. Tú me has ayudado, si ahora puedo corresponder, quiero hacerlo.

—Es demasiado peligroso para involucrarte.

—Por eso no te decidías a pedirme... ¿Era por eso que haces?

Anir estaba entrando en pánico, parecía dispuesto a mantener en secreto la causa de su nerviosismo. No dejaba de frotarse los ojos, como si pretendiera despertar de un mal sueño. Repentinamente tomó una decisión.

—Precisamente. Ahora me arrepiento, debí dejarte al margen.

—No hables así, quiero ayudarte, me da igual que sea peligroso.

—¿Estás completamente segura?

—¡Del todo!

—¿Te jugarías la vida por ser libre?

—¡Sí!

La respuesta surgió impetuosa, se sorprendió al escucharse. Si le hubiesen formulado esa pregunta antes de la subasta, hubiese meditado su respuesta, pero ahora germinaban en su pecho sentimientos nuevos, se mezclaba el creciente anhelo de libertad, con el rencor hacia quienes la privaban de ella.

—Si das el paso, no habrá marcha atrás.

—El día que me compró Zenekh, marcó una frontera en mi pensamiento. Prefiero correr el riesgo a resignarme a vivir sin derechos el resto de mis días.

—A partir de este momento estás en peligro.

Anir le mostró el contenido del pergamino. Era una representación de la muralla, costa y puerto; también contenía anotaciones en el idioma cartaginés.

—Esto significa que... ¿¡Espías para Cartago!?

—Éramos cinco, pero alguno ha sido descubierto, ahora todos estamos en peligro.

—Pero tú y Eron, sois esclavos.

—Ninguno lo somos. Adoptamos esa cobertura para esconder nuestra verdadera personalidad. Por tu propia seguridad y la nuestra, es cuánto te conviene saber.

—¿Qué haremos?

—Continuaremos el mismo plan. Recabar cuánta información podamos sobre las defensas, tropas y principales partidarios de mantener relaciones con Roma. Debemos extremar las precauciones. ¡Vamos!, hemos perdido demasiado tiempo.

Retornaron al camino en silencio, con las manos enlazadas. Pese al tiempo transcurrido, todavía quedaban huellas del incendio. Las edificaciones de madera desaparecieron consumidas por el fuego, las de adobe, algo más resistentes, perdieron techos y contenido. Habían reconstruido casi todas, incluso había algunas nuevas, pero todavía podían verse algunos muros ennegrecidos.

Las cortesanas desaparecidas, hacía mucho tiempo que fueron reemplazadas, a esas horas tempranas pululaban por el muelle buscando clientes. Desde el interior de las tabernas salían voces trasnochadoras, destempladas por el vino entonaban canciones procaces; gritos de disputas entre algunas cortesanas y sus proxenetas. En el muelle se desarrollaban actividades cotidianas.

Fueron hasta una embarcación de pesca, a bordo solo había un tripulante. Anir saltó al interior y le entregó el papiro. El marinero la miraba negando con su cabeza. Aceptaba de mala gana los razonamientos. Anir saltó a tierra llevando en el capazo, junto a las uvas, dos pescados envueltos en unos trapos.

—Regresemos. Nos hemos retrasado.

—El pescador parecía disgustado.

—Su opinión me resulta indiferente.

—Estoy confusa.

—Te pondré al día por el camino.

Mientras ascendían hasta la ciudad, Anir le iba explicando; los cinco agentes formaban parte del ejército cartaginés, estaban investigando para el general Aníbal.

—¿Atacará Sagunto?

—No lo sabemos, pero a nadie le sorprendería. Esta ciudad mantiene relaciones con Roma, ataca a pueblos aliados de Cartago. Es un lugar poco seguro.

—Los informes que dejaste. ¿Son para Aníbal?

—¡Sí! Hay dispuesta una cadena de embarcaciones. Esta la llevará hasta su enlace, el otro hará lo mismo; así hasta Qart Hadasht. Las instrucciones siguen el mismo recorrido en sentido inverso.

—¿Qué relación tiene todo esto con mi libertad?

—Ahora estás al corriente de nuestras actividades, eres una más del grupo. Cuando marchemos, nos acompañarás. Serás libre.

—Ya entiendo.

—¿Te arrepientes?

—No.

Cuando llegaron, Zenekh los convocó en el peristilo.

—Esta tarde, al crepúsculo, permaneceréis en vuestros habitáculos. Tengo invitados, celebraremos ofrendas a la diosa Hathor. Deben realizarse sin presencia de impuros.

Sin esperar respuesta regresó a la zona prohibida.

Cuando el sol se encontraba próximo al ocaso, se refugiaron en el habitáculo de Anir.

—Si Zenekh nos sorprende juntos, puede molestarse y castigarnos —dijo Cassia.

—No sufras, si ella recibe invitados estará toda la noche recluida. Las ofrendas deben ser muy absorbentes —respondió Anir con ironía.

—No he vuelto a ver al tipo grandote que la acompañaba en el mercado.

—Jonay vive en la parte prohibida. Solo sale para acompañar a Zenekh. Desconozco sus motivos, pero se comporta como un perro fiel. Se dejaría matar si ella se lo pidiera.

Cassia sentía curiosidad por saber más sobre los misteriosos invitados.

—¿No has hecho nada para averiguar qué esconde esa parte? Tanto secreto excita mi curiosidad.

—No es asunto nuestro. Ella nos deja tranquilos, yo respeto sus deseos. Si husmeas en sus asuntos, te arriesgas a ser subastada.

—¡Mira!, estoy intranquila, me voy a mi cubículo.

Cassia seguía acompañando a Anir en sus salidas al puerto. Eron les pasaba papiros junto a las uvas. Se acercaban al muelle, entregaban los informes y recibían instrucciones. Eron y el pescador acabaron acostumbrándose a su presencia.

Un día no encontraron a nadie en la viña.

—¡Vámonos, rápido!, pueden haberlo capturado, si nos ven aquí nos detendrán.

Tres hombres armados iban hacia ellos.

—Vienen a por nosotros. Permanece tranquila.

—¡Eh!, ¡vosotros! ¿Qué buscáis?

—Nos envía Zenekh. Eron tiene las uvas que le gustan. Como no está, íbamos al puerto, para comprar pescado. A nuestra ama le encantan las uvas y el pescado —contestó Anir.

—¡Largaos!

—¿Le ha ocurrido algo a Eron?

—¿Por qué tienes tanto interés?

—Solo quiero saber si podremos seguir comprándole las uvas. Son las que le gustan a Zenekh.

—Será algo difícil. El muy cerdo era un espía africano, ha recibido su merecido.

—¡Un espía!, y nosotros comprándole las uvas sin sospechar nada —dijo Cassia poniendo cara de espanto.

—¡Largo de aquí!

En el puerto, el pescador aguardaba sobre el malecón trabajando en unos aparejos.

—No hay informe. Eron ha caído —saludó Anir.

—Ya son dos, deberíamos irnos o caeremos todos.

—Nos iremos cuando hayamos terminado.

—Si lo torturan, hablará.

—Confío en él.

—Es muy difícil soportar la tortura. Al final todos hablan. Solo depende de la habilidad del verdugo.

—Asumiremos el riesgo, pero aún falta mucho por hacer, hay que terminar. La próxima cita en treinta días.

HELMÁNTICA

Cuando Aníbal vio entrar a Himilce, repasaba junto a Mahar los planes de la inminente campaña. Su esposa aguardaba a distancia prudente, para no interrumpir. Le costaba dominar el nerviosismo provocado por la noticia de la que era portadora.

—Ve al campamento, ultima los preparativos. Si acompaña el buen tiempo, en quince días llegaré. Nos pondremos en marcha.

—Deseaba oírte decir esa frase. El ocio es el peor veneno para un ejército —contestó Mahar.

—Ha sido un invierno demasiado largo, pero ya toca a su fin.

—Parto enseguida. Esta noche dormiré en Akra Leukê, con el ejército.

—Que Ba'al esté contigo.

Mahar hizo una reverencia a la princesa y se retiró. Himilce estaba radiante de felicidad, imposible disimular su alegría. Todo el esfuerzo invertido en ocultar su estado hasta estar completamente segura, se convertía ahora en urgencia impaciente.

—¡Querida esposa!, es un regalo verte tan feliz. ¡Hazme partícipe de tu alegría!

—La sibila ha vaticinado que será un varón.

No podía mantenerse quieta, se retorció las manos, daba pasitos breves, nerviosos, esperando el momento de lanzarse a sus brazos.

—¿Intentas decirme que llevas un hijo en tu vientre?

Formuló la pregunta por el deseo inconsciente de oírlo de su boca. La emoción le hinchaba el pecho, ascendiendo hasta mostrarse triunfal en su rostro.

—Así es. Concibo un heredero. El continuador de tu obra. Nuestro primer hijo.

Se abrazaron. La atrajo contra su cuerpo con delicadeza, como quien maneja un objeto delicado.

—En quince días partiremos contra los vacceos. Tu embarazo es un magnífico presagio.

—¡Otra vez te alejas de mí! Me temía que algo turbaría tanta dicha. Los dioses me niegan la felicidad de las gentes sencillas, debe ser el precio a pagar por ser tu esposa.

—Al final del invierno reemprendo la campaña militar, lo sabías.

—Cierto, pero siempre se alberga un hilo de esperanza, incluso ante lo imposible. —Su expresión dejaba adivinar una idea que bullía en su cerebro—. Iré contigo. Te acompañaré. Tu hijo aprenderá a liderar un ejército, ya desde mi vientre.

—¡Imposible!, tu principal ocupación es cuidarte. Mi heredero debe nacer sano y fuerte. El campamento de un ejército en campaña es el lugar menos adecuado para una preñada.

—Debí suponerlo. ¡Cómo ibas a concederle a tu esposa la misma libertad que disfrutaban esas salvajes! Las admiras. ¡No lo niegues!, vi cómo mirabas a la hija de ese sufete condenado al olvido.

Sus ojos despedían fuego, pateaba el suelo. Él sonreía, viéndola celosa.

—¡Ven aquí!

La atrajo hacia sí. Ella se resistió, se negaba a ponerle fin a su enfado. Si en aquel momento hubiese tenido a Kissa al alcance de sus uñas, se las clavaría en su cara arrogante.

—¡Déjame!, ¡no quiero!, ¡no!

Semejaba una gata defendiendo a sus crías. Se rebelaba contra la decisión de obligarla a permanecer en Qart Hadasht, mientras Kissa estaría con él.

—No debes preocuparte, ¿nombra a una mujer que pueda compararse contigo? Mis pensamientos son todos para ti, deberías saberlo.

—Eso dices ahora, pero te he escuchado hablar maravillas de esa desgraciada. ¡No lo niegues!, fue suficiente ver como la mirabas, comprendí enseguida. Coriander me previno. ¡Vaya si tenía razón!

—¡Ya está bien!, hablaré con mi hermana, puede chismorrear contigo cuanto guste, pero sin interferir entre nosotros dos.

—¡No le digas nada!, le tengo aprecio, quiero que siga siendo mi amiga.

—Tranquilízate. Callaré, si me prometes borrar esos pensamientos. Eres única en mi corazón.

—¡Tonto!, lo sé, pero verte partir me pone celosa.

Besos y carantoñas sustituyeron al enfado.

Duró poco la alegría, al siguiente día Himilce permaneció en sus aposentos sin querer ver a nadie, solo recibió a Coriander. Le contó el motivo de su tristeza.

—¡He perdido a mi hijo! La sibila se equivocó.

Viendo el estado de abatimiento de su cuñada, Coriander quiso consolarla.

—¡Vamos!, anima esa cara. Ocurre a muchas mujeres. A mí también me pasó.

—Tu hermano se llevará una decepción, precisamente ahora que parte de campaña.

—No te preocupes, lo comprenderá, son cosas normales. Ya verás, tendréis muchos hijos fuertes y sanos.

Las palabras de Coriander consiguieron traer algo de tranquilidad al ánimo de la princesa, pero no despejaron por completo su abatimiento.

Varios días después, Aníbal, acompañado de Bomilcar, con Berek al frente de su guardia personal, salían hacia el campamento del ejército en Akra Leukê. Debían cabalgar sin demorarse en exceso, solo breves descansos para permitir a los caballos reponer fuerzas. Pretendían hacer el trayecto en una jornada, sin pernoctar por el camino, debían darse prisa si querían evitar los riesgos de un viaje nocturno.

Cabalaron sin descansar hasta el solar donde estuvo Helikê, hasta que Asdrúbal el Bello la destruyó en represalia por la muerte de Amílcar Barca. Aquel día funesto, los habitantes de aquella ciudad fingieron someterse. Los cartagineses avanzaban confiados para firmar un tratado de paz, desde el interior soltaron en estampida una manada de toros con antorchas encendidas en los cuernos, mezclados con carretas en llamas. Tras ellos iban los sitiados, cargando contra las tropas de Cartago desorganizadas por la inesperada avalancha de fuego. El padre de Aníbal pereció ahogado en el río Alebus, intentando escapar. Asdrúbal el Bello vengó su muerte, destruyéndola.

La comitiva llegó a una gran explanada. Crecían, extendiéndose como si de un mar se tratase, un número incalculable de jóvenes palmeras. Aníbal explicó a Bomilcar.

—Cuando Asdrúbal sitió Helikê, nuestras tropas estuvieron acampadas en esta llanura, los huesos de los dátiles con los que se alimentaban germinaron en estas palmeras.

—Deberíamos protegerlas. Constituirán un símbolo viviente de la grandeza de tu padre —respondió Bomilcar.

—Así se hará.

Comenzaba a oscurecer cuando desmontaban en Akra Leukê. Los recibió Mahar.

—¡Bienvenido!, de nuevo en campaña.

—Sí, otra vez en movimiento.

—Todo está preparado. Solo esperamos tus órdenes.

—Mañana, a primera hora, saldrá la vanguardia. El resto se irá poniendo en camino en el orden acordado. Ahora descansemos, comienza una nueva era.

Veintinueve días más tarde estaban frente a las murallas de Helmántica. Una vez montado el campamento cartaginés, Aníbal mantenía una reunión en su tienda. Asistían Mahar y Bomilcar Barca.

—Quiero lanzar el ataque en un plazo de tres días, para entonces la infantería habrá descansado. Bomilcar, ese es tu plazo para montar máquinas de guerra y torres móviles.

—Estarán preparadas, haremos hasta lo imposible.

—Mahar, saquea asentamientos agrícolas comprendidos en este círculo. —Sobre el mapa marcó una circunferencia en torno a las murallas—. Debemos cortarles el abastecimiento. Sus víveres alimentarán a nuestro ejército.

—Entendido. Mañana comenzaremos.

—Bomilcar, organiza la defensa del campamento. Sobre todo, custodia los elefantes. Si no tenéis nada más, he de recibir a las que aguardan afuera.

Cuando salieron, un centinela franqueó el paso a Kissa y Sheba. Esperaban un recibimiento frío, la orden de sustitución no se había efectuado.

—¡Mis lobas favoritas! —Avanzó sonriente—. Cómo podéis ver, ha llegado el ejército.

—¡Bienvenido! —contestó Sheba.

Kissa guardaba silencio, un paso detrás de su jefa.

—¡Contadme!, estoy impaciente por escuchar vuestras noticias.

Hicieron una detallada exposición de sus actividades. Aníbal las escuchó atento. Una vez finalizó el informe, Sheba abordó otro asunto.

—Siempre te hemos sido fieles, cumplimos tus órdenes sin preguntas, sin objeciones; pese a ello, evitas nuestra participación en los combates. Esa protección debe acabar. Queremos luchar como cualquiera de tus soldados.

Aníbal tenía el semblante serio, pero en sus ojos bailaba el brillo de la admiración. Fue a hablar, Sheba hizo un gesto, haciéndole ver que no había terminado.

—Continúa, te escucho.

—Nuestra principal virtud es la lealtad. Te somos fieles, pero también lo somos entre nosotras. Ninguna traiciona a su hermana. Kissa me informó de tu voluntad de cesarme en el mando.

—Así es. Has prestado muy buenos servicios, pero ha llegado el momento del relevo.

—Solo nosotras decidimos. Nadie más. Luchamos para ti a cambio de nada. Lo hacemos por amor a Cartago, pero solo a nosotras incumben los asuntos de la manada.

—Tal vez me equivoqué contigo, mantienes el vigor necesario. Podéis seguir eligiendo a vuestra líder. ¿Se os ofrece algo más?

—No has contestado a nuestro deseo de luchar.

—Sois necesarias en Arbocala. Iremos en cuanto caiga Helmántica. Debéis realizar el mismo trabajo que habéis hecho aquí. Cuando asaltemos sus murallas, iréis en la primera oleada. ¿Estás satisfecha?

—¡Sí!

—¿Has pensado que morirán muchas de tus hermanas? En primera línea podríais perecer todas.

—Lo sabemos. Nuestro estilo de vida tiene ese riesgo.

—¡Está bien!, cumpliréis vuestro deseo.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—Desmonta tu campamento. Marcha hacia Arbocala. Si te sobran víveres, envíalos aquí. Es todo.

Las dos salieron. Kissa sintió un escalofrío, al notar la mirada de Aníbal clavada en su espalda. Al día siguiente, Sheba y su tropa montaban su campamento en un promontorio, cerca de Arbocala. Su línea de suministros fue decisiva para el abastecimiento del ejército cartaginés.

El sitio de Helmántica fue breve, aunque no exento de sorpresas. Cuando se disponían a comenzar el asalto, desde las murallas izaron bandera blanca. Una comisión pactó entregar trescientos talentos de plata y algunos rehenes, a cambio de suspender el ataque. Los cartagineses, confiados, levantaban el campamento cuando los atacaron por sorpresa.

Aníbal se retiró derrotado, pero solo el tiempo necesario para reorganizar su ejército y contratacar. Mahar estaba colérico. Fue contrario al acuerdo, ardía en deseos de vengar la traición.

—Firmaste un pacto generoso. ¡Mira su forma de agradecerlo! Debemos destruir esa ciudad, someter a esos miserables a la esclavitud en nuestras minas de sal. Todos deben saber cómo respondes a los traidores.

Aníbal lo dejó desahogarse. Necesitaba a su segundo con la mente despejada. Llenó dos copas, ofreciéndole una.

—Calma tu rabia, la ira no es buena consejera. No quiero destruir estas ciudades, sino someterlas. Sus cosechas y su rica cabaña alimentarán a nuestra tropa. Haremos esclavos, aunque prefiero reclutar guerreros.

—Cada día que pasa, más me recuerdas a tu padre. ¡Estaría orgulloso si pudiese verte!

Bomilcar entró alterado.

—General, unos hombres desarmados salen enarbolando un trapo blanco. Ordénalo y los mataremos.

—Tráelos a mi presencia, sin daño.

El general cartaginés recibió a la embajada enemiga.

—Me sorprende tanta desvergüenza. ¿Acaso esperáis clemencia, después de vuestra traición?

—Venimos a suplicarte. Permítenos abandonar la ciudad con nuestras familias.

—Me siento generoso. Mañana, al alba, saldréis todos, os pondréis bajo la custodia de mis soldados. Iréis desarmados, sin bienes, joyas o monedas. Solo se os permite un vestido para cubriros. Si osáis pedir algo más, moriréis en ese instante.

Aceptaron las condiciones. Algunas mujeres concertaron esconder puñales bajo sus ropas. Si decidían matar a sus hombres, ellas los defenderían.

Al día siguiente salió la población.

Mahar estaba con Aníbal, un soldado les informó.

—Han salido. Están agrupados en el exterior, junto a las murallas. ¿Qué debemos hacer?

—Mahar, pon una cohorte vigilándolos, el resto puede proceder al saqueo.

El ejército se lanzó al interior. El vocerío de los saqueadores despertó la codicia entre los vigilantes. Algunos abandonaron su puesto uniéndose a la rapiña, les siguieron otros, apenas quedaban guardianes. Al grito de una mujer, todas sacaron los cuchillos escondidos bajo los vestidos, lanzándose sobre los sorprendidos cartagineses. Los hombres, al verlas, se unieron al ataque. Consiguieron huir y refugiarse en las montañas próximas.

Admirado Aníbal por el valor de unas mujeres que le recordaron a las de Sheba, ordenó

enviar una embajada en busca de los fugados. Les restituyó ciudad y propiedades, bajo promesa de mantenerse como aliados fieles. Luego se dirigió con su ejército hasta Arbocala.

EL RÍO TAJO

Frente a las defensas de Arbocala, Aníbal valoraba las dificultades que deberían superar para tomarla. Sus fuertes murallas proporcionarían a sus moradores suficiente confianza para luchar con arrojo. Después de contemplar distintas alternativas, junto con Mahar y Bomilcar decidieron lanzarse al asalto contra sus muros. Tomarla por asedio necesitaría demasiado tiempo, dejaría al ejército expuesto a los ataques de pueblos vecinos y podían presentarse serios problemas de abastecimiento.

—Lanzaremos ataques simultáneos, los obligaremos a repartirse por toda la muralla. Sufriremos muchas bajas, pero así debe hacerse. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Sí —dijo Bomilcar.

—¿Qué así sea! —contestó Mahar.

—Le prometí a Sheba que entrarían en combate. Bomilcar, envíasalas en la primera oleada. Ansían luchar, lo harán donde mayor será el peligro.

—¿No sería mejor enviarlas hasta Arse? Podrían continuar su labor —observó Mahar.

—No soporto más sus insolencias. Quieren combatir, pues combatirán.

—Si es su deseo... —sentenció Bomilcar.

—Preparad el ataque para mañana. Sin tregua.

Al amanecer se desencadenó un furioso asalto. Las sucesivas oleadas eran rechazadas una tras otra, los asaltantes sufrían numerosas bajas, pero su enorme superioridad numérica acabaría siendo decisiva. Conforme descendía el número de los defensores, resultaba más difícil contener las embestidas cartaginesas.

La presencia de las lobas jugaba en favor del ejército asaltante. Los sitiados nunca habían luchado contra mujeres, la sorpresa originó confusión, permitió controlar con relativa facilidad un pequeño reducto de muralla. Seis lobas formaban un semicírculo, peleaban con ahínco aprovechando el desconcierto reinante. Kissa y Asherah ascendieron por la misma escalera. Luchaban muy juntas, hombro con hombro, debido a la estrechez de aquella fortificación.

Superado el atolondramiento inicial, viendo en peligro el control del baluarte; los de Arbocala arremetieron con determinación contra las invasoras. El empuje enemigo las hacía retroceder, caían heridas, muertas, precipitadas hasta la base de las murallas. Solo Asherah y Kissa resistían, pero la desproporción existente entre los dos bandos, señalaba un final predecible.

Kissa paraba un golpe, en un destello vio como cercenaban un brazo de Asherah y luego la empujaban al exterior. Viendo su cuerpo inmóvil, desangrándose al pie de la muralla, se sintió morir. Desaparecieron al instante: miedos, zozobras, angustias..., una paz dulce y serena en su pecho la incitaba a dejar de sufrir. Cerró los ojos, soltó escudo y espada dispuesta a recibir una muerte redentora de todos sus remordimientos: abandono de su padre, angustia por Garnik, falta de coraje para reemplazar a Sheba...

En lugar del frío acero, unas manos la tiraron al suelo sujetándola con fuerza; arrancaron pieles, coraza, ropajes. Apretaban, invadían...; dolor, asco, alientos fétidos, olor agrio de otros cuerpos sobre el suyo... Imposible moverse, de nada sirvió rebelarse. Quiso evadirse, no pensar; deseando un final rápido. Asherah la esperaba para viajar juntas al más allá, pero no, solo un

cuerpo tras otro poseyendo el suyo. Debía ser el castigo de los dioses por sus faltas, angustiada con ese pensamiento perdió la consciencia.

Sumida en una bruma, envuelta en la sonrisa de Garnik, despertó en una celda oscura: aterida, los miembros entumecidos, atada como un fardo en el suelo helado. Sobre su cuerpo desnudo habían echado sus pieles. Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido; por el hambre y la sed que sentía, debían ser varios días. Nadie iba a verla ni a llevarle comida, pensó que su final estaba cerca, le aguardaba una muerte lenta por inanición.

Sumergida en un estado de embotamiento le pareció escuchar voces lejanas, hablaban su idioma, el corazón le dio un vuelco. ¿Serían reales o formaban parte de las quimeras que poblaban su cabeza? Intentó incorporarse, sus piernas se negaron a mantenerla. Quiso gritar. Apenas un susurro escapó de su boca. Las voces se alejaban, moriría sola en aquella celda húmeda, oscura, fría... De nuevo intentó incorporarse, otra vez fracasó. Respiró hondo, concentrando en un grito sus escasas fuerzas. Cesaron las voces, pasos que se acercaban.

—¡Aquí! —exclamó una voz.

—Acerca esa antorcha, hay alguien dentro.

Abrió los ojos tumbada sobre un montón de heno, en la caja de un carro; vestida con una túnica, abrigada con una piel de oso. A su alrededor se amontonaban sacos, a través de las costuras se adivinaban joyas y objetos valiosos. El carro formaba parte de una larga caravana, en muchos viajaban soldados heridos. A los lados, la infantería del ejército cartaginés. Junto a su carreta cabalgaba una loba llevando otro caballo de las riendas.

—¡Tú, despierta! ¿Tú, bien?

Le gustó tenerla cerca, nunca habían hablado, pero en más de una ocasión la había visto en compañía de Sheba.

—Como si me hubiesen pateado cincuenta elefantes.

—Aníbal, hablar. ¿Tú, cabalga?

—Si vamos despacio, llegaré.

—Queda carro. Decir tú despierta.

—No será necesario. ¡Mira!

Aníbal, rodeado por una breve escolta de jinetes, iba de carro en carro hablando con los heridos. Sonrió al verla en aparente buen estado.

—Me alegra verte despierta. ¿Cómo estás?

—Me encuentro mejor.

—Descansa, ya hablaremos.

Sin esperar contestación continuó sus visitas.

—Cuéntame. Las hermanas. ¿Cuántas cayeron?

La mirada de Etnhe fue muy elocuente.

—¡Morir!, tú, yo, vivas. —Miró en todas direcciones para asegurarse de que nadie las escuchaba—. Aníbal malo, deja solas, lobas mueren.

Acudieron a su mente imágenes que confirmaban ese abandono. Se sintió desfallecer.

—¿Qué haremos?

—Sheba muerta. Buscar Pistias, marchar. Aníbal monstruo.

Mahar vio llegar al galope a Aníbal, traía preocupación dibujada en el rostro.

—¿Qué ocurre? ¿Ese alboroto?

—Un contingente enorme de íberos nos ataca por retaguardia.

—¿Damos la vuelta para hacerles frente?

—No, son demasiados. Continúa avanzando, envía exploradores, necesitamos cruzar el

río. Nos haremos fuertes en la otra orilla. Voy a poner orden.

Conteniendo las avanzadillas iberas, el ejército forzó el paso. No presentaron batalla, pese a las provocaciones. Localizaron un lugar donde el río era vadeable, montaron un campamento, cavaron trincheras, levantaron empalizadas; la seguridad proporcionada por esas defensas les permitió cruzar al otro lado de forma organizada. Todo el ejército vadeó el río Tajo con el botín capturado en las dos ciudades. Teniendo sus efectivos organizados, Aníbal puso en primera línea cuarenta elefantes, caballería a los lados y esperó.

La suma de carpetanos, olcades y vacceos, superaba la cifra de cien mil. Confiados en su enorme superioridad, atribuyendo la huida de los cartagineses al miedo por la desigualdad de sus ejércitos, comenzaron a cruzar el río, enardecidos, dando gritos, sin orden... Aníbal lanzó su caballería. Los iberos cruzaban a pie, sumergidos hasta el pecho, en franca inferioridad. Casi todos los atacantes murieron arrastrados por la corriente o bajo las patas de los elefantes.

Ante el desastre, la retaguardia atacante huyó desorganizada, los cartagineses atravesaron el río y la derrota de la confederación ibera fue aplastante. Aníbal saqueó cuanto encontraron a su paso. Todo el territorio situado al sur del río Ebro, excepción hecha de Sagunto, quedó bajo el control de Cartago. Aníbal se retiró con su ejército para pasar el invierno y preparar el ataque contra Sagunto, la ciudad aliada de su mayor enemigo.

Etnhe buscaba a Pistias desde hacía varios días, no lo veía desde que Aníbal se alojó en el campamento de Sheba, una noche antes del ataque sobre Arbocala. Después de sobrevivir a la masacre, abandonadas a su suerte por Aníbal, sabía con quién deseaba pasar el resto de sus días, si es que todavía seguía vivo. Comenzaba a perder las esperanzas de encontrarlo, cuando lo vio en uno de los carros que transportaba a los heridos. Con el pulso acelerado, desmontó para caminar junto al carro.

—¡Etnhe!, cómo me alegro. Me dijeron que habíais caído todas.

Bajó del carro. Tenía deseos de abrazarla, pero...

—Kissa, Etnhe, vivas. ¡Brazo tuyo! —Señaló el vendaje del muñón, a la altura del codo del brazo derecho.

—Se quedó en Arbocala, junto a mi sustento. Mis días de soldado terminaron.

Etnhe lo abrazó. Sus labios rozaron el brazo lisiado, lo miró con los ojos húmedos.

—Hablar.

Se apartaron buscando intimidad, Pistias aún estaba débil, pero podía caminar.

—Te escucho —su voz sonaba a rendición.

—Marchar mí. Tú, hombre mí.

—Debimos hacerlo aquel día. ¡Cuántas veces me he arrepentido! Ahora no puedo obligarte a vivir con medio hombre.

—Callar. Coger caballo. Marchar mí.

—Tu vida conmigo sería una vida de miseria.

—Etnhe oro. Vivir bien.

—No podemos tocar el botín de guerra, nos perseguirían hasta encontrarnos. Quítate esa idea de la cabeza.

—Lobas guardar oro. Todas muertas. Coger.

—¿Estás diciendo que teníais oro guardado?

—¡Sí!

—En ese caso os pertenece a las dos.

—¡No! Niña rica. Guerra, capricho.

Etnhe veía en Kissa una niña rica realizando su capricho de ir a la guerra. En su forma de

ver las cosas, carecía del derecho a un oro destinado para proporcionar seguridad a las componentes de la manada.

—Tienes razón, el oro es tuyo.

—No mí, dos. —Su dedo tocaba el pecho de Pistias, luego el suyo—. ¡Tú, mí!

La abrazó con su brazo sano.

—Nos iremos. Si los dioses lo han dispuesto, lo aceptaré, una vez me opuse y mira las consecuencias. —Levanto el muñón con un gesto de impotencia.

Los dos sabían cómo actuar. Pistias recuperó su caballo, al anochecer se escabulleron abandonado el ejército. Se encaminaron en busca del oro de las lobas, en un paraje entre Qart Hadasht y Cástulo.

Kissa recuperaba el vigor físico, permanecía cabizbaja, en silencio, contestando con monosílabos. Presentaba claras señales de la lucha que se libraba en su interior. Cuando recuperó la consciencia no recordaba nada, como si su cerebro le ocultase las desgracias para contribuir a su recuperación, pero conforme se fortalecía, acudían los recuerdos.

En las noches se avivaba el sufrimiento, la visitaban espectros convertidos en severos jueces: su padre con ojos llorosos y dedo acusador; Asherah gritando su nombre, mientras caía desde las murallas; Sheba maldiciéndola por continuar viva; aquel olor repugnante sujetándola, impidiéndole luchar; arañazos, humillación, oscuridad. Noche tras noche se repetía el mismo tormento.

Pocos días después de montar a caballo dejó de ver a Etnhe, más tarde supo que se había fugado. Padecería tormentos, como ella, huir era su forma de intentar olvidar. La muerte se convirtió en un pensamiento obsesivo, único, mientras se dejaba conducir por su caballo siguiendo al resto del ejército.

Un día se acercó Barek. Tenía un corte en la mejilla derecha, llevaba vendado el muslo del mismo lado.

—Si quieres luchar, debes acostumbrarte: muertes, heridas horribles, amigos muertos... La otra loba dijo basta, se fugó con un macedonio que había jurado fidelidad al general.

Por un instante, los ojos de Kissa recobraron su vitalidad, pero solo fue para dedicarle un destello de desprecio.

—¡Déjame!

—Antes necesito saber algo.

—¡Tú dirás!

—Los Barca son responsables de la desgracia de tu padre, puedes añadir a tus compañeras. Aníbal os traicionó, retiró el ataque dejándoos solas, os utilizó como cebo para atacar en otro punto. Ha llegado el momento de tomar partido. ¿Estás conmigo?

—¿Qué supone estar contigo?

—Vengar a nuestros padres y a mi hermano.

—No lo sé. No sé si quiero.

Habló demasiado fuerte. Barek miró alrededor, temiendo llamar la atención.

—Está bien. Lo comprendo, necesitas tiempo. Disculpa por forzarte a dar una respuesta. ¡Ah!, casi lo olvido. Cuando acampemos, Aníbal quiere verte en su tienda.

Le dirigió una mirada extraña, luego se alejó sin esperar contestación.

Cuando acamparon, Kissa fue al encuentro del hombre que las mandó a morir. El centinela, después de anunciarla, le permitió entrar. Era una tienda pequeña, en nada se diferenciaba de las otras, excepto el guardia en la entrada. En el centro, una pequeña mesa plegable; sobre ella, dos escudillas y un cuenco con gachas de cereal y tocino salado; junto a la

mesita, dos taburetes. Le señaló uno, tomó asiento en el otro.

—¿Te encuentras mejor? —utilizó un tono amable.

—¡Mis hermanas! Nos mandaste a morir.

Aníbal no contestó, puso una porción de gachas en la escudilla frente a Kissa; luego, en la otra.

—Toma el tocino.

—¿Cómo puedes invitarme a comer?, si mi corazón desea darte muerte.

La tensión retenida en su pecho brotaba en llanto.

—Dime cuáles son esos actos tan terribles de los que me acusas.

—¿Enumero tus crímenes?

Poco le importaban las consecuencias. Su existencia se había convertido en una tortura constante. Si decidía matarla por su atrevimiento, sería una forma de librarse del suplicio.

—¡Hazlo!

—Mi padre. ¿Era necesario matarlo y condenarlo al olvido? ¿Merecía semejante castigo?

—Supe lo de Belshazzar. Fue un buen sufete, tuvo un final indigno. Era cobarde, lo sabes, pero Cartago prosperó bajo su mandato. Mi familia es inocente, fueron los rencores acumulados entre los partidarios de Hannón el Grande.

A Kissa le pareció sincero.

—¿Y mis hermanas? Nos mandaste a la muerte, ¿lo negarás? Cuando escalábamos las murallas retiraste el ataque, dejándonos abandonadas.

—No lo negaré, lo hice. El vuestro fue un ataque de distracción, para engañar al enemigo; hacerle concentrar tropas en esa zona, mientras lanzaba el asalto con el grueso del ejército en otro punto. Insistíais en luchar como los hombres, se os encomendó la misma tarea. ¿Debí enviaros al sitio de menor riesgo? Os revelabais contra esa discriminación. ¿Es cierto? ¡Responde!

—Lo es.

Estaba avergonzada, había proferido acusaciones terribles contra el comandante general del ejército.

—Todo está claro, podemos continuar. Luchaste bien, te incorporarás a mi guardia personal como oficial.

—No sé si quiero continuar luchando.

—Lo harás. Eres demasiado valiosa, pienso conservarte a mi servicio.

—Me ordenaste sustituir a Sheba. Desobedecí.

—Fuiste leal. Es una cualidad muy apreciada, por eso formarás parte de mi guardia.

—No estaré a la altura.

—Lo estarás. Tu nombramiento será efectivo en cuanto jures defender mi vida con la tuya, si fuese preciso.

Kissa hincó rodilla en tierra.

—¡Lo juro ante Ba'al! Mi vida estará dedicada a tu servicio. La entregaré, si fuese necesario, para salvar la tuya.

—Levanta. Desde este mismo instante eres oficial de mi guardia.

Aníbal le entregó una cota de malla reforzada con placas de bronce.

—Lúcela orgullosa y hónrala. Perteneció al gran Amílcar Barca. Sé que la llevarás con honor.

¡MÁTALO!

La entrada en Qart Hadasht, con la población en las calles aclamando al general vencedor, recordaba los mejores momentos de Cartago, cuando su ejército y armada eran invencibles. El botín conquistado pagó sobradamente a los mercenarios. Aníbal concentró las tropas en un campamento situado en el palmeral, junto a la antigua Helikê, allí pasarían el invierno.

Himilce estaba ilusionada con el regreso de su marido; durante todo el invierno permanecería a su lado, tendría ocasión de quedar preñada para proporcionarle su primogénito. Estaba segura, sería un niño, lo había vaticinado la sibila. Al segundo mes del regreso de Aníbal tuvo la primera falta, esta vez no dijo nada hasta que su vientre empezó a hincharse.

Comenzó a organizar habitaciones para su ansiado hijo. El heredero de los Barca tendría un alojamiento acorde al rango de su familia. En ese menester tuvo la animosa ayuda de su cuñada. Coriander se implicó, como si fuese ella la que esperaba descendencia.

Paseaban por los jardines del palacio, solían hacerlo todas las tardes al caer el sol, si la temperatura era soportable. Himilce se apoyaba en el brazo de Coriander.

—¡No te imaginas cómo deseo ver nacer a mi sobrino!, tu embarazo se me hará demasiado largo.

Mientras le hablaba pasaba su mano sobre la túnica, a la altura del vientre, poco hinchado todavía. Himilce sonreía, encantada con los mimos de su cuñada.

—Me consientes demasiado. Me estás acostumbrando muy mal.

—No seas tonta. Disfrutaré de un embarazo sin molestias. Te las dejo todas a ti.

—Mira. ¿No es...?

—Creo que sí.

—Está mirando hacia aquí.

Himilce agitó un brazo, Kissa simuló no verlas. No le apetecía hablar de sus hermanas ni de su padre. Tampoco deseaba participar en chismes. Sin embargo, el brazo en alto de Himilce le produjo una sensación agradable. Correspondió al saludo y fue hasta ellas.

—Es un placer tenerte por aquí, parece mentira que no hayamos coincidido desde tu regreso —dijo Himilce, obsequiándola con una sonrisa.

—Hemos pensado mucho en ti. Durante vuestra ausencia hacíamos sacrificios a Ba'al para que cuidase de mi hermano y de nuestra valiente amiga Kissa. —Coriander examinaba la loriga—. Me gusta como luce en tu pecho, ¿sabes que perteneció a mi padre?

—¡Sí!, lo sé. Fue un exceso de tu hermano.

—¡No!, no lo fue. Nos explicó tus méritos. Cómo puedes suponer, ninguno se mostró en contra. Es un honor verte con ella. Mereces esa recompensa.

—Me abrumas. Mi comportamiento no fue distinto al de cualquier soldado.

—Eres modesta.

Kissa estaba tensa, no le gustaba ser el objeto de la conversación y buscó reorientarla.

—Ya basta de hablar de mí. He sabido de tu embarazo. ¿Para cuándo esperas parir? —le dijo a Himilce.

Himilce sonrió, mirándose el vientre.

—Si todo sale bien, espero que sea en siete lunas.

—Si puedo ayudar de alguna forma, no dudes en decírmelo.

—Coriander siempre está pendiente. Mi bebé también será un poquito suyo.

—No exageres. Kissa pensará que eres una embarazada delicada, cuando llevas tu carga con dignidad.

—Resulta reconfortante veros a las dos tan congeniadas. Vuestra conversación me ha hecho bien.

—Ven, continúa el paseo a nuestro lado, así me apoyaré en tu brazo. Entre las dos arrastraréis a esta mujer preñada.

La intempestiva salida de Himilce provocó risas. Reanudaron el paseo, la charla distendida despejó los nubarrones en la mente de Kissa. Himilce propuso tomar asiento en un banco.

—Coriander no te ha dicho nada, pero tiene un pretendiente —dijo adoptando un mohín pícaro.

—¡Chismosa!

—Es cierto. ¡Anda!, cuéntale a Kissa como te corteja. No digas que te resulta indiferente, porque te delatan los ojitos cuando te habla.

—Solo es atento ¡Muy atento!, a veces, demasiado. ¡Llega a incomodarme! —exclamó divertida—. Me dejo galantear, pero nada más, aunque esta intrigante quiera ver cosas inexistentes. —Su expresión se volvió grave. —Hablando en serio, la viuda de Asdrúbal el Bello no puede mantener una relación abierta con un simple oficial.

—Pero no es un simple oficial, formó parte del Batallón Sagrado. Su familia era importante en Cartago —arguyó Himilce.

Kissa guardó silencio, por mero azar acababa de descubrir la identidad del supuesto pretendiente de Coriander. Esa revelación merecía meditar sobre cómo debía actuar. Desconfiaba de él, desde el primer momento su intuición fue acertada. Solo se le ocurría una explicación para el acercamiento de Barek a la hermana de Aníbal, utilizarla como instrumento para su venganza contra los Barca. Eso mismo pretendía de ella. El juramento prestado a Aníbal la obligaba a descubrir sus intenciones.

Se despidió para comenzar una ronda por los puestos de vigilancia. Caminaba más erguida, pisando fuerte, recuperado su habitual aplomo. En el segundo puesto le dijeron que debía presentarse ante Aníbal.

Encontró al general en la terraza del primer piso, allí fue aclamado por los soldados como comandante general, ante la pasividad, o más bien, cobardía de su padre. Sintió un pinchazo en el pecho al recordar a Belshazzar. Tal vez los soldados tuviesen razón, Hannón el Grande no era el general que precisaba Cartago.

—¿Querías verme?

—¡Acércate!

Acodados sobre la balaustrada, admiraron el particular tono dorado que adquiría Qart Hadasht cuando el sol, próximo a esconderse, pintaba las fachadas con reflejos oro y naranja. Kissa estaba tensa.

—¡Mira!, ¿qué opinas?

—La puesta del sol es un bonito espectáculo —respondió desconcertada por ser citada para algo tan banal.

—¿La puesta del sol? ¡No!, no es eso, me refería a ese espectáculo.

Señaló hacia una sombra que se deslizaba entre unos matorrales.

—Daré la alarma.

—Espera.

—Hace poco estuve sentada en aquel banco, acompañando a Himilce y Coriander. Deberíamos saber quién es, cuáles son sus intenciones.

—No es necesario. Sé quién es, pero desconozco sus intenciones. Ese es el asunto.

—Estoy a tu disposición.

—¿Qué sabes de Barek?

—Debes librarte de él. Sus propósitos son perversos.

—¿Cuándo pensabas advertirme?

—No podía presentar acusaciones sobre un oficial de tu guardia sin tener pruebas.

—¿Las tienes?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué lo acusas?

—Le hace la corte a tu hermana. Pensaba hablar contigo, pero me has llamado antes.

—¿Esa es tu acusación? ¿Qué ronda a mi hermana?

—Era miembro del Batallón Sagrado, vino con mi padre. Los dos acordaron fingir su desertión.

—¿Fingir su desertión?, ¿para...?

—Localizarme y vengar a su hermano. Lo mataron el día de mi fuga. Tiene en su poder un papiro firmado por mi padre, en él se le exime de culpa por cualquier acto.

—Me parece normal que tu padre intentara localizarte. Vengar a un hermano puede considerarse lícito. Yo, en su lugar, también lo haría.

—Acusa a tu familia como instigadora de las muertes de mi padre y su hermano. Quiso reclutarme.

—Él también me juro fidelidad.

—Antes juró vengar a su hermano. Culpa a Garnik, como es uno de tus oficiales, te responsabiliza a ti.

—¿Reconociste la sombra que se deslizaba hace un momento por los jardines?

—No.

—Era él. Lo vi siguiéndolos, me extrañó su conducta y estuve observando sus movimientos.

—¿Ordenas algo?

—¡Mátalo!

—Voy en su busca.

—Hazlo sin testigos, dos oficiales matándose entre ellos es malo para la disciplina.

—Buscaré el momento apropiado.

—Ten cuidado, los guardias sagrados saben luchar.

—Yo también. ¿Ordenas algo más?

—No.

De nuevo se acodó sobre la balaustrada. Qart Hadasht resplandecía, una luna grande derramaba sobre ella su fría claridad, inundando de sombras sus calles casi vacías. Algunos rezagados apresuraban el paso para llegar a sus viviendas. Vagar a esas horas en el exterior podía resultar demasiado peligroso. «Le di mi confianza sin advertir el peligro. Cometí un grave error», pensó Aníbal crispando el gesto.

Kissa reanudó la ronda. Al terminar fue en busca de Barek. «¿Sospechará? Me mira de forma extraña. Ahora veremos», pensó mientras se acercaba.

—¿Ocurre algo? ¿Por qué me miras así?

—Sigo esperando tu respuesta.

Deseaba terminar rápido aquel asunto. Era difícil mantener una conversación sabiendo que debía matarlo.

—Quería encontrarte, ya he tomado mi decisión.

—Estoy impaciente por escucharla.

—¡Ven!, demos un paseo. Vamos a los establos, me traen recuerdos de mi viaje con Asherah.

Caminaron en silencio hacia las cuadras. Kissa lo iba observando, estaba tenso, tal vez sospechase algo. Entraron en las cuadras, ella lo llevó hasta un rincón.

—Si me implico en algo, pongo en ello todos los sentidos. ¿Captas el mensaje? —tras una ligera pausa continuó—. Me siento atraída por ti, sobre todo, desde que supe tus razones para permanecer en Qart Hadasht.

Esa confesión fue una sorpresa para Barek, le causó tal impacto que bloqueó su capacidad de razonar, necesitó unos momentos para reaccionar, cuando lo hizo, Kissa se había trazado un plan.

—Ha sido una sorpresa.

—¿Y bien?

—Me parece un sueño, suspiro por ti en secreto y me confiesas tu interés. Puedes implicarte cuánto quieras, nunca será suficiente.

La satisfacción de aquel triunfo lo cegó, dejándolo a merced de Kissa.

—Solo te pido una cosa. Sé muy delicado conmigo, necesitaré tu ayuda para superar..., ya sabes.

Comprendió que, en esos momentos, Barek era un títere. Accedería a sus deseos, tal como haría una marioneta si ella accionara las cuerdas que la ligaban a sus dedos. Se recreó jugando con él, antes de ponerle fin a la representación.

—Te ayudaré tanto como sea necesario. Dime, ¿cómo fue ese cambio en tu decisión?

—He comprendido, tienes razón al sospechar. Él está implicado en todo. ¿Podrás perdonarme?

El brillo de la victoria refulgía en los ojos de Barek. Ella se mostraba sumisa, sometida a su dominio, podría manejarla a su antojo. Ese pensamiento saturaba su capacidad impidiéndole razonar. Kissa le ofreció sus labios. Se disponía a tomarlos, pero un frío repentino perforó su pecho, perdió el control de sus miembros cayendo al suelo.

Cuando Kissa extrajo la daga, el antiguo guardia sagrado mantenía un hilo de consciencia, suficiente para comprender.

—Yo, sí cumplo mis juramentos.

Fueron las últimas palabras que escuchó antes de expirar. Kissa aguardó el último estertor del moribundo, luego rebuscó en sus ropas hasta encontrar el documento firmado por su padre. Leyó aquel texto, miró el sello del pie, lo plegó, introduciéndolo en su pecho. Atravesó los jardines buscando su alojamiento en el palacio. Aníbal continuaba acodado en la balaustrada. Hizo una señal, la orden estaba cumplida. Él correspondió con un leve movimiento de cabeza.

La noche: templada, casi veraniega, impropia de esas fechas, y el reciente suceso le impedían dormir. Lo apuñaló, no solo por cumplir una orden, también deseaba hacerlo.

Había despreciado a los hombres, jugado con ellos como si fuesen peleles, ahora se reconocía sometida al responsable de la muerte de sus hermanas, el mismo que despreció a su padre. Acumulaba demasiada tensión, matar era fácil, pero aceptar el hecho consumado requería

tiempo. Se dirigió al puerto.

Era una hora peligrosa, podían surgir todo tipo de riesgos, incluso para una loba solitaria. Cerró el puño derecho levantándolo hacia la luna.

—¡Por Sheba, Asherah, por todas! ¡Seré una loba!, hasta reunirme con vosotras, hermanas.

Siguió caminando, necesitaba descargar su ira, deseaba que le salieran al paso que intentaran asaltarla; estuvo a punto de gritárselo al viento. Poseída por una rabia desconocida rememoraba las desgracias de Arbocala: muerte de sus hermanas, Asherah cayendo con su brazo cercenado, el hedor insufrible de sus violadores. Todo el sufrimiento acumulado se transformó en rencor buscando una salida, necesitaba un enemigo para volcar sobre él la podredumbre almacenada en su corazón.

Astarté debía estar contemplando su padecimiento, se apiadó de ella. De una esquina surgieron dos embozados armados con sendos garrotes. Se acercaron confiados, dos hombres contra una mujer sería sencillo.

—¿Adónde vas? —dijo el más cercano.

—No es asunto tuyo.

—Una mujer sola, a estas horas, resulta peligroso. Hay hombres malos que podrían hacerte daño —dijo el otro con una sonrisa lobuna.

—Yo no soy una mujer.

—A nosotros nos lo pareces y muy bonita. Esta noche lo pasaremos bien, ya lo verás.

Avanzó intentando sujetarla.

Sin mediar palabra, Kissa desenfundó su espada y se abalanzó sobre los asaltantes. Sorprendidos por su violenta reacción, cayeron sin apenas oponer resistencia. No eran guerreros, solo maleantes.

Después de matarlos, giró sobre sus talones buscando enfrentarse a cuántos se atreviesen a ir a su encuentro. No apareció ninguno, la diosa ya le había concedido su deseo. Tres muertes en una noche eran demasiadas, incluso para una loba rabiosa.

PESCADO SECO

Garnik dio por terminada su misión. Llegó a Masilia faltando diez días para los idus de ese mes. Esperaba a Hyrum en el puerto, como habían acordado. Después de recorrer a pie las tierras situadas al norte de Roma, desde el río Rubicón hasta los Alpes, llegó a sopesar la posibilidad de continuar el viaje por tierra hasta Qart Hadasht. Rechazó la idea por el riesgo de un trayecto tan largo sin ninguna compañía. Si el pirata no aparecía, reconsideraría su decisión.

En su recorrido, anduvo territorios de boyos, lingones, cenomanos, vénetos... En todos encontró resentimiento. Roma ejercía sobre ellos un dominio tiránico, tratándolos de inferiores, sin reconocerles derechos otorgados a los ciudadanos romanos. Si un ejército invasor desembarcaba o atravesaba la cadena montañosa en el norte de la península, resultaría relativamente fácil encontrar apoyo en muchos de estos pueblos.

Pasaba las jornadas preguntándose si el birreme continuaría navegando o lo habrían enviado al fondo del mar. El corazón le dio un brinco al ver un barco de características familiares atravesando la bocana del puerto. Agitó ambos brazos desde el borde del muelle, para hacerse ver. El birreme viró, se detuvo junto a la entrada, dispuesto para huir ante la menor señal de peligro. Un bote llegó hasta el muelle. Sin cruzar una sola palabra, Reshef tendió una mano para ayudarlo a subir. Apenas embarcaron, salieron a mar abierta, alejándose del puerto y del peligro de ser reconocidos.

Esperaba librarse de repetir los vómitos, transcurridos cuatro días seguía sufriendo vahídos. Se refugió bajo cubierta, donde Hyrum almacenaba los botines de sus fechorías. Intentaba dormir, acomodado entre un montón de pieles y unas vasijas con vino. El aire olía a mezcla de vómitos y agua corrompida, pero era el sitio más tranquilo para descabezar un sueño, el único oscuro. Al último que usó una linterna lo colgaron de los pulgares durante un día entero, luego lo arrojaron por la borda.

Habían fondeado en una ensenada, a resguardo de la tormenta que dejaron atrás gracias al buen hacer de Hyrum. El extraño almirante igual ejercía de comerciante, transportista o pirata. Decía ser cretense, pero su barba enortijada y el leve tono morado de su piel, lo asemejaban a los naturales del norte de África. Demasiado joven para gobernar un barco, opinaba Garnik, pero lo hacía con eficacia.

En esos momentos Ba'al mostraba su cólera golpeando la cúpula del cielo. Centelleaban relámpagos, retumbaban truenos, las nubes descargaban una lluvia furiosa. El ruido de las gotas contra el casco impedía dormir. Se acomodó sobre las pieles, resignado a permanecer despierto. Al menos, el barco no se movía.

Oyó un roce a su derecha, debía ser una rata.

—¿Duermes?, cartaginés —resonó el vozarrón de Hyrum.

Garnik empuñó la daga.

—¿¡Cartaginés?! , sabes muy bien que no lo soy. —Se puso tenso.

—Tranquilízate. Sé quién eres, conozco los motivos de tu viaje. Aníbal me informó cuando me encargó llevarte a Ostia y facilitar tu regreso. ¡Se parece tanto a su padre!, Amílcar ha regresado para derrotar a la escoria romana. ¿No gritan eso las muchedumbres?

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Se avecinan tiempos gloriosos para Cartago, no todo es lo que parece. Ahora escucha. Mañana irás a tierra. —le entregó una bolsa con monedas—. Comprarás un carro resistente, una yunta de cuatro bueyes y seis toneles con pescado seco. En ellos ocultaremos cincuenta talentos en oro, los llevarás a Qart Hadasht para el cachorro de los Barca. Cuando tengas todo dispuesto, haces una hoguera en la costa, unos botes te llevarán el oro.

Amanecía, Garnik contemplaba el litoral desde cubierta, mientras dos marineros preparaban un bote. Ante sus ojos se extendía un litoral de tierra árida, desgastada; a su derecha, conforme se acercaba a la orilla, se transformaba en un pedregal cuya uniformidad solo la interrumpían matorrales secos; unos hierbajos ralos apenas destacaban sobre los guijarros. El resto, un paisaje de tierra caliza y arena blanca. Sobre un promontorio poco elevado destacaban unos muros enjalbegados, brillaban al reflejar los rayos solares. Hyrum señaló.

—Ahí la tienes, Acra Leukê brilla como una perla. Fue construida por orden de Amílcar.

Garnik asintió deslizándose en el bote. Tenía ganas de llegar a Qart Hadasht para informar al general Aníbal Barca de las tensiones entre Roma y sus provincias. Si estaba en lo cierto, el joven Barca pensaba llevar la guerra a la ciudad enemiga.

Al día siguiente, muy de mañana, siguiendo instrucciones de Hyrum aguardaba con el carro y los toneles. Encendió una hoguera tal como dijo el pirata. Desde el birreme descolgaron cuatro botes, los remos comenzaron a impulsarlos en su dirección. Sustituyeron parte del contenido de los toneles por el oro, cargaron en las barcas las piezas sobrantes de pescado salado.

—Durante unos días comeremos salazón —dijo Hyrum divertido.

—Espero que le guste a tu dotación —sonrió Garnik.

—¡Toma! Debes entregárselos al general. —Le entregó un talego conteniendo unos papiros sellados con cera.

Terminando Hyrum la frase aparecieron seis jinetes ataviados como los comerciantes. Garnik sufrió un sobresalto, al observar cotas de malla bajo sus capas.

—¡Tranquilo!, son tu escolta.

Sin más ceremonia, el pirata regresó al barco. Garnik y los jinetes se pusieron en camino.

El carro avanzaba al paso de los bueyes, el trayecto se haría largo. Se armó de paciencia, sumergiéndose en sus pensamientos. «¿Qué estará haciendo Kissa? ¿Aún me recordará?». Recordaba cómo se amaron. Sus labios: carnosos, dulces, sensuales, dignos de una diosa; su piel dorada, como arena del desierto; sus senos pequeños y firmes; pero, sobre todo, la forma como ella lo miró al dejarla en el campamento de Sheba. Sufría atormentado por aquellos recuerdos. En el túnel de barro descubrió unos sentimientos que, sin ese acontecimiento, hubiesen permanecido ocultos.

Le faltó decisión para fugarse con ella y se la entregó a las lobas. Ahora le parecía una traición. Cuántas veces maldijo su falta de coraje. El traqueteo del carro casi da con él en tierra, una carcajada simultánea de los escoltas le sacó del ensueño.

Se detuvieron junto a un arroyo para comer y dar descanso a los animales. Masticaban el primer bocado, de entre unos árboles surgieron seis tipos con las espadas desenvainadas. Dos integrantes de la escolta cayeron enseguida, otros dos se rindieron tirando las espadas, los dos restantes escaparon corriendo. Garnik tomó los papiros y corrió tras ellos. Una vez a salvo se recostó contra un árbol para recuperar el resuello, luego, comenzó a buscar a los huidos. Estaban a poca distancia, Hanno tumbado boca arriba, Zakar intentaba detenerle la hemorragia de una herida en el cuello.

—¡Sois mi escolta!, debíais defender el carro.

—Si nos hubiésemos quedado estaríamos muertos. ¿No viste cómo liquidaron a los

otros?

Al herido le costaba respirar, pálido, mirada perdida..., viviría poco sin un médico. Zakar negó con la cabeza, Hanno dejó de respirar enseguida. A falta de herramientas para una fosa, cubrieron el cuerpo con piedras.

—Solo son seis. Podemos eliminarlos.

Garnik estaba dispuesto a recuperar el oro.

—¡Estás loco!, tú lo has dicho, ellos son seis; nosotros, solo dos. ¿¡Cómo vamos a atacar!?

—El carro avanza despacio, sus huellas son profundas, fáciles de seguir. Dejémonos de charla, vamos tras ellos.

—Morir por unas monedas, es una estupidez.

—Solo Hyrum conocía carga y ruta. Hubiese bastado arrojarme por la borda —reflexionó en voz alta Garnik.

Tres horas después avistaron el carro. Los dos que se rindieron hablaban animadamente con los atacantes; también identificaron a un fenicio que formaba parte de la tripulación. Aquellos sabían del oro, tenían planeado el ataque.

—Están confiados, eso nos favorece. Cuando duerman les haremos una visita, debemos aprovecharla bien.

Entrada la noche, Garnik y Zakar se aproximaron al carro. Uno de los asaltantes hacía guardia junto a una hoguera, cabeceaba inmóvil con la respiración acompasada. Los otros dormían tumbados junto al carro.

Después de pactar dónde encontrarse si algo salía mal, se dispusieron a ejecutar su venganza. Zakar se aproximó al centinela empuñando el cuchillo. Bastó un movimiento rápido para tapar su boca y cercenarle la garganta. Lo sujetó hasta que dejó de agitarse. Mataban deprisa, bastaba una cuchillada en el cuello segando yugular y carótida; la muerte llegaba casi al instante.

—Debimos dejar uno vivo, para interrogarlo —dijo Garnik pateando el suelo—. Busquemos un lugar seguro, esconderemos el oro y seguiremos a caballo. Pueden tener cómplices, si vamos en el carro nos encontrarían enseguida.

Cargaron unos saquitos, escondiendo el resto entre la maraña de unos matorrales. Garnik hizo marcas en los árboles próximos, ayudarían a identificar el lugar cuando regresaran para recuperarlo. Dejaron los muertos sin cubrir, las alimañas darían buena cuenta de sus cuerpos. Se pusieron en camino, abandonaron bueyes y carro lejos del lugar donde habían escondido el oro.

—Volveremos con una escolta —dijo Garnik.

Al atardecer del tercer día entraban en Qart Hadasht. Garnik fue directo hasta el palacio.

Vigilaba la entrada un bastetano robusto, con los brazos marcados de cicatrices. Su rostro, quemado por el sol, se iluminó al reconocer a su comandante.

—¡Garnik! ¡Vaya aspecto!, si no te conociese, te confundiría con un puerco romano.

—¡Balaji!, ¿haces guardia como cualquier novato? Dile al general que he llegado.

—Avisaré a Kael. Nadie pasa sin su autorización.

—¿De dónde ha salido esa joya?

—Llegó con los elefantes de Juba. Espera —dijo una voz avisando al oficial de guardia.

Kael era joven, andaría por los veintidós años.

—¿Qué significan esas voces, Balaji? —preguntó, dirigiendo una mirada despectiva al mendigo que aguardaba en la entrada—. ¡Tú, largo!

—Soy Garnik. Anuncia mi presencia al general Aníbal.

—El general no recibe pordioseros. Vete, antes de que te dé un puntapié en el trasero.

—Anuncia la llegada del comandante Garnik o primero te patearé el culo y luego serás comida para los peces.

—¡Es cierto!, lo conozco —intervino Balaji.

El oficial desapareció en el interior del edificio. Regresó enseguida.

—El general te espera. Te pido disculpas, tu atuendo me ha confundido.

Garnik no contestó, le dirigió una mirada altiva.

Atravesaron una sala con el suelo de mármol rosa, luego, un largo pasillo. El oficial dio unos golpes en una puerta, un esclavo les franqueó el paso. Aníbal, inclinado sobre una mesa, estudiaba unos mapas dibujados sobre unas pieles. Kael permaneció el tiempo justo para comprobar la reacción del general ante el recién llegado.

—Te esperaba más tarde.

—El pirata me entregó cincuenta talentos en oro y esta bolsa con documentos.

—¿Hyrum se ha convertido en pirata? Háblame de él.

Garnik apreció un brillo impregnado de cariñosa burla en los ojos del general.

—Es un tipo curioso, si no tiene carga para transportar o negociar, se convierte en pirata sin ningún escrúpulo. Si bien, solo ataca naves romanas.

—Saquear a nuestro enemigo está muy bien. Ahora dame tu informe.

—Muchas ciudades prestarían ayuda a un ejército invasor, a cambio de mejorar sus condiciones. Roma las sangra con impuestos.

Hizo un relato pormenorizado de la situación en la península itálica, respondiendo a todas las preguntas.

—¿Dónde has dejado el oro?

—Nos atacaron, solo sobrevivimos un componente de la escolta y yo. Hemos traído una parte, el resto lo escondimos para viajar más rápido. El pirata nos traicionó, espero hacérselo pagar.

—Hyrum es de total confianza, puedes estar seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Gesto y tono de Aníbal disuadieron a Garnik de continuar insistiendo—. Has hecho un buen trabajo. Ve a darte un baño, procura descansar.

»Mañana saldrás con una unidad de caballería. Ellos regresarán con el oro, excepto un cuarto de talento que tomarás tú. Irás a Arse, hay una red de agentes en peligro, debes hacerte cargo del grupo. *Un caballo bajo una palmera es cuanto necesito.* Con esa contraseña te reconocerán.

»Con el buen tiempo atacaremos Arse, cuando lleguen las tropas debes abandonar la ciudad e incorporarte al ejército. ¡Puedes retirarte!

Aníbal cogió unas tablillas que había sobre la mesa.

Me dirijo a mi general. He recorrido los territorios que los romanos designan Galias Transalpinas. Las noticias no pueden ser mejores. Si hay un sentimiento común entre nuestros pueblos, es el odio a Roma.

Ha sido fácil firmar tratados de libre paso por sus tierras. También me han ayudado a trazar una ruta para evitar a nuestros enemigos hasta después de cruzar las montañas que guardan el paso a la península.

Recogeré a Garnik. Llevo conmigo los acuerdos firmados, nuestro hombre irá por tierra desde Acra Leukê con una copia. Tuve la precaución de pedir a los Consejos de las respectivas tribus dos documentos debidamente legalizados: por los riesgos del camino,

argumenté. Aceptaron sin presentar objeciones.

Garnik viajará despacio, lleva consigo cincuenta talentos de oro de los arvernos y helvéticos. Le puse una escolta de seis germanos, espero que sea suficiente, no llevo conmigo más hombres de confianza.

Ba'al guie tus pasos.

Magón Barca.

ZENEKH AMENEMHAT

Neitín tenía diecinueve años cuando el liberto Cirilo la compró para Cneo Planco. Al ser hija de esclavos, nació con esa condición. Su padre, un germano capturado en una incursión de su pueblo en tierra italiana, le transmitió el espíritu indomable que bullía bajo una equívoca apariencia de sumisión; de la madre heredó su melena roja y unos ojos verdes que despertaban admiración; excepto en su amo, más proclive a ser sodomizado por jóvenes esclavos.

Comenzaba a fregar en la cocina, cuando entró Cirilo, el mayordomo.

—Esa tarea no es adecuada para Neitín. ¡Has oído, Kara!, te lo he dicho en demasiadas ocasiones, cambia tu actitud hacia ella o el amo te hará azotar y luego te venderá.

—No sabe hacer nada más. Solo fregar.

—Enséñala a cocinar, hazlo bien, o sufrirás las consecuencias. ¡Neitín!, ven conmigo.

Siguió al mayordomo hasta una habitación interior. Imaginando lo que podía ocurrir, buscó amparo en un rincón. Cirilo encendió una vela, luego cerró la puerta.

—Al amo solo le interesan los jovencitos, pero tienes suerte, si eres buena conmigo te protegeré.

Conforme hablaba la acorraló contra el rincón, estaba tan cerca que Neitín podía percibir el olor agrio de su aliento. Cruzó los brazos sobre el pecho intentando defenderse. Él se los apartó sin miramientos, abrazándola mientras buscaba su boca.

—¡Déjame...! —Quiso resistirse, pero Cirilo era más fuerte y consiguió sujetarla.

—¡Quieta!, pórtate bien y vivirás como una princesa.

Intentó arrancarle la túnica. Forcejearon, Cirilo obtuvo ventaja, llegó hasta sus pechos, apretó hasta hacerle daño. Por un instante se quedó paralizada, reaccionó propinándole un empujón que hizo trastabillar al mayordomo. Agarró el primer objeto que encontró, golpeando la cabeza de Cirilo con todas sus fuerzas.

El liberto quedó tendido en el suelo, inerte. La estatuilla, manchada de sangre, resbaló de la mano de Neitín con un pedazo de piel adherida. Se quedó mirando al mayordomo, temiendo que hubiese muerto. Escuchó voces en el exterior, se arregló la túnica, el pelo, salió intentando controlar el pánico. Dos esclavos, con los ojos perfilados de negro y los carrillos impregnados de ungüento rojo; viendo a Cirilo en el suelo, manando sangre de la cabeza, comenzaron a gritar haciendo aspavientos.

Encerrada en un cuarto aguardaba el castigo. A través de un ventanuco vio a unos sirvientes preparando cuerdas en una esquina del jardín, supo cuál sería su condena. Le darían latigazos, un castigo doloroso, casi imposible superarlo y seguir con vida. Sentada en un rincón, lloró su desgracia.

Garnik se dirigía hacia Arse montado sobre una mula, en otras dos transportaba su equipaje. Fingiría ser un mercader de tejidos, para ese fin llevaba muestras de lino teñido de añil; otras, con púrpura; también lana impregnada de un rojo intenso como la sangre. Después de recuperar el oro, lo habían escoltado hasta cerca de Edeta, entre los ríos Sucro y Udiva. Desde allí continuó solo, le pareció más seguro que arriesgarse a ser visto por algún habitante de Arse, en compañía de soldados cartagineses.

Todavía estaba lejos, aunque ya se veía la ciudad sobre una elevación. Desde su altura,

los de Arse podían controlar el litoral, cualquier barco sería observado mucho antes de acercarse a la costa. Detuvo su montura cerca del puerto, para recrearse contemplando la actividad agrícola desarrollada en la suave pendiente que, desde el pie de las murallas, descendía casi hasta la ribera. Abundaban los campos de labranza abarrotados de esclavos, rebaños pastando en zonas sin cultivar. Un ingente tráfico de carretas recorría el camino que serpenteaba desde las murallas hasta el puerto. Viendo aquel bullicio productivo imaginó la riqueza atesorada entre sus murallas; comprendió el deseo, tanto de Roma como de Cartago, por tenerla bajo su control.

Siguió avanzando, ya más cerca le impresionaron sus gruesas murallas, unidas a la pendiente del terreno convertían en inexpugnable esa vertiente; solo en el norte o el oeste, con la superficie más llana, sería posible utilizar torres de asalto. Estaba bien fortificada, tomarla exigiría tiempo y un importante sacrificio de vidas. Otra alternativa sería someterla a un prolongado asedio, aunque esa opción proporcionaría tiempo a Roma para enviar sus legiones. Aníbal debería tener en cuenta esa circunstancia.

Para cumplir su misión se vería obligado a permanecer un tiempo en Arse, contactar a los agentes, establecer relaciones con algunos de sus habitantes..., por ese motivo se hizo el propósito de referirse a ella, hasta en sus pensamientos, como Sagunto. Si en un descuido daba el antiguo nombre podían surgir problemas.

Entró en la urbe cerca del mediodía. Si le habían impresionado sus murallas, viendo de cerca los sólidos muros se reafirmó en la dificultad de dominarla. Dejó las mulas en un establo encargando les dieran comida y agua, luego se internó en la ciudad.

Era día de mercado, los comerciantes montaban los puestos en el interior de un edificio del foro. En el exterior de un templo vio a un sacerdote ataviado para el culto de la diosa Potnia, junto a él, dos ciudadanos vistiendo túnicas y togas, ropajes que delataban su procedencia romana. Dos estrechas franjas rojas adornaban el sayo de uno, mientras las del otro eran más anchas, de color púrpura.

Aquellas tiras señalaban el escalafón social de sus portadores. Las estrechas se correspondían a la clase ecuestre, individuos dotados con un patrimonio importante, pero poco peso político; las púrpuras, a la senatorial. Tenía ante sí a un patricio romano. «¿Un senador aquí!?», pensó. Le pareció extraña esa presencia, se propuso averiguar los motivos de aquellos dos, para estar tan lejos de Roma.

Un perro famélico pasó por su lado, lo miró con ojos lastimeros. Garnik le hizo una caricia. El animal movió el rabo, se sacudió, le olió el borde de la túnica, comenzó a seguirlo.

—¡Vaya! Mi primer amigo en Sagunto es un chucho —dijo en voz alta.

Compró un panecillo untado con aceite, le echó un trozo al perro, el resto comenzó a engullirlo a pellizcos. En una callejuela sin salida vio una taberna, cuatro hombres ocupaban una mesa, hablaban a voz en grito bebiendo vino. Embromaban a otro de aspecto equívoco con un llamativo vendaje en la cabeza, se divertían riendo sus ocurrencias. Le pareció un buen lugar para comenzar sus pesquisas. Ocupó una mesa libre. Indagaría con el tabernero sobre cómo conseguir alojamiento digno para un rico mercader. El perro se echó a sus pies.

—¡Tabernero! —gritó, dando unas palmadas.

Acudió el propietario, un individuo gordo cubierto por un delantal desgastado de color indefinido, en otros tiempos debió ser rojo.

—¿Qué se te ofrece?

Ambón observó a su nuevo cliente, debía ser forastero. Le llamó la atención su túnica, sencilla, pero de calidad.

—Dos jarras con vino.

El tabernero regresó llevando dos vasijas y un vaso que depositó sobre la mesa. Garnik le dio dos monedas.

—¿Aceptaréis vino de un forastero? —pregunto a los vecinos de mesa.

—El vino siempre es bien recibido. ¿De dónde eres? Hablas edetano, pero tienes acento cartaginés.

—¿¡Cartaginés!? ¡Por Taranis!, soy galo. Mantengo tratos con mercaderes de Qart Hadasht, pero solo para comprar tejidos. No podéis imaginar el brillo de los colores al otro lado del mar.

—¿Qué buscas en Sagunto? Somos amigos de Roma, a los africanos los consideramos enemigos.

—Mi pueblo también es amigo de Roma. Yo mismo hablo latín. Por cierto, necesito alquilar una vivienda, ¿conocéis alguna?

El que hablaba le dio una palmotada en la espalda al de la cabeza vendada.

—Cirilo es el mayordomo del comerciante más rico de Sagunto, conoce todos los chismes. Si hay alguna casa disponible, él lo sabe.

El mayordomo se acarició la papada, dirigió una mirada curiosa al recién llegado, arrimó su banqueta hasta sentarse a su lado.

—Cneo parte mañana hacia Capua. Si se lo propongo, te puede alquilar su villa por un precio adecuado, pero te advierto, no será barata. Es una de las mejores de Sagunto. Mis servicios te costarán un puñado de monedas.

—Solo, si me quedo con la villa.

—Aguarda aquí, en un rato te traeré contestación. El aspecto de Ambón engaña, pero tiene el mejor vino y su comida es aceptable —soltó una risita chillona—. En realidad, es la única taberna —dijo, acompañando sus palabras de un mohín.

—Comeré aquí. Si no has regresado, buscaré otra villa.

Entabló conversación con los vecinos de mesa.

—Tres hombres de aspecto saludable, ¿permanecen ociosos a esta hora del día?

—Somos arrieros, transportamos mercancías desde el puerto. Hemos traído vasijas con aceite de un barco procedente de Sicilia, esperamos al siguiente.

—¿Causan muchas molestias los cartagineses?

—Roma les dio una buena lección. Con la reciente limpieza de traidores que hicieron los legados romanos, se han quedado sin apoyos en Sagunto.

—Entonces, ¿no corremos peligro?

—¿Peligro? ¡No!, en absoluto, somos nosotros los que acosamos a las poblaciones próximas. ¿Verdad Ambón?

—Si nos atacaran, llegarían refuerzos de Roma mucho antes de que pudieran entrar —respondió el tabernero.

Las palabras del arriero explicaban la presencia de los dos patricios romanos que vio en el foro cuando llegó. Eran los legados enviados por Roma para eliminar a los partidarios de Cartago.

—Si es así, tal vez prolongue mi estancia. Yo con poco soy feliz, *me basta un caballo bajo una palmera*. Es una frase que escuché a unos mercaderes, me hizo gracia y la repito si viene al caso.

Había lanzado la contraseña como un pescador hace con el cebo. Continúo llenando los vasos de los arrieros, estimulando su locuacidad.

Aquella gente parecía satisfecha de su relación con Roma. Pronto rendirían cuentas de

esa amistad y de las agresiones a pueblos amigos de Qart Hadasht.

Los arrieros fueron a sus quehaceres. El gusanillo del apetito comenzó a revolverse en su estómago. Ambón le sacó una escudilla con un guiso, puso en el suelo otra con sobras. El perro parecía feliz, daba muestras de haberlo adoptado como amo.

—Somos varios los que seríamos felices, *tan solo con un caballo bajo una palmera*. Pásate en otro momento, tendrás alguna historia interesante para contarme. —Ambon regresó al interior sin esperar contestación.

Todavía estaba comiendo, cuando llegó Cirilo con su habitual temblor en la papada a consecuencia del trotecillo.

—¡Tienes suerte!, Cneo te espera para acordar los términos del alquiler. ¡Verás cómo te gusta!

—¿Un vaso de vino?, mientras acabo de comer.

—Prefiero celia.

Garnik comenzaba a sentirse molesto con el mariposeo del individuo. No tenía nada en contra de la costumbre griega, pero la actitud invasiva de aquel tipo resultaba incómoda. Terminó de comer, dejó unas monedas.

—¡Vamos!, Zoro —le dijo al perro que pareció adivinar cuál sería su nombre.

El liberto se puso en pie. Si el forastero cerraba el trato con Cneo Planco, se embolsaría una buena recompensa.

La vivienda merecía los halagos del mayordomo: amplia, bellamente decorada, tenía un jardín y disfrutaba de vistas privilegiadas. Garnik aceptó el precio sin regatear. En una esquina del jardín vio a una joven atada a una pilastra, tenía la espalda en carne viva, con señales de haber sido azotada. Una mata de pelo rojo llena de cuajarones, ocultaba su rostro casi por completo. La túnica, desgarrada, apenas le cubría caderas y muslos. Parecía desmayada.

—¿Qué ha hecho esa mujer? —preguntó espantado.

—Es una esclava. —Cirilo señaló el vendaje—. Me atacó. Morirá crucificada.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Desde esta mañana. Se lo tiene bien merecido.

—Quiero hablar con Planco. ¡Ahora!

El propietario se encontraba en el vestíbulo dirigiendo la carga del equipaje, acompañado por su hija.

—Cneo, quiero comprar la esclava del jardín junto con la cocinera.

—Dómine —intervino Cirilo—. Podemos crucificarla. Si le rompemos las piernas morirá enseguida, no causará más molestias.

—Te ofrezco un áureo por las dos. Si lo rechazas, tampoco hay trato por la vivienda.

Cneo Planco aceptó enseguida. Oro a cambio de una esclava moribunda y una cocinera mediocre, le pareció un excelente negocio.

Kara preparó un camastro en una habitación interior, en él depositaron a Neitín. Garnik ordenó que trajeran una taza de caldo caliente, paños, vinagre, un cubo con agua y mandó a buscar un médico. Limpió con el trapo empapado en vinagre las heridas, luego, con el agua, el cuerpo. Ella comenzaba a recuperarse. Levantó la cabeza, sus ojos verdes reflejaron los de su benefactor. Tomó conciencia de su desnudez, avergonzada trató de cubrirse. La llegada del médico puso fin a su turbación y al estupor de su nuevo amo.

Garnik regresó a la taberna esa misma tarde. Ambón trasegaba vino entre dos toneles.

—¡Salud!, tabernero.

—Me llamo Ambón.

—Está bien, Ambón. Aquí estoy.

—Si has venido, tendrás algo que decirme.

La conversación se estaba desarrollando mediante frases cortas, los dos procuraban no decir nada comprometedor. Habían utilizado la contraseña, pero desconfiaban. Garnik comprendió que, si no se arriesgaba y le hablaba sin tapujos, Ambon tampoco lo haría.

—Conocemos vuestros problemas. Vengo para ayudaros a terminar el trabajo.

—Funcionábamos como una cadena. Solo teníamos contacto con dos eslabones, me pasaban el informe y yo hacía lo mismo. Los dos han caído, he quedado aislado. Tal cómo están las cosas, mejor no indagar.

—¿Cómo han llegado hasta ellos?

—No lo sé.

—Los dos tenían contacto contigo...

—Soy el principal sospechoso. No es necesario que me lo digas, ya lo he hecho yo muchas veces. Ni los delaté, ni sé quién pudo hacerlo.

A Garnik le pareció sincero.

—Deberías marcharte.

—¿Marcharme? Esta es mi ciudad. Os prefiero a vosotros antes que a los malditos romanos. Por ese motivo trabajé para Aníbal, pero se ha vuelto muy peligroso, prefiero retirarme.

—¿Cuál era tu contacto? ¿A quién le pasabas información?

—Se llama Eron, cuidaba la viña más grande en el camino del puerto. Es el último detenido.

—¿Puedo confiar en ti?

—Puedes, pero he terminado como agente.

Regresó a la villa para comprobar el estado de la esclava. Si pensaba en ella tenía la extraña sensación de que algo ligaba sus destinos.

Dedicó los días siguientes a recorrer Sagunto. Se dio a conocer entre vendedores, entabló conversación con todo aquel dispuesto a hacerlo, estudió puntos débiles en sus defensas; por las tardes iba a la taberna, Ambón le servía el mejor caldo de su bodega. Acudía al establecimiento una pandilla de jóvenes pertenecientes a las familias ricas de Sagunto. Zenekh, una egipcia, era la única mujer del grupo. Poseedora de una belleza exótica, lucía una cabellera negra derramada sobre sus hombros como una cascada, ojos de color indefinido: verdes, azules o ámbar, según influyese la luz en ellos; su piel morena delataba un cruce en su ascendencia con las gentes de tez oscura de África; alta, porte arrogante, dominaba a sus remilgados acompañantes. Garnik se rindió al instante a sus encantos.

Neitín se recuperaba, pero seguía amedrentada. Kara, compadecida, comprendiendo los motivos de Neitín para agredir a Cirilo, de ser su enemiga pasó a cuidarla con mimos.

El porte de su nuevo amo, unido al trato agradable, contribuyeron a que Neitín se enamorara. Nunca el cartaginés había vestido unas túnicas tan limpias ni sus armas estuvieron tan brillantes, pero las atenciones de la esclava solo obtenían indiferencia.

La negativa de Ambón hizo que Garnik considerase fracasado su intento de reorganizar el grupo. Suponía un cambio importante en sus planes, debería comenzar de nuevo, como si no hubiese existido nunca una red de agentes. No se amilanó, al día siguiente inició su ardua labor. Anotaba todos los datos necesarios: características de las defensas, número de guerreros disponibles, posibles apoyos interiores..., estableció contactos con algunos saguntinos, para mantenerse informado de cuánto acontecía en la ciudad.

Debía hacer llegar sus notas a manos de Aníbal con el tiempo suficiente para planificar el

ataque, no podría esperar hasta la llegada del ejército. Solo le restaba anotar algunos datos del litoral, no tardaría demasiado en marcharse de aquella ciudad para regresar a Qart Hadasht. En previsión de un mal encuentro se colocó una coraza. Salió pronto con dirección al puerto. Zoro correteaba a su alrededor dando saltos y ladridos.

Al regresar del fondeadero, cerca de las murallas, escuchó gritar a una mujer. Su primer impulso fue continuar su camino, sin arriesgarse en una pendencia ajena a sus intereses, pero las reiteradas peticiones de auxilio le hicieron reconsiderar su decisión.

Con precaución, por si era una trampa, fue hacia los gritos sujetando a Zoro. Oculto tras un encinar vio a tres hombres armados, se divertían arrinconando a una joven vestida como las esclavas. En el suelo yacía un esclavo, sangrando por una herida en la cabeza.

Vio como le arrancaban la túnica, el más joven se le echó encima intentando forzarla. Garnik desenfundó su espada, se plantó ante los agresores; el primero, cogido por sorpresa, paró dos golpes, el siguiente le hizo un tajo en el cuello, murió casi al instante. El que estaba sobre la esclava se incorporó haciéndole frente, mientras el tercero intentaba esquivar las dentelladas de Zoro. Ella, viéndose libre, se apoderó del arma del muerto, atravesando al contrincante de su salvador. El otro quiso huir, pero un mordisco de Zoro lo derribó. La esclava aprovechó para atravesarle el pecho, luego se giró amenazando a Garnik.

—¡Tranquilízate! Estás a salvo.

Lo miraba sin acabar de confiar. Pareció recapacitar, dejó caer el arma, comenzando a sollozar.

—Deberías cubrirté.

Con la excitación había olvidado su desnudez. Se vistió con la túnica.

Garnik se mantenía alerta, por si los muertos tenían compinches en las proximidades, pero no apareció nadie. La joven lloraba junto al cadáver del esclavo, sin cesar de agradecerle su intervención.

—¿A quién perteneces? —preguntó.

—Mi nombre es Cassia, nuestra ama es Zenekh. Habrás oído hablar de ella.

La frase sonó con un deje de sarcasmo, como si estuviese segura de que a su ama la deseaban todos los hombres de Sagunto.

—¡Vámonos!

No fue fácil separarla del cadáver. Acarició el cabello del esclavo muerto y se incorporó. En el suelo, un papiro doblado estaba casi tapado por el cadáver. Garnik lo recogió antes de que la atribulada esclava se diese cuenta. Al abrirlo...

—Ese papiro era de Anir. ¡Dámelo!, me ayudará a recordarlo.

—*¡Solo necesito un caballo bajo una palmera!* —exclamó Garnik sin apartar la vista del papiro.

Cassia lo miraba incrédula. La contraseña que Anir deseaba oír llegaba demasiado tarde.

—Mañana íbamos a entregárselo a nuestro enlace en el puerto. Nos siguieron para detenerlo —señaló a los muertos—. Eron lo habrá delatado.

—Lo guardaré. ¿Crees que podrás acompañarme al puerto mañana?

—Sí, es el día de comprarle pescado a Zenekh. Siempre íbamos los dos —señaló el cadáver—, aprovechábamos para entregar el papiro.

—¿Sabes dónde está la vivienda de Cneo Planco?

—Sí.

—Pasa a buscarme mañana. Me llamo Garnik, bajaré contigo. Debemos sacarte antes de que te arresten.

Comenzó a andar, Cassia siguió a su rescatador. Anochece cuando cruzaron las puertas.

—Ya estás a salvo. Ve con tu ama.

Se dirigió hacia la villa. Zoro lo miraba como si esperase una carantoña en recompensa por su actuación. Neitín daba paseos nerviosos en el peristilo, al verlo entrar se abalanzó sobre él, ayudándole a quitarse la coraza.

—Dómine. Has tardado mucho en regresar, me tenías preocupada. ¡Esto es sangre! ¿Estás bien?

—No es asunto tuyo si entro o salgo.

Se azoraba en presencia de la esclava. El brillo esmeralda de sus ojos le hacía perder el control. Neitín le mandaba señales inequívocas, pero enamorarse en esta ciudad quedaba descartado, sobre todo, de una esclava.

—Sí, dómine. —dijo sonrojándose.

Garnik entró en el dormitorio. Estaba cansado, sentía náuseas, le dolía la cabeza. Solo deseaba acostarse.

Neitín se encerró en su cubículo, restregaba la coraza con un paño húmedo, llorando en silencio, aspirando la mezcla de olores: cuero y sudor. Acostumbrada a ser objeto de deseo por los hombres, no entendía el trato frío que le dispensaba su nuevo amo.

Garnik se levantó a media mañana. Neitín esperaba junto a la puerta del dormitorio, sostenía un cofre de marfil decorado con filigrana de oro.

—Dómine, lo han traído a primera hora.

Al abrirlo se esparció un perfume a sándalo. Contenía un rollo de papiro y una túnica de lino, liviana como una pluma, casi transparente. La prenda le impresionó. Cogió el rollo, el sello era la silueta de una mujer con cabeza de leona, sobre ella, el sol entre dos cuernos de vaca. Picado de curiosidad rompió el precinto.

Para Garnik

Te estoy agradecida por cuidar de mi esclava. A la hora nona te recogerá una litera, te traerá hasta mi villa. Celebro una cena en honor de Hathor, mi diosa protectora.

Zenekh Amenemhat

El día comenzaba bien. Abrió los brazos mientras realizaba una profunda inspiración. Creía que jamás tendría oportunidad de acercarse a la misteriosa egipcia y acababa de recibir una invitación acompañada de un presente. Le molestó que diese por hecha su aceptación, pero no pensaba renunciar a semejante privilegio. Reclamó a voces la presencia de Neitín.

—¡Neitín!, ¿dónde te has metido?

Estaba contento, comenzó a danzar entre las columnas del peristilo.

—Dómine ¿Qué te ocurre?, ¿te encuentras bien?

—¡Cómo nunca!, muchacha.

La hizo danzar a su lado. Apenas fueron dos giros. «Un comandante del ejército de Aníbal Barca —pensó— bailando con una sierva». La soltó, el impulso casi acaba sumergiéndolo a Neitín en el *impluvium*. Avergonzado, buscó un pretexto para librarse de su presencia.

—Tráeme un trozo de pan con aceite. ¡Aprisa! —gritó enfadado.

—¡Dómine...!, ¡enseguida!

Salió corriendo. El repentino enfado de su amo lo causaba otra mujer, parecía claro. El olor a sándalo del cofre, aquella túnica, la repentina alegría de Garnik..., eran pruebas irrefutables.

Kara, al verla llorar, imaginó el motivo.

—¿Qué te ocurre ¡chiquilla!? Es por el amo, ¿verdad?

—¡¡¡Sí!!!

Entre sollozos relató la escena del peristilo.

—Debes olvidarlo, solo eres una esclava.

Garnik, sentado en el jardín, contemplaba un rosal. Neitín dejó el pan y una jarrita con aceite sobre la mesa.

—Prepárame el baño.

Finalizaba el baño cuando Neitín le dio el aviso. Una esclava preguntaba por él. Recogió el papiro que llevaba Anir y salió para acompañar a Cassia hasta el puerto. Durante el trayecto no podía dejar de pensar en la cita de la hora nona con Zenekh.

NEITÍN

Cassia espiaba la llegada del invitado. Un detalle había despertado su interés, con regularidad veía entrar comensales a la zona reservada, pero nunca vio salir a ninguno. Llegó a pensar si tendría otra salida por donde se marchaban. Descubrió una circunstancia inquietante, los convidados de Zenekh no tenían familia en Sagunto, si alguno desaparecía, nadie lo echaría de menos durante mucho tiempo.

En el pasado, cuando Anir vivía, intentó en varias ocasiones entablar conversación sobre ese detalle, pero él siempre se negaba. Las andanzas de Zenekh no eran asunto suyo —decía, si ella lo mencionaba—. Tenían suficientes motivos para vivir con el corazón en un puño, sin necesidad de mezclarse en devaneos ajenos.

Recordaba, como si la estuviesen teniendo en ese instante, una conversación que mantuvieron el mismo día de su muerte.

—*Los invitados de Zenekh se quedan allí, estoy segura —le decía, señalando hacia la parte prohibida—. Tengo miedo.*

—*¿Por qué dices eso? —contestó él.*

—*Ninguno sale, tampoco lo hicieron los obreros del sótano. ¿Cuándo se fueron? ¿Tú los viste?*

—*Ya hemos hablado sobre ese asunto. Si te descubre espiándola, pondrás en peligro nuestra seguridad y la misión.*

Mientras Anir estuvo vivo le impidió investigar, pero ahora que había muerto no podría disuadirla.

A la hora nona Garnik subió al palanquín, admiró la calidad de las telas que ocultaban a sus ocupantes de miradas ajenas. Egipto era una gran incógnita, pensó que algún día deberían conquistarlo. Dos esclavas vestidas con extraños atuendos le aguardaban en su destino.

El suelo de la villa de Zenekh estaba cubierto por esteras. Lo invitaron a descalzarse en el vestíbulo, atravesaron el peristilo entrando en una sala saturada de un aroma desconocido. Las dos esclavas desaparecieron.

Extraños dibujos, mujeres y hombres con cabezas de animales, decoraban las paredes. Ocupaba el centro una mesa adornada por un ave fantástica con vistosos colores en la cola. A su alrededor vio bandejas conteniendo: dátiles, pasas, alimentos fríos; un recipiente repleto de nieve junto a un cuenco lleno de un líquido blanco.

Lo esperaba Zenekh cubierta con una túnica casi transparente. Unos trazos negros en los ojos remarcaban su exotismo. Completaba su atuendo un peinado imitando los cuernos de una vaca, rematado por un disco de oro a semejanza del sol. A Garnik le recordó el sello de la invitación. Estaban solos, su anfitriona fue hacia él.

—Yo, Zenekh Amenemhat, sacerdotisa de Hathor, Diosa protectora de la música, el placer y la fertilidad; te recibo en su morada.

Aparecieron dos esclavas ataviadas como Zenekh, a excepción del peinado. Una cinta púrpura les sujetaba el pelo. Le hicieron tumbarse sobre un diván, con la mesa constituían el único mobiliario. Lavaron sus pies, le despojaron de la túnica, untaron su cuerpo con ungüentos perfumados, colocaron en su cabeza un tocado con alas de halcón y un disco de oro similar al de

su anfitriona, cuando terminaron desaparecieron de su vista. Zenekh habló:

—Fuiste valiente defendiendo a mi esclava, quiero mostrarte mi agradecimiento. Esta noche encarnarás al divino Hor. Yo seré Hathor, su esposa. Confía, vivirás una experiencia inolvidable. Ahora reclinémonos, alimentemos nuestros cuerpos mortales.

Garnik obedeció, se recostó cuidando no hacer ningún sonido que perturbase la magia del salón. Reaparecieron las dos esclavas llevando, una tras otra, bandejas con manjares desconocidos. Mantenían su copa llena con un néctar de sabor dulzón. Guardaba silencio, confundido, flotando en un sueño junto a la egipcia, tratado como un ser superior; sin imaginar las sorpresas que le depararía aquella velada.

Zenekh no habló mientras comieron, solo lo miraba de forma enigmática. Retiraron los alimentos, desaparecieron las sirvientas, quedó solo con su anfitriona.

—Hor, mi amado esposo, la configuración de los astros es favorable para concebir. Tu semilla regará mi vientre esta noche, en él se formará el vencedor de la serpiente Apep.

Tras pronunciar esas palabras se desprendió de su túnica, situándose a horcajadas sobre él. Garnik estaba en trance, incapaz de discernir.

Cuando Neitín lo vio salir de noche, subirse en el palanquín de Zenekh llevando aquella ridícula túnica, supo que la extranjera iba a entrometerse, arruinando sus sueños. «¿Cómo voy a competir yo, una simple esclava, con la mujer más deseada de Sagunto?», pensaba. No pudo dormir, durante toda la noche estuvo agitada, dando vueltas sobre la esterilla, maldiciendo su desgracia. Transcurrió el día siguiente, Garnik seguía sin regresar. Su desesperación y rabia se volvieron insoportables.

Debía averiguar los motivos de tan larga ausencia, pero presentarse en aquella villa, preguntar por él..., estaba descartado. A una esclava no le darían información. Si Garnik se enteraba se enfadaría, por curiosear en sus andanzas. No soportaba aquella incertidumbre. Poniéndole la correa a Zoro, le dio a oler una prenda de su amo; el perro encontraría su rastro, la conduciría hasta él. No se equivocó, llegaron al domicilio de Zenekh. Lloraba de rabia, cuando desde una diminuta ventana escuchó una voz.

—¡Acércate!

Fue hasta el ventanuco conteniendo el llanto.

—¿Qué quieres?

—¿Qué haces con Zoro?

El perro reconoció la voz, gemía, daba saltos intentando llegar hasta el ventanuco.

—Es el perro de mi amo, lo estoy buscando.

—Está aquí, invitado por Zenekh, mi ama. Corre un grave peligro. Vete antes de que te descubran, yo lo cuidaré.

—¡Tú!, ¿por qué he de confiar en ti?

—Me salvó la vida cuando... —Un sollozo quebró la frase—. Me he ocupado de él, no acabará como los otros.

—¿Otros?, ¿qué les pasó?

Se escucharon ruidos, una voz llamó a Cassia.

—¡Rápido!, aléjate.

Regresó temiendo lo peor. «¿Qué habrá querido decir, con eso de que corre peligro?», pensó. Ya de regreso, al pasar frente al dormitorio de Garnik, tuvo un impulso repentino. Entró, registró el escritorio, cogió con dedos temblorosos la nota de Zenekh. Estaba escrita en griego. Siguió revolviendo. Encontró dibujos, anotaciones en idioma púnico. Reconocía los caracteres, aunque no supo interpretar su significado. Los dibujos correspondían a las murallas, señalaban

algunos puntos, características de la costa... Rabiosa cogió los papiros, salió dispuesta a denunciarlo. Sería de ella o de nadie más, mucho menos de una puta egipcia.

Garnik despertó envuelto en silencio, desnudo, aterido; tumbado sobre un lecho duro, frío, rodeado de oscuridad. Se golpeó la cabeza al intentar incorporarse. Sus manos palparon un hueco con paredes de piedra, demasiado estrecho. «Un sepulcro. ¡Es una tumba! Me han enterrado vivo», el pensamiento lo dejó paralizado por el pánico. Comenzó a pensar cómo podría escapar. Su primer impulso fue empujar la losa, para su sorpresa se movió, muy poco, pero lo hizo. Casi dio un alarido de alegría al comprobarlo. Era muy pesada y él estaba débil, pero si actuaba con calma podría salir. Ese pensamiento le dio las fuerzas necesarias, tras varios intentos consiguió dejar libre el espacio justo para escapar.

Una vez fuera del ataúd intentó incorporarse, las piernas se negaban a mantenerlo erguido, perdió el equilibrio, se vio obligado a aferrarse a la losa. Tenía náuseas, dolor de cabeza, la visión borrosa. Con gran esfuerzo consiguió incorporarse. Avanzaba tambaleándose, apoyado en la pared de piedra, tan húmeda que trajo a su memoria el túnel de barro. Una débil luz lechosa llegaba desde algún punto indefinido. Tuvo un escalofrío, estaba aterido, débil, sintió miedo. ¿Dónde estaba? ¿Cómo llegó hasta aquel lugar? La cabeza le daba vueltas, tenía la mente espesa, consiguió calmarse y razonar. Zenekh debió suministrarle alguna droga.

Comenzó a percibir el entorno con más claridad. El rayo de luna que penetraba por un ventanuco situado casi en el techo, iluminaba las paredes de piedra desnuda. Olía a tierra húmeda, pensó que estaría en un sótano. Nada le ayudaba a comprender como llegó hasta allí. Dando traspiés avanzó hacia la luz, todo a su alrededor eran paredes de piedra, ninguna puerta. Ascendió por una angosta escalera, encontrándose en un espacio estrecho que apenas le permitía moverse. El ventanuco estaba demasiado alto, imposible alcanzarlo.

Una escalera hasta un minúsculo espacio sin salida, carecía de lógica. Debía existir una forma para escapar, tenía que encontrarla. Empujó las paredes, golpeó..., sin conseguir nada. Se sentó en el suelo desfallecido, intentando pensar. Al firmar la espalda contra el muro notó una irregularidad, ascendía desde el suelo hasta casi el techo, podía ser una puerta disimulada. Se incorporó de un salto, la examinó de nuevo, esta vez más despacio, palpando minuciosamente cada porción de pared localizó una grieta vertical casi imperceptible. Comenzó a empujar, un trozo de pared cedió, forzó hasta dejar el espacio suficiente para facilitar el paso de un cuerpo.

Se encontró en el mismo salón donde cenó con Zenekh. Comenzaba a comprender, todo habían sido alucinaciones producidas por el néctar de extraño sabor que le daban a beber con insistencia. Vio muebles destrozados, enseres revueltos, allí se había desarrollado una escena violenta.

Casi a tientas atravesó el peristilo, salió a la calle. El fresco nocturno le ayudó a despejarse. Seguía desnudo, pero renunció a regresar, se dirigió a su domicilio por las calles solitarias. Amanecía cuando llegó. Golpeó la puerta, solo respondió el silencio. Insistió, aporreando más fuerte. Escuchó a Neitín desde el otro lado.

—¿Quién llama? —su voz denotaba miedo.

—¡Abre!, soy Garnik.

Sonaron cerrojos, la puerta se separó lo justo para dejarlo pasar.

—¡Dómine!, ¡qué alegría tenerte aquí! ¡Estás helado!, debes entrar en calor o caerás enfermo. —Cerró, sin aguardar contestación se fue corriendo, regresó con una manta—. Abrígate mientras te preparo el baño. El agua caliente te sentará bien.

Conforme la temperatura de su cuerpo se fue normalizando aumentaron los interrogantes sobre el suceso del que fue involuntario protagonista.

—Ya tienes mejor cara. Desperté a Kara, está preparándote un caldo.

—¡Espera!, estoy desorientado. ¿Cuántos días han transcurrido?

—Cuatro, dómine. Te creíamos muerto.

—¿Muerto?

—Sí, dominé. Los descubrimientos en el domicilio de la egipcia nos hicieron pensar que eras otra de sus víctimas.

—No te entiendo, explícate.

—Al día siguiente de irte, encontraron fuera de las murallas a un esclavo de Zenekh junto a tres guardias, llevaban muertos varios días. El siervo, según las habladurías, era un espía púnico. Se armó mucho revuelo, comenzaron a circular rumores sobre un ejército cartaginés. Registraron la villa de Zenekh, encontraron cosas espeluznantes, unos hombres de tez oscura y varios ciudadanos estaban convertidos en momias; también hallaron pruebas comprometedoras. No eres el único espía.

—¿¡Cómo has dicho!? —pregunto alarmado.

—Tranquilízate. He puesto tus notas en lugar seguro.

—Entonces, ¿tú sabías...?

—Algunas noches hablabas en sueños, lo hacías en púnico. Cuando tuve la seguridad de que estabas con Zenekh sentí unos celos horribles. Buscando su nota en tu dormitorio encontré documentos comprometedores. Despechada, salí dispuesta a denunciarte. Os maldecía a los dos.

Él reaccionó distinto a como esperaba.

—Si me denuncias, puedes conseguir tu libertad.

—Sí, dómine, lo sé. Fue un arrebato, un ataque de celos, nunca te haría daño.

—¿Por qué me proteges?

—Ya te lo he dicho, nunca te haría daño.

—Comprendo. Estás agradecida porque te compré y curé tus heridas.

—Dómine, no comprendes nada.

Se tapó ocultando las lágrimas, salió del baño corriendo. Entró Kara llevando un cuenco con caldo caliente, una túnica limpia y unas sandalias. El agua caliente hizo reaccionar a Garnik. La temperatura invitaba a permanecer al aire libre, quería hablar con Neitín.

—Kara, estoy hambriento, dile a Neitín que me traiga fruta y una copa de vino al jardín.

Neitín acudió llevando el refrigerio, tenía los ojos rojos, hinchados por el llanto. Se quedó plantada frente a Garnik, esperando instrucciones.

—Ven —le dijo—. Siéntate a mi lado. Cuéntame todo lo ocurrido en relación con Zenekh y mi desaparición.

Neitín le refirió cómo fue a buscarlo con Zoro, la conversación con aquella mujer a través del ventanuco, los documentos comprometedores... Se ruborizó al confesar su primer impulso.

—Al día siguiente vino esa mujer. Me dijo que Zenekh hacía cosas horribles a sus invitados. Iba a denunciarla, había preparado papiros implicándola en una trama de espías, los encontrarían cuando registraran su villa. Desconocía dónde estabas, pero había rebajado las drogas que te suministraron, debías estar vivo.

—¿Algo más?

—Se iba en la barca, dijo que lo entenderías.

—¡Ah!, muy bien.

—Al atardecer llegaron noticias, habían arrestado a Zenekh acusándola de espiar para los cartagineses, temí que tú corrieras su misma suerte. Cuando anocheció fui a su villa, la puerta estaba abierta, el interior revuelto, te llamé, nadie contestó. Arrastre a Zoro, se negaba a

separarse de aquella casa, tuve que atarlo o hubiese regresado. Oculté tus documentos en lugar seguro, pero el otro asunto me tenía en vilo.

—¿El otro asunto? ¿Puedes explicarte?

—Me refiero a los hombres que encontraron convertidos en momias. Según dicen, es un ritual africano con sacrificios humanos. Creímos que eras una de sus víctimas, pero por fortuna has regresado sin daño.

El relato esparció luz sobre su estancia en casa de Zenekh. Su invitación tenía el único objetivo de convertirlo en otra víctima. Ahora comprendía el ceremonioso recibimiento, el lavado de pies, los ungüentos, la túnica y el curioso tocado colocado sobre su cabeza. La copa debía contener una droga, Cassia consiguió rebajarla, por eso no lo mató, aunque le hizo dormir casi cuatro días.

—Con el baño y el caldo me encuentro mejor. Mañana me marcharé de Sagunto, pero antes te daré la libertad. Tú, a cambio, me devolverás mis anotaciones.

—Preferiría continuar sirviéndote. Una liberta, sin un señor al que servir, es una condición poco atractiva.

—La vida a mi lado es difícil.

—Te serviré bien, tú me cuidarás.

—Ahora intentaré dormir, cuando despierte nos iremos. Prepara un equipaje ligero, recuerda mis anotaciones.

Durmió mal pese a estar cansado. Deseó a Zenekh desde el momento que la vio, su anhelo casi lo mata. Ahora sus pensamientos eran para otra. En su rostro se insinuó una sonrisa al recordar el contraste de sus ojos verdes con el pelo rojo. «¿Cómo estuve ciego durante tanto tiempo?, si mi corazón late por ella», pensó.

Neitín lo dejó dormir hasta bien entrada la mañana. En dos bultos poco voluminosos había preparado las prendas indispensables, más un zurrón conteniendo bellotas, higos secos y castañas.

—Dómine, debemos marcharnos. Es peligroso continuar aquí.

—¿Dónde has puesto mis notas?

—Las llevo cosidas en el interior de mi túnica. Ahí estarán a salvo si nos registran.

—Muy bien. Voy al establo por las mulas.

Regresó con tres caballerías. En una cargaron impedimenta, en las otras montaron ellos. Salieron sin contratiempo, emprendiendo el camino hacia Qart Hadasht.

Habían transcurrido dos días desde que marcharon de Sagunto, cuando vieron una enorme polvareda que se acercaba por el sudeste.

—Es el ejército cartaginés, en cuanto los saguntinos lo adviertan cerraran las puertas.

—¿Qué harás conmigo?

—Hablaré con el general Aníbal, le entregaré mi informe y le pediré licencia para llevarte a Qart Hadasht. Allí serás libre.

—Has arriesgado mucho en Sagunto, no regreses. Si te ocurriera algo... No quiero pensarlo.

—Hice un juramento de fidelidad. Ignorarlo sería indigno, no podría vivir llevando esa losa sobre mi conciencia.

—Haz lo correcto, pero ten cuidado.

—Nos esconderemos hasta dejar pasar la vanguardia del ejército, un encuentro con las avanzadillas entrañaría mucho peligro. Primero matan, luego indagan.

Se alejaron de la columna armada, buscaron refugio en un cerro cercano, entre unos

pinos. Se internaron en los árboles, ataron las mulas y se sentaron a esperar. El emplazamiento constituía una plataforma privilegiada para ver desfilar las tropas cartaginesas.

Marchaba en primer lugar un contingente de caballería númida, jinetes de piel de ébano sobre caballos de poca alzada, briosos y veloces. Cubrían el terreno por donde pasarían las demás unidades. Sus corceles caracoleaban describiendo amplios círculos, despejando la ruta para el resto del ejército. Tras ellos, la infantería, una gigantesca amalgama integrada por contestanos, edetanos, vacceos, turdetanos, oretanos..., a cambio de un estipendio o de la recompensa del saqueo, luchaban junto al invasor africano.

Garnik señaló un grupo considerable, sus integrantes marchaban a pie, algo retrasados. Vestían una túnica sin ningún tipo de protección, un zurrón les colgaba del hombro, en sus cinturas, tiras de cuero enrolladas.

—¡Mira! Son honderos baleares. Van sin armadura, ni armas. Te preguntarás cómo pueden luchar así.

—Sí, ¿cuál es su papel en una guerra?

—Con esas tiras lanzan pequeños proyectiles con la fuerza suficiente para penetrar armaduras. Son los primeros en entrar en combate, hostigan al ejército enemigo causándole muchas bajas, antes del choque entre las infanterías.

—¿Aquellas bestias?

—¿Nunca habías visto elefantes?

—No, pero he oído hablar de ellos.

—¿Ves las cestas sobre sus lomos?

—Sí, las distingo.

—Los elefantes son armas temibles. Siembran el pánico, pisotean enemigos. En las cestas van guerreros, lanzan dardos y flechas.

—Aquel, el de la armadura brillante. —señaló a un jinete delante de los elefantes. — Debe ser alguien importante. ¿Lo ves?

Garnik lo reconoció. Aníbal cabalgaba rodeado por su guardia, otro jinete llamó su atención. Llevaba el pelo largo, recogido en una cola desde la coronilla, el torso cubierto con pieles. Casi al instante supo quién era.

Sintió un peso en el estómago ante la posibilidad de volver a verla. Los latidos golpeaban en su garganta con fuerza. Neitín detectó el cambio, se intranquilizó, a falta de otro lazo seguía considerándolo su amo.

—¡Domine!, ¿qué te ocurre?

—No me llames así. Eres libre.

—No puedo evitarlo, pero dime, ¿qué te ocurre? Señalé a ese jinete y te cambio el semblante, como si hubieses visto a un fantasma.

Quiso tranquilizarla con una sonrisa, pero decidió desvelarle la causa de su zozobra.

—El jinete de la armadura dorada es Hanni Ba'al, aunque romanos e íberos pronuncian Aníbal. Es el general que manda los ejércitos de Cartago —dijo, sin poder ocultar su admiración hacia el personaje, luego prosiguió—. También he visto un fantasma, como tú la has definido acertadamente. El jinete que lleva el pelo recogido en una cola...

—Sí, uno que cubre su cuerpo con pieles.

—Es una mujer. Tiempo atrás, pudo haber existido una relación entre nosotros.

Volvió a sonreír, ella mostraba señales de aflicción.

—¿La sigues amando?

Solo fueron tres palabras en un hilo de voz, suficientes para que Garnik comprendiera.

—Solo conservo aprecio hacia ella. Sigue siendo especial, pero ya no vive en mi corazón. Lo ha cautivado otra mujer. ¿Te gustaría saber quién es?

—Sí, quisiera saberlo.

Estaba tensa. Las manos cerradas sobre la túnica, le blanqueaban los nudillos.

—La conocí en Sagunto, sujeta a una colum...

No pudo terminar la frase. Neitín se arrojó en sus brazos, unieron sus labios. En aquel cerro, a poca distancia del ejército cartaginés, se amaron por primera vez. Neitín se sintió libre para querer, de igual a igual, a quien mandase su corazón. Permanecieron un buen rato abrazados, prodigándose caricias.

—Seguiré llamándote amo, lo eres de mi corazón.

—¡Ja, ja, ja!, te creerán mi esclava si lo haces. Tendrías problemas, muchos piensan que todas las esclavas deben obedecerlos.

Los elefantes estaban enfrente, Neitín admiró el impresionante porte de las bestias. Un macho, como si hubiese advertido la fascinación que despertaban, lanzó un barrito cuyo eco se convirtió en una terrible amenaza para quienes se interpusieran en su camino.

—Ahora hemos de ir ante Aníbal, para entregarle los documentos. ¿Me los das?, o ¿prefieres mostrárselos prendidos en la túnica?

Garnik reía divertido. Era sumamente feliz, como nunca lo había sido.

—Eres tonto, aunque tal vez tengas razón. Me la quitaré ante él, entregándosela con los papiros.

—¡Ja, ja, ja!, ni se te ocurra. Podrías despertar la lujuria en algún elefante macho. ¡Ja, ja, ja!

Entre bromas y risas Neitín le entregó los documentos. Tomaron las riendas y comenzaron a descender a pie.

—Camina a mi lado, muéstrate tranquila. Los guerreros de los flancos son muy suspicaces con los desconocidos.

Apenas salieron de los árboles se escucharon gritos de alarma, varios jinetes corrieron hacia ellos. Garnik se detuvo, indicó a su compañera que se mantuviese a su espalda.

Levantó ambos brazos gritando.

—Soy Garnik, comandante de la guardia de Aníbal. Llévame a su presencia.

Los rodearon sin deponer su actitud hostil. Uno le habló en un idioma desconocido. Garnik insistió.

—Soy comandante de la guardia personal de Aníbal. Llévame ante él inmediatamente.

El jinete contestó con torpeza en el idioma púnico.

—¿Tú, comandante? ¡Ja, ja, ja! —Un coro de risas acompañó al que parecía mandarlos —. Tú, gracioso.

Soltó una parrafada en su idioma, los otros rieron divertidos, luego, echaron pie a tierra, se acercaron con las espadas desenvainadas. Garnik tiró de la suya. Neitín se cobijó tras él, sujetó las riendas cubriendo sus espaldas con las mulas. «Una muerte estúpida —pensó Garnik—. Nunca pensé que serían los míos». Se puso en guardia esperando, eran demasiados para escapar vivos. Tuvo una idea repentina, difícil que funcionase, pero era la última posibilidad.

—¡¡¡Cartago!!! ¡¡¡Cartago!!! ¡¡¡A mí, Cartago!!!

Puso en aquellas exclamaciones toda la fuerza de sus pulmones. Surtió efecto, se escuchó una voz desde la columna y un jinete se acercó al galope. Los agresores se detuvieron, aunque su actitud seguía siendo beligerante, tampoco Garnik se relajó. El jinete echó pie a tierra interponiéndose entre la pareja y sus atacantes. Tras cruzar unas palabras, los que controlaban los

flancos se retiraron.

Kissa miró de hito en hito a Neitín, luego se enfrentó a Garnik. Guardaban silencio, como si ambos estuviesen dándose un tiempo, esperando saber cuál era la reacción de sus propios sentimientos. Él habló primero.

—Tu llegada ha sido muy oportuna.

—No debiste desenvainar.

—Me identifique, pero nos iban a atacar.

—¿Quién es esa?

Señaló a Neitín con gesto despectivo. Garnik pensó que, si eran celos, cómo parecía, podían surgir complicaciones. Hizo un intento por establecer concordia entre las dos.

—Me salvó la vida, ahora viene conmigo. Le vendría bien una amiga; a ti, tampoco debería irte mal contar con otra, si lo permiten tus compañeras.

—¿Mis compañeras? ¿Lo desconoces?

—¿El qué?

—Cayeron en Arbocala. Solo quedamos dos.

—Lamentó habértelo recordado.

—¡Vamos!

Una vez en presencia de Aníbal, Garnik entregó las anotaciones, respondió a todas las cuestiones. El general le entregó una armadura y un caballo de guerra.

—Un comandante de mi ejército no debe vestir como un vulgar comerciante.

Le pasó un brazo sobre los hombros. Ese gesto les mostraba a todos su aprecio y el respeto con el que debían tratarlo.

—Me honras demasiado. Estaré en permanente deuda contigo.

—Cabalarás a mi lado. Kissa es ahora la comandante de mi guardia. Te buscaré un destino acorde a tus merecimientos, mientras tanto, serás mi consejero.

EL SENADO ROMANO

Reunido el Consejo de Sagunto, trataba sobre los movimientos del ejército cartaginés. Sícoris, puesto en pie, levantó un brazo solicitando el uso de la palabra. La apertura de su túnica resbaló dejando al descubierto su hombro derecho y parte del tórax. Sonrió satisfecho, le gustaba exhibir sus músculos ante sus conciudadanos.

Proreus, el consejero de más edad, presidía la asamblea esa tarde. Le dolía la cabeza, algo martilleaba sus sienes con furia desmedida, como si pretendiese reventarle el cráneo. Se alegró al ver el gesto del herrero. Su discurso sería aprobado mayoritariamente, como casi siempre ocurría si se trataba de asuntos bélicos. Podría retirarse a su villa para acostarse en completa oscuridad, la única forma de sentir algún alivio.

Los consejeros estaban divididos en dos facciones: el grupo mayoritario integrado por partidarios de la alianza con Roma; los otros, opinaban que las legiones estaban demasiado lejos y el ejército púnico muy cerca. Desde la reciente purga llevada a cabo sobre los partidarios de Qart Hadasht, se mostraban poco dispuestos a exponer sus pareceres, sabiendo que esa simpatía ponía sus vidas en peligro.

Sícoris comenzó su discurso sin aguardar a que Proreus le concediese el uso de la palabra.

—El general Aníbal Barca ha convertido la agresión en su forma de hacer política, como su padre. Helmántica, Arbocala, Althia, han caído. —Hizo una pausa, esperando que sus palabras calasen en el ánimo del auditorio, luego continuó.

»Os pregunto, ¿esperaremos confiados en nuestros muros?, o, ¿exigiremos a Roma su compromiso de acudir en nuestra defensa? Esas son nuestras opciones.

La respuesta fue un vocerío discordante. El herrero permanecía impassible, aguardando el regreso de la calma para continuar su alegato. Se iban apaciguando las voces, Lampón elevó la suya por encima del tumulto, antes de que el herrero retomase su discurso.

—¿Hemos de contribuir a romper la paz que tanto nos conviene? Si Roma y Cartago se enfrentan por Sagunto, nosotros seremos los únicos en sufrir las consecuencias. Fuere cual fuere el resultado.

Cesaron las voces. Un debate entre el herrero y el comerciante más rico de Sagunto, siempre era bienvenido. Proreus comprendió tarde su error, las disputas verbales entre aquellos dos solían alargarse más de lo que su dolor de cabeza consideraba razonable.

—Lampón intenta confundirnos. ¿Quién rompe la paz? El cartaginés ha movilizado su ejército. Tras sus campañas, Sagunto se ha convertido en una isla rodeada de enemigos. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que acampen frente a nuestras murallas? ¿No es suficiente el descubrimiento de la espía egipcia, para convencerlos del peligro?

Adelantándose al griterío que seguía a las intervenciones de Sícoris, Lampón contestó.

—Sícoris es un buen herrero. Todos conocemos la calidad de sus espadas, la agudeza de sus puntas de flecha o jabalina, ¿qué otro adjetivo distinto al de magníficas, podríamos aplicar a sus armaduras? Su problema se llama paz.

»Si hay guerra, Sícoris ganará plata, vosotros pagaréis con vidas y haciendas. Pensad en vuestras familias esclavizadas, en las propiedades perdidas. ¿No es más inteligente continuar

engrandeciendo nuestra ciudad, en paz con nuestros beligerantes vecinos? Sagunto atrae por igual a cartagineses y romanos. Seamos inteligentes, trabajemos unidos para mantener la paz. Es la mejor forma para mantenernos libres y, sobre todo, vivos.

Un silencio lúgubre envolvió la asamblea tras el discurso de Lampón. Sícoris se incorporó de su asiento, soliviantado por las acusaciones que acababa de escuchar.

—Lampón es un rico comerciante. Todos admiramos su villa, los tejidos que cubren su cuerpo. Se alimenta con manjares prohibidos por su precio al resto de ciudadanos. Una prueba es su grueso vientre. Prefiere humillarse ante Cartago, para continuar enriqueciéndose. Sus negocios, recordad ese extremo, son su única preocupación.

Viendo al herrero con el rostro rígido, venas marcadas en el cuello, desprecio en sus ojos; Proreus temió que aquella disputa degenerase en una reyerta, pero los asistentes estaban más interesados en escuchar a los contendientes que en participar ellos mismos.

—Propongo someter a votación la opción de enviar representantes a Roma requiriendo protección —dijo Proreus, intentando zanjar el debate. Sin dar tiempo a otra intervención, golpeó el suelo con su báculo.

»¡Qué las manos alzadas decidan si se acepta mi propuesta!

Se aprobó por unanimidad, no fue necesario efectuar el recuento. Proreus continuó.

»De aquí a tres días, Lampón y Sícoris, o quienes ellos acuerden en su representación, partirán con los legados romanos Cneo Marcio y Numerio Fabio que regresan a Roma. Tanto Sícoris como Lampón representarán a Sagunto. Explicarán nuestra situación, solicitando ayuda. Mientras tanto, se designará una comisión para comprobar el estado de las defensas y el aprovisionamiento de víveres, por si el cartaginés decidiera atacarnos. Sin más asuntos, esta asamblea queda disuelta.

Proreus se escabulló con dirección a su vivienda, para tumbarse en el lecho e intentar dormir, antes de que su cabeza reventase en mil pedazos.

Aunque el resultado podía considerarse favorable a los deseos del herrero, Lampón huyó en dirección contraria, temía una reacción violenta de su oponente. Al día siguiente enviaría a un liberto para tratar el asunto del viaje, ahora lo más urgente era regresar a su villa sin sufrir daño.

Sícoris se consideraba vencedor en la disputa con Lampón, algo poco habitual. Viajaría a Roma, cumpliría su viejo deseo, conocería la ciudad que dominaba el mundo; podría dirigirse directamente a los senadores romanos. Desde hacía tiempo esperaba un conflicto, tenía en el almacén suficientes armas y corazas, veía el viaje como un merecido descanso. Si conseguía que Roma entrase en guerra con Cartago, habría hecho un magnífico negocio.

Lampón desistió de designar un liberto para representarlo. Tal como dispuso el Consejo, los dos emisarios embarcaron en un birreme rumbo a su ciudad aliada. Cuando llegaron al puerto de Ostia, antes de desembarcar, Numerio Flavio citó en cubierta a los saguntinos.

—Transmitiremos vuestra petición de audiencia. Es cuánto podemos hacer. Cuando tengáis alojamiento, debéis comunicar vuestra dirección en la conserjería del Senado y esperar.

Sin aguardar contestación, acompañado por Quinto Bebio, atravesaron la pasarela y subieron a una litera que aguardaba en el muelle. Los saguntinos se quedaron cortados ante aquel comportamiento descortés.

—Escucha, Sícoris. Viendo la actitud de esos dos, sería inteligente presentar un frente unido, dejando a un lado nuestras diferencias.

—Admite tu derrota, apoya mis argumentos, abandona de una vez tus preferencias por Cartago.

—No te confundas, mi única preocupación es nuestra ciudad. Si en el pasado apoyé a

Cartago, fue debido al peligro que representa la cercanía de su ejército, en comparación con el de Roma, pero el debate sobre ese asunto terminó. Ahora es urgente evitar un enfrentamiento armado. Necesitamos que las legiones aparezcan cerca de Sagunto. Única forma de contener al cartaginés.

—Expón tus argumentos, yo defenderé los míos y los dioses decidirán.

—Somos dos extranjeros en busca de ayuda. Insisto, deberíamos permanecer juntos por el interés de Sagunto.

—Puedes acompañarme. Somos rivales, pero nadie te hará daño si permaneces bajo mi protección —respondió con claras muestras de desprecio.

Lampón zanjó la conversación para que no degenerase en una disputa.

—Me alegra escucharte. Ahora, si te parece bien —dijo en tono conciliador—, deberíamos seguir las instrucciones de Numerio Flavio.

—¡Vamos, desembarca! busquemos un alojamiento decente.

Pese a cumplir las instrucciones del legado romano, habían transcurrido veinte días sin recibir citación del Senado. La confianza de Sícoris en sus aliados comenzaba a resquebrajarse. Se mostraba furioso con Roma por no tomarse en serio la situación de Sagunto. Cuando fueron citados, Quinto Bebio los aguardaba en la antesala.

—Veréis un reloj de arena. Un ujier lo girará, solo entonces comenzará vuestra intervención. Mientras caiga arena podréis hablar; puede hacerlo uno o repartiros el tiempo. Os aconsejo que seáis concisos. Si el tiempo se ha agotado, no se os ocurra continuar, os acusarían de desacato. Las penas para los extranjeros son muy severas. ¡Estáis advertidos! ¡Seguidme! —Llegaron a una sala abarrotada.

»Esperad aquí, os llamarán cuando los *pater conscripti* puedan escuchar vuestras súplicas.

—¿Súplicas?! —exclamó Sícoris.

El romano se fue sin contestar.

—Fue decisión del Consejo que viniésemos los dos. Debemos repartirnos el tiempo que nos concedan —dijo Lampón.

—Sí, estoy de acuerdo. Habla tú en primer lugar —contestó, adjudicándose el último turno. Pensó que así sus argumentos tendrían más peso.

Les sorprendió la parquedad de la estancia, habían imaginado un espacio imponente; encontraron una sobria nave de mármol blanco. Los situaron en el punto desde donde debían hablar; sin ninguna explicación el ujier giró el reloj, la arena comenzó a deslizarse. El tiempo que Roma asignaba a sus aliados era escaso, Lampón comenzó, debía ser breve para darle a Sícoris la oportunidad de expresarse.

—Distinguidos senadores. Sagunto está sometido a constantes agresiones de pueblos aliados de Cartago, su ejército ataca las ciudades que no se pliegan a sus exigencias. Estamos en peligro, solicitamos el auxilio pactado en nuestro acuerdo.

Sin más, dio un paso atrás cediendo la palabra a Sícoris. El herrero miró de soslayo el reloj de arena. Comenzó su discurso sin ningún complejo.

—Los pactos firmados deben respetarse. Exigimos a Roma el cumplimiento de los compromisos recogidos en nuestro acuerdo. Aníbal piensa atacar Sagunto, vuestros legados han podido comprobar las maniobras del cartaginés. Roma debe tomar la iniciativa, expulsarlos hacia África, de donde nunca se les debió permitir salir.

Lampón se aferró al brazo de su compañero en el instante que el último grano de arena ponía el punto final a su tiempo. El herrero lo fulminó con la mirada, pero el gesto surtió efecto y

dio por terminada su intervención. Tomó la palabra el cónsul que ese día presidía el Senado.

—Os hemos escuchado. El Senado tratará vuestro asunto, cuando se haya tomado una resolución se os comunicará el veredicto. Podéis retiraros.

A un gesto del cónsul, cuatro lictores rodearon a los saguntinos escoltándolos hasta el exterior. Una vez en el foro, Sícoris se encaró a su compañero.

—No me vuelvas a interrumpir; mucho menos, a ponerme tus manos encima.

—Cálmate, nuestro tiempo había finalizado. Nos advirtieron, si hubieses continuado ahora estarías en una celda.

Sícoris comenzó a caminar a grandes zancadas, obligando al comerciante a trotar para mantenerse a su altura.

Transcurrieron otros tantos días hasta que fueron citados para escuchar el veredicto del Senado.

El cónsul se dispuso a comunicarles la resolución acordada por Roma.

—Enviaremos embajadores para advertir al general cartaginés y a Cartago de nuestra protección sobre Sagunto. Deben abstenerse de realizar cualquier maniobra hostil.

Mientras terminaba de hablar, entró presuroso un lictor llevando un papiro enrollado, lo entregó al cónsul.

—Aníbal ha puesto cerco a Sagunto. Queda sin efecto nuestra resolución. El Senado debatirá el asunto con carácter de urgencia. Los senadores disponen de dos días para preparar sus intervenciones.

»Se cierra la sesión.

Sícoris estaba furioso.

—¡Dos días para preparar las intervenciones! —exclamaba sin tener en cuenta quién pudiera escuchar sus exabruptos—. Dicen ser nuestros aliados, pero cuando nos atacan, su reacción es aplazar los debates, en lugar de enviar sus legiones sin perder tiempo.

Transcurrían los días sin conocer ninguna resolución de sus aliados. Lampón comenzaba a sospechar razones ocultas en la actitud de los magistrados romanos. Tuvo ocasión de hablar a solas con Quinto Bebío. En Sagunto cultivaron una incipiente amistad, interrumpida en Roma por la presencia del impetuoso Sícoris.

—Quinto, es desesperante vuestra tranquilidad para afrontar la agresión que sufrimos. Si tienes alguna explicación, me gustaría escucharla.

—Apreciado Lampón, solo si me prometes no informar al bruto del herrero.

—Puedes estar tranquilo.

—La situación de las Galias no permite retirar efectivos, para enviarlos a Sagunto. Se van a formar nuevas legiones, pero serán inexpertas, mientras Aníbal tiene un ejército experimentado con recientes victorias. Hay partidarios de una declaración de guerra; otros, de la diplomacia, prefieren enviar embajadores; también hay defensores de atacar a Aníbal sin declarar la guerra. Esperemos un rápido acuerdo por el bien de tu ciudad, pero soy poco optimista.

Los presagios de Quinto Bebío se cumplieron. Roma reiteró su decisión de enviar embajadores a Sagunto, ordenando a Aníbal que se retirara. Si no obtenían el resultado deseado, se dirigirían a Cartago reclamando la entrega del general rebelde.

Lampón y Sícoris embarcaron junto a los embajadores romanos. La relación entre ellos pasaba por un periodo de calma. El comerciante se mostró conciliador desde el inicio del viaje, sin oponerse a las veleidades del herrero que pretendía humillar a su conciudadano tratándolo con excesiva condescendencia. Lampón vio a Sícoris solo, quiso limar sus desavenencias.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Hablar? Te he derrotado. Durante mucho tiempo quisiste situarnos junto a Cartago, pero has fracasado.

Lampón estaba dolido, ¿cómo semejante bestia podía haberlo vencido? Aquel bruto solo pensaba en ganar monedas vendiendo sus armas. No le importaba arrastrar a sus conciudadanos a una guerra de consecuencias desastrosas.

—Debemos pensar en Sagunto. Viendo tu actitud. ¿Cuáles serán las conclusiones de nuestros aliados? Te las digo yo. Dudarán de nuestra lealtad, sospecharán que podemos mudar nuestra decisión, inclinándonos hacia Cartago. Opinábamos distinto, pero a los dos nos preocupa nuestra ciudad. Tal como están las cosas, debe ser junto a Roma.

Sícoris desvió la mirada. Viéndolo inseguro, Lampón se sintió vencedor. Sí, el herrero había ganado, pero mostrándose derrotado acababa de darle una lección.

—Habla con claridad.

—Cartago nos ha atacado, es nuestro enemigo. Todo aquello que dije en su favor lo ha borrado su agresión. Debemos estar unidos. Desconfío de Roma, solo nos está ofreciendo palabras.

El herrero hizo un gesto de afirmación. Varios días más tarde, el birreme entraba en el puerto de Sagunto, vigilado por tropas cartaginesas. Los romanos entregaron un papiro para el general al mando. Aníbal se negó a recibirlos, alegó estar ocupado con el sitio de Arse, tampoco les garantizaba impunidad si decidían ir hasta su campamento. Los legados romanos embarcaron convencidos de lo inútil de insistir. Al amanecer del cuarto día su nave avistaba el puerto de Cartago.

Los vigías vieron una nave con las insignias de Roma. En el puerto esperaba una delegación del Consejo de los Trescientos. Recibieron a los embajadores con excesiva cortesía, los romanos se mostraron orgullosos, distantes. Cuando les dijeron que al día siguiente serían recibidos en audiencia por el Consejo de los Trescientos. Valerio Flaco exigió una convocatoria inmediata, amenazando con regresar a Roma en caso contrario. Una vez reunida la asamblea, el romano se expresó con dureza:

—Aníbal ha quebrantando el tratado de paz vigente. Exigimos el cese inmediato de las hostilidades, la entrega de ese general y una compensación de cien talentos de plata para Sagunto.

Ante el silencio hostil, Valerio Flaco regresó llevando consigo la negativa de Cartago a levantar el sitio de Sagunto. Cuando el representante romano se marchó, Hannón el Grande pidió intervenir.

—Os previne del peligro de confirmar al hijo de Amílcar como comandante general. Un joven ansioso de gloria que pone en peligro a su ciudad. Os prevengo, las murallas de Arse caerán sobre nuestras cabezas aplastándonos. Voto que Aníbal sea depuesto y entregado a Roma para responder por sus actos.

Los murmullos se extendieron. Consejeros partidarios en el pasado de la opción de Hannón, como comandante general del ejército, ahora lo abucheaban. Al acallarse las protestas, quisieron intervenir desde varios escaños. El primer sufete se apropió del turno.

—Esta asamblea otorgó al general Hannón el sobrenombre de Grande por sus magníficas victorias en África. Nuestra admiración por sus contribuciones a Cartago sigue viva, pero hoy se ha pronunciado hacia el general Aníbal con excesiva inquina. Los auténticos responsables del ataque son los ciudadanos de Arse. Esas son mis conclusiones.

Los vítores se desataron, casi todos los consejeros, puestos en pío, aplaudieron el discurso.

Sícoris y Lampón manifestaron el deseo de regresar a su ciudad. El birreme los desembarcó en las proximidades de Sagunto, reanudando el viaje rumbo a Roma. El herrero, buen conocedor del terreno, guio a su compañero. Amparados en la oscuridad nocturna consiguieron llegar hasta Sagunto. Informaron al Consejo del fracaso de su embajada y de las promesas de socorro recibidas del Senado romano.

EL SITIO

Días después de que Garnik y Neitín saliesen de Sagunto, los vigías divisaron las columnas de polvo que levantaba el ejército cartaginés aproximándose a su ciudad. Aníbal tomó posiciones frente a las murallas, ocupando superficies llanas. El relieve limitaba los sitios desde donde se podía efectuar un ataque con posibilidades de éxito.

En cuanto los manteletes estuvieron dispuestos, los arietes comenzaron a aproximarse a las murallas. La férrea resistencia saguntina, unida a las dificultades del terreno, impedían obtener progresos significativos. Los sitiados, envalentonados ante el fracaso de las sucesivas acometidas cartaginesas, se atrevían a salir a la descubierta, atacando a los servidores de los arietes. Durante una acometida, viendo en peligro las máquinas, Aníbal se lanzó con la infantería disponible para protegerlas. Kissa le gritó para que se mantuviese en retaguardia. Ante el fracaso de su intento, fue tras él con intención de protegerlo.

Desde las murallas, una lluvia de flechas, dardos y venablos cubría a los saguntinos mientras se retiraban. Kissa vio como una jabalina atravesaba un muslo de su general que caía derribado del caballo. Corrió hacia él sin considerar el peligro.

—¡Sujétala!, o te destrozará la pierna cuando te mueva —le dijo, mientras lo arrastraba lejos de los proyectiles.

Acudieron más efectivos, cubriéndolo con sus escudos. Una vez estuvieron a salvo, se detuvieron para atenderlo. Sangraba demasiado. Viendo a su general con la consciencia perdida, cundió el pánico. Los que lo rodeaban temían por su vida, sin que ninguno se atreviese a decidir cómo actuar. Garnik se hizo cargo de la situación.

—Sujetadlo, debe permanecer inmóvil. ¡Vosotros!, vamos a separar el virote metálico de la madera.

Con Aníbal tumbado bocarriba, clavaron contra el suelo la punta de la jabalina, inmovilizándola, luego, tras separar la madera, extrajeron el virote. Con un torniquete en la pierna herida, a lomos de un caballo, lo llevaron a su tienda.

Los médicos limpiaron, cosieron y vendaron. Mahar quedó convertido temporalmente en jefe del ejército, Garnik y Kissa estaban en la tienda.

—¿Cómo está? —preguntó Mahar.

—No podemos hacer más, solo esperar. Es una herida grave, ha perdido demasiada sangre, aunque su juventud y fortaleza son circunstancias favorables. Nos gustaría darte otras noticias, pero solo nos queda confiar en su naturaleza.

—Yo lo cuidaré —dijo Kissa.

—Traerán aquí tu litera. Estoy orgulloso de tu comportamiento. Serás recompensada —contestó Mahar.

La única recompensa que deseaba era permanecer a su lado para cuidarlo. Recordaba la trayectoria de aquella jabalina desde lo alto de las murallas. Por alguna extraña razón, de entre toda la lluvia de dardos y lanzas, solo esa captó su atención. Viéndola volar tuvo un mal presagio.

Una punzada en el pecho le hizo aceptar la realidad, por más que su cabeza se resistiera a reconocerla. El rincón de su corazón dónde Garnik permaneció esperando un reencuentro que los

dioses dispusieron demasiado tarde, lo ocupaba otro. Admitió a regañadientes que se había enamorado del hombre equivocado. Por él perdía el sueño, se desvivía para protegerlo cuando de aquella forma suya, tan imprudente, se lanzaba contra el enemigo como si fuese uno de sus soldados.

Todos salieron dejándola sola. Aníbal se agitaba, deliraba emitiendo sonidos confusos, frases en oretano, el idioma de Himilce, la afortunada que se convirtió en su esposa para darle un heredero. Sintió las uñas de la íbera clavadas en su pecho, se hundían en sus carnes, desgarraban, se ensañaban en su dolor. Aníbal se agitó. Tocó su frente. ¡Ardía!

Tomó un lienzo, lo humedeció, sentada en el borde del lecho comenzó a frotarle las sienes, brazos, frente..., mientras solo para sus oídos, murmuraba.

—¡Mi príncipe! ¡Mi tesoro!, te curarás. ¿Lo comprendes?, ¡verdad!, solo a tu lado mi vida merece la pena.

No podía escucharla, lo sabía, por eso se atrevía a pronunciar esas palabras. Las lágrimas mojaron sus mejillas. Lloraba con un desconsuelo nunca experimentado, ni siquiera en su infancia.

Los soldados interrogaban a Mahar al pasar junto a ellos. Él se esforzaba por disimular su desazón. Siendo su lugarteniente debía asumir el mando, continuar la lucha, pero el suceso lo superaba. Paralizó los asaltos, continuó las obras de asedio y estableció vigilancia para prevenir ataques saguntinos por sorpresa.

Con los cuidados de Kissa, Aníbal sanó antes de lo previsto por los médicos. Su recuperación supuso la reanudación de los combates. Estando todavía convaleciente llegó un mensajero, la familia Barca había aumentado, Himilce había parido un niño, el primogénito de Aníbal.

Los cartagineses, haciendo valer su enorme superioridad numérica, atacaban en distintos puntos, dificultando la tarea de los defensores que debían desplazarse continuamente de un lado a otro. Los arietes derribaron varios tramos de muralla, por ellos intentaron penetrar, pero los saguntinos luchaban con la ferocidad de quien defiende casa, familia y vida. A cada nuevo intento ponían en fuga a los cartagineses, persiguiéndolos sobre los cascotes de las murallas derruidas.

Transcurridos casi seis meses desde el comienzo del asedio, Sagunto, aunque con muchos padecimientos, continuaba resistiendo las embestidas; el desánimo cundía en el ejército cartaginés. Aníbal ordenó detener los ataques durante unos días para dar descanso a sus hombres. En ese tiempo se limitó a mantener cerrado el cerco y arengar a sus soldados, para recuperar la moral.

Los saguntinos aprovecharon la tregua, reforzaron las murallas en los puntos donde fueron derribadas, las piedras de los tramos reconstruidos solo pudieron fijarse con barro. Costó poco a los cartagineses abrir nuevos huecos, pero seguían sin ser capaces de entrar. La lucha se hacía demasiado larga, el invierno llegó amenazador para el ejército púnico. De tarde en tarde, los saguntinos salían envalentonados a enfrentarse con grupos aislados del grueso del ejército cartaginés.

Sícoris solía ir en cabeza blandiendo un gigantesco espadón de hoja curva. En una salida vio a la luchadora cartaginesa que despertaba temor entre sus conciudadanos. Antes de entrar en combate, helaba la sangre con sus aullidos. Los saguntinos la mencionaban con respeto, se extendía una peligrosa creencia. Dido, fundadora de Cartago, reencarnada en una terrible guerrera luchaba apoyando a Aníbal; otros, por el contrario, veían en ella un ser del inframundo, una loba infernal convocada por el maldito cartaginés para sembrar de muerte su ciudad.

El herrero solo vio a una mujer brava peleando sin miedo. Pensó que debía ponerle fin al mito antes de que siguiera agrandándose, corroyendo la fe en la victoria de los saguntinos. Era de vital importancia mantener el ánimo alto hasta que llegasen las legiones.

Se abrió camino hacia Kissa repartiendo mandobles, a su paso dejaba un reguero de cadáveres. Ella lo vio venir, también buscó el encuentro. Nada más verlo tuvo la certeza de estar ante el héroe de Arse, o Sagunto, como la llamaban sus habitantes. Ya estaban a pocos pasos, solo los separaban algunos combatientes de ambos bandos.

—¡¡¡Auuuuuuu!!! —Retó al saguntino.

El aullido que amedrentaba a sus adversarios, fue secundado por una risotada de Sícoris. Sería una lucha singular, el vencedor asestaría un golpe definitivo al ánimo de sus enemigos.

—¡¡¡Ja, ja, ja!!! ¡Ven a mí encuentro lobita!

Blandía el espadón con los ojos inyectados en sangre, abriéndose paso como un huracán contra su futura víctima. Mahar, mandando una unidad de caballería nómada, puso en fuga a los saguntinos, evitando un encuentro buscado por ambos combatientes.

Antes de huir a la carrera, Sícoris apuntó su espadón hacia Kissa, luego dio media vuelta y regresó corriendo a protegerse tras las murallas. Ella aceptó el reto, se lo hizo saber de una forma que no dejase lugar a las dudas. Sus manos formaron una bocina y lanzó el grito de guerra de la manada.

—¡¡¡Auuuuuuu!!!

El aullido rebotó en las murallas y retornó en forma de eco. Las espadas de las huestes de Cartago golpearon los escudos saludando al sonido que infundía valor en sus filas y pánico en las enemigas.

Al atardecer, Aníbal fue en busca de Kissa, estaba en su choza afilando su falcata.

—Prefieres esa espada ibera de un solo filo, sobre las nuestras que tienen dos.

—Los íberos fabrican unas espadas magníficas. Me hice con esta después de ver cómo le cortaban el brazo a mi compañera de un solo tajo. Deberías probarla.

—Tal vez lo haga.

—¿Qué se te ofrece?

—Me apetecía hablar contigo. Acompáñame a mi tienda, comeremos. Debe estar preparada nuestra mesa.

—¿Nuestra mesa? ¿Celebramos algo?

—Solo es una ración de campaña. ¡Ja, ja, ja!, gachas de trigo y tocino salado.

En la tienda de Aníbal habían puesto pieles en el suelo, para que se acomodaran los dos comensales; sobre un taburete, a modo de mesa, dos cuencos conteniendo gachas y un plato con tocino salado.

—Me admira el impacto que causa tu presencia entre los enemigos. Nunca vi a una mujer luchar con esa bravura.

Supo leer los pensamientos de Kissa, vislumbró la debilidad que su presencia le originaba. Viéndola combatir se había despertado una atracción morbosa, un ansia desmedida por conseguir su cuerpo. Se levantó, la hizo incorporarse. Besó sus labios, la condujo al camastro, ella cedió mansamente. Aníbal le ofrecía aquello que menos deseaba, pero se dejó hacer sin oponer resistencia.

Nunca se había sentido tan sumisa como en aquellos momentos. Si aparentemente consiguió sobreponerse a los sucesos de Arbocala, los remordimientos surgidos al conocer la muerte de su padre, unidos al vacío dejado por la manada, habían quebrantado su ánimo. Solo cuando combatía recobraba el brío, entonces dominaba sus actos una furia suicida, un desprecio

por su vida que la había convertido en un personaje heroico para ambos bandos. Nadie, salvo Garnik, adivinó los motivos de tanto atrevimiento: la búsqueda inconsciente de una muerte liberadora.

—Regresa a tu choza. Nadie debe saber que somos amantes. ¿Lo comprendes?

—Sí.

Salió asqueada, con una sensación extraña en el estómago, rabiosa consigo misma. Buscaba otra cosa cuando se acercó, pero él se limitó a utilizar su cuerpo, en ningún momento le preocuparon sus sentimientos. Mientras caminaba hasta su choza, el despecho crecía en su corazón.

La inesperada aparición de Garnik acompañado de otra mujer, le hizo comprender por quien suspiraba, pero el general solo veía en ella un objeto para satisfacer su deseo.

Un pensamiento se abrió paso. «Sí, es lo mejor».

EL DUELO

El reto entre Sícoris y Kissa quedaba establecido. Mientras los saguntinos mantuvieran la fe en el auxilio de Roma y continuasen resistiendo a los cartagineses, estancados frente a sus murallas, el enfrentamiento parecía inevitable. Ambos ejércitos deseaban que su campeón derrotara al contrincante, tenían fe ciega en su paladín. Solo Garnik intentó disuadirla, sin éxito. Ella se negaba a escuchar sus recomendaciones, se arrojaba al combate con una furia ciega, sin adoptar precauciones se internaba donde la lucha era más encarnizada. Su arrojo derrotaba a los que se arriesgaban a enfrentarse con ella. Mientras mataba, sus agudos aullidos provocaban pavor.

Adivinó que Kissa buscaba la muerte. Procuraba estar cerca, disimulando su vigilancia intentaba evitar que se enfrentara al gigante enemigo; pero estaba escrito, nadie podía impedir los designios de los dioses. El encuentro, tarde o temprano, se iba a producir.

Como sucede con los acontecimientos más esperados, ocurrió de improviso, cuando ninguno lo sospechaba. Era un día tranquilo, los atacantes se habían tomado un respiro en su acoso, los saguntinos efectuaban reparaciones en sus deterioradas murallas. Kissa recorría el contorno de Sagunto, examinando fortificaciones y rampas de ataque. La ausencia de tropas facilitó la salida de Sícoris. Sin abandonar la protección de sus murallas, llamó a gritos a su adversaria.

—¡Loba del averno! ¡Aquí me tienes!

El espadón clavado en el suelo, los brazos en jarras, contoneándose alrededor del chafarote, haciendo gestos escandalosos. Kissa lo vio, lanzó su caballo contra su retador, lo detuvo a pocos pasos del herrero. Desmontó sin considerar el peligro, quedando expuesta a los proyectiles que pudieran enviarle desde las murallas, donde se congregaba una multitud vociferante.

En el bando cartaginés tampoco pasó desapercibido el enfrentamiento, un número considerable comenzó a aproximarse, guardando la distancia necesaria para mantenerse a salvo de proyectiles enemigos. El eco del combate llegó hasta la tienda de Aníbal, trazaba estrategias junto a Mahar. Acudieron para presenciar un reto que se anunciaba formidable. El desenlace podía decantar la contienda.

Garnik corrió hasta situarse en primera línea de los espectadores. Intentó advertirla de su imprudencia, luchando en terreno favorable a su adversario, pero el griterío y el enardecimiento de Kissa le impidieron escuchar.

Sícoris nunca hubiese imaginado que su enemigo más formidable sería una mujer. Estaba ante él exhibiendo un gesto altanero, confiada, bella, deseable... Ya no experimentaba odio hacia ella, lo había sustituido por una emoción extraña, algo nunca experimentado hacia otro contrincante. Por un breve instante tuvo una ensoñación, la imaginó rendida, se vio a sí mismo poseyéndola en aquel lugar.

Un aullido penetrante de Kissa lo devolvió a la realidad. Avanzaba con su espada sobre la cabeza. Sícoris esquivó la embestida de un salto. Empuñó el sable que tantos enemigos había enviado al inframundo.

Ambos ejércitos enmudecieron. Contemplaban a los contendientes girando uno en torno

al otro, envueltos en un silencio espeso, la mente fría, atentos al mínimo indicio delator de las intenciones de su rival. Cesaron los improperios, bravatas, aullidos...; solo se escuchaban respiraciones agitadas, zumbidos de hojas buscando cuerpos, chasquidos de los aceros entrechocando...

La pelea se alargaba. Ninguno arriesgaba más de lo imprescindible. Se oyó el silbido de una flecha lanzada desde las murallas. Atravesó el hombro derecho de Kissa, el brazo de la espada cayó inerte, dejándola a merced del saguntino.

Sícoris reaccionó deprisa, clavó en el suelo su espada y girándose hacia la ciudad, lanzó un grito de protesta.

—¡¡¡Noooo!!! ¡Era una lucha limpia!

En las murallas se vio un forcejeo, un hombre cayó lanzado al vacío. En las filas del ejército cartaginés golpearon los escudos con las espadas, en señal de reconocimiento al gesto que acababan de presenciar.

—Estamos ante un magnífico ejemplo de las contradicciones humanas. Dos enemigos se odian a muerte y uno de ellos se niega a obtener ventaja de un acto innoble. ¡Cómo si la guerra tuviese alguna nobleza! —dijo Aníbal dirigiéndose a su lugarteniente.

—Un acto estúpido el del saguntino, debió matar a nuestra Kissa —respondió Mahar—. Me atrevo a pronosticarlo, si vuelven a encontrarse, él morirá. Melkart no puede aprobar esa conducta.

—Solo si estás capacitado para dirigir un ejército puedes comprenderlo, deben aprovecharse todas las ventajas. Si perdonas a un enemigo, otro día puede mandarte al más allá.

Mientras se producía esa conversación entre Aníbal y Mahar, Kissa regresó.

En Sagunto, Sícoris era recibido con vítores por un sector, mientras otro, más numeroso, guardaba silencio. Nadie se atrevió a oponerse abiertamente a la decisión del herrero, solo Lampón tuvo valor para afearle su comportamiento.

—¡Debiste matarla!, tirar al vacío a ese hombre fue un acto estúpido y tú has cometido un error imperdonable.

—Tu espíritu de comerciante habla por tu boca. Solo piensas en sacar rédito, despreciando el comportamiento honorable. ¡Matar a una mujer desarmada es un acto innoble! ¡Cuánta baja!

—No me hables de honor. Si vencen y destruyen Sagunto. ¿Nos dirás a todos que luchaste con honor? ¿Para qué sirve el honor, si resultas vencido? ¡Dime!, ¿para qué?

Sícoris se alejó a grandes zancadas hacia su herrería. Tal vez Lampón tuviese razón, había desaprovechado una oportunidad magnífica. Cuánto más lo pensaba, más le convencían los argumentos del comerciante, faltos de honorabilidad, pero prácticos. Sagunto necesitaba, sobre todo, medidas efectivas.

Los atacantes consiguieron derruir las murallas en varios puntos, solo la heroica resistencia saguntina les impidió entrar. Levantaban nuevos muros en el interior, utilizando cascotes de los derribados, pero el número de defensores disminuía cada día. Para esas fechas, pocos confiaban ver aparecer las legiones de Roma.

Sícoris maldecía su debilidad. Lo disfrazó ante todos como acto de honor, en su fuero interno sabía la verdad. No tuvo coraje para matarla. Momentos antes del enfrentamiento se deleitó admirando su belleza, deseando su cuerpo, esos instantes lo traicionaron. «¡Maldita bruja!, Sícoris, ¡despierta! —se dijo a sí mismo—. ¡No puedes enamorarte!, eso te matará. ¿No lo comprendes?».

Su admiración por la amazona no surgió en los prolegómenos de la lucha, sin que lo

hubiese advertido, vivía en su cabeza desde hacía tiempo, comenzó al verla batirse con tanta bravura. Durante los combates la buscaba, ahora comprendía el motivo. Sentía una atracción perversa, el choque de sus aceros sustituiría a las caricias; el odio, a las palabras de amor. Estaba dispuesto a morir, pero si vencía sabía que no podría matarla, encontraría la forma de permitirle escapar con la esperanza de que adivinase sus razones, aunque no las compartiese.

Kissa tardó un tiempo en recobrar la fuerza de su brazo, cuando pudo empuñar una espada quiso incorporarse a la lucha. Le ordenaron adiestrarse con Garnik hasta recuperar su anterior habilidad. Las horas de entrenamiento les dieron ocasión de hablar.

—¿Quién es tu compañera?, parece una esclava.

—En Arse lo era, ahora es libre.

—Durante mucho tiempo soñé contigo, esperaba que vinieras a buscarme. No lo hiciste.

—Aníbal me ordenó salir de misión, estuve demasiado lejos. Tu recuerdo me acompañó todo el tiempo, muchas noches fue mi única compañía, pero ya es tarde para nosotros. Los dioses han entregado mi corazón a Neitín.

—¿Así se llama esa esclava? ¿Neitín?

—Sí. Te dije que le di la libertad.

No hablaron nada más. Garnik hubiese preferido mantener una relación cordial, pero algo se interponía entre los dos, haciéndolo imposible.

En cuanto se encontró recuperada quiso reincorporarse al ataque. Se presentó ante Aníbal.

—¿Cómo te encuentras?

—En perfectas condiciones, con deseos de luchar.

—¿Estás segura? Después de una herida importante, el cuerpo se recupera, a la cabeza le cuesta más.

—No es mi caso. Ardo en deseos de ajustar cuentas.

—Esta vez debes matarlo. Si piensas devolver el favor, morirás. En la guerra solo existen: victoria o derrota, todo lo demás son pamplinas. ¿Me comprendes?

—Sí, estoy de acuerdo.

—No se pueden cometer errores. Si incurres en uno, mueres. Tuviste mucha suerte, tu error fue enorme. Él te lo devolvió de forma inexplicable.

—¿Mi error?

—Te retó bajo las murallas, buscaba luchar con ventaja. Te mataría él o los dardos saguntinos. En cualquier caso, morirías.

—¡Sí!, fui demasiado impulsiva.

—Estará en inferioridad, si juegas bien tus cartas.

—¿Mis cartas?

—¡Sí!, veamos. ¿Qué motivo pudo tener para permitirte regresar con vida? Si su primera intención al retarte junto a las murallas, fue la de asegurar tu muerte.

—No se me ocurre ninguno.

—¡Ja, ja, ja! Es muy posible que la causa fuese el impacto producido por tu belleza. Si es así, deberías sacar provecho de esa circunstancia.

—Lo tendré en cuenta.

—Está bien, puedes retirarte.

Cuando algún contingente saguntino abandonaba las murallas, Kissa buscaba entre los integrantes al que le perdonó la vida. El encuentro tenía que producirse, esta vez fue ella la retadora, lo hizo en terreno neutral. Un grupo de saguntinos se retiraba hacia sus murallas

después de atacar a los servidores de un ariete.

—¡¡¡Auuuuu!!!

Kissa se destacó entre sus líneas señalando a Sícoris con su espada. Él se detuvo, sin disimular la sorpresa por el desafío. Había olvidado el combate inacabado, pero recordaba el impacto que le causaron los ojos de la guerrera. Hubiese preferido una lucha librada mediante caricias, en lugar de cuchilladas. Desde su anterior enfrentamiento no conseguía apartarla de su cabeza. Viéndola tan arrogante, el deseo aumentaba hasta hacerse irresistible. Caminó en busca de un encuentro no deseado.

—¿Cómo tienes el brazo?

A él mismo le sorprendió su tono amable.

—Enseguida tendrás ocasión de comprobarlo.

—Te debo una disculpa, aquella flecha...

—¡Claro!, por eso me retaste junto a las murallas.

Sícoris comprendió. Sobraban explicaciones, solo quedaba matar o morir. Comenzó la pelea, de nuevo sonó el aullido, otra vez silbó el espadón cortando el viento. Se repitieron las fintas, cuchilladas, juramentos, acometidas buscando la muerte del contrincante. Kissa esquivó con un escorzo el ataque del herrero, alcanzándolo con un tajo en la parte interior de un muslo. Era una herida fea, perdía demasiada sangre, los dos comprendieron, si la lucha se alargaba él se iría debilitando, acabaría perdiendo combate y vida.

Cada paso de Sícoris, cada escorzo, aumentaba la hemorragia. Plantó ambos pies para mantenerse clavado en el sitio, esperando. Kissa supo que había vencido, solo necesitaba mantenerse lejos del filo de su espada. *Las deudas se saldan en vida*. Esas palabras resonaron en su cabeza con la voz de Belshazzar. ¡Cuántas veces se las escuchó! Recordó a su padre con nostalgia, aunque ya era demasiado tarde, nada tenía remedio.

—Me perdonaste la vida. Si te dejo morir así, quedaré en deuda contigo. Me gusta saldar mis deudas.

Apenas terminó la frase, tomó impulso lanzándose con excesivo ímpetu contra un enemigo derrotado, fue un error o tal vez un deseo inconsciente. Sícoris solo tuvo que levantar su espada. Kissa se ensartó en ella.

En las filas cartaginesas se escuchó un grito de espanto, mientras desde las murallas sonaban vítores para al matador de la loba asesina.

Viéndola vencida todavía le parecía más bella, más deseable. Se arrodilló, le habló como lo haría con una hija querida.

—¿Cuáles eran tus razones?, ¿por qué buscaste la muerte?

—¡Termina!, acaba con mi dolor. —Una paz hermosa brillaba en sus ojos.

Un ruego difícil de cumplir, pero verla sufriendo de esa forma... Empuño su daga para rematarla. Un rugido proveniente de las murallas acompañó su acción. Pensó que gritaban de alegría, al ver cómo le daba muerte al enemigo más odiado. Un tirón del pelo le echó la cabeza hacia atrás. No sintió nada más.

Garnik lanzó la cabeza de Sícoris rodando por el suelo, luego se agachó junto a Kissa. Su herida era mortal, su rostro contraído reflejaba dolor. «Demasiado dolor», pensó contemplando el rictus que ensombrecía su expresión.

—Hazlo. ¡Hazlo ya!

La daga de Sícoris estaba en el suelo. Le depositó en los labios el beso más tierno, mientras su mano experta daba un corte en el cuello que acabó al instante con su vida.

Se levantó llevando en sus brazos el cuerpo de Kissa, las filas cartaginesas se abrieron en

silencio dejando un pasillo. Aníbal le cortó el paso.

—Llévala allí —señaló el tronco de un olivo seco—. Será una pira digna de la loba más fiera.

Amontonaron leña junto al tronco. Al atardecer le prendieron fuego. Fue un acto sencillo, solemne.

—Le hubiese gustado verlo —le dijo Garnik a Neitín.

Ella comprendió, en el corazón de Garnik siempre habría un rincón para la mujer cuyo cuerpo ardía en aquella hoguera.

Al día siguiente comenzó un furioso ataque en múltiples puntos de las debilitadas murallas. Los saguntinos se vieron forzados a retroceder, pero persistían en su obstinada defensa. Fueron necesarios varios días de lucha encarnizada hasta tomar Sagunto. Habían transcurrido ocho meses desde el inicio del sitio.

En su tienda, Aníbal estaba reunido con Mahar, Bomilcar y Garnik también asistían.

—Es un gran botín, pero lo esperaba mayor —se lamentaba Mahar.

—Echaron la mayor parte de sus joyas a la hoguera que prendieron en el foro. Muchos se arrojaron al fuego, antes de ser capturados —intervino Bomilcar.

—El regreso a Qart Hadasht será lento, los despojos obtenidos son numerosos, es conveniente transportarlos bien custodiados —apuntó Mahar.

—Comenzad de inmediato a desmontar el campamento. Garnik, partirás para llevar la noticia, preparar el recibimiento a nuestros soldados y la presentación de Aspar, mi hijo, a la población —dijo rebotante de orgullo.

»Ha sido una campaña larga, nos ha costado más de lo previsto, todos nos merecemos un descanso en Qart Hadasht. Podéis retiraros.

Garnik y Neitín, dedicaron el resto del día a preparar su partida. Al amanecer salieron del campamento hacia Qart Hadasht.

EPÍLOGO

Los embajadores habían regresado a Roma. Transmitieron al Senado la actitud hostil mostrada por Cartago, pero los senadores seguían sin acercar posturas sobre cómo convenía actuar. Al llegar la noticia de que Sagunto había caído, se organizó gran revuelo entre partidarios de enviar ayuda y los que defendían interceder, pero sin intervenir militarmente. Los fantasmas de la pasada guerra con Cartago resucitaron agrandados por las victorias de las tropas púnicas en Iberia, mientras Roma tenía sus legiones veteranas estancadas con las revueltas de los galos. Si el general cartaginés decidía atacar, tendrían serios problemas.

Decidieron organizar su armada, preparando el inminente enfrentamiento formaron seis nuevas legiones. Repartieron las tropas entre los dos cónsules, asignando a cada uno un territorio.

Enviaron cinco embajadores para exigir a Cartago la entrega del general Aníbal. Fueron recibidos en audiencia.

—Somos portadores de un mensaje. Nuestra ciudad desea prolongar el periodo de paz vigente desde nuestro enfrentamiento, de tan penoso recuerdo. Ese deseo solo puede verse satisfecho si Cartago muestra su repulsa al vergonzoso ataque contra nuestra aliada, Sagunto, y nos entrega al general responsable del mismo.

El consejero de más edad tomó la palabra. Previamente habían acordado, por mayoría, cuál sería la postura del Consejo.

—No podemos secundar tu propuesta, romano. Nos consta que los únicos responsables de la destrucción de su ciudad son los saguntinos. Atacaban a poblaciones amigas de Cartago, a eso le sumamos que, estando en nuestra zona de influencia, según el Tratado del Río Ebro, mantenían un pacto de amistad con Roma.

Hubo más intervenciones, pero ninguna de las dos partes modificó su postura. El portavoz romano recogió su toga, un gesto protocolario. Habló con tono altivo.

—Somos portadores de paz o guerra. A vosotros os corresponde elegir.

Un tumulto de voces iracundas fue la respuesta. Una voz desafiante destacó por encima de todas.

—Romano, puedes darnos aquello que gustes.

El emisario de Roma dejó caer su toga, tal como correspondía a la solemnidad del momento.

—Recibid guerra.

—¡La aceptamos!

De esa forma, tras veintitrés años de paz, de nuevo entraban en guerra: Roma y Cartago.

Neitín y Garnik no llegaron a Qart Hadasht. Él se mostraba taciturno, contestaba con monosílabos si ella le hablaba. Hicieron una parada en un bosquecillo para descansar y tomar algo de alimento. Preocupada por el estado de ánimo de su compañero, decidió obligarlo a expresar sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre? ¿Soy la responsable?

—Sí, en parte es causa tuya.

—No tienes ninguna obligación...

—Mis cavilaciones son, precisamente, porque deseo vivir junto a ti el resto de mis días.

—¿Qué lo impide?

—Presté juramento de servir a Aníbal, llegando a morir por él si fuese necesario. Después de la destrucción de esta ciudad, la guerra será inevitable. Tengo fundadas sospechas de que tiene intención de llevarla hasta las puertas de Roma.

—Yo te seguiré dónde vayas.

—Ese es mi deseo, pero sería mucho sufrimiento para ti. Después de las penurias por la anterior guerra contra Roma, llegó un periodo de paz. Nunca Cartago fue más prospera. Ahora, todo se esfumará barrido de nuevo por otro conflicto. ¿Qué motivos había?

»Uno, solo uno, los sueños de gloria de un joven general al que poco le importan las vidas ajenas o su propia ciudad. El deseo de superar a su padre, pasar a la historia siendo el vencedor de Roma, es más fuerte que cualquier otro. Esa ansia suya acabará con todos.

Estaban sentados, el cuerpo recostado en el tronco de un algarrobo. Ella lo atrajo hasta hacerlo tumbarse y descansar la cabeza en su regazo, luego, comenzó a pasar sus dedos entre los rizos dorados de Garnik.

—¡Amor mío! No puedes sentirte obligado por un juramento, cuando él solo piensa en cumplir sus deseos a costa del sufrimiento ajeno.

Se dejó llevar, besó los labios de quien fue su amo. Las manos buscaron pieles ajenas, bajo aquel árbol culminaron su amor. Más tarde, satisfecha su pasión.

—Neitún tú eres lo único importante. Iremos al noroeste, lejos de Qart Hadasht encontraremos alguna ciudad para establecernos y fundar una familia.

—Sí, es una buena idea, la mejor que podías haber tenido.

Zoro lanzó un aullido.

FIN